

#MALLOS



¿DE QUÉ
LADO
ESTÁS?

LUIS ÁVILA

 Planeta

UN
FENÓMENO
wattpad

Índice

Portadilla

Legales

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52

53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81

82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

#MALOS



#MALOS



**¿DE QUÉ
LADO
ESTAS?**

LUIS ÁVILA

Ávila, Luis

Malos 1 : ¿de qué lado estás? / Luis Ávila. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-5693-8

1. Narrativa Juvenil. I. Título.

CDD 863.9282

© 2017, Luis Ávila

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5693-8

Digitalización: Proyecto451

*A todos mis lectores de Wattpad,
significan mucho para mí.*



05.20 p.m.

—¿Mamá? Soy yo, Tracy. Por favor, contesta el teléfono... No me siento bien. Llámame en cuanto escuches el mensaje. Te quiero.

07.00 p.m.

—Comienzo a preocuparme y entiendo que tienes mala señal en el viaje pero contesta, por favor. Theo me ha dejado... Estoy destruida. Te quiero, mami. Me siento horrible.

07.15 p.m.

—¿Hola?

—...

—¿Theo, estás ahí?

08.12 p.m.

—Quiero hablar contigo. Contesta el maldito teléfono, Theodore. Déjame explicarte por qué te grité de esa forma. Adiós.

08.19 p.m.

—¿Hola? Por favor, escúchame. Aunque no quieras que hablemos, tienes que saber por qué te traté de esa manera. A veces te comportas de una forma que me confunde terriblemente. Te quiero, pero no puedes hablarme así, entiéndeme. Yo, solo...

11.02 p.m.

—¡Hola, cariño! Recién llegamos con Richard al aeropuerto y enciendo mi

celular. ¡No sabes cuán hermosa es esta ciudad! También fue muy bello el viaje en avión, pero tantas horas para cruzar al otro lado del mundo fue algo agotador. Oh, espera, están entrando más mensajes.

11.04 p.m.

—Cariño, ¿estás ebria? No sabes cuánto lamento lo de Theo. Si quieres, puedes venir al viaje con nosotros, mi presupuesto alcanza para sacarte un boleto por Internet y solo tendrías que retirarlo por ventanilla una hora antes de que tomes el avión. Contesta, quiero saber cómo siguió todo. Te quiero.

11.58 p.m.

—Hija, es la séptima llamada que te dejo. Dice Richard que si no contestas en cinco minutos, enviará a la policía a casa. Nos tienes muy preocupados.

Esa noche, un agente me encontró a punto de sumergirme en un sueño profundo.

Pero estaba despierta.

Lo cierto es que no volví a ser la misma desde entonces.

Pero vamos desde el comienzo.

Conocí al estúpido de Theodore Landon en una fiesta clandestina. Mi primera fiesta, en realidad. Las anteriores solo habían sido palomitas, la computadora portátil y películas cursis, con una lista de invitados bastante selectiva: mis novios literarios imaginarios y yo.

—Tracy, tienes que abrir más ese escote.

Mi amiga Charlotte a veces resulta muy intimidante. Disfruto su compañía, solo que a veces me da miedo cómo cambia su forma de ser con tal de encajar en algún grupo y así conseguir novio.

Ella es mi Sector de Noticias: me comunica lo que hay más allá de mi biblioteca virtual, las *apps* de mi celular o las *boybands* que suenan en mi *playlist*.

—Tienes un corazón enorme —dice mientras acomoda el cuello de mi camisa—, pero debes dejarlo salir —y suelta los primeros tres botones.

—¡Eh! —me libero de sus manos y cubro lo mío nuevamente—. Deberías dejarme lucir mi estilo. Si alguien se fija en mí, será por lo que soy y no por lo que debería ser.

—Bla, bla, bla...

Me vuelvo a prender dos de los tres botones liberados y mi amiga deja escapar un resoplido.

A continuación, como si no pudiera ser peor, Lottie (apodo con tono afectuoso) baja la mirada por accidente y en ese momento repara en mis jeans sueltos color negro. Esta vez, me mira con expresión de enojo.

—Está bien —le digo, cediéndole el paso a mi armario—. Solo procura elegir algo que no sea corto. Sabes que detesto mis piernas.

—Como todas —murmura contenta por mi permiso de pasar al guardarropa. Mientras revuelve prendas, añade—: La diferencia está en la actitud que tienes para llevarlas aunque no te gusten.

Le echo un vistazo a las suyas con algo de envidia y molestia por lo que acaba de decir. Comprendo a qué se refiere pero hay diferencias tajantes entre su cuerpo y el mío. Ambas tenemos una altura media aunque la suya es de diez centímetros mayor que la mía. Mido 1,64 y mi peso incluso es mayor aunque no muy exacerbado.

«Gordita», «rellenita» suelen ser los términos «afectuosos» con los que se refiere la gente para hablar de las personas como yo. Diez kilos de más no son la gran cosa, por eso no llego a rótulos más crueles.

—Perfecto —dice al sacar un jean que no veía hace tiempo. Es azul y con roturas en los muslos.

—¡Eso es de hace dos años!

—No importa. Te quedará excelente.

Sé por qué lo dice. No uso la ropa adherida al cuerpo, por lo tanto, cuando me lo compré, seguramente me quedaba suelto, como todo.

Mmm, ahora debe ser ajustado.

Demasiado ajustado.

Lottie me codea mientras entramos a la casa de un grupo de muchachos donde acaba de comenzar la fiesta.

—No camines como si estuvieras paspada —me exige.

—¿Cómo es que seis personas de al menos diecisiete años viven solos? —le pregunto anonadada por el descontrol perceptible desde afuera.

Nosotras no tenemos ni movilidad propia.

Aún siento en las fosas nasales el olor nauseabundo del taxi que nos tomamos al llegar.

—La mayoría tienen veinte —me contesta y un grupo de muchachas de último año pasan por nuestro lado mirándonos de reojo.

Lottie les sonrío tratando de ser agradable, sin embargo, una rubia le responde poniendo los ojos en blanco.

—Te dije que no cerraras tanto tu escote —me recrimina Lottie como si yo fuese la culpable de que ese par de chifladas hayan decidido ignorar nuestra presencia.

Sin embargo, soy una persona insegura y mi amiga es alguien que sabe descifrar a los que nos rodean, por lo que puede que tenga razón.

Desprendo el segundo botón de mi camisa dándole el gusto, aunque ella va tan concentrada en saber si los demás reparan en nosotras que no se detiene a darme su aprobación.

—¿Cómo puede ser que tengan veinte y sigan en la escuela? —le pregunto siguiendo el hilo de nuestra conversación, antes de cruzar la puerta.

La casa tiene un bonito jardín delantero y aparentemente tranquilo, pero imagino lo fuerte que debe estar la música allá adentro. No nos permitirá tener una conversación tranquila.

—Son de familias adineradas y CI desinteresado —me explica.

Mi amiga pone su mano sobre la manija de la puerta y la detengo.

—¿No vas a llamar?

Antes de que termine de pronunciar la última palabra, soy consciente de la estupidez que he dicho.

Los modales no existen en una situación como esta.

—Disculpa —digo y me sonrío.

En ese instante, abre la puerta hacia afuera y una ensordecedora canción de rock me golpea... Al igual que un vaso de licor en el rostro.

—¡Ohhh!

El imbécil que me tiró su bebida encima es un muchacho que vi antes en la escuela e incluso somos compañeros en algunas asignaturas de último año.

—Disculpa, gordita —me dice y el ardor que nace en mi interior comienza a subir en forma de bilis hasta mi garganta.

Escucho «Sugar» en los altoparlantes pero, realmente, la situación no tiene nada de dulce. A excepción de mi pelo y mi rostro.

Lottie saca un pañuelo de su bolsillo y me limpia.

—¡Idiota! —le grita mientras me ayuda—. Dime dónde tienen un baño en esta casa.

Él parece incómodo.

No sé si es un gesto sincero, pero lo valoro...

Cuando mi amiga logra despejarme los ojos, diviso que junto a este muchacho dolido (por lo que me ha hecho) hay otro indiferente a lo que sucedió. Ni siquiera se limita en contestar a lo que dijo mi amiga Lottie.

«Calma», me digo a mí misma. «No tienen la culpa. Fue un accidente».

Por fin, el inexpresivo acompañante del que me arrojó la bebida encima señala hacia el piso de arriba.

Demonios. Tendré que pasar delante de todos los invitados para llegar hasta el baño.

No solo repararán en mí por ser la *friki* que nunca va a las fiestas sino por ir empapada en un asqueroso licor que seguramente me ha corrido el rímel de los ojos.

Procuro no mirar a los costados cuando pasamos entre la multitud hasta llegar a las escaleras. En un instante, diviso que el acompañante mudo del idiota que me arrojó la bebida se quedó clavado a la puerta mirándonos.

Es muy apuesto, pero no soporto imaginar lo que debe estar pensando mientras subimos y escuchamos risitas a nuestras espaldas.

—Una entrada triunfal —bromea mi amiga y me limpia el rostro con una toalla húmeda.

Se ha sentado en el retrete y yo estoy de pie para facilitarle la tarea.

—Ha estado bien —también ironizo y ella corresponde con una risita—. Al menos logré captar por un segundo la atención de todos.

—Algo que Summer logra solo con elegir una falda muy corta y ajustada.

—¿Summer?

—La rubia que puso los ojos en blanco al vernos entrar.

—Oh.

¿No lo dije antes?

Charlotte Sector Noticias es quien me tiene informada de todo lo que sucede en el mundo mientras prefiero leer novelas desde mi celular o escuchar música en el ómnibus, aislada del exterior gracias a mis auriculares. O una combinación de ambas cosas.

De pronto, recuerdo los ojos grises que se plantaron en mí apenas entré a esta casa.

—¿Y quiénes eran esos dos que nos dieron la bienvenida? —le pregunto a Lottie.

—Uff. El que te arrojó la bebida es Neo.

—¿Y su amigo?

—Theodore Landon. Conozco su nombre completo ya que durante una clase de Literatura lo descubrieron copiándose y la profesora le quitó el examen. Además, escribió su nombre en la pizarra para exponerlo frente a todos.

—Zorra —murmuro.

—Me parece bien —me contesta con algo de extrañeza—. Incluso me parece inusual en ti, que siendo alguien tan correcta, no te agrade la medida que tomó nuestra profe con la actitud de Theodore.

Y me sorprende a mí misma, que en mis pensamientos le doy la razón a Lottie.

En ese momento alguien golpea la puerta.

—¡Está ocupado! —grita mi amiga.

—Lo sé —contesta la voz de un muchacho al otro lado—. Por eso quiero entrar.

—¿Quién es ese enfermo? —murmuro muy bajo.

Ella carraspea y se dirige hasta el umbral.

—No lo sé, pero yo calmaré su ansiedad.

A continuación, abre la puerta y un muchacho entra.

Su presencia es imponente: cabello negro enrulado, piel aceitunada y brazos musculosos. Sus ojos grises clavándose en mi dirección son lo que más me asusta.

Viene directo hacia mí.

—Puedes marcharte —murmura con la voz ronca, sin quitar la mirada de mi rostro.

¿Acaso me... me está acusando de algo?

En ese momento, las piernas comienzan a temblarme y siento que en cualquier momento voy a echarme a llorar.

—Lo... Lo... siento —digo y agacho la mirada mientras hago ademán de retirarme.

Él me interrumpe poniendo un dedo sobre mi frente y me detengo.

—Tú no.

Esquivo su gesto psicópata y miro a mi amiga por encima del hombro de Theodore.

Está roja de la bronca o por una mezcla de sentimientos que le produce la situación. Siempre busca encajar; sin embargo, ahora la están echando.

—Nos iremos de la fiesta, disculpa —le digo en un tono tan bajo que procuro que no se me quiebre la voz.

—Exacto, y no volveré a esta maldita casa en mi vida —contesta Lottie a la defensiva—. A propósito, la fiesta es un asco.

—Solo quiero que salgas del baño —dice él sobre su hombro, girando un poco la cabeza pero sin mirar directamente a mi defensora.

—¿Para qué? —pregunta—. Ni loca te dejaré con mi amiga a solas.

Mis ojos se posan en mis zapatillas y luego en las de él. Ambos llevamos el mismo par de Converse, solo que las mías son rojas y las tuyas grises.

Él extiende su mano, pidiendo (¿o exigiendo?) la toalla húmeda.

—Solo pretendo ayudar —dice y parte de mi horror muta a una indescriptible electricidad entre mis piernas.

O en el pecho.

Como sea, la sensación es muy similar o mi nerviosismo es tal que no puedo distinguir ni cuánto es dos más dos.

—De-déjalo —le pido a mi amiga.

De todos modos, en cualquier momento tendré que cambiarme la camisa y de manera OBLIGADA tendrá que marcharse.

Porque lo hará.

¿No es así?

En ese instante, Charlotte cede y le pasa la toalla mojada a Theodore.

Mi celular comienza a vibrar en el bolsillo trasero de mi jean y pienso en cuán mal debe estar pasándolo ahí atrás en tan poco espacio para manifestarse.

De pronto, pienso en mamá, que me dejó venir a esta fiesta no sin muchas resistencias de su parte, antes de que Lottie y yo saliéramos de casa.

—Esperaré afuera —dice ella y sale.

—Cierra la puerta —le pide Landon—. Si alguien pregunta por mí, diles que fui a comprar cigarrillos.

Mi amiga frunce el entrecejo ante la respuesta de nuestro compañero y decide salir, dejándome a solas con un peligroso idiota en el baño de la fiesta.

No puedo creer que haya permitido esto.

¿Charlotte? ¿Mi amiga? Ha sucedido todo con mi consentimiento pero nunca pensé que pudiera dejarme a solas con un total desconocido.

Cuando caigo en la cuenta de lo que he accedido a hacer, el horror invade mi interior y me hace temblar. ¿Qué ocurre? Lottie me dejó a solas con un peligroso psicópata lleno de tatuajes y músculos intimidantes.

¿Podría llamar a mi madre?

No.

Ni siquiera opto por sacar mi celular para ver los mensajes que no dejan de llegar.

—¿No te vas a fijar? —dice él percatándose de que el dispositivo no deja de vibrar.

—No —le contesto ahora con el tono de voz un poco más seguro—. Sería descortés. Me estás ayudando.

Él sonríe mientras estruja la toalla y la empapa nuevamente con agua tibia del lavabo. ¿Quién lo diría? Al parecer tiene experiencia en lo que se trata de limpiar.

—Siéntate —me dice, indicando el retrete.

—Mejor hazlo tú —me excuso—. Si te agachas mucho es probable que luego te duela la cintura, eres incluso más alto que mi amiga...

—Siéntate —repite esta vez acentuando la palabra y el gesto en sus ojos es más frío.

—Disculpa.

Y me siento... Me siento una estúpida.

Un gatito indefenso que responde a las órdenes de un león furioso.

Tengo miedo de que un error en mi conducta provoque otra de sus reacciones violentas. Bueno, no son violentas en el sentido estricto de la palabra pero sí con una firmeza que supera los límites de lo normal.

Cuando me pasa la toalla por el lado del rostro que mi amiga no limpió, procuro que mi mirada no se cruce con la suya.

Es intimidante.

Puede que su actitud esté siendo buena pero no es nada correcto lo que hace.

Su manera de ser tan impredecible es lo que me aterra.

Algo me llama la atención: el dibujo de un triángulo invertido en su antebrazo logra distraerme...

—Cierra los ojos —me pide.

Oh. Me descubrió mirándolo.

Respondo a lo que ordena y cuando pasa la punta del paño por mis párpados, lo hace con una suavidad que me sorprende, a juzgar por lo fuerte que se ve. Sin embargo, parece tener un buen control de sus impulsos.

Perdón, retiro lo dicho.

Meterte en un baño mientras dos chicas están dentro es algo sumamente imprudente e impulsivo.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto en un intento de comenzar una charla capaz de aminorar la tensión entre ambos.

—Ya lo sabes —contesta con firmeza.

Claro.

Estuvo escuchando detrás de la puerta mientras mi amiga hablaba. Eso es de muy poca cortesía. Pero nada es cortés en este sitio; por ejemplo, entrar a una casa sin llamar antes.

—Y yo sé el tuyo. Tracy —responde.

Se me genera un nudo en la garganta, que busco desatar preguntándole:

—¿Vives aquí...?

—Abre los ojos.

Evado lo que estaba preguntando y opto por despegar los párpados. Sus pupilas inyectadas me miran muy cerca e instintivamente hago retroceder mi cabeza.

—Wow —murmuro.

—No voy a besarte.

Lo sé. Nadie desea besarme.

—Disculpa —contesto.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

—Disculparte.

Creo que ya empieza a molestarme lo mandón que es, por lo tanto decido cometer una estupidez.

Las palabras salen de mi boca sin siquiera darme tiempo a pensarlo:

—No pareces tan rudo como aparentas.

—¿Cómo dices?

—Yo... yo...

Mi amiga golpea la puerta y ambos escuchamos su voz:

—¿Y bien? ¡¿Qué está pasando ahí dentro?!

Demonios. ¡Que cierre su boca!

—Repite lo que dijiste —dice él con dureza.

Mi amiga vuelve a golpear y Theodore se pone de pie.

Reparo en su vestimenta: camisa negra ceñida al cuerpo y jeans grises como sus ojos. Sin embargo, cuando mira hacia atrás, el cuello de su camisa se abre y distingo un lobo mirándome con ferocidad. Es el tatuaje más osado que he visto en mi vida; aunque no logro verlo completo sí aprecio que comienza en su cuello, del lado derecho, y debe concluir en su hombro y pectoral.

Su paso es seguro. Pero no puedo asustarme... o no más de lo que ya lo estoy.

Una mezcla de miedo y excitación me cala los huesos.

Mientras tanto, él no parece enojado. O bien, parece estarlo siempre, sin embargo su gesto no logró inmutarse demasiado.

Mi piel se eriza cuando mi acompañante retrocede hasta la puerta y le coloca el pestillo.

—Yo... Solo... —rebusco las palabras en mi cabeza hasta que finalmente creo encontrarlas: Me parece muy dulce tu actitud de ayudarme con lo que me hizo tu amigo, pero no entiendo por qué te comportas de un modo tan, no sé, ¿cruel? ¿Rudo?

—En realidad, vine a advertirte algo, Tracy Smith.

Me aferro a la tapa del retrete pero la suelto en cuanto me imagino los gérmenes que debe tener.

—¿Qué? —le pregunto.

—Van a herirte en lugares como estos. Simplemente no puedes venir.

Agacho la mirada y creo que me he sonrojado.

—Te he observado entre clases y percibo que no eres igual a todos. No encajas, ¿comprendes? Estas fiestas no son lo tuyo y la pasarás mal.

Ni que lo diga.

—Pero tú... —murmuro en su defensa.

Y él me corta en seco:

—No me busques. Yo puedo herirte más que nadie.

Finalmente arroja la toalla al suelo, quita el cerrojo y se marcha.

Charlotte está en la puerta, anonadada por lo que ambas acabamos de

escuchar.

—Vámonos —me dice.

—No es justo —trato de que mi tono herido no se perciba—. Tenías muchas ganas de venir y aquí estamos. No podemos marcharnos simplemente porque me han tratado de un modo extraño.

—Fue irrespetuoso —afirma y me toma de un brazo.

Es casi en contra de mi voluntad pero Lottie me obliga a ir escaleras abajo, donde nos encontramos entre un montón de cuerpos, que chocan ebrios los unos contra los otros, y me siento algo aturdida. El ruido de la música repercute con fuerza en mis oídos, que solo están acostumbrados al volumen ocho de mi reproductor de música.

—Oh, por Dios —dice ella deteniéndome.

Estamos en la sala y nos encontramos con una banda de patanes sentados (o echados) en un sillón. Están fumando algo que parece ser ¿marihuana? Su olor es repugnante.

—Ese es Charlie —me grita al oído.

Sí, debe gritarme para que yo la oiga por encima de la música.

El muchacho que me señala tiene el cabello ondulado de color castaño, su piel es pálida y está sin camisa.

Tanta rienda suelta a lo hormonal me pone incómoda.

Realmente me siento como alguien que no encaja en sitios como este, donde cualquier adolescente «normal» se divierte. Quizá Theodore no estaba tan errado y yo, en efecto, no puedo relacionarme con el resto de las personas. Porque fue eso lo que me quiso decir, ¿cierto?

Respecto a él... ¿Adónde se fue?

—¡Ah! —da un grito mi amiga y me araña un brazo en cuanto Charlie gira su cabeza y mira directo a donde nosotras estamos.

Lottie se esconde detrás de mi hombro.

—Ya sabe que estoy acá, ¿cierto?

—Por supuesto que lo sabe, no deja de mirarnos —digo entre dientes—. ¿Qué le sucede? O a ti. Dudo que sea el muchacho de la biblioteca que siempre mencionas.

Su silencio otorga.

Demonios.

—¿ÉL ES EL CHARLIE QUE CREO QUE ES?

—Ajá.

Está drogado.

Alguien que en la escuela se esconde en la biblioteca y mi amiga se pasa horas admirando resulta ser un adicto a la marihuana que asiste a fiestas tan poco apropiadas como esta.

—Oh, no —mi amiga emite un quejido.

—¡Deja de arañarme!

Charlie se pone de pie y camina hacia donde estamos. Lottie, obligada, debe enfrentarlo.

Ahora que lo tiene no sabe qué hacer; por personas como ella luego nos califican a las chicas como «todas iguales». Provocan y después dan media vuelta para irse, dejando con ganas a los pobres muchachos extasiados.

Pero no, mi amiga en realidad entra en la categoría de tímidas... Se encuentra en una búsqueda activa de aventuras que luego desconoce cómo enfrentar.

—Damas —murmura acercándose a nosotras.

La mezcla de olor a menta, alcohol y colonia invade mis fosas nasales de inmediato pese a que se encuentra a casi un metro de distancia.

—Hey —saluda Lottie.

Yo correspondo sonriendo.

—¿Fuman? —dice él y levanta un porro entre los dedos.

Trago saliva y el corazón se me viene a la garganta.

Y, para mi sorpresa, Lottie acepta:

—Ehh... ¡claro!

Charlie nos pasa el cigarro de marihuana para que mi amiga haga el intento de fumar, aunque lo detengo antes de que el repugnante objeto llegue a manos de ella.

—Preferiríamos no hacerlo, gracias —me opongo lo más amigable posible.

Él se encoge de hombros y se lo lleva a los dientes.

—Qué sorpresa —dice mientras deja escapar humo por las fosas nasales. *Demonios, Charlotte, ¿qué le viste a este sujeto?*—. Nunca antes las había visto en una Crazy —prosigue.

—¿Una qué? —decimos ambas al unísono.

—Una fiesta Crazy.

—¿Estas fiestas clandestinas se llaman así? —pregunta mi compañera y el muchacho vuelve a dar una pitada.

—Ajam —expulsa el humo—. Solo hay una consigna para venir. O dos.
Intercambiamos una mirada de incredulidad. Sí, mi querida-Prensa-Lottie,
¿con que esa no la tenías, eh?

—¿Podrías explicarnos las normas? —pide ella.

—Claro —conviene el muchacho y sonrío—. La regla principal es que aquí
No-Hay-Reglas.

Wow.

Incluso me sorprende la manera en que mueve sus labios rojos para
acentuar cada una de las sílabas.

—¿Y la segunda? —pregunta mi amiga.

Él nos mira de arriba abajo y responde:

—Vístete de *rocker*.

Ambas nos quedamos en silencio durante un rato y quizás eso explica tanto
tatuaje, cuero, vestimenta de negro, tachas y descontrol.

Recuerdo la camisa oscura de Theodore y el lobo en su piel mirándome de
manera desafiante, a tal punto que pareciera sugerir: «Ven. Abre esta camisa y
descubre lo que hay debajo. Te quiero devorar...».

—¿Vamos? —me pregunta Lottie sacándome de mis pensa-
mientos.

—¿Eh? —murmuro.

—¿Quieren venir a pasar el rato con mis amigos? —ofrece Charlie y cierta
cuota de adrenalina se libera en modo de electricidad por mi abdomen—. Son
buenos chicos.

Los observo.

Músculos. Alcohol. Tatuajes. Humo.

No.

Definitivamente no son buenos chicos.

Pero quiero ir con ellos...

—Mike —dice el primero. Tiene el cabello rapado, buzo de cuello abierto que deja entrever un collar de tachas. Sus ojos son color marrón oscuro quizás, pero a todos creo vérselos enrojecidos.

—Brandon —dice el segundo. Lleva el cabello rapado solo a los costados, es el más musculoso de todos y su remera rasgada permite dar prueba de que es consciente de cuán sexi es.

A decir verdad... Eso no me atrae.

—Zach —conviene el último y es el de cabello más largo. Un tatuaje en su mano me llama la atención, es como una serpiente enroscándose por los dedos. Estoy segura de que en media hora olvidaré todos sus nombres.

Pero deberíamos irnos.

No me gusta su pinta ni la de nadie en este sitio.

Saco el celular de mi cartera y escribo: «¿Qué demonios crees que estamos haciendo? ¡Debemos irnos!».

Si se lo envió al celular de mi amiga es posible que no lo perciba por lo que decido pasarle mi Smartphone. Ella, antes de leerlo, presta atención a nuestro conocido de la biblioteca:

—Charlie —conviene—. ¿Y ustedes?

El muchacho se frota las manos y llama mi atención ver que en la zona del antebrazo lleva tatuado un triángulo recto. Este no es invertido como el de Theodore sino con la cúspide hacia arriba.

—Verás, yo... —murmuro sin estar segura de que sea muy buena decisión el hecho de darles a conocer mi identidad. Sin embargo, la mirada de Charlie me transmite mucha más confianza que todos los cuasi criminales con los que me he cruzado desde que llegué a esta fiesta clandestina (o Crazy)—. Soy Tracy —logro articular por fin.

Él sonríe y, a continuación, su mirada va dirigida a mi amiga como si le otorgase el turno para hablar:

—Lottie —responde también—. En realidad me llamo Charlotte pero me dicen Lottie. Es mucho más amigable.

—Nombres demasiado sensibles —añade Sr. Músculos. O ¿Brandon?

—Verdad —coincide Zach—, pero basta con verlas para conocer su valentía por el hecho de llegar a esta pequeña caverna. Se van a divertir.

¿Pequeña?

—¿Es su primera Crazy? —añade Brandon y junta sus musculosos brazos al unir las manos en su cuello. Noto que en un antebrazo lleva también un triángulo en punta. ¿Qué demonios significa eso?

—Sí —admito con cierta timidez.

Mike le da una pitada a un cigarro de marihuana y nos lo pasa. Hasta el momento ha permanecido en silencio pero me gustaría que también estuviera inmóvil.

—No fuman —dice Charlie.

Los otros largan una carcajada pero finalmente aparentan expresar respeto por no querer llenar de humo mis pulmones pese a que ellos lo hagan con tanto placer.

—Eso explica por qué no las vi antes por este sitio —añade Zach y de manera extraña no puedo dejar de ver la serpiente en su brazo cada vez que lo mueve.

Estoy segura de que en el reverso también lleva ese triángulo al estilo *Illuminati*.

Su significado sigue generándome dudas.

—No solemos salir mucho a fiestas, pero encantadas de conocerlos —explica Lottie.

Mmm, no coincido mucho con su postura, aunque dejo que siga hablando de todas maneras. Sobre todo porque, encima de la cabeza de Charlie, soy capaz de distinguir a unos metros unas tantas caras llamativas: Neo, Theodore y otro grupo hablando, señalando de vez en cuando hacia nuestra dirección con sus miradas.

Todos, incluidos los hombres, llevan un leve delineado al borde de los ojos que intensifica su gesto de ira.

Lo que más miedo genera en mi interior es la mirada de Neo, dos tintes negros como el carbón.

Por un ligero instante, desvío mis ojos intentando escapar de los suyos, hasta que encuentro debajo de su oreja izquierda un triángulo invertido que hace encoger mi corazón.

Ellos son los del signo contrario.

Algo estoy haciendo mal.

Clavo mis uñas en el sofá sin poder quitar mi gesto intimidado del resto de los sujetos. Incluso dos muchachas están señalando en nuestra dirección. Algo cuchichean por encima del rock que se oye por el altoparlante.

¡Boom!

Un estallido logra sacarme de este callejón oscuro...

El disparo viene desde el patio.

Cuando caigo en mis cinco sentidos, ya hay gente gritando.

Lottie y yo corremos hacia el exterior de la casa. Aunque alguien detiene bruscamente nuestro escape.

—Dijiste que se irían —me recrimina Theodore con un grito.

—Eso hacemos —le aseguro.

Todos corren hacia afuera eufóricos y lo que más llama mi atención es que no están asustados, por el contrario, ¿qué les causa tanta gracia?

Una sirena de policía termina por intensificar la adrenalina. Sin embargo, Lottie me despabila y miramos a Charlie, quien nos hace un gesto para irnos con ellos en un coche descapotable que está estacionado en diagonal sobre el césped.

—Tomen un taxi —advierte Theodore, dirigiendo sus ojos grises esta vez también a mi amiga—. Y no vuelvan. No vayan con ellos.

Finalmente, una muchacha con un aro en los labios y cabello verde lo toma de una mano. Eso me enoja y soy incapaz de hacer oídos sordos a las advertencias.

—No son malos muchachos —me dice Lottie.

Mmm.

Quizás ese es el problema.

Un chico con camisa de jean y máscara de tigre pasa corriendo delante de nosotras e ingresa en la casa de nuevo.

Parece ser que las cosas recién empiezan a ponerse buenas.

Aunque la luz azul de un patrullero ya nos ilumina el rostro.

—¿Qué haces aquí? —me intercepta Theo de manera insistente. Se ve que lo de andar gritando a la distancia para dar órdenes no es lo suyo—: ¿No te dije que debían irse?

Su mano ahora me está tomando con firmeza el brazo pero sin llegar al punto de hacerme daño.

—¡Quita...! —me suelto antes de decir «tus asquerosas y sensuales garras de mí», pero me detengo.

No sé a dónde dirigir la mirada. Escapo a sus ojos grises hasta el lobo en su tatuaje.

—Eso hacemos —se interpone Lottie—. Nos vamos.

Mientras nos alejamos, miro nuevamente el hipnótico triángulo invertido de su brazo. ¿Qué demonios es eso? Neo lo tiene. Su grupo de pares también. Creo que también quiero tenerlo... Pero Charlie y sus amigos, que nos esperan, no lo llevan invertido sino recto. Y por sus miradas, parecen no llevarse muy bien ambos grupos. Desconozco qué harán con nosotras estos muchachos, pero supongo que es preferible a que mi madre nos busque por la seccional de policía.

Theo me mira mientras nos vamos.

Su amiga de tatuajes y pelo verde intenta meterlo de nuevo a la casa.

Charlie nos espera.

Estoy escapando con el enemigo...

—¿Qué es el tatuaje? —les pregunto a los chicos que nos llevan en los asientos de adelante—. ¿Adónde vamos? ¿A qué se debe el triángulo?

No sabía que podía llegar a ser tan preguntona.

No suelo ser así... Por el contrario, tiendo a ser sumisa, tímida, introvertida, pero esta vez me ha superado la situación, nunca quise exponerme de esta manera. Perdóname, mamá, si esta noche no vuelvo a dormir a casa.

—¡Hey! —chilla Lottie, que va a mi lado y acerca sus labios a mi oído para susurrarme—. Deja de temblar.

Charlie, que va manejando, suelta una carcajada al igual que su amigo. Este último es quien me contesta:

—Calma, linda. De a una pregunta por vez.

—Perdón —murmuro.

—Las llevaremos a casa —me responde Charlie y comienza a acelerar.

Clavo las uñas en el asiento y una gota de sudor frío se desliza por mi espalda.

¿Acaso estoy dejando que un chico borracho y drogado defina el destino de mi vida?

Es sexi, secretamente intelectual y parece ser una persona muy consciente de sí, pero ahora mismo no se encuentra en condiciones para conducir. Estoy casi segura de que Theo tenía razón. Esto no es para mí.

—Cuando te haces un tatuaje —prosigue esta vez Mike con una sorprendente calma pese a que debemos estar duplicando la velocidad permitida—, tiene un significado muy personal. Pero si eres parte de Glorious debes llevar un triángulo recto y el animal que te define.

—¿Y si lo llevas invertido? —pregunto.

Charlie frena de golpe.

De no haber sido porque llevo el cinturón puesto, mi cabeza habría ido a parar contra el paragolpes, ya que voy sentada en el medio del asiento de atrás.

Lottie comienza a ponerse tensa.

—Eres un Bad Boy o una Bad Girl si llevas el símbolo prohibido. Por lo tanto, te violaríamos en este sitio para dejarte luego abandonada —responde Mike logrando que se me erice el vello de la nuca—. Pero como no eres de ese grupo, no te preocupes. Llegarás sana y salva a casa.

Ambos sonríen. Yo también lo hago, pero con mucha incomodidad, en un torpe intento por parecer simpática.

—¿Por esta avenida? —pregunta Charlie retomando la marcha.

—Ajá —responde mi amiga y suelto un suspiro al reconocer la familiaridad del vecindario.

Lottie entra a su casa (a menos de doscientos metros de mi domicilio) y me envía un mensaje en cuanto está dentro para dejarme tranquila:

«¡Qué rayos fue eso! La adrenalina fue excitante, pero la próxima prometo estar mejor informada sobre las fiestas a las que te llevo. Me voy a dormir, estoy muerta. Xx, Lot».

No entiendo la necesidad de firmar los mensajes cuando tengo su contacto en mi celular desde siempre. Gran particularidad de mi amiga.

Lo extraño (o aterrador) viene después: me escabullo hasta mi cuarto y lo primero que encuentro es un fibrón negro sobre el escritorio junto a mis libros.

Vamos, no es permanente.

Podría intentar, solo intentar... No será de por vida, después de todo.

Finalmente me sorprende destapando el fibrón, arrojándome a la cama y haciendo el dibujo en mi piel.

Todas las mañanas, mamá prepara el desayuno al ritmo de Slash.

Su estilo resulta una mezcla entre adolescente revolucionaria de los noventa y madre sobreprotectora de su única hija: yo. Ocurre que quedé embarazada de mí cuando tenía diecisiete y el tipo que debería ser mi padre la abandonó.

Nos abandonó.

Fue mi abuelo quien se hizo cargo de representar una figura paterna, al menos hasta que cumplí los doce. Mi abuela Jenny también hizo lo suyo, claro.

Viví mi infancia en casa de los padres de mi madre, las dos juntas bajo la tutela de ellos, mientras mamá estudiaba Ciencias Contables; hoy es una administrativa de grandes ejecutivos en la ciudad. Siempre tengo presente que en el pasado fueron muchos años de vivir con lo justo y necesario, con una economía que nos hizo sufrir y recién cuando cumplí los doce pudimos comprar la casa donde vivimos actualmente.

Hoy tengo la misma edad que ella cuando quedó embarazada de mí (destaco la fabulosa noticia de que queda poco para que alcance la mayoría de edad).

No es muy grande ni es el mejor vecindario, pero sí el lugar donde conocí a mi primer y actual mejor amiga: Charlotte.

—Buenos días, linda —me saluda Roxan (alias mami) mientras gira en la sartén unas masas. Hay miel, harina, aceite y platos en la mesada—. ¿Tienes sed?

Correspondo a su saludo y niego con la cabeza:

—Para nada.

—¿Te duele la cabeza?

—Algo. Es normal luego de haber dormido menos de cuatro horas.

Aunque otro motivo es que soñé con chicos, tatuajes y humo.

Un momento... Cierto que eso no fue un sueño.

—Entonces no tienes resaca; estoy orgullosa de ti —afirma y me dedica una sonrisa en su delicado rostro pálido en medio de una maraña de cabellos negros.

¿Acaso desconfía de mí?

Acto seguido me sirve unos deliciosos *waffles* con un aroma exquisito.

Pero mis caderas envían una señal de alarma a mi cabeza: *¿Estás loca? ¿Así quieres bajar de peso? A este ritmo, nunca lograrás ser una invitada decente en una fiesta.*

Hago el plato a un lado.

—Hoy no estoy muy hambrienta —miento—. Creo que solo comeré una manzana.

Mamá frunce el entrecejo.

No está de acuerdo con lo que digo pero es muy fácil obligar a comer a tu hija cuando tu vida ya está hecha, tienes pareja y una cintura ideal.

Perdón, mamá, pero no puedo.

Richard es su novio.

El gran premio, luego de seis sujetos que pasaron por la vida de mamá después de mi padre y ninguno valió la pena hasta que su director de tesis, seis años mayor que ella, decidió invitarla a cenar. Él no tiene hijos, están juntos hace más de una década y ambas cosas me gustan.

Alguna que otra vez hicieron mención de casarse pero lo cierto es que nunca le diré «papá».

Aunque tenga un hermoso Volvo y ahora mismo lo estacione frente a nuestro patio delantero.

Es domingo y suelen tener días de campo. Yo, por tanto, hace tiempo que dejé de acompañarlos en tales recreaciones.

—Que te diviertas —le digo a mi madre mostrándole una sonrisa mientras se acomoda las tiras de un vestido liviano a la cintura.

Entretanto, mi *app* de lectura en red anuncia en la pantalla de mi tablet que *Rosas para Jude* (la mejor novela de Internet que pudo haber en todos los tiempos) ha sido actualizada.

En verdad, estoy obsesionada con esta historia.

Estoy tirada en el sillón de la sala y la tablet se me cae en la cara cuando mamá me besa la frente antes de salir.

—No te quedes leyendo hasta tarde y estudia. Los exámenes finales están cerca —me recuerda antes de cerrar la puerta y suelto un suspiro.

En ese momento, llega un mensaje de Lottie y se me salen los cables de las orejas.

«¡Buenos días, Tray! Hemos sido agregadas a un grupo secreto en Facebook, ¡mira! Xx, Lot».

Me sobresalto y, antes de leer el texto, entro con prisa a la red social donde, entre pocas notificaciones (no es novedad), encuentro la que más me

exaspera: *Charlie Walk te ha agregado a Glorious.*

El corazón se me sube a la garganta. Sobre todo porque llevo un triángulo invertido dibujado con fibrón negro en el antebrazo.

Me prometí que este domingo estudiaría mucho, haría ejercicio y llamaría a Charlotte para que me invitara a socializar con sus amigas. Pero terminé leyendo novelas todo el día. Me preparé una torta de frambuesa y mientras seguía con *Rosas para Jude* tirada en el sofá de dos cuerpos, comiendo el delicioso postre, me quedé dormida recordando que hoy... iba a empezar la dieta.

Fui hasta la cocina para limpiar el desorden que había hecho y no se notara que estuve comiendo. No quiero que mamá ni nadie se entere.

Lavo algunos utensilios y me dirijo hasta el refrigerador para guardar la crema de leche; sin embargo, al cerrar la puerta, Theodore Landon me espera al otro lado, cruzado de brazos y apoyado en la mesada.

Me siento sumamente avergonzada, gorda y...

—Hola —me saluda.

—¿Cómo entraste? —es lo primero que me surge decir.

Él se encoge de hombros y gira el cuello hacia un costado.

El lobo en su tatuaje me observa con las fauces abiertas y los colmillos amenazantes.

—Vives en una linda casa, debes ser la niña más rica y mimada en la historia de las niñas más ricas y mimadas —me recrimina mientras se aparta de la mesada.

¡Él no sabe nada! ¡Mi madre y yo pasamos muchas penurias en una pensión de mala muerte para que podamos tener lo que tenemos hoy!

Quiero gritárselo y abofetearlo pero no me animo.

Ni una palabra sale de mi garganta.

Nada.

Él da un paso hacia adelante para acercarse a mí y me acorrala contra la pared que está detrás.

—¿Sabes lo que es una fiesta Crazy? —me pregunta mientras lleva una mano al cuello de su remera negra. La estira hasta romperla, permitiéndome ver sus pectorales bien marcados.

—Ehh... Sí, no, no lo sé... —contesto totalmente acalorada. Digo, anonadada.

Quiero gritar, llorar, salir corriendo, lo que sea. Pero no logro liberarme de

su mirada penetrante.

—¿Sabes lo que es un Bad Boy? —pregunta y rasga más la tela hasta exhibir unos abdominales asombrosos.

¿Por qué demonios tiene que tentarme de esta manera?

—No...

—¿Sabes lo que es un Glorious?

¿Alguien del grupo enemigo? No puedo contestar eso. No puedo ser tan obvia.

—¿Sabes lo que significa el triángulo? —insiste él y se acerca cada vez más dejando sus labios a una proximidad tal que siento el calor de su delicioso aliento impactar con los míos.

Sin embargo, esquiva mi boca y se acerca a mi oreja, donde susurra:

—Eres nuestra.

El bocinazo del Volvo de Richard me despierta.

Me sacudo en el sofá y tomo asiento para ver por la ventana. Ya anocheció y mamá está llegando a casa.

Uffffff.

Esa fue la primera vez que soñé con Theo...

Una hermosa pesadilla que me acercó a sus labios.

Acto seguido me convertí en una *stalker*.

Subí a mi habitación y pasé horas buscándolo en cuanta red social existe.

¡Y lo encontré!

Pero la privacidad en sus cuentas no me permite ver nada.

Al día siguiente, mientras vamos caminando a la escuela con Lottie, le cuento acerca mi sueño y ella suelta una carcajada.

—¿Te avergüenza ser parte de Glorious? —me pregunta.

—No es eso, sino que me dan miedo esos grupos.

—Vamos, es peligrosamente sexi formar parte —dice con su sonrisa amplia.

Me pasé la noche estudiando pero una buena cantidad de horas, lo admito, debatí conmigo misma qué tan arriesgado o atractivo es formar parte del triángulo recto.

El sonido del disparo en la fiesta y la sirena de policía me generaron temor en su momento, sin embargo, quisiera volver para saber qué ocurrió después.

O qué hubiera sucedido en caso de habernos quedado.

Lo cierto es que, entre página y página de mi libro de Biología, dibujé un triángulo invertido. Y por cada vez que sentí hambre, me llené el estómago con

agua del lavabo en el baño y me rayé con fibrón el antebrazo.

—Este viernes hay una fiesta —me dice Lottie cuando entramos.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo publicaron en Glorious. Muchos chicos te dieron la bienvenida. A ambas, en realidad. Creo que medio instituto sabe que somos parte.

—¡¿Qué?!

Saco mi celular tan exasperada para ver las publicaciones en Facebook que se me cae la carpeta con los apuntes de clase.

En eso, alguien pasa caminando y sus pies pisotean sin reparo las hojas en el suelo.

Summer y sus amigas siguen su camino.

—Ese grupo de tontas deberían pedirte disculpas por eso —me dice Lottie en voz baja.

Recuerdo a la rubia: fue quien puso los ojos en blanco cuando mi amiga intentó saludarla en la fiesta del sábado.

—Psst, mira —me susurra mientras estamos agachadas recogiendo y ordenando el montón de hojas desparramadas.

Observo en la dirección que me señala y todas las muchachas, tan populares en nuestra escuela, llevan un dibujo tatuado en sus tobillos:



—¿Tú crees que sean...? —empiezo, pero Lottie me interrumpe:

—No creo. Lo son.

Paso todo el fin de semana mirando los tatuajes de la gente. En algunos alumnos, encuentro el símbolo que busco y en otros incluso logro distinguir el animal que los caracteriza. Neo, por ejemplo, lleva el rostro de un puma tatuado en los bíceps.

Comparto algunas clases con este holgazán; reprueba exámenes, no hace las tareas y parece no importarle nada en absoluto.

Sin embargo, desde la fiesta, hay alguien a quien busco todo el tiempo en cada pasillo del instituto. Y lo encuentro... Para mi mala suerte, no compartimos ninguna clase.

Theo.

Desde que lo conocí, hay una fuerza que me empuja a querer encontrar cualquier motivo para verlo.

El martes lo cruzo (*me siento feliz en cuanto nuestras miradas se cruzan pero creo que él no me reconoce porque parece ignorarme*).

Miércoles no aparece (*me desespero, necesito hacer algo*).

Jueves tampoco (*nunca encontraré al amor de mi vida, nadie va a fijarse en mí, siempre estaré sola*).

Los viernes salgo antes de clases y aprovecho para meterme en la biblioteca del instituto a leer. Empiezo a estudiar algunas asignaturas, aunque luego de dos páginas saco mi celular y me escondo en una de las últimas mesas.

Veo a Charlie de espaldas leyendo un libro gordo, pero no sé si quiero seguir hablando con él luego del mensaje que leí anoche en Glorious:

«Tracy y Charlotte, les anunciamos que están invitadas a la fiesta de este viernes. Serán iniciadas en Glorious; solo deben llevar alcohol, velas negras y elegir el animal que las identifica. ¡Abrazos gloriosos!».

Me quieren tatuar y no quisiera imaginarme qué ocurriría si mamá se entera.

Me niego.

Rotundamente.

Aunque Lottie parece muy convencida de querer hacerlo.

Me pregunto si mi postura sería diferente si se tratara de ser una Bad Girl.

—Permiso —me dice un muchacho y toma asiento a mi lado, en el mismo

escritorio.

El olor a menta y tabaco me anuncia de quién se trata...

Miro a mi lado y encuentro a Theodore Landon tomando asiento sin siquiera preguntarme si puede usar la misma mesa que YO estoy ocupando.

Quedo totalmente muda.

Esta vez no se trata de un sueño, él está aquí.

Podría saludarlo o preguntarle qué está leyendo. En mi celular aparece una actualización de *Rosas para Jude*, sin embargo no puedo concentrarme en este nuevo capítulo teniendo semejando dios griego a mi lado.

Tengo que hablar con él, no puedo estar así. Necesito una manera de romper la tensión entre nosotros.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto y mi Tracy interior malvada le da una bofetada a mi Tracy interior tímida. ¿Pero cómo se me ocurre preguntarle qué hace en la biblioteca mientras está, precisamente, leyendo un libro?

Aunque tiene algo de sentido...

Entre tantas mesas vacías ¿justo tenía que elegir la del final? ¿Y la misma en la que yo estaba?

Él me responde sin despegar la vista de las páginas que lee:

—Perseguirte.

El vello de mi nuca se eriza y una explosión de mariposas se libera en mi interior. *Trata de mantener la calma, por favor.*

—¿P... por q... qué? —la pregunta hubiera salido mejor si no hubiera empezado a tartamudear.

—Si tú invades mi espacio, yo puedo invadir el tuyo.

¡¿Qué?! ¡Yo no invadí su espacio en absoluto! Es más, desde esa maldita fiesta únicamente lo había visto un par de veces en los pasillos y ¡de casualidad!

—Lo siento —murmuro.

Tracy Malvada vuelve a abofetear a Tracy Estúpida/Tímida. Incluso creo que la pateo por lo bajo mientras le afloja los dientes.

—¿Otra vez disculpándote por todo? —me pregunta Theo de un modo demandante.

Esta vez sí levanta los ojos para encontrarse con los míos.

Me encojo de hombros y la Tracy Malvada toma la iniciativa esta vez, debido a que la otra se encuentra noqueada en el suelo tratando de recomponerse.

—Ni siquiera sé por qué lo hago, Theo. Y te agradecería que dejes de

perseguirme —digo esta vez con más calma. Por lo menos, las palabras fluyen.

—¿«Theo»? —pregunta alterado después de que pronuncié su nombre—. Solo la gente cercana me llama de ese modo. ¿Por qué te tomas el atrevimiento de hacerlo tú?

Quiero hundirme en un pozo, pero Mi Yo Valiente vuelve a hablar:

—Es el nombre que llevas en tu cuenta de Facebook: Theo Landon.

—¿Estuviste revisando mi cuenta de Facebook?

Esta vez, Yo Completa quiero hundir la cabeza bajo tierra.

—Es... que...

—Basta —logra sacarme del aprieto—. A propósito, me enteré de que en la fiesta de esta noche, los... —se detiene y dirige su mirada a Charlie, que está a varios metros delante de nosotros en otra mesa, aunque parece no reparar en nuestra presencia—. En fin. Ellos iniciarán a dos nuevas chicas. Y algo me dice que tienes que ver en ello...

—Sí —afirmo. *¿Y qué?*

—No puedes hacerlo —dice clavando sus pupilas grises en las mías color verde—. Te prohibí volver a nuestras reuniones.

—¿Reuniones? —pregunto—. ¿No se llaman fiestas Crazy?

Pero la tensión da un giro inesperado:

—Yo también la leo —dice cambiando de tema mientras ve la portada de *Rosas para Jude* en mi celular.

—¿Un varón leyendo en Wattpad? —pregunto y, lejos de parecer un prejuicio, creo que mi tono equivale a «estoy locamente enamorada de ti».

No solo lee en la misma plataforma virtual que yo sino que es aún más sorprendente que leamos la MISMA novela... de romance.

Mierda.

—¿Eres gay? —las palabras salen de mi boca sin siquiera detenerme a pensarlas.

Pero ¿qué tiene de malo preguntarlo?

—No —dice riendo y sus mejillas adoptan un pequeño tono rosáceo—. Esa historia la escribe una amiga y me ha atrapado, sobre todo, porque está inspirada en la música de Gustavo Cerati.

—¿Una amiga tuya la escribe?! ¡¿Te gusta Cerati?! —pregunto casi exaltada, al borde de arrojar un grito a lo *fangirl*.

Siempre me sentí tan pasada de moda porque me gusta la música del ex Soda Stereo y ahora no soy la única. ¡Es genial! A decir verdad, es la *boyband* ORIGINAL que amo.

También soy una loca por 5SOS, 1D, Miley, Imagine Dragons, Meghan Trainor, pero Cerati es el ídolo máximo en mi lista de ídolos.

—Veo que a ti también —murmura y cierra su libro. Oh, no... se va.

Ambas Tracys lloran dentro de mí.

—Sí, me gusta... ¿Vas esta noche? —le pregunto con algo de timidez.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—¿Te gustaría verme ahí?

Su pregunta me toma desprevenida y él conoce la respuesta: sí.

No hace falta que diga la palabra; él esboza una media sonrisa y se pone de pie:

—Voy. Pero prométeme que no te tatuarás el triángulo...

—Lo prometo —digo y, bueno, ahora tengo una excusa para no hacerme el dibujo permanente en la piel.

No obstante, ya hay varios triángulos en mi antebrazo, bajo la manga de mi camisa.

—Espera —lo detengo antes de que se vaya sin saludar, como de costumbre—. ¿Puedo saber cuál es tu canción favorita de Cerati?

Pone los ojos en blanco y lo dice como si fuera una obviedad:

—«Puente». Te la dedico.

Estoy extasiada...

Y mientras se va, observo la portada de su libro:

Hombres que se convierten en pumas.

(Noche)



Anónimo.

De regreso a casa, escucho solo dos canciones en todo el camino: «Trátame suavemente» (mi favorita) y «Puente» (la suya).

Hay versos en la canción que no logro arrancarme de la cabeza mientras googleo el libro que Theo se llevó bajo el brazo.

Desordené

átomos tuyos

para hacerte aparecer.

Recuerdo el lobo con las fauces abiertas y los músculos de su cuello me roban una sonrisa.

*Arriba el sol,
abajo el reflejo
de cómo estalla mi alma.*

Sus ojos grises me intimidan pero quiero más. Me he vuelto una adicta a ellos.

*Ya estás aquí.
Y el paso que dimos
es causa y es efecto.*

Su sonrisa al escuchar mi tonta pregunta.
La fina línea de sus labios.
Es hermoso.

*Cruza al amor.
Yo cruzaré los dedos...*

Nunca tuve tanto interés en arreglarme el cabello como hoy.

Le secuestré algunos elementos a mi madre para intentar parecer una persona más acorde con la mayoría de las chicas de mi edad: iré a la fiesta que organiza Glorious y Theo estará ahí.

Mientras tomo las puntas de mi pelo y le hago ondas, escucho el timbre de casa y sé de quién se trata antes de que suba como un rayo y golpee la puerta de mi cuarto:

—¡Hooooooooiiiiis! —dice Lottie con una voz extremadamente chillona al otro lado de la puerta.

—¡Es tu casa! —le digo para que pueda entrar.

Y eso es casi una verdad.

Me siento tan cómoda con su familia como ella con la mía. Aunque no logro dejar de ser tan rígida cuando voy a visitarla, pero eso es historia aparte.

Charlotte entra a la habitación y se queda mirándome mientras intento que no se abran las puntas en mi pelo, clavada frente al espejo.

—¿De dónde sacaste esta... preciosura? —pregunta en relación a mi vestido.

Es negro, me llega hasta las rodillas pero se ciñe al cuerpo. Tiene bordados de encaje en el pecho y si bien no es muy escotado, sí es lo más abierto que me animo a ponerme... Por supuesto que la tienda de Marty's ofrece mucha más variedad, aunque esto fue lo que me gustó.

—Necesitaba algo nuevo. Entiende que nunca salí dos fines de semana seguidos de mi casa —le aseguro y no me siento para nada orgullosa de estar rompiendo la regla.

—¿Le pediste explícitamente a Martin que te diera algo así? ¿Más... atrevido?

Martin es el dueño de Marty's (valga la redundancia), una tienda de ropa y accesorios a donde solemos ir. Tiene solo tres años más que nosotras y es un aficionado a la moda y las ofertas. Nos aconseja muy bien en nuestra vestimenta.

Bueno, si bien mi estilo no coincide estrictamente con la palabra «MODA», respeta mi manera de ser.

Eso me gusta.

—¿Por qué no me llamaste para ver la ropa que te probabas? —se queja Charlotte y puede que tenga razón. Puede.

—Yo... No le veo precisamente algo interesante a eso de idolatrar la ropa. Además, Martin tiene buen gusto y NO me obliga a ponerme jeans apretados.

—Te aseguro que sus jeans más sueltos son más apretados que los tuyos.

—Bien, no me regañes —le pido como un cachorrito herido.

Ella suelta una risita y me observa mientras me peino el último mechón.

—No termina de convencerme —murmuro, pero Lottie hace una maravilla tan simple que jamás se me hubiera ocurrido a mí.

Toma mi pelo con ondas y lo tira hacia atrás, dejando mi cuello al descubierto.

—Matarás a Theodore —afirma en un tono seductor. Un poco burlón, conociéndola...

Me sonrojo y le doy un vistazo. He estado tan molesta con mi aspecto que no reparé en su blusa de algodón color rosa, shorts de jean, medias de red y zapatillas. Incluso lleva una cartera muy poco elegante colgada de su hombro.

—¿Desde cuándo eres tan informal para salir? —pregunto con los ojos abiertos de par en par.

—Las Glorious se visten así —me dice y toma mis maquillajes. Se retoca los labios frente al espejo y distingo que es solo un brillo demasiado discreto —. Además, quiero agradecerle a Charlie.

—¿Buscas ser una Glorious realmente?

Ella se encoge de hombros y, una vez que termina, junta los labios, hace una «o» y deja el maquillaje en su lugar.

—Para nada —ríe y se acomoda la cartera—. Pero quiero llamar la atención de mi chico. De todos modos, compré las velas negras.

—¿Te tatuarás? —le suelto y un nudo en mi garganta se libera.

—¿Por qué no? —me responde con otra pregunta y se acerca a la entrada de mi cuarto. Yo no avanzo—. ¿Qué ocurre?

—Lottie... No lo haré. No voy a tatuarme el triángulo recto de Glorious.

Luego de una acalorada discusión, terminamos por coincidir en que ninguna de las dos será iniciada en Glorious o Bad Boys, a menos que ambas lo decidamos.

Juntas.

No sabemos bien de qué se trata un grupo y otro...

Esta vez, el evento es en la misma casa y sigue mi intriga de cómo es que

continúan en pie estos eventos luego del caos en la fiesta anterior.

El disparo.

La policía.

La gente corriendo.

Ni hablar de las drogas, el alcohol y el descontrol... ¿Realmente esa era la mejor parte?

Lo cierto es que, a medida que avanzan las horas en estas fiestas, los chicos sexis se pasean cada vez con menos ropa.

Me sorprende que deambulen delante de nosotras, casi las mismas caras que la vez anterior, pero si no están presos y sus padres les permitieron volver es porque no fueron detenidos.

O se libraron muy bien de la multa.

—¡Tracy! —aúlla Lottie cuando llegamos al jardín delantero.

Mi corazón da un pequeño saltito ante el susto, pero frente a su llamado me detengo casi anestesiada. ¿Qué ocurre esta vez? ¿Se me rasgó el vestido? ¿Olvidé depilarme una pierna?

Nada de eso.

Por suerte.

Lottie se detiene a mitad de camino y señala mi brazo.

—Dijiste que no te...

Estuve toda la tarde escuchando la canción favorita de Theo y me dibujé una y otra vez el triángulo invertido en mi antebrazo.

Lo borré. Juro que en la ducha hice mi mejor esfuerzo por quitarme la tinta.

Pero... mierda. Hay un ▼ que se nota en mi brazo y no tuve la precaución de deshacerme de él.

—¿Por qué? —me pregunta tomándome la extremidad.

Todo se detiene cuando Charlie nos distingue desde unos metros... luego, corre en nuestra dirección.

Su voz resuena en mis oídos y es lo que a ambas nos deja sin aliento:

«Eres un Bad Boy o una Bad Girl si llevas el símbolo prohibido. Por lo tanto, te violaríamos en este sitio para dejarte luego abandonada».

Estoy advertida.

Tendré que esconderme de por vida... o ser una Glorious.

Bien hecho, Tracy. Ya empezó la fiesta.

Mi amiga sale disparada en dirección a Charlie para distraerlo y se lo lleva.

Por mi parte, me escabullo entre la gente hasta llegar a la casa.

Entro sola pero nadie repara en mí, a excepción de algunas miradas conocidas que se interesan en ver quién anda con tanta prisa.

La casa es grande pero las escaleras son vistosas y creo saber bien el camino para llegar hasta el baño donde Theo me limpió la bebida que su amigo me arrojó en la fiesta pasada.

Ahora debo acudir para limpiarme el triángulo invertido antes de ganarme una buena cantidad de enemigos... Que de todos modos sucederá en cuanto elija el bando al cual pertenecer.

Pero de momento no estoy segura.

Bad Boys o Glorious, dos estilos muy diferentes y aún no encuentro qué secretos encierra uno y otro.

Mientras me meto entre las personas, procuro que esta vez los vasos permanezcan fuera de mi alcance.

Necesito llegar inadvertida hasta arriba.

Por lo general, quienes suben a las habitaciones llevan por objetivo tener relaciones y es a horarios más extremos. No ahora, cuando todo recién comienza.

—¿Tracy?

La voz me sugiere que estoy en problemas.

Giro la cabeza hacia un costado y entre la gente distingo un rostro que resalta entre docenas de estudiantes casi borrachos.

Lo que más me sorprende es que su voz resuena en mi cabeza.

O bien, fue idea mía.

Pero una extraña sensación me anuncia a dónde debo mirar...

El lobo.

—Theo...

Me distingue y salgo corriendo escaleras arriba.

La música suena a un volumen muy alto y los bramidos me golpean el corazón.

Si Theodore ve que llevo el triángulo invertido de su grupo, realmente le

causará muchísima furia, ya que se habrá dado cuenta de que no hice caso a sus advertencias.

—¡¡¡TRACY!!!!

Su grito me pone la piel de gallina pero nadie más se asusta. Sale corriendo también en mi dirección aunque yo estoy a varios escalones de distancia: desde las escaleras veo que la gente baila con vasos plásticos de color rojo en sus manos y algunos con máscaras de animales, quienes retienen a Theodore sin permitirle avanzar.

Él sabía que yo iba a venir pero prometí que no me tatuaría el símbolo de Glorious. Y antes dije que no sería parte de esto, nunca más en mi vida.

El símbolo en mi antebrazo me delata y debo borrarlo así me lastime la piel. ¿Cómo demonios es que esto no salió?

Me meto en el pasillo del primer piso y, de momento, no se oyen gemidos tras las puertas ni sale gente borracha de las habitaciones, lo cual es estupendo.

Pero lo que no resulta tan genial es que... ¡No encuentro la maldita puerta que da entrada al baño! Son todas iguales y demasiadas para mi gusto.

Esta casa tiene más pinta de motel que de cálido hogar.

—¡Hey! —escucho el llamado junto a las pisadas.

Pero este no es Theo.

Miro hacia atrás y tirados en el suelo, apoyados contra una puerta, están Brandon y Zach sentados.

—¿Tienesd un pocog de bebidagd? —me pregunta Zach y el tatuaje de la serpiente enroscándose en los dedos de su mano me advierte que no me acerque.

—Por dios... —murmuro y la Tracy Tímida siente pena por este par de muchachos tirados en el suelo, tan solos y perdidos en sus propias adicciones.

Me producen miedo y quiero llorar pero la Tracy Valiente de mi interior toma por el brazo a la estupefacta Tracy apenada y las lleva hasta una escalera al final del pasillo.

Resulta que esto no es una... escalera normal. Sino que tiene pase al ático.

Zach se pone de pie y la serpiente parece apretarle cada vez más la mano.

No... son sus puños.

Los está presionando.

—¡¿Quéj dtienes ahí?! —brama mirando el dibujo.

¿Por qué el escándalo? ¿Acaso una no se puede hacer símbolos en la piel con total libertad?

Antes de que él me encuentre, subo por las escaleras.

Está absolutamente oscuro ahí arriba y el temor a encontrarme con una rata o una cucaracha es el menor de los peligros.

Finalmente, aguanto lo oscuro, el olor a humedad y el polvo, devuelvo la escalera al ático y cierro la portezuela antes de que Zach me atrape.

¡Mierda! Si me advirtieron que esto podría ocurrir, ¿cómo no lo supe ver antes?

Palpo el seguro y paso la traba en la portezuela. Pero es débil y supongo que al mínimo forcejeo cederá y estaré muerta.

Mi visión tiene todo negro delante, pero logro distinguir mediante el tacto algunos muebles, telas de araña y baúles macizos. Debe haber costado mucho subir estos elementos.

Son pesados y seguramente tuvieron su costo.

Pese a que trato de ir con cuidado, mi pie se apoya sobre una pelota que hace ruido apenas la toco y caigo de espaldas dándome un golpe en la cabeza contra uno de los baúles.

Oh...

Mis sentidos se anulan.

El entorno se desconecta.

No hay tiempo.

No hay fiesta.

No siento dolor siquiera...

No soy nada.

—¡Trac...!

¿Hola? ¿Quién anda ahí?

—¡Santo cielo! ¿Qué te...?

La voz parece oírse dentro de un túnel. Un lejano y profundo túnel.

—Estarás bien...

Algo me toma por los brazos y las piernas, y no ejerzo fuerza sobre mis extremidades. Solo dejo reposar mi rostro en un pecho firme que huele a menta y tabaco.

—Theo...

La palabra escapa de mis labios y me vuelvo a desvanecer.

El tacto es suave y la superficie blanda.

Mi cabeza se apoya en algo que parece ser un manojo de plumas, que me acarician el cuerpo y percibo muy placenteras.

Dejo que mi peso recaiga y me acomodo boca arriba, con los brazos extendidos y las piernas relajadas pero sin abrir los ojos.

No lo necesito...

Es deliciosa la sensación.

Quiero seguir así.

Pero una corriente de frío irrumpe en mi interior, logrando hacerme dudar sobre lo que pienso de seguir dormida...

Hasta que un rugido me obliga a despertar y me incorporo de un salto.

Miro a mi alrededor y descubro que estoy rodeada por árboles, oscuridad y hojas en el suelo donde he estado dormida.

No es mi habitación...

¿Cómo llegué hasta aquí?

¿Qué fue lo último que viví antes de caer dormida?

El ático.

Zach.

La serpiente en su mano...

Miro alrededor y no encuentro de dónde pudo venir el terrible rugido que me despertó.

Hasta que veo dos gemas brillantes en la oscuridad y el rugido vuelve a confirmarme que no estoy sola.

Me hago hacia atrás logrando apoyarme contra una roca enorme a mis espaldas, que me obtura el camino para salir corriendo en caso de que las cosas se compliquen...

Dicho y hecho.

El par de ojos que brillan se desprenden del montón de árboles y avanzan unos pocos pasos hasta que sus fauces y colmillos me aventuran de qué se trata.

Un lobo de pelaje gris oscuro en el lomo y blanco en su parte inferior se devela y el corazón me da un sacudón que me golpea en el pecho.

Nunca temí tanto por mi vida.

El animal se acerca y sigue rugiendo.

De espaldas contra la roca, retrocedo las manos para aferrarme y buscar una escapatoria, sin embargo termino por no encontrar nada y, sorprendida, me doy vuelta.

Ya no está la piedra enorme.

Sino Theo, que me toma por las muñecas y me obliga a girar.

—No te acerques a mí...

Ahora quita una de sus manos y la conduce hasta mi cuello, donde cierra sus dedos sin dejarme respirar.

Solo hay lágrimas que me empapan los ojos.

Pero pestañeo y quien tengo delante, esta vez, ya no es Theo sino Charlie, que clava sus ojos verdes como el musgo en los míos, temerosos, y dice:

—Puedo herirte más que nadie.

Y el lobo salta para atacarme.

—¡¡¡No!!!

Me despierto sobresaltada y con el corazón en un puño.

Mis sentidos se adaptan al nuevo espacio donde estoy. O, mejor dicho, las sensaciones se imponen, obligándome a aclimatarme:

Música a alto volumen.

Olor a alcohol, tabaco y marihuana.

Y un ligero aroma a menta.

Mis manos se cierran sobre las sábanas de la cama donde estoy y me sorprende lo grande y cómoda que es. Aunque desarreglada: el cubrecama violeta me tapa las piernas y las mantas blancas se vuelven deliciosas al tacto.

Son de seda. Esto debe costar una fortuna.

Delante tengo una TV LCD enorme y un videojuego conectado. Hay *joysticks* tirados en el suelo, pero además de esto y la cama donde permanezco, todo lo demás se ve impecable.

Es una habitación amplia; dos veces el tamaño de la mía. Un *gamer* parece dormir aquí.

A la izquierda, hay una puerta entreabierta que deja ver el ingreso al baño y, a mi derecha, encuentro toda una pared repleta con libros, un sofá y un escritorio bajo muy moderno.

Pero mis ojos se quedan paralizados frente a todos esos libros y títulos tanto modernos como clásicos que me envuelven de éxtasis.

Demonios, ¿qué hacen todas estas preciosuras en una casa de puercos que

solo aman las fiestas y el peligro?

Me levanto de la cama y observo los libros.

Tomo uno, leo la tapa y algo me llama la atención: «Un fenómeno de la red».

¿Ah, sí?

Leo otra línea.

«Pronto será llevado a la pantalla grande». Y otra. «Únete al fenómeno». «La blogósfera ha reseñado...».

Todos datos que me indican que el o la dueña de esta hermosa biblioteca es amante del mismo género que yo. Solo que esta persona lee en papel y por mi parte únicamente atesto mi celular de PDF y aplicaciones que me permitan leer siempre que tenga saldo o *megas* disponibles.

Sábanas de seda.

Libros caros.

Música.

Olor a tabaco y menta.

No puede ser...

Incluso, dos libros negros enormes de lomo cocido y tapa de cuero distraen mi foco de atención.

Tomo uno de ellos y leo su portada:

Hombres que se convierten en halcones.



(Día).

Anónimo.

Y el otro:

Hombres que se convierten en pumas.



(Noche).

Anónimo.

¿Qué rayos hace *él* con esto aquí...?

Alguien golpea la puerta y miro la cerradura. No tiene el seguro puesto pero sí la llave, así que dejo los libros en el suelo, corro y tomo la única solución que me permitiría encerrarme en caso de necesitarlo.

—¿Q... quién? —pregunto.

—¿Puedo pasar? —pregunta Theo.

Un revoltijo de mariposas explota en mi estómago y la sensación de cosquilleo es exquisita.

Abro la puerta un poco, de forma tal que solo mis ojos pueden verlo al otro lado: lleva puesta una musculosa negra rasgada en el cuello y las axilas, una cadena plateada cae sobre unos pectorales bien marcados y está apoyado con la palma de una mano al marco de la puerta.

—Claro —le contesto—. Es tu habitación.

Me hago a un lado y Theo entra, cerrando la puerta con seguro.

Mientras voy hasta su cama, quiero meterme las manos en los bolsillos traseros de mis jeans pero no los encuentro...

¿Acaso vine con jean? ¡No! ¡Con vestido!

Entonces... ¿cómo es que ahora llevo puestos estos pantalones?

Una alarma se enciende dentro de mí en cuanto tomo asiento en la cama y miro mi atuendo: llevo puesto un pijama demasiado grande.

Es suave y cómodo pero es de hombre.

Y huele a menta.

Esto... no... tiene que estar pasando...

—¡No te acerques! —le digo de repente y me pongo de pie. Corro hasta el otro lado de la cama y busco algo con lo cual pueda defenderme.

En eso, descubro al costado, sobre una silla, mi ropa doblada y sin arrugas, pero el problema no es eso sino que YO estoy SIN MI ropa.

En cambio, llevo puesto el pijama de un sujeto tan peligroso como atractivo.

Desconecto la lámpara sobre la mesa de luz junto a la cámara y me incorporo a la defensiva.

—No des un paso más —le advierto.

Él levanta las manos e intenta darle la vuelta a la cama lentamente, sin embargo mis pies descalzos se deslizan sobre la alfombra y giro mientras él hace lo mismo e intento que no se me acerque.

—Cálmate, Trais. No es lo que piensas... —me dice con calma.

¿Trais? Está borracho. Aunque no parezca que así sea, debe estarlo como

para atreverse a llamarme de ese modo.

¿Lottie? ¡Lottie! ¿Dónde está? ¡¡¡Se fue con Charlie!!!

—¿Qué hora es? —le pregunto. O mejor dicho, le exijo que me responda.

Sin duda, la Tracy Valiente ha tomado el frente mientras la Tracy Tímida se siente ultrajada y hecha un ovillo en un rincón de mi mente.

—Casi las cuatro —dice—. Te llevaré a casa.

Intenta acercarse más, dando la vuelta a la cama, pero me subo a la suya y cruzo al otro lado. Suerte que estoy descalza y su alfombra limpia, de lo contrario, sería una pena ensuciar tan lindas sábanas.

—¡LAS CUATRO! —aúllo—. ¿Dónde está mi amiga? —pregunto y sigo haciéndome hacia atrás.

Sin embargo, Theo ya no me mira, sino a los libros sobre el suelo.

—No debiste haber tocado eso —murmura.

—¡¡¡CONTESTA!!! —le exijo y una parte de mí (*ya sabemos cuál*) quiere disculparse por ser tan descortés; sin embargo, la Tracy Valiente le da una patada y la manda a dormir un rato.

—Yo... no lo sé, Tracy. Debemos salir a buscarla.

—¿Me tocaste? —le pregunto.

Él se encoge de hombros.

—¿Por qué me cambiaste la ropa?

—Te caíste y te diste un golpe en la cabeza. No te lastimaste pero podría haber sido peor.

—¿Eso justifica que me desvistieras? —le pregunto y en cierto modo estoy enojada conmigo por no haber estado dentro de mis cinco sentidos para disfrutar el momento en que me cambió el atuendo.

—Juro que no te toqué... No más de lo necesario. Tus partes íntimas siguen siendo tuyas y de nadie más.

Esboza una media sonrisa.

Se ha dado cuenta de que soy virgen.

Oh, vaya.

Okay, chicas como yo padecemos una situación muy extraña: es como si llevásemos un letrero enorme en nuestra cabeza que dice «¡HEY! ¡AQUÍ! ¡ALGUIEN QUE NUNCA HIZO EL AMOR!» pero mis mejillas arden y tengo unas ganas locas de echarme a llorar.

Creo que nunca me sentí tan humillada... Puede que no haya tenido esas intenciones precisamente pero no lo puedo evitar, me siento así y no puedo hacer nada en contra de eso.

Aunque el sonido de una sirena me despabila y caigo en la cuenta de lo que se trata: la policía.

Otra vez.

Theo abre los ojos de par en par y cambia su gesto a uno mucho más tenso:

—Bien, ha sido suficiente. Nos vamos.

Rápidamente da un salto sobre la cama y otro hasta donde yo estoy, me quita la lámpara y la arroja al suelo, pero no se rompe sino que se desarma.

Por suerte no se hace añicos, ya que sería una pena enorme que se arruine tan linda alfombra... ¿Eh? ¿Qué? ¿Acaso Traicy Correctonta se ha vuelto a despertar?

Theo me rodea con sus brazos y me inmoviliza.

Esta vez la Tracy Valiente intenta defenderse pero tanto una como la otra nos sentimos gustosas de que Theo nos sostenga con tanta firmeza.

—Nos vamos —dice.

—Pero mi amiga... —murmuro con un poco más de cordura.

—No hay tiempo. Está con Charlie Walk. Tú vienes conmigo —asegura y, dándome mayor libertad, rodea mis hombros con un brazo suyo y abre la puerta.

Pero en el pasillo nos detenemos.

La música se desvanece.

Desde arriba, en la escalera, vemos a los agentes entrar en la casa con las armas en alto y todo se detiene:

—¡POLICÍA! ¡LAS MANOS EN ALTO!

Me quedo paralizada en el instante en que Theo me habla muy bajo, al oído:

—No me tengas miedo. No ahora... Vienes conmigo.

—Confía en mí —me pide Theo. Pero en ese instante el mundo se ha convertido en algo terriblemente peligroso y no hay nadie en quien pueda confiar... más que en el muchacho que tengo frente a mí, con sus penetrantes ojos a la espera de mi respuesta.

Soy consciente de que no es lo correcto y aun así lo hago.

Afirmo con un simple «ajá» y a Theo le basta para tomarme de una mano y llevarme corriendo por el pasillo. Muchos otros salen corriendo en dirección a la policía.

—¿Por qué hacen eso? —le pregunto a Theo en relación a todos los que quieren vérselas con los agentes en lugar de escapar.

—Son temerarios —me responde él, lo cual no es nada nuevo: cae en lo obvio que los Bad Boys y los Glorious aman el peligro—. Y secuestran gente.

—¿Qué?!

Él se sonríe y antes de intentar soltarme de él, salir corriendo y pedir ayuda, caigo en la cuenta de que está bromeando.

Distingo que ingresamos nuevamente a su habitación, cierra la puerta con seguro y... abre la ventana.

—No voy a saltar —le aseguro.

—No vamos a hacerlo. Te matarías.

—¿Tú no? —le pregunto en modo retórico pero me sorprende su respuesta:

—No. Ahora toma tu ropa y vístete en el baño.

—Yo...

Me siento intimidada nuevamente por sus mandatos insoportables. Pero una pequeña parte de mí se siente feliz de responder con total sumisión a lo que él me dicta.

Tomo mi vestido y entro al baño.

Cuando paso el pestillo, tengo la ligera sensación de que va a saltar por la ventana e irse, dejándome sola. Escapará y luego mi madre irá a buscarme a una comisaría... Entonces estaré perdida. Pero esas fantasías se esfuman cuando me indica desde el otro lado de la puerta:

—Tienes veinte segundos.

Mierda.

Me visto lo más rápido que puedo y salgo del baño tratando de ponerme

los zapatos, arrojando a la vez el pijama de Theo sobre su cama. Y me da algo de pena.

Me gustaba tener puestas sus prendas. Son tan suaves y tienen su perfume tan particular...

Además, la ropa de hombre es lo suficientemente grande como para esconder en cierto modo las partes de mi cuerpo que provoca en la gente colocarme el rótulo de «gordita».

—Ven —indica Theo y caigo en la cuenta del desastre a nuestro alrededor.

Hay un armario bajo la TV frente a la cama que está hecho un desastre, pero mi mundo se descoloca en el instante en que miro por la ventana y distingo una escalera.

—¿Qué tal se te da escalar?

¡Tengo vértigo! Pero es solo un piso... ¿Qué tan malo podría ser?

—Yo bajo primero. Si caes, te atrapo —afirma y me viene una risa tonta—. ¿Qué ocurre?

—Al bajar, nos encontraremos con la policía. Además, si caigo sobre ti, no creo que puedas...

Ya basta. Cierro mi boca antes de espantarlo.

Me acerco a la ventana y Theo sostiene la escalera, que se inserta a unas estacas en el marco. Al parecer, todo está preparado y no es la primera vez que alguien se escapa por ahí.

—Iremos al garaje del patio de atrás. Mi motocicleta está escondida pero no tenemos mucho tiempo.

¿Motocicleta?

¡Nunca anduve en una! Menos llevando un vestido puesto... Y supongo que lo último en lo que estos chicos piensan es en un casco de seguridad.

—Permiso —me indica Theo, baja por la escalera y, antes de llegar a la mitad, salta y cae sobre sus piernas perfectamente flexionadas.

Escucho gritos afuera, disparos y... gente riendo.

Alguien parece estar divirtiéndose de un modo muy macabro allá afuera.

Una corriente de escalofríos me envuelve y Theo me grita desde abajo:

—¡Baja, Tracy! ¡No hay tiempo!

Bien.

El tiempo es ahora.

Mi turno...

Es cierto que no hay demasiada distancia pero, desde donde estoy, parece que la profundidad es cada vez mayor hasta llegar a la superficie.

Donde Theo me espera.

(Nunca antes pensé que un chico como Theodore Landon me estaría esperando en algún lugar... Bueno, en el sitio donde me romperé seguramente más de un hueso, pero me espera al fin).

Me sujeto del marco de la ventana y bajo las piernas.

Hay momentos en que mis talones se ven a la deriva y el corazón me golpea como un tambor en el pecho, pero opto por hacer caso omiso a esto y desciendo.

Cuando todo mi peso ya está sobre la escalera, noto cómo esta empieza a tensarse y, mientras más bajo, mayor es la sensación de inestabilidad.

Antes de llegar a la mitad, se tambalea y me quedo paralizada.

Las estacas.

Van a soltarse, estoy segura.

—¡Vamos, Tracy! ¡No pasa nada, solo sigue bajando! —me alienta Theo desde el final.

—¡No mires entre mis piernas! —le digo con la voz ahogada.

Respira. Respira hondo Tracy Smith y en cuanto te sientas preparada para seguir bajando, solo hazlo, ¿okay?

A la cuenta de tres.

Uno...

Dos...

Vuelvo a aferrarme a la soga gruesa con la que está hecha la escalera y sigo mi cometido pero, a más de un metro, mi mundo se vuelve a desestabilizar al bajar la mirada, ya que me encuentro con Theo tan cerca que seguramente debe haber estado mirando mi enorme trasero, lo cual es sumamente vergonzoso.

Siento que todo mi cuerpo arde, los ojos se llenan de lágrimas y me pongo tan nerviosa que termino en distracción pura.

Mi cabeza divaga, da vueltas...

Los pies resbalan, pierdo el equilibrio y mis manos se sueltan.

Pero cuando creo que ya es hora de darme un porrazo contra el suelo, Theo me sostiene envolviéndome en sus brazos, se tambalea hacia atrás y cae pero su cuerpo amortigua mi peso.

¡Oh, por Dios!

Me aparto, quedo de rodillas sobre el césped y él se apresura en ponerse nuevamente de pie.

—¡Perdóname! ¡Santo cielo, lo siento tanto! —me dice infinidad de veces. Pero soy yo quien debería disculparse ya que él es quien se ha llevado la peor

parte—. ¿Te duele algo?

—No... ¿y a ti? —solo me siento un poco mareada pero pasará.

—No, en serio. Lo siento muchísimo, Tracy —insiste y me tiende una mano.

Acepto su ayuda para levantarme y le respondo:

—Deja de disculparte.

—¿Ya ves lo molesto que es? —dice riendo y sé a qué se refiere.

¡Boom!

Un nuevo disparo se oye desde adentro de la casa y nos apresuramos en movernos.

Vamos lo más rápido que podemos hasta una especie de garaje abierto que hay tras una piscina con forma de «T» invertida y me siento una intrusa metiéndome en ese sitio.

Los escalofríos se apoderan de mí en cuanto distingo que hay gente entre los arbustos. ¿Qué demonios?

—No temas, son de los nuestros —asevera Theo.

¡¿Y por qué se esconden?!

«De los tuyos, querrás decir», pienso en responder pero me trago las palabras en cuanto descubre una motocicleta negra.

Quedo estupefacta.

Es enorme, alta, con manubrio rojo, al igual que algunos detalles en las partes de metal.

Mis conocimientos en coches y todo lo que ande sobre ruedas es nulo, por lo tanto no sé qué modelo es pero es uno realmente bonito. Pensar que andaré con Theo sobre esos asientos de cuero me desata un motón de mariposas en el estómago. Sé que la Tracy Sensible de mi interior está bailando un vals mientras vomita un arcoíris.

—Toma —dictamina al sacar un casco desde la estantería—. Póntelo y sube. No hay mucho tiempo.

Respondo a sus órdenes con una obediencia casi hipnótica y en cuanto ambos estamos arriba no sé dónde colocar las manos ni los pies. Él enciende el motor y me tambaleo. ¿Cómo mierda se hace esto? De nada sirve *Rosas para Jude* si, en el libro, el novio de la protagonista tiene coche.

—¡Tómame por la cintura! —ruge Theo por encima del motor—. ¡Y no me sueltes hasta que hayamos llegado!

No me da tiempo a pensar en su orden, cuando arranca y automáticamente me aferro a él.

La musculosa rasgada permite que acaricie perfectamente sus abdominales mientras sale a toda velocidad por el costado de la casa.

Me escapo. Nuevamente.

Estoy extasiada y... Amo tocarlo.

A veces me pregunto... ¿Qué sería del mundo sin la gente que decide correr riesgos? ¿Quiénes son los que realmente se atreven a ser felices?

Paso mi vida planificando las notas que quiero tener, el futuro que deseo, la educación que mi madre me inculcó, hasta mido de manera compulsiva la comida que ingiero, pero el fantasma de las calorías me persigue y lo único que hago es contar cuánto engorda una aceituna o una barrita de chocolate. Pero esta noche mi vida ha dado un vuelco.

He huido de una fiesta con el muchacho más sexi de todos, en su motocicleta, y no tengo idea de a dónde me lleva mientras subimos por una calle colina arriba, acompañados por las estrellas medio opacadas por los primeros rayos de luz de la mañana.

Puede que Theodore me esté llevando a un descampado para abusar de mí y dejarme a la deriva. Sin embargo, por algún motivo, quiero confiar en él.

Sé que no me hará nada que yo no desee.

Puede que a veces se comporte como un patán y me confunda terriblemente pero hay algo que conozco de primera mano: nadie quisiera coquetear abiertamente conmigo.

El mundo no está preparado para mí: una chica nerd, amante de las novelas de ficción y romántica empedernida, loca por las *boy bands*, *fics* y con un cuerpo que se aleja mucho de la delgadez típica que podría caracterizar a cualquier muchacha.

En fin. Esta soy yo y Theo me ha elegido para escapar.

Seguro no soy la primera con quien lo hace.

Pero sí la última...

Por ahora, claro.

—Bien, aquí estamos —dice Theo deteniendo la moto.

Debo quitar mis manos de su cintura aunque quiero seguir aferrada a él.

Me aparto, me saco el casco y él lo recibe. Lo deja colgando del manubrio y nos acercamos al acantilado frente a nosotros. Solo he visto este montón de rocas a lo lejos, desde la ciudad, pero... El cielo rosáceo que se alza con nubes esponjosas en nuestras cabezas desde tal altura es una experiencia que todos quisieran tener.

Lo terrible es que el clima no deja de insistir con que ya está amaneciendo.
Me aparto un poco de Theo y respiro el aire puro de la mañana.

Él permanece a unos pasos detrás de mí y lo observo por encima de un hombro. El viento sacude mi cabello con suavidad y debo colocármelo por detrás de una oreja:

—Gracias —le digo y dedico una sonrisa en su dirección, cual corresponde, y estallan mariposas en mi abdomen.

Él se acerca con las manos en los bolsillos delanteros de sus jeans y se incorpora a mi lado mientras vemos el amanecer. Lo cual solo había hecho antes con mi abuelo, cuando era pequeña y me llevaba a la playa en época de vacaciones.

—Bonito, ¿no? —murmura Theo.

Me abrazo los codos y respondo:

—Muy bonito —en eso, la Tracy con Agallas de mi interior toma la sartén por el mango y agrega—: pero ¿qué hacemos ahora? ¡Oh!

Me llevo una mano a la boca y deseo que me trague la tierra.

¿Yo dije eso?

Theo parece no verse venir la pregunta y responde:

—Esperar hasta que sea la hora en que quieras volver a tu casa.

Mierda. Mierda. Mierda. ¡Mamáaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Tanteo mi sostén y no encuentro mi celular (lo sé, no me juzguen, actualmente la moda nos niega bolsillos a las chicas para guardar nuestras pertenencias). Siento que me duele la cabeza, lo cual debe ser por el golpe que me di en el ático y me dificulta aún más pensar qué demonios hice con mi celular en cuanto llegué a la casa de Theo y todo su grupo de dementes.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Las seis y algo.

Oh, por Dios. Mamá nunca me dejó llegar a casa después de las cuatro o cinco. Va a asesinarme. En realidad pocas veces permanecí afuera hasta esta hora, excepto cuando me quedo a dormir en lo de Lottie.

Mi amiga... Siento pena por ella.

Y culpa.

Si algo le ocurrió, jamás podré perdonármelo.

Por otro lado, imagino que mi madre debe estar hecha una furia al no poder contactarse conmigo.

—Theo, perdí mi celular en tu casa —le explico, pero no me deja terminar.

—Podemos volver en una hora, cuando todo se haya calmado...

—No —lo interrumpo y me retracto—. No, o sea, sí. Digo, no es que no quiera volver a tu casa, solo que, bueno, sí quiero volver, digo ¡no!

Él suelta una carcajada y me mira directo a los ojos.

Da un suspiro y lo imito.

Ya... estoy calmada.

—Bien —digo mucho más cuerda—. Perdí mi celular en tu casa, seguro que fue cuando me arrojé por el muro. Pero después necesitaré que lo busques, ahora no. Por favor, llévame a mi casa. Mi madre debe estar como loca por no poder ponerse en contacto conmigo.

Está bien, me siento una estúpida por tener que acomodarme al permiso de mi madre.

—Okay —dice sin más y camina hasta su motocicleta.

Yo hago lo propio y me incorporo de costado en el asiento, sin intenciones de irnos aún.

—Pero antes —murmuro con algo de timidez y un cosquilleo me invade en la entrepierna cuando Theo se coloca delante de mí.

Está demasiado cerca.

No va a besarme. No va a besarme. No va a besarme. No va a besarme.
Intento convencerme hasta el momento en que finalmente logro hablar...

—¿Sí?

—Quisiera saber algunas cosas —le digo.

Él coloca los brazos a mi alrededor, apoyando las palmas con firmeza sobre el asiento.

No va a besarme.

No va a besarme.

—Yo... —busco las palabras pero sus labios definidos en medio de una barba incipiente me hacen divagar y mi mundo se tambalea—. Necesito saber qué es un Bad Boy.

—Es... un chico malo —dice acentuando cada sílaba y sus labios me hacen hiperventilar.

—Ya lo sé, solo que me refería al equipo, clan o lo que sea que tengan.

—No puedes saberlo.

—¿Por qué? —insisto.

Se acerca más.

Tanto que ya siento su aliento fresco a menta acariciándome el rostro.

No va a besarme.

—Porque —continúa—, de saberlo, tendrías que convertirte en una de

nosotros.

Quiero hacerlo.

—¿Hombres que se convierten en pumas? —le pregunto en relación al libro que vi en un par de ocasiones atrás.

—Eso no sería naturalmente posible —me contesta y su lengua se mueve muy sensual—. Somos una Legión.

—¿Legión? —pregunto y la voz se me corta ya que trago saliva.

Y se acerca más.

Su nariz está rozando la mía.

—Exacto —murmura—. ¿Alguna otra pregunta?

Para mi sorpresa, la Tracy Valiente toma las riendas del caballo, se apodera de todo y hace que mis labios pregunten lo indecible:

—¿Y por qué no me besas?

Desearía que la Tierra se abra y me trague. No puedo creer que mi idiotez y yo hemos suplicado, casi, por un beso.

¿Pero quién no suplicaría por un beso de Theo?

¡¡¡Ya!!!

Theo sonrío mientras intento calmar mis pensamientos.

Durante un incómodo segundo en que está lo suficientemente cerca como para que *lo haga*, se encienden todas mis alarmas al escuchar el ruido de una sirena de policía. El rostro de mi acompañante se ensombrece y termina por apartarse de mí.

Miro colina abajo y distingo, a varios kilómetros, la luz azul incandescente de dos patrulleros que rastrillan la zona.

—Nos vamos —masculla.

—Ajá —es todo lo que se me ocurre responder. Tomo el casco, hundo mi rostro en él y espero sentadita en la moto y bien ubicada a la espera de que Theo decida encender el motor y largarnos de este sitio.

No hay más.

Ni yo ni él nos animamos a decir una sola palabra hasta que nos marchamos.

¿Qué pasó en la fiesta? ¿Somos los únicos a quienes busca la policía?

Es una suerte que no haya dejado nada en la casa que pueda brindar datos sobre mi identidad.

A excepción del celular...

En cuanto Theodore detiene su motocicleta frente a mi domicilio, me bajo y le entrego su casco. Quedo un momento de pie frente a él y solo se me ocurre agradecerle por haberme sacado de la fiesta y devolverme adonde vivo.

—¿Puedes volver a tu casa? —le pregunto.

Creo que lo detendrán al verlo regresar.

—Por supuesto —me responde con mucha seguridad.

—¿No hay peligro?

—Para mí, no —sonríe.

—Entonces, ¿no estamos escapando de la ley?

Se encoge de hombros y la calma que lleva encima logra sorprenderme. ¿Cómo puede estar tan tranquilo si hasta hace unas horas el mundo conspiraba

en nuestra contra?

O nuestro favor: nunca pensé que tendría a un muchacho tan sensual como él cerca de mí. Pero de nada sirvió si todas las Tracys de mi interior lloran, patalean y hacen berrinche por un beso suyo.

—Calma, no hemos hecho nada ilegal —me asegura.

Y es cierto.

El alma me vuelve al cuerpo pero todo en mí se vuelve a alertar cuando escucho la puerta de mi casa abrirse de un golpe y mamá sale en bata, con una cara terrible, de no haber dormido nada.

Algo me dice que soy la culpable de eso... Tendré una buena reprimenda con Theo delante.

Santo cielo.

—¡Jovencita, son más de las siete de la mañana...! Oh —se detiene al reparar en quien tiene delante.

Es cierto, la presencia de Theodore Landon es imponente.

—Disculpe —le dice él y agrega—: No volverá a ocurrir.

—Eso espero —es todo lo que mi madre responde y Theo se coloca el casco. El alma se me cae a los pies, probablemente deseo que esto *sí vuelva a ocurrir*.

—Tengan ustedes una buena jornada —asevera, enciende el motor y se marcha.

En cuanto el rugido de la motocicleta se aleja, nos quedamos en silencio con mi madre y no me animo a mirarla a los ojos.

Entramos a la casa y tomo las escaleras.

Sé en qué está pensando mamá, a juzgar por su preocupación y silencio.

Estoy obligada a *decirlo* mientras estoy arriba de las escaleras:

—Mamá.

—Descuida. Solo sube y duerme un poco. Más tarde iremos a dar una bienvenida... Tenemos vecinos nuevos.

—Gracias, pero... —*demonios, solo dilo*— sigo siendo virgen.

Mis mejillas empiezan a arder y subo a tropezones hasta mi habitación. Me siento terriblemente avergonzada, pero soy consciente de que le he devuelto la calma.

Y llegué en el momento justo.

Porque de inmediato la pareja de mamá estacionó su auto en la puerta de casa.

Ella estuvo a punto de poner el grito en el cielo.

Cuando entro a mi cuarto, observo con excesivo cariño mi cama. Estoy molida pero hay algo que me llama aún más la atención: ocurre que el fibrón negro está sobre el cubrecama, sin capuchón y hay una nota pegada en la ventana de mi habitación.

No tiene firma.

Solo cuatro palabras que encienden todo mi interior:

«Tracy, me vuelves loco».

—¿Soy tan horrible? —le pregunto a Lottie. Se está peinando frente al espejo de mi cuarto y suelta una carcajada a raíz de mi atrevimiento.

—¡Claro que sí! —asegura.

Tomo asiento en mi cama y me abrazo las rodillas. Siento que soy pequeña e insignificante ante su altura, delgadez y simpatía.

Nunca seré como ella.

Debería ser amiga de Summer o de su grupo, solo está condenada a llevar una amistad conmigo debido a que nos conocemos hace años y vivimos cerca.

—¿Qué está mal conmigo? —le pregunto y me dejo caer de espaldas. Pero miro a un lado y me encuentro con Theodore recostado a mi lado, no lleva camisa y puedo verle su tatuaje del lobo. Hasta cada uno de sus músculos bien marcados.

—No voy a besarte —asevera.

—Tócame —le pido y un nudo se crea en mi interior.

Él solo suelta una carcajada, se pone de pie y abraza a Lottie.

No lo soporto.

No soy capaz de tolerarlo más.

Grito y despierto enredada entre las sábanas.

Luego de tomar una ducha y vestirme, bajo para almorzar (hoy no hay desayuno para mí).

Paso toda la comida escuchando los discursos del novio de mamá acerca de qué tan peligrosa es la noche, las drogas y los embarazos. Y a mamá contando su experiencia de *madre soltera adolescente*.

Finalmente, Richard se marcha.

El día de hoy, *Rosas para Jude* debería haber subido un capítulo pero no es así. Entonces me pongo a releer las últimas dos partes desde mi tablet, mientras una torta de frutas se cuece en el horno.

La historia es una versión contemporánea de *Orgullo y prejuicio*, que

lidera los rankings de ficción juvenil. Jude es una adolescente que se enamora de su nuevo compañero de clase, un adinerado idiota que intenta seducirla en secreto pero ella es tan orgullosa que nunca se rebajaría a enredarse con el presuntuoso de Darius. Aunque el mundo le diga que, si no consigue un novio pronto, morirá virgen y solterona.

Es una novela con la cual me identifico mucho y está inspirada en Austen, mi escritora favorita después de *Anniex1D*, la autora de *RPJ (Rosas para Jude, obvio)*.

—Lista la torta —dice mamá apareciendo con el recipiente en las manos.

Lo coloca dentro de una bolsa de plástico transparente y guardo mi dispositivo. Leer desde el celular es mucho más íntimo, lo extraño.

Mientras salimos de casa, ella me habla:

—No me gusta mucho ese muchacho... Pero si es a quien eliges y no te hace daño ni te deja embarazada, empezaré a considerar la opción de tener que aceptarlo. De todas maneras, con el tiempo te darás cuenta de qué es lo que te conviene.

¿Lo que me conviene? ¿Y qué con eso?

Mmm, nunca hay secretos entre nosotras pero, de momento, elijo no contestar.

Mamá conoció a mi novio, quien en verdad no lo es, pero me atrae la idea de que piense que sí.

—¿Cómo se llama? —insiste.

—Ufff... Theodore. Pero le dicen Theo.

Llegamos a la casa de al lado y tocamos el timbre. Mientras esperamos a ser atendidos, nuestra breve charla sigue:

—Si me hace daño, serás la primera en enterarte.

—Me gusta eso. Por cierto, hija, en dos semanas saldré de viaje con Richard. ¿Quieres venir con nosotros?

¿Y perderme la casa sola?

Oh, cielos, nunca creí que estaría pensando en eso.

Pero antes de contestar, la puerta de la casa de los vecinos se abre y la persona que nos recibe esboza una enorme sonrisa al verme.

Este muchacho.

Piel pálida, cabello castaño, alto, ojos verdes.

Mi vecino es...

—¿Charlie?

—¡Tracy!

Charlie se abalanza hacia mí para abrazarme y me levanta. ¿Qué le pasa?

Bueno, admito que me pone contenta que alguien tan agradable como él sea mi vecino nuevo. Sobre todo, me gusta poder verlo ya que me brinda un leve indicio de que está vivo. No supe nada desde que desapareció con Lottie.

—¡Wow! —dice mamá—. Veo que se conocen.

—Sí, señora —interviene él y estrecha la mano de mi madre. Ella lo mira con desconfianza.

—¿Tus padres o algún adulto responsable vive en esta casa? —le pregunta y me preocupo de que le parezca desagradable.

Él, por el contrario, responde sin quitar la risita de sus labios:

—¡Sí, claro! Pasen a la sala, tomen asiento —dice muy atento. Acto seguido, entramos mientras él sale con prisa y las ondas de su cabello ondulado se sacuden a cada paso.

Las casas de este vecindario son relativamente idénticas. Con grandes espacios pero de pocas habitaciones: en la planta baja está la sala y a un costado la escalera; detrás, la cocina y un baño. En la planta alta, las habitaciones y otro baño. Para mí, estas dimensiones están bien aunque es demasiado pequeña para el tamaño de la casa de Theo y sus amigos.

Es lo que a cada uno le toca, supongo.

Mientras esperamos sentadas en el sofá, mamá deja la torta en una mesita ratona y, a juzgar por su gesto, creo que está algo molesta o confundida.

—Nunca has tenido amigos hombres —me acusa y trago saliva.

¿Charlie es mi amigo?

—Tampoco has tenido un novio tan...

¿Musculoso?

Hace tiempo estuve “de novia” con un genio (o nerd) de la escuela. No me tocaba, sus besos nunca eran con la boca abierta y nos veíamos solo en dos contextos: la escuela y mi casa los fines de semana. Veíamos películas *online*, con mamá de por medio y, a decir verdad, eso parecía no molestarle.

Yo sí me sentía algo frustrada.

Era como si todo lo sexual o el mínimo gesto de cariño le produjese fobia.

Por suerte, lo aceptaron en una academia para superdotados y desapareció

de mi vida.

Aunque nunca cortamos la relación formalmente, es obvio que desde el semestre pasado, al no vernos, la relación se terminó. Apenas nos comunicamos por algunas redes sociales, pero todo llegó a un punto en que ni eso siquiera. Es más, desde antes de conocer a Theo que no comparto ni un «hola» con Dante.

Me gustaba su nombre. Me recordaba a Darius de *Rosas para Jude*, aunque... en nada se parecen. Solo en que ambos son dos ingleses refinados.

—... pensé que tu próximo novio se parecería más a tu ex, cariño — prosigue mamá—. No lo sé, perdona. No quiero entrometerme en tu vida, es solo que has cambiado tanto.

Oh, sí. Discúlpame por ser una adolescente.

No, mamá. No diré eso.

—Descuida —es todo lo que respondo y unos pasos bajando la escalera nos distraen.

Giro para saludar. De pronto, se despierta en mis entrañas una ligera sensación de odio que se exterioriza al notar la persona que aparece delante de nosotras:

—¿Tú? —dice.

—¿Neo?

Resulta que Charlie es el hermano del desagradable e imprudente de Neo, el mejor amigo de Theodore. Todavía recuerdo cuando me arrojó la bebida encima y me dijo «gordita».

Imbécil.

A propósito, se odian.

Eso explica que Neo y Charlie Walk sean de dos bandos enemigos: el primero un Bad Boy y el segundo, un Glorious.

Ambos llegaron a este barrio con sus padres: dos abogados que permanecen poco tiempo en casa pero hoy están, debido a que es fin de semana y no trabajan.

Nos reciben con calidez y eso me gusta. Charlie es más parecido a ellos, es el único de los dos que ha heredado la dulzura de la familia Walk.

Aunque toda su animosidad se disipa al relacionarse con personas del equipo adverso.

Mientras desayunamos café con la torta de frutas en la sala, mi amigo se dirige a la cocina a buscar agua fresca y voy tras él.

—Hey —lo detengo cuando ya estamos lo suficientemente apartados—.

Tienes que decirme qué ocurrió con Charlotte.

—Lo mismo quiere saber ella de ti —me contesta—. Pero al verte, le envié un chat para avisarle que estás a salvo. Dice que no le has respondido un solo mensaje.

—Es que perdí mi celular —le explico y al saber que Lottie se encuentra bien, logro quitarme un enorme peso de encima—. No sabes cuánto me alegra que haya estado contigo, de lo contrario no sé qué hubiera ocurrido.

—Descuida, ella está bien en nuestro grupo.

Sus palabras son como una cuchilla de enorme filo que me pone en alerta.

—¿Lottie se tatuó?

—No, Tracy. Todavía no... Te estamos esperando a ti.

El día domingo pasa sin sobresaltos importantes, a excepción de que me reúno con Lottie y me cuenta qué tan especial es Glorious, cuán atractivos son los chicos y lo sexi que es Charlie.

Nada de mi interés.

Me cuenta que él la devolvió a su casa temprano, no llegó a ver la nueva llegada de los policías y cada vez que saca a colación la idea de unirme al grupo del triángulo recto me queda solo la opción de negarme bajo todo concepto a tatuarme.

—Vamos —insiste ella—. ¡Si te encanta dibujarte los brazos! Hasta se te confundió el triángulo el día de la fiesta. ¡Lo hiciste invertido!

Ella suelta una carcajada y disimulo que también me cause gracia ese «descuido».

—Es que lo hice mirándome a mí, ¡qué tonta!

Ja ja ja...

No es que no me causa la menor gracia.

Y ahora mismo estoy en problemas.

El lunes llevo conmigo la nota que Theo escribió y pegó en la ventana de mi habitación. No tengo idea de cómo hizo para meterse ahí pero violó mi privacidad y no estoy para nada de acuerdo con eso.

Me lo cruzo un par de veces pero no me saluda. Solo nos miramos, me sostiene la mirada un segundo y desaparece. Mientras tanto, me odio por no animarme a hablar con él. Pero él tampoco lo hace.

Si lo avergüenzo tendrá que soportarme frente a sus amigos, del mismo modo que me coquetea cuando estamos solos.

No quiero arruinar su reputación pero tendrá que soportar sus intentos de seducir a una chica «gordita». Le gusto así y tendrá que enfrentar con valentía las consecuencias.

En la hora del almuerzo, lo encuentro en la cafetería junto a todo su grupo de amigos con el triángulo invertido y me armo de valor para salir de la mesa del Club de Aritmética donde formamos parte con Lottie y me dirijo hasta su lugar.

Sus amigos están riendo a carcajadas pero en cuanto me ven llegar se quedan en silencio y me miran.

Las palabras no salen de mi boca, pero le dejo el papel en la mesa.

—¿Q... qué tienes para decirme al respecto? —lo reprendo, tomándolo por sorpresa.

—¿«Tracy, me vuelves loco»? —lee y su tono de pregunta me despierta ira. Se está haciendo el desentendido.

—¡N... no te hagas...! ¡Lo encontré al regresar de la fiesta el otro día! ¡Estaba en mi habitación!

Theo se pone de pie, me toma de un brazo y me lleva hasta el patio de afuera.

Está serio. Ha perdido todos sus ánimos de seducción...

La he cagado.

—Tracy —me dice una vez que estamos lo suficientemente alejados—. Esa noche estuvimos juntos. Ni sabía dónde vives hasta el momento que me indicaste cómo llegar mientras te devolvía a tu propia casa.

—Entonces...

—Yo no he escrito nada.

En ese instante, la Tracy Tímida toma un lanzallamas y amenaza a la Tracy Valiente por la estupidez de enfrentar a Theodore. Y acusarlo de algo que no hizo.

Tiene razón en todo.

Soy yo quien está equivocada.

Theo toma la nota y la cierra en su puño.

La bronca que lleva encima marca unas venas moradas en su cuello que me generan una mezcla de miedo y adrenalina.

—Descuida —dice antes de irse—. Encontraré al que escribió esto... Y no será para algo bueno.

Las clases durante la semana pasan lentas y dolorosas. Sobre todo porque no puedo dejar de buscar motivos para cruzarme a Theo: su única señal es que el celular que olvidé en su casa aparece en mi mochila luego de la clase de Cálculo.

Lo tuve antes de compañero en algunas asignaturas (pocas), sin embargo, jamás me llamaron la atención los chicos lindos, tatuados y con cara de malos, ya que nunca creí que algo así me pasaría. Que alguien como él se fijara en mí...

Lo peor es que no sé si lo hace en secreto. Me confunde su manera de seducirme e ignorarme, pero lo deseo y mi corazón necesita estar con él.

Aunque mamá me prohibió salir a fiestas durante un mes.

Esa es la parte que más me frustra.

Está bien, me lo gané, no debería haber vuelto tan tarde la noche del fin de semana pasado, sin embargo, sin fiestas no tendré ya excusas para tener otro intenso encuentro con él.

El miércoles mi perspectiva da un giro interesante.

Mientras espero el almuerzo con Lottie y una chica del Club de Lectura, distingo un anuncio pegado en la cafetería que nunca creí que podría llamarme la atención.

Hasta ahora.

*Clases de boxeo femenino:
Entrenamiento intenso y PERSONALIZADO.
Entrenador: Theodore Landon*

Es los viernes en horario de tarde-noche.

Para ser exacta, a la salida del instituto.

Me pregunto hace cuánto tiempo que Theo da clases de boxeo y desde hace cuánto lo practica él mismo. ¿Se habrá dado golpes duros? ¿Con qué necesidad debe practicar algo tan arriesgado como eso? ¿CON QUÉ NECESIDAD LO ENSEÑA A MUJERES?

De todos modos lo haré.

Mientras vuelvo a mi casa, escuchando «Juegos de seducción» por los

auriculares, debato conmigo misma de qué modo le explicaré a mamá que no solo tengo amigos varones, ahora frecuento fiestas, vuelvo tarde a casa y salgo con chicos rudos, sino que también quiero tomar clases de boxeo.

Mientras mantenga mis notas en un buen estado académico, supongo que seguiré siendo una buena hija.

¿O no?

Llego a casa muerta de hambre, pero mamá aún no está aquí.

Me dirijo hasta el refri en busca de un yogur de bajas calorías, pero me encuentro con una nota pegada en la puerta. Es mamá.

«Hoy saldré tarde del estudio y Richard me ha invitado a cenar para relajarme luego del arduo trabajo. Te quiero. Tienes sopa de pollo en la heladera».

Oh, sí, un hurra por mamá que me deja sopa de pollo.

Solo busco yogur, una manzana y subo a mi habitación.

Una adolescente normal sacaría provecho de mi estilo de vida solitaria y llamaría a su novio cada vez que sus padres salen de casa.

Pero no soy como las demás. No soy normal: tengo dos novios. Ambos ficticios.

Uno es el protagonista de mi novela favorita (oh, Darius, te amo). Y el otro, un psicópata que me devuelve tarde a casa.

El ensueño se termina pronto escaleras arriba. Antes de abrir la puerta de mi cuarto, escucho música que hace vibrar las paredes y mi corazón se encoge.

Abro y distingo que el ruido proviene desde afuera, en casa de los vecinos.

Dejo el yogur y la fruta sobre mi escritorio, junto a la PC portátil y camino hasta el alféizar.

Abro la cortina y resulta que mi ventana da directo con la de Charlie, mi nuevo vecino, quien está haciendo ejercicio en su habitación sin precaución de cerrar las cortinas.

A la derecha, distingo la ventana de Neo, quien también está con música a todo volumen, colgado de un fierro del cual sube y baja ejercitando los bíceps. Pero el cuadro interesante está realmente delante de mí.

En Charlie.

Está sudado, sin remera, con un pantalón corto y guantes puestos, golpeando una bolsa de boxeo en frente.

Me siento hiperventilar y no puedo apartarme del vidrio.

Las Tracy de mi interior se embriagan y se abrazan en gesto de victoria mientras vemos los tatuajes de Charlie esculpidos en su cuello, pecho, abdomen y bíceps.

Lleva un halcón enorme tatuado en el torso, con las alas extendidas y las garras flexionadas en posición de ataque.

Pero las gotas de sudor cayéndole por la piel me provocan una explosión de arcoíris que me sale por la boca, las narices y los ojos mientras disfruto del espectáculo.

Hasta que Charlie repara en mí y ya es demasiado tarde para esconderme.

Charlie me penetra con la mirada. No hace falta que me toque para provocarme un cosquilleo en la entrepierna. Solo verlo sin remera y transpirado, con los guantes de boxeo y los tatuajes a vivo color, me produce una sensación extraña. Apenas sus ojos se clavan en mí, las Tracys de mi interior repiten que me arroje por la ventana pero no puedo hacerlo.

Tiene cara de malo...

Se acerca al borde.

Apaga su música, avanza unos pasos y corre un poco el vidrio.

Me sonrío... ¡Dios santo!

Sus dientes bien marcados, la luz en sus ojos, su expresión demostrándome simpatía.

—Ho... ¡Hola! —digo. Y de inmediato me pregunto si hice bien en saludarlo.

Después de todo, no parece molestarle que haya estado espiándolo.

—¡Tracy! —corresponde él—. ¡Qué casualidad encontrarte de nuevo por este medio!

—S... ¡Sí!

Cuando siento que me quedo sin palabras para seguirle hablando, Neo se acerca desde la ventana del costado y saca parte de su torso para gritarme:

—¡*Voyeur!* —y se mete de nuevo, cerrando la cortina de su habitación.

Pfff, como si lo hubiese estado espiando a él.

Me indigno, aunque la vergüenza explota desde mi pecho hasta apoderarse de cada una de mis terminaciones nerviosas.

—¡No le hagas caso! —me dice Charlie y no tengo idea de cómo continuar la conversación.

Supongo que pocas veces en mi vida he tenido charlas tan vergonzosas como esta.

—¿Te sientes bien? —me pregunta.

—¡Mojada!

—¿Qué?

¿Qué?

La palabra sale de mis labios antes de que pueda ser capaz de pensar dos veces lo que realmente debo decir.

Pero ya es tarde y no me queda otra que escapar cuanto antes de ahí:

—¡Que tengo sueño! —simulo muy mal un bostezo mientras sostengo el borde de la ventana y agrego—: ¡Me estaba por ir! Oh... ¡qué cansada me siento! ¡Adiós!

Y cierro de un golpe.

Una vez que me siento de nuevo protegida entre las cuatro paredes mi cuarto, me arrojo al suelo y pido a la Madre Tierra que abra las fauces para recibirme y sepultarme. Aunque esta señora no me oye y sigo sobre la alfombra de mi cuarto con el rostro hundido entre las rodillas. Definitivamente, no podré volver a mirar a la cara a Charlie. Hasta que escucho de nuevo su voz desde afuera:

—¡Buenas noches!

¿Sigue ahí?

Levanto apenas la mirada y, desde la parte de abajo, distingo por un bordecito cómo Charlie se resigna a que no volveré a salir y se mete también en su cuarto.

Él no es de esas personas que se ríen de otras, sino más bien cortés, pero esta vez hice algo tan humillante como estúpido.

¡Justo con él!

Aunque podría haber sido peor.

Al menos Charlie tiende más a la caballerosidad.

En caso de tratarse de Theo, él se hubiera enojado o me molestaría hasta el último día de mi vida...

Lo extraño es que, cuando él aparece en mis pensamientos, me siento una traidora.

Bien, así que Charlie y Theo se odian.

Pertenecen a dos bandos enemigos que comparten fiestas, desaparecen por las noches junto con la policía y aparecen al día siguiente como si nada hubiese sucedido. Ambos practican boxeo, llevan tatuajes y son muy atractivos. Seguramente se acuestan con una chica diferente todos los fines de semana. Muchachas de mi edad aunque muy distintas a mí.

Son deportistas natos, sociables y, entre tantas similitudes, una sola diferencia: un tatuaje.

Dos símbolos prohibidos.

Una distinción mortal que los divide y que podría ocasionar lo mismo entre Lottie y yo.

Mi mejor amiga.

¿Acaso Charlie y Theo tuvieron algún tipo de amistad en el pasado?

O peor...

¿Una chica en común que los dividió?

El viernes, Anniex1D sube el capítulo 32 y me lleno de ira mientras voy en el bus leyendo la parte nueva. Resulta que Darius invitó a Lily (la hermana de Jude) al baile del instituto y la muy zorra aceptó.

Sabía que esto pasaría.

Lily siempre se queda con los chicos apuestos.

En fin, termino de leer y el transporte llega a destino mientras trato de aplacar lo que siento. Pero mi emoción se agudiza en la puerta del colegio, ya que al bajar del bus Theo llega en su moto y tras él, la muchacha que suele acompañarlo en las fiestas.

A veces lleva el pelo verde, otras morado. Pero esta vez es rosa y me quedo pasmada con la boca abierta y los auriculares colgándome del cuello mientras los recién llegados estacionan.

Ella se baja, se sonríen, intercambian algunas palabras y la *pelirrosa* se va, dejando al *pelirrufo* mirando el celular sin apartarse de la motocicleta.

La furia me mueve y voy donde él.

Después del incidente con Charlie, mi Tracy Tímida ató y amordazó a la Valiente, pero esta vez la desata en busca de alguna explicación.

—¡Hey! —le grito y me quito la colita del cabello.

Theo levanta la cabeza y se afirma sobre el manubrio. Lleva puesta una camisa negra con las mangas dobladas mostrando sus brazos tatuados.

—¿Hola? —dice él.

—Hola —respondo llegando a destino. Guarda el celular y se queda expectante a lo que tengo para decir—: ¿Cómo... estás?

—¿Bien?

Antes de decir lo siguiente, me tomo un mechón de cabello y lo hago rulitos mientras le hablo:

—Oí que das clases de boxeo y estoy interesada. ¿Cuáles son los requisitos?

Me mira de arriba abajo y se detiene en mis senos antes de volver a mis ojos.

—Ropa cómoda —me contesta—. Deportiva.

Me muerdo el labio y noto el modo en que se tensan los músculos de su mandíbula.

—¿Y cuáles son tus honorarios?

—Luego arreglamos la cuota —contesta y saca las llaves de su motocicleta.

Oh...

—¡Espera! —lo detengo antes de que quiera irse—. ¿Puedo preguntar algo?

—Ya lo estás haciendo.

Okay, es obvio. Pero ignoro su descortesía y me arriesgo:

—¿Quién era tu... acompañante?

—Audrey —responde—. Es linda, ¿no?

Finalmente, me dedica una media sonrisa llena de malicia y se va.

Th: Hola √√

Tr: ¡Hola! ¿Nos conocemos? ☺ √√

Th: Sí. √√

Tr: ¡Ah! √√

Tr: Y... ¿quién eres? √√

Th: Ya lo sabes. Dime por qué no viniste hoy a la clase de boxeo. √√

Tr: Theoooo. √√

Th: Contesta. √√

Tr: Disculpa. Es que no me sentía muy bien. ¿Cómo conseguiste mi número? √√

Th: Por si lo olvidas, tu celular quedó en mi casa todo un fin de semana. √√

Tr: ¿Revisaste mis cosas? √√

Th: Solo lo necesario. √√

Tr: ¡Hey! ¡No tienes derecho a hacer eso! √√

Th: ¿Y? √√

Tr: ¿Dónde te metiste en mi cel? √√

Th: Ya te dije. Lo justo y necesario. √√

Th: ¿Cómo te sientes ahora? √√

Tr: No muy bien... √√

Th: Vaya... √√

Tr: JaJa. Disculpa, ni siquiera sé si realmente empezaré los entrenamientos. √√

Th: ¿Qué tienes? Hoy no te veías mal. √√

Tr: No lo sé, luego de que te vi en la escuela me empecé a sentir mal. Pero no tienes la culpa, te lo aseguro. √√

Th: ¿O sea que tampoco irás a la fiesta esta noche? Será la última. √√

Tr: Disculpa, pero no. ¿Por qué dices que la última? √√

Th: Porque la policía nos está complicando las cosas. La próxima será un campamento. ¿Vendrás? √√

Tr: Lo siento, pero este fin de semana mamá tuvo que adelantar un viaje con su pareja y estoy sola en casa. √√

Th: Gracias por el dato. √√

Tr: ¡De nada! ¿Por qué lo dices? √

Tr: ¿Hola? √

Tr: ¿Sigues ahí? √

Tr: Bueno.. :(√

Okay, Theo me odia.

A lo mejor no debería sentirme tan importante, quizá no es que yo no le guste sino que me ignora.

No quiere saber de mí y está bien, lo justifico, quizá soy demasiado aburrida para sus músculos y sus tatuajes. Seguramente la zorra *pelirrosa*, *peliverde* o *pelietcétera* de Audrey tiene mucha más experiencia que yo en infinidad de cosas y por eso tiene el privilegio de tomarle la mano en las fiestas o de llegar en la motocicleta de Theo al instituto.

¡¡¡AAHHHH, MALDITAAA!!!

En cuanto me doy cuenta de que Theodore quitó los datos de su celular (¿o me ha bloqueado?) me arrojé a la cama y muerdo la almohada con fuerza mientras ahogo un grito desesperado.

Debería limitarme solo a estudiar y preparar mis cartas de presentación a las universidades, ya que es lo único que me importa.

¿Cierto?

Solo eso.

Nada más.

Diablos, a quién quiero engañar, deseo los labios de Theo más que la mejor universidad. Aunque luego me arrepentiré de estar pensando en esto, es cierto.

Quiero y deseo a Theodore Landon. No por su sensualidad o por su mirada. Tampoco por su sonrisa, que derretiría a un glaciar, sino porque encuentro algo en él que me gusta.

Que me vuelve loca.

Y lo noto en la forma en que me mira.

Aún recuerdo la primera noche que intercambiamos palabra, en la fiesta Crazy donde su mejor amigo y hermano de Charlie, Neo, el idiota, me recibió con un poco de bebida en el rostro.

«Te he observado en clases y percibo que no eres igual a todos», me dijo Theodore.

«No encajas».

No encajo.

«¿Comprendes?».

Comprendo.

No es lo mío y la pasaré mal.

Desde el primer momento, supe que este hombre me haría sufrir pero aun así quiero estar con él.

Nos odiamos desde el primer momento en que nos vimos pero no pudimos dejar de vernos.

¡Plip!

Mi celular vibra. Lottie o mamá. Nadie más en el mundo me envía mensajes, exceptuando ellas o mis abuelos.

Hoy no quiero leerlos.

Me quito la almohada del rostro y dejo que el celular siga vibrando. Creo que mamá me llama.

Bueno, que lo siga intentando, hoy no tengo ganas de hablar con nadie.

El sonido que tengo para las llamadas es la canción que Theo me dedicó hace tiempo y me deleito mientras la melodía suena y me sumerjo en ella:

*Hoy te busqué,
en la rima que duermo
con todas las palabras.
Si algo callé
es porque entendí todo,
menos la distancia.
Desordené
átomos tuyos para hacerte...
aparecer.
Un día más.
Un día más...*

Termina la insistencia.

Bien, ya era hora de que se rindiera porque mamá debe comprender que si no tengo ganas de contestarle al teléfono ¡no voy a hacerlo!

Suena el timbre de casa.

Me siento de repente en la cama y el corazón me late en los oídos mientras escucho que alguien se ha pegado al llamador en mi puerta.

Y estoy sola. ¿Si es un ladrón?

Ay, no. Para nada. Es mamá. Lo sabía, sabía que no debería haber adelantado ese viaje con su novio. Debería escucharme más, sé que a veces digo poco pero, si digo, es por algo.

Me coloco un calzado liviano en los pies y voy escaleras abajo mientras grito:

—¡Mamá! ¿Aprenderás a escucharme? ¡Luego no digas que no te...!

Y abro la puerta.

Un sujeto entra a mi casa, me empuja hacia atrás y... me abraza.

Mi corazón se encoge y estoy a punto de sufrir un infarto, cuando caigo en

la cuenta de que mi nariz percibe una refrescante fragancia a menta y tabaco.

Luego se aparta y veo sus ojos grises echando chispas.

—Contesta el maldito teléfono, Tracy.

Es que...

—¿Por qué no me contestabas el maldito teléfono?

Theo me habla pero estoy helada.

—Yo...

Lo primero que quiero hacer es disculparme pero para él está mal pedir disculpas.

Podría quedarme callada pero me exige una respuesta.

Podría echarlo de mi casa, lo cual sería aplaudido por Lottie, pero me da miedo cuál sería su reacción. Además, mamá no vendrá hoy.

Y yo, simplemente, no sé defenderme.

—Me quedé dormida —miento.

—¿Duermes llorando?

—¿Qué?

En ese instante, corro hasta el espejo de pared más cercano y me lleno de vergüenza en cuanto veo la piltrafa en la cual me he convertido: el cabello alborotado, rímel de ojos corrido, labios hinchados, mejillas y párpados enrojecidos.

Doy un paso hacia atrás y desearía que todo fuera muy diferente... o bueno, no tanto, Theo está en mi casa. ¿Le puedo pedir que se vaya y en media hora regrese?

Él se aparece tras de mí en el espejo y ahogo un grito.

Doy media vuelta y me lo encuentro frente a frente, demasiado cerca. Exige saber la verdad:

—¿Por qué estabas llorando?

Ay, Theo...

—Dime.

—Es que —busco en mi cabeza las palabras adecuadas pero es en vano. Cualquier cosa que diga siempre le parecerá incorrecta. Simplemente mi educación y la de él no concuerdan— mamá se fue, ella es toda mi familia. Hay ruidos extraños en mi casa y tengo miedo. Además, me siento sola y... eso. Descuida, ningún motivo real para preocuparse.

Theo me observa, frunce el entrecejo y retrocede. Pasa el seguro a la puerta de calle y el corazón se me sube a la garganta.

La misma voz que siempre me impulsó a confiar en él es la misma que me

pide ahora no angustiarme.

—Estoy contigo —me promete—. No volverás a estar sola.

Ahora sí... Esto es lo que necesitaba: me siento protegida.

Quiero confiar en él. Quiero hacerlo.

Me hará sufrir pero deseo esta tortura.

Él se moviliza por la cocina como si estuviese en total confianza, en busca de una bolsa de maíz para hacer palomitas.

Le indico en qué parte de la alacena podría encontrar lo que necesita y la toma de ahí.

—De nada —digo y sonrío.

Él me mira de reojo y quiere parecer malvado por no haberme dicho «gracias», sin embargo una media sonrisa aparece en su rostro y sigue en su tarea. Realmente no me equivocaba cuando tiempo atrás le dije que no era tan rudo como parecía.

—¿No estás invitado a la fiesta de esta noche? —le pregunto y tomo asiento en una de las sillas que rodea la mesa en la cocina.

—Por supuesto que estoy invitado a mi propia fiesta.

—¿Entonces?

—Te sientes sola y voy a acompañarte. ¿Tienes miel?

—En la heladera —busca, la toma y coloca unos segundos en el microondas para que sea más maleable—. ¿Por qué decides acompañarme en lugar de ir a la fiesta? —persisto.

Las palabras que salen de mi boca son una lucha de tire y afloje entre las Tracys de mi interior.

—Siempre son lo mismo, ya me tienen harto.

—Pero cambiarán la modalidad, ahora serán campamentos según me dijiste, ¿no?

—Eso será desde mañana.

—¿Irán los Glorious? —insisto y eso último fue a propósito. Si Charlie va, significa que Lottie irá tras él. ¿Estará ella informada de todo esto?

Él se pone tenso.

Luego de unos segundos incómodos se da vuelta y deja la fuente con palomitas y miel sobre la mesa. Son muchas.

—Seguramente irán.

—¿Puedo hacerte un par de preguntas? —insisto, aunque él responde con muy poca cortesía (nada que me cause extrañeza).

—Ya las estás haciendo. De todas maneras, está bien, solo puedes hacer

UN PAR de preguntas.

Bien hecho, Tracy.

La volviste a cagar.

Pienso y rumeo la idea muchas veces para tratar de ser lo más concreta posible. ¿Cuáles son las dudas que más me están matando?

Lo tengo:

—¿Qué significa el triángulo y su relación con el libro?

—Esas son dos preguntas.

—Técnicamente no.

Suspira.

—Bueno, *señorita técnicamente*, eso se responde con un simple «lunáticos y delirios». ¿Siguiente pregunta?

—Hey, responde de una manera que pueda entenderte.

—Qué susceptible.

—Hazlo, Theo, o...

—¿O?

—O me enojaré y te pediré que te vayas.

Él frunce el entrecejo, toma la silla y la pone de espaldas. Se sienta con las piernas abiertas, sus codos apoyados en el respaldo y saca palomitas de la fuente mientras habla.

Se ve jodidamente sensual pero trato de sostener la concentración.

—Bien —se digna a responder—. Existe la sentencia de que si te drogas, puedes ver cosas. Sentirlas como si fueran reales. Hasta que el efecto se disipa y todo vuelve a ser la misma mierda.

Oh...

—Pero no solo puedes percibir los unicornios con alas —prosigue—. También puedes creer en ciertas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Tu religión.

—Disculpa, pero no tengo definido si soy atea o agnóstica.

—Puedes creer en que devorándote personas fuertes, podrías convertirte en el animal que te representa.

¿Qué?

—Y eso, ¿cómo sería? —insisto con algo de incredulidad.

—Consumes la carne de un luchador, bebes la sangre de un policía y lees la oración al puma del Infierno. El triángulo invertido señala tus demonios. Hacia abajo. El triángulo recto señala la fe en el Cielo, en el halcón que vuela

alto. Hacia arriba.

¿Acaso de eso tratan los libros que encontré en su habitación?

—¿Has visto a un hombre convertirse en puma? —le pregunto con una mezcla de temor y poca credibilidad.

—No —dice y se mete un poco de palomitas a la boca. Prosigue—: Yo al menos, jamás presencié algo así. Es extraño. O, quizá, solo es el poder de las drogas.

—¿Tú... consumes?

En cuanto la pregunta termina de formularse, me arrepiento. Tengo ganas de llorar y pedirle que no me responda pero ya es tarde:

—Ni loco. No necesito consumir para creer en algo —afirma y el alma vuelve a mi cuerpo.

Creo que una sonrisa ha escapado de mi rostro porque él me mira y hace lo propio, pero vuelve sus ojos a las palomitas, en busca de esconder su avergonzada expresión.

—Ya fue demasiado lejos este interrogatorio —añade retornando a la seriedad. Se pone de pie, toma la fuente con palomitas y se dirige hasta el pie de la escalera—. ¿Tienes películas en tu PC?

—Es una portátil de mala muerte —digo algo intimidada por lo que está sugiriendo. ¿Acaso quiere meterse en mi habitación?

—¿Se puede ver porno ahí?

—No estás hablando en serio...

Él se encoge de hombros.

—Crear que una mujer sola en su casa no ve porno es una mentira más grande que pensar que te saldrán pelos en las manos por masturbarte.

—¡Ay...! ¡Theo! —lo regaño.

No me acostumbro a sus groserías, sin embargo, no logra ponerme del todo incómoda. Me divierte su modo particular de hablar.

—¿Vamos? —insiste—. Hay que matar el tiempo hasta que amanezca. Prometo que no te haré nada.

Descuida, nadie quiere hacerlo.

—Theo, yo nunca...

—¿Nunca subiste a alguien a tu cuarto?

Asiento y agacho la mirada. Él da un silbido y contesta:

—Amo ser el primero. En todo.

Finalmente, me guiña un ojo y sube en busca de mi cama.

—¿Segunda puerta? —pregunta.

Estoy helada.

Desconozco si la Tracy Valiente quiere subir con él o si la Tracy Tímida prefiere salir corriendo y llamar a la policía.

Lo único perceptible es que tanto una como la otra desean inmensamente al hombre que deambula en las habitaciones y, por otro lado, le temen como a nada en el mundo.

Mamá está lejos. Yo sola con un casi desconocido. Nadie sabe que Theo ha venido.

—Creo que era el cuarto de tu madre —asevera y sigue explorando. A la siguiente puerta, exclama—: ¡Bingo! O eso creo...

¿A qué se refiere?

Decido subir los peldaños hasta el instante de dar con la habitación correcta donde mi acompañante circula, explorando con la mirada todos los libros en la estantería clavada a la pared. Hasta hace un tiempo, me hubiese parecido algo ridículo y a la vez gracioso el hecho de que a alguien como él le interesasen los libros. Al lado de su biblioteca, la mía parece ínfima.

—Juro que la mayoría de los libros que leí fueron prestados —aseguro, en parte humillada por mí misma—. Esos son solo algunos de los tantos que en verdad...

—¿Lo que tu presupuesto alcanza a pagar? —me pregunta, expresando lo que yo no me animo.

—Ehh, sí... —convengo sonrojada.

—Hay clásicos indispensables que faltan en tus estantes —afirma volviendo hacia mí.

Aunque tiene razón, es lo único que me puedo permitir pagar, él viene a restregarme eso cuando lee mucha literatura comercial.

Intento disculparme de todos modos, pero él señala mi computadora y la deja sobre la cama.

—Busca alguna película que sirva —vuelve el Señor Mandón—. Luego te regalaré algunos libros.

—¿Cómo?

—Te regalaré títulos que no pueden faltarte.

—No... No podría aceptarlos.

Se llama a silencio y decide no responder.

Tomo asiento en la cama y me acuesto boca abajo con los pies en el lado de la almohada. Él toma asiento en el suelo, sobre la alfombra y el gesto de su rostro me da la pauta de que no me hará cariño. Digo, «daño».

—¿Algo como qué quieres ver? —le pregunto con mucha extrañeza ante mi falta de tacto.

Su respuesta es obvia:

—Acción. O las sangrientas también van conmigo.

—Hummm...

—No me digas. Prefieres las románticas o aquellas que te hacen llorar.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encoge de hombros y se dibuja en su rostro una media sonrisa. Luego se acerca a mi computadora y cierra la tapa despacio para no apretarme los dedos.

Lo que me pone nerviosa es que, en su acción, afirma los brazos sobre la cama quedando cerca y me tiembla la mandíbula.

—Theo —murmuro.

Sus ojos van de mis ojos a los labios.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Y yo respondo del mismo modo:

—¿Puedo confiar en ti?

—No.

Mierda.

Está muy cerca... pero en media milésima de segundo, se aparta.

¡Demonios! ¡Demonios! ¡Demonios! ¡Le gusta hacer esto! ¡Siempre me tienta pero se aleja para dejarme con las ganas! ¡Cuánto lo odio!

—¿No deberías entrar la motocicleta? —digo tratando de cambiar el tema de conversación, presa de los nervios.

Después de todo, lo que digo no es tan ilógico, a menos que haya llegado a esta casa en transporte público.

Y no estoy errada.

Tampoco acertada:

—Descuida, vine en auto.

—¿Es una broma?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—¿Cómo puede ser que tengas DOS vehículos?

Él se encoge de hombros y la respuesta está clara. Simplemente algunos tienen más suerte que otros. Yo vivo la falta de dinero a diario, si bien el trabajo de mi madre es estable, hay ciertos lujos que no puedo permitirme. Por ejemplo, los que justifican que mi biblioteca *online* esté llena de novelas leídas, en lugar de formatos en papel.

—Uso el bus todos los días —me explico— y no me molesta.

—Pierdes tiempo en el viaje. Se hace más largo.

—Eso es obvio —afirmo y lo miro mientras come palomitas. Las ha sostenido todo este tiempo; ya se me había pasado la idea de comer. Prosigo —: Pero me gusta pasar el tiempo leyendo y escuchando música.

Sonríe y me gusta que lo haga. Aunque la Tracy Malvada dice que lo hace con sarcasmo.

En ese instante, un ruido nos distrae y miramos directamente de dónde viene: la ventana de mi habitación.

Algo está golpeando el vidrio.

Trago saliva ante las posibilidades. Theo se exaspera pero lo detengo tomándolo del antebrazo. Frente al contacto físico, él se vuelve y me observa primero con extrañeza y luego con picardía.

Quiero soltarlo pero no lo hago hasta asegurarme de que vuelve a incorporarse sobre la alfombra.

—Descuida —murmuro—. No es nada grave, solo quédate donde estás, ¿sí?

—Mmm, okay —dice pero no me convence.

Camino hasta la ventana y abro las cortinas. En efecto, ocurre lo que me esperaba: Charlie está al otro lado, desde su ventana, arrojando lápices para llamar mi atención.

Cuando lo veo, él sonríe.

Hago lo propio pero su gesto decae en el momento en que escucha la voz de Theo a mis espaldas.

—¿Qué demonios?

Charlie, al vernos, arroja chispas por los ojos y cierra sus cortinas. En el instante en que doy la vuelta, me encuentro con una imagen de Theo que me provoca miedo. Más del que ya me venía dando.

Tiene las mandíbulas tensas y los ojos desencajados. ¿Qué le preocupa?

—Hey —murmuro—, tranquilo...

Mi voz es apenas un murmullo audible.

Theo sale de la habitación y baja las escaleras dando grandes zancadas. Corro tras él intentando sostener su ritmo, pero la tarea se me dificulta sobremanera. Antes de que su mano toque la manija de la puerta de entrada, escupo las palabras que vengo conteniendo:

—¡Si cruzas esa puerta, no dejaré que vuelvas a entrar!

Theo se detiene y mil voces cruzan mis pensamientos. ¿Quién dijo que él quería realmente volver a entrar? ¿Cómo me atrevo a gritarle así? No querrá volver a saber de mí en toda su vida.

Se da la vuelta y sigo bajando.

Está furioso pero no va a golpearme:

—No quiero que hagas una escena fuera de mi casa mientras mi mamá está de viaje. No deseo perder su confianza —le explico casi en una súplica para que mantenga la cordura.

Él da un suspiro y me dice:

—Está bien.

Acto seguido hace ademán de volver a la habitación pero me paro al pie de la escalera con los brazos en cruz. No lo dejo pasar. Él me mira consternado.

—Preferiría que no volvamos a mi cuarto —intento que mi voz suene autoritaria pero sale como un chillido apenas perceptible.

Theo contiene la respiración y durante un tenso silencio se rompe el clima... Justo cuando suelta una carcajada.

Dios mío.

Qué hombre, durante un instante creí que iba a matarme, sin embargo ahora se ríe y no puedo evitar contagiarme de eso que le hace tanta gracia (aunque no tenga idea de qué es).

—¿Puedo saber qué te resulta tan gracioso? —pregunto.

—¡Wow! No lo puedo creer, realmente. Eres tan... tan...

¿Tan?

—... compleja. No quieres que salga, tampoco quieres que vuelva a entrar. Me quieres retener en tu casa pero no me dejas subir a tu habitación.

¿Cuántas chicas ya le han dicho que no? Estoy segura de que el número es relativamente bajo. O nulo.

—Lo sé —digo con algo de orgullo y me cruzo de brazos—. Soy un espécimen raro.

—¿Qué? ¡No! No considero en absoluto que seas un «especimen», Tracy. Tampoco rara. Pero sí algo...

—¿Compleja?

—Exacto.

Claro. Yo no me ando metiendo en riñas ni me hago tatuajes con triángulos extraños ni leo biblias anónimas para el día y para la noche. Sin embargo, yo soy la rara.

La... compleja.

Theo debe reparar en mi rostro sorprendido ya que se retracta de un modo que no esperaba:

—Eso te vuelve interesante.

Me guiña un ojo y se dirige hasta el sofá. Una vez allí, toma el control de la TV y la enciende. Pone un partido de soccer pero lo cambia a los pocos segundos. Mientras hace zapping, subo a mi cuarto, busco las palomitas y apago la portátil.

Al dejarla sobre el escritorio, giro y tengo a Theo pegado a mí.

Ahogo un grito y vuelvo a considerar si fue o no una buena idea permitirle que se quedara esta noche.

—Deseo besarte —asegura.

Comienzo a hiperventilar y la agitación hace que se me suba y baje el pecho, con estrépito.

—Y no te haces una idea de otras cosas que se me pasan por la cabeza —prosigue.

—Yo...

—Shhh...

Pone un dedo sobre mis labios e imploro por el maldito beso. Lo que me aterra es que, una vez que me bese, quiera acceder a más, explorará mejor mi cuerpo y se meterá entre mis bragas. No soy el prototipo de chica con quien suele acostarse, de eso estoy segura.

Esboza una media sonrisa y toma mi mano derecha.

Yo me dejo manipular, tan maleable como una muñeca que responde fiel a lo que su dueño quiere.

Conduce mi mano por el interior de su remera rasgada. Me lleva a explorar la zona baja de su abdomen. Es suave y firme. Deja mi palma sobre sus abdominales y se quita la remera. La arroja al suelo y me toma la otra mano. Hace que suba hasta su pecho y en cuanto mis dedos rozan sus pezones, una corriente de electricidad invade mi cintura y dejo que el deleite siga mientras continúo tocándolo. Pero de un momento a otro me aparta y me siento como un gato que quiere apresar con las garras a su ratón. De todas maneras, rasguñarlo y morderlo no me bastaría.

—¿Lo hice mal? Disculpa, en serio —le digo agachando la mirada, muerta de vergüenza.

—Para nada —sonríe y busca la remera. La cierra en un puño y abre la puerta de mi cuarto—. Ha sido tal como esperaba que fuese.

¿Y eso es bueno o malo?

Continúa:

—Estaré en la sala mirando tele. Tú duermes esta noche. Descansa porque mañana no podrás hacerlo.

—¿A qué te... refieres?

—Iremos al campamento.

—Disculpa, pero no puedo. Mamá estará de viaje todo el fin de semana.

Él se encoge de hombros.

—¿Y?

—Perdón, Theo, pero no...

Él suelta una risita y la acompaña con una mirada sensual y un tono de reclamo:

—No darás el brazo a torcer, ¿cierto?

—Excede mis posibilidades.

—Amo los excesos. Deberías permitirte los también.

Creo que me sonrojo porque él termina de abrir la puerta, me desea buenas noches y se va.

Una hora más tarde, bajo y ya son las seis de la mañana. Tengo la sensación de que tal vez me dejó encerrada en mi cuarto para poder robar algo, sin embargo recuerdo que tiene auto, motocicleta, una biblioteca grande y vive en una de las casas más lindas que he visto. No necesita nada de lo que yo tengo. ¿O sí?

No obstante, al bajar, descubro que todo está en su sitio.
Exploro la casa y termino dándome cuenta de lo inevitable: Theo se ha ido.
No todo es tan trágico, ya que una nota yace pegada en la pantalla de la TV:

«Buenos días, nena. Tuve que irme, perdón por no decir adiós pero seguiremos lo que empezamos anoche... Solo con una condición.
Ven al muelle. Ahí será el campamento, con fogata, mar y todo. ¿No suena interesante?
Si no tienes en qué ir, puedo pasar a buscarte.
¿Aceptas?
P.D.: Vístete de *rocker*.
Theo».

Un lobo me persigue en un bosque frío y oscuro.
No sé a dónde ir, en cada árbol se esconden unos ojos grises que buscan devorarme cada vez que me cruzo con ellos.
No hay dónde esconderme. Recuerdo que el lobo viene detrás y su respiración agitada me lo confirma mientras más rápido corro.
El teléfono de mi casa suena y despierto sobresaltada.

08.12 a.m.

—¿Mamá?
—Hija, soy yo. Santo cielo, al fin puedo conseguir hablar contigo. He intentado llamarte toda la noche pero no hay señal.
—Descuida. ¡También te he extrañado! Cuéntame qué tal les está yendo en el viaje.
—¿Cada detalle?
—Guarda lo que no necesito saber.
—Ay, cariño, te extraño.

09.55 a.m.

—¡Aaaaaaaaaaaaaahhh!
—¿Lottie? ¡¿Estás bien?!
—¡Sí, demonios! ¡A que no sabes de lo que me he enterado!

—¡Ay! ¡Me vas a arrancar los tímpanos o el corazón de un susto!

—¡Perdona! ¡Es que la noticia es muy buena!

—¿Sí? Bueno, lárgalo.

—Esta noche hay fiesta en el muelle. ¿Tienes carpa o donde podemos pasar la noche?

—¿Campamento...?

—¡Exacto! ¿Adivina quién nos ha invitado?

Me paso toda la mañana (o lo que queda de ella) adelantando tareas y trabajos prácticos. Sobre todo, los que tratan de Literatura, ya que es mi asignatura favorita, y si me gradúo con honores tal como vengo forjando mi camino y articulando todo en mi vida, estoy segura de que podré ingresar en una de las universidades más prestigiosas del país.

A la hora del almuerzo, mi estómago empieza a reclamar glucosa o cualquier tipo de alimento que valga la pena, mientras una voz atolondrada en mi cabeza repite, infundiendo culpa, que *no he comido nada hoy*.

No necesito desayunar.

Sí. Es el alimento más importante.

Ay, qué rayos, ya parezco mi madre.

Sigo leyendo el fabuloso ejemplar de *Cumbres borrascosas* que impacta a mis ojos con un manajo de letras fluidas, sin embargo, tanto el hambre como mis pensamientos son invasivos y no me permiten elaborar con la facilidad que deseo las conclusiones necesarias sobre el hermoso ejemplar que debo terminar para continuar la tarea.

¿Por qué se fue?

¿Qué?

Theo se fue...

Es cierto. Anoche prometió que no me dejaría sola, sin embargo se marchó antes del amanecer.

¿De qué modo podría fiarme de sus palabras si tiene ese modo tan horrible de reaccionar a sus propias promesas?

Es cierto, te dejó sola y no te explicó el porqué.

Ya, calla.

Aun así, Theo me invitó al campamento, así como Charlie lo hizo con Lottie y no tengo nada qué ponerme. No deseo repetir la vestimenta que usé antes o la gente comenzará a llamarme pobretona, lo cual me importa tres pepinos viniendo de fulanas como Summer o Audrey.

Arrrrrrggg.

Pienso en la muchacha de cabello *undíaverde otrodíamorado* y se me enciende la piel.

Tengo ganas de romperle la cara a esa barata. ¿Cuánto me falta a mí para

llegar a ser como ella? Tiene la piel aceitunada, cintura bien definida y una sonrisa de gato malvado que lo dice todo.

Demonios.

Caigo en la realidad y descubro que se me pasaron seis páginas del libro y no tengo idea de qué leí. Opto finalmente por cerrar el ejemplar e ir deprisa hasta mi cuarto. Reviso todo el armario y al no encontrar nada adecuado para la ocasión, voy hasta el ático. Abro la portezuela y subo por la escalera. Mientras ignoro el polvo que se me escurre en los ojos, encuentro la luz, la enciendo y sonrío al recordar que la última vez que me metí en un lugar de estos terminé en la cama de Theodore. Ahora, en cambio, si me doy otro golpe en la cabeza, nadie vendría a rescatarme, así que mejor tener cuidado.

Luego de unas cuantas horas de búsqueda, encuentro lo que busco: el baúl con las pertenencias viejas de mi madre. Entre ellas, su ropa. Mamá tuvo un pasado de chica rebelde, usaba mucho cuero sintético y amaba el rojo y el negro para su maquillaje. Si bien es ropa un tanto pasada de moda, encuentro una falda negra, cadenas y medias de red. ¿No será mucho? Al diablo. Tengo una camisa blanca con detalles en encaje que dará en el clavo con esta ropa. Me la cargo al hombro y antes de bajar, apago la luz.

—¿Segura de que el cuero va con tu estilo?

Lottie está sentada en la cama, con las piernas cruzadas, y me habla mientras sostiene un espejito con una mano y tiene la otra ocupada, retocándose las pestañas.

—Totalmente —le digo.

O no tanto, pero es lo único *rocker* que encontré.

Mientras me cepillo el cabello, puedo ver por el espejo que frunce el entrecejo.

—Creo que no deberías cambiar tu estilo —suspira.

—¿Qué? Hasta hace unos días me pedías que abriera más el escote.

—Lo sé, Tracy. Pero tengo mis dudas de que quieras cambiar realmente la identidad que te define solo por...

—¿Sí?

—Nada.

Me giro y ella deja de pintarse.

—¿Por...? —insisto.

Lottie vuelve a dar otro suspiro y a continuación termina la frase:

—Por querer parecer atractiva para Theodore. Es un idiota. Él y todo su

clan de chicos malos.

—Qué va, ni siquiera los conoces.

—¿Tú sí? —contraataca.

—Yo... sí... digo, no. Pero parecen *cool*. Digo, todos ellos lo parecen. No le veo nada de malo a hacernos amigas de esos chicos.

—Ay, amiga. A ti te parece mucho más que *cool* o buena onda, uno de ellos en particular. ¿Cierto?

No hace falta darme vuelta para quedar frente al espejo y saber que me he sonrojado. Debo estar ardiendo como un tomate frito.

—¡No! —aúllo.

—Ya, Tracy, no me mientas, por favor. Soy tu mejor amiga, puedes confiarme lo que sea.

A continuación camino hasta la cama donde Lottie se encuentra sentada y me ubico a su lado. Pienso en la falda negra que está en la lavadora y cuando le dije a Lottie que, si un chico me quería, tendría que ser por lo que *yo* fuese en verdad y no por lo que *intente* aparentar.

—No quiero saber nada con Theo, en particular. Es un idiota de primera —me muerdo la lengua para no continuar y seguir arruinando mi relato (o mi descarada mentira).

Pero, como de costumbre, ya la he cagado.

—«¿Theo?» —me responde—. Wow, veo que su amistad va en serio. Bah, no sé si puedo llamarle así a eso que tienen...

—No tenemos nada.

—En fin.

—¿Por qué no me cuentas qué pasa con Charlie?

Esta vez quien se sonroja es ella y se muerde el labio antes de hablar.

—Es muy bueno y adorable. Siempre que no haya un Bad Boy cerca, él y todos los Glorious son muy buenos. Y, para variar, están para el crimen.

Ni que lo diga... Pero, diablos, ¿ella puede tener algo con Charlie pero yo no lo puedo tener con Theo? Se lo hago saber y me explica lo que en Glorious y en el instituto se dice sobre Landon y no es novedad, lamentablemente. Un idiota lleno de tatuajes e intimidante hasta los huesos. Tiene peleas todo el tiempo y se emborracha cada fin de semana. Ha repetido cursos, sin embargo, los profesores suelen quedar admirados por su gran capacidad intelectual. Eso me asombra.

—Yo no creo que sea tan malo —digo con apenas un hilo de voz. Necesito creérmelo yo misma.

—No quiero que sufras —asegura.

Tuerzo el gesto y quedamos unos segundos en silencio hasta que el anuncio de la lavadora me despabila.

Acordamos con Lottie ir al campamento siendo fieles a nuestro estilo. Perdón, Theo, pero esta noche no me vestiré de *rocker*.

Accedí a ir con una falda de color rosa más bien sobrio y la camisa blanca. Parezco un poco formal para el muelle, lo cual muestra que finalmente no presté demasiada atención a cada detalle de mis prendas. Lottie sí lo tuvo en cuenta pero eligió no discutir más sobre mi vestimenta. Esta noche, la madre de mi amiga le prestó el auto para que vayamos al lugar de encuentro. Un bonito Corolla que estaciona bastante lejos para evitar que algún borracho se lo orine o vomite encima.

En cuanto bajamos del auto, se ve a lo lejos una fogata que ilumina la noche y muchos cuerpos bailando y deambulando alrededor. Hay un auto descapotable con la música a todo volumen y otros más estacionados alrededor.

—¿Dónde están tus amigos? —le pregunto a mi compañera.

Mira a diestra y siniestra hasta que distingue a Brandon. Una enorme bola de músculos tatuados con remera blanca que permite transparentar la tinta negra que abraza su piel.

—Allá —me señala un grupo de muchachos y chicas sentados en círculo—. Vamos.

Dudo que sea buena idea ir a donde no nos llaman, mucho menos romper la armonía de un grupo que ya está disfrutando entre sus propios integrantes. Así que decido decirle a mi amiga que iré a buscar un baño.

—¿Pero vendrás con nosotros luego?

—Claro.

Qué terrible mentirosa...

—¿Segura?

—Totalmente. Luego voy, ¿sí?

Ella no parece muy convencida pero Charlie está entre los muchachos de ese grupo y accede a ir con ellos, no sin antes expresarme que estará aguardando por mí.

Camino entre la gente de la playa sin saber exactamente qué hacer. O sí... En verdad lo del baño fue una excusa para liberarme.

Quiero a Theo. Lo deseo con todo mi ser pero no verlo acá, esta noche, me pone la piel de gallina y el corazón por el piso.

No puedo evitarlo, el maldito pensamiento aparece: *¿Y si no viene? ¿Y si me mintió? No parece ser algo impropio en él.*

—Hey.

Alguien me ha tomado por un brazo así que resuelvo darme la vuelta y me encuentro con un desconocido.

Tiene una remera sin mangas, el pelo corto en punta, aros expansores en cada oreja y los dientes separados.

—¿Quieres un trago, nena? —me pregunta. Y me repugna la idea.

Pero al bajar la mirada distingo en su brazo que me apresa un lindo triángulo invertido y me siento como en casa.

Él me llevará hacia lo que deseo.

Él me conducirá a lo que necesito.

—Claro —convengo y me voy con él.

Nos echamos a andar y hablamos un poco. El muchacho de dientes separados que va a mi lado dice llamarse Jacob, no parece ser una persona desagradable aunque tampoco me fio del todo en su compañía.

Como sea, es uno de los Bad Boys y seguramente podrá darme la información que necesito.

—¿Adónde vamos? —le pregunto con un tono demasiado señorial, con intención de parecer cortés y no exhibir mi angustia de que pueda violarme en el bosque próximo al muelle.

—Ya vienes conmigo, adónde vamos es un dato menor —responde y un ligero cosquilleo muy incómodo se desata en la boca de mi estómago. Su gesto no me da la pauta de poder avanzar en la conversación.

—No estás hablando en serio.

—Nunca hablo en serio.

—¿Entonces?

—Tampoco necesitas saber cuándo soy sincero y cuándo no —ríe y me planto en la arena.

No voy a llevarle la punta en el jueguito que sea que esté tramando. Si no le pongo los puntos ahora, luego no tendré la capacidad de reclamar ni el más mínimo atisbo de respeto. Por lo visto, a estas personas no les viene bien la idea de que una sea amable, por lo tanto, no me queda más opción que ponerme firme.

—Ya —se encoge de hombros y señala a unos trescientos metros, donde puede verse un remolque y, fuera de este, una fogata con un grupo de chicos sentados alrededor.

¿Ahí estará Theo?

No lo sé, debería averiguarlo.

—Está bien —le espeto a Jacob y vuelvo a adelantarme para que caminemos al punto indicado. Hay un silencio bastante incómodo entre nosotros y es posible que se deba a mi ñoña actitud de hacerme la desafiante cuando hace instantes acepté un trago de su parte—. Háblame de ti, ¿cuántos años tienes?

Él suelta una carcajada y me hace pensar que es muy probable que esté drogado.

—¿Cuántos años tengo? —dice entre risas—. Luego me preguntarás si soy soltero pero de todos modos no le prestarás importancia. Querrás tener mi número, me hablarás al chat y me la terminarás chupando en el baño de un bar el fin de semana próximo.

Se me hiela la sangre y él parece percatarse de mi expresión. ¿Cómo se atreve a decir esas cosas sobre mí? ¿Acaso de ese modo funcionan las chicas en ese grupo de prostitutas? Vaya, no me extrañaría que Audrey haya tenido intimidad con Theo antes de bajarse de su motocicleta el otro día, sin embargo, de solo pensarlo, me da asco. No quiero saber cuántas se han metido en la boca el miembro viril de Theodore Landon.

Finalmente, levanta las manos en gesto de disculpa y remata de un modo bastante sorprendente:

—No te asustes. Era broma.

Imbécil.

—Deja de asustarme o no iré a ninguna parte contigo —le digo importándome tres pepinos ser cortés o no.

¿Lottie me habrá visto marchar con este sujeto?

Esta vez nos plantamos los dos a la vez, cuando ya escuchamos las risotadas y la música del grupo de adolescentes apartados del muelle y sentados frente al remolque.

—Okay. Para ser sincero, me da igual que desees venir conmigo o no —me espeta y su tono parece bastante decidido.

Mientras habla, mi mirada divaga entre sus ojos color café y el tatuaje de perro bulldog que mira con las fauces abiertas en su cuello. El punto entre los ojos del Bad Boy da justo con la nuez, lo cual se asemeja a un cuerno o una protuberancia bastante creativa en la cabeza del perro de tinta. Muy original para ser parte de los descerebrados.

Incluso me parece atractivo el collar de tachas y las cadenas que caen sobre su pecho. Impacta cómo una persona ha pensado exactamente todos los detalles sobre su estilo para ir a la perfección con el grupo al que pertenece.

—Pero ya no tienes opción —añade—. Debemos ir con ellos.

—¿Qué...? —inquiero.

—Como escuchaste. Te traje porque los chicos me pidieron que lo hiciera. Te vieron allá sola y pensamos que querías divertirte. Después de todo, a eso viniste a esta jodida fiesta, ¿no? Pasar el rato, reírte, emborracharte, darles la espalda a tus libros.

¿Mis libros? ¿Cuánto me conoce este muchacho? Vuelvo a mirarlo

directamente y encuentro algo familiar en su rostro. Creo... creo que cursa muchas asignaturas paralelas a las mías pero, al fin y al cabo, no compartimos ninguna y aun así finalizaremos al mismo tiempo nuestra educación de preparatoria. Me pregunto qué hará entre los chicos fanáticos de repetir cursos.

Pero otras preguntas se acentúan en mi cabeza y ponen a mis Tracy interiores a debatir:

¿Me vieron sola? ¿Cuánto tiempo estuve deambulando sin Lottie?

Mi amiga... ¿Por qué no salió a buscarme?

No obstante, la voz de mi conciencia habla y desearía no creerle... *Ella solo quiere estar con Charlie. No le importas. Solo quiere satisfacer su apetito sexual y tú puedes irte a la mierda, total ella seguirá enfrascada con ir tras los Glorious y abrirse de piernas a la mínima oportunidad.*

Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. Ella no es así.

—¿Cómo dices? —me despabila Jacob.

Suelto un resoplido y en el intento de procesar lo que Dientes Separados me ha dicho, se me ocurre una respuesta inquisitiva, bastante coherente.

—¿Y por qué te han pedido a ti que vengas a buscarme? ¿Qué tienes que ver conmigo?

—Uffffff. Como si debiera explicarlo.

—Hazlo —insisto.

En ese instante, uno de los muchachos tirado en la arena, a orillas de la fogata, se percata de nuestra llegada y le grita a su amigo:

—¡Hey, tachas! ¡¡¡Trae a la chica!!!

—¡Ya! —responde Jacob (alias Tachas) y lo saluda con una mano en alto. Luego me toma por la cintura y me espeta al oído—. Será mejor que camines y no hagas preguntas.

—¡Que me sueltes! —le grito y me libero de su brazo—. ¡¿Por qué fuiste a buscarme?!

¿Acaso esperabas que lo hiciera otra persona? ¿Theo quizás?

Podría haberme elegido para hacerme daño o algo que me ponga en peligro. No confío en ellos. Nada, nada es al azar.

Finalmente, Dientes Separados habla:

—¿Por qué yo? Porque soy gay. Y suelo ser el señuelo perfecto para atraer chicas al grupo.

Definitivamente, hay algo de coherencia en lo que me dice. Antes, ni de cerca hubiera adivinado que este chico es gay, sin embargo, ahora que lo dice, puedo explicar su estética cuidada (lo cual sí noté). Pero hay muchos hombres heterosexuales que son metrosexuales y hay homosexuales que no tienden a cuidar demasiado su estética personal.

Nunca fui de ajustarme a los estereotipos, pero saber que Jacob es gay me hace sentir un poco más... segura.

Convengo con una sonrisa incómoda a su declaración y, antes de abrir la boca para estropearlo todo, levanta las manos y dice sin más:

—Descuida. Suelo causar esa impresión en las mujeres.

Remata con una carcajada, a la cual me sumo inevitablemente y decidimos ir al encuentro de los Bad Boys y Bad Girls.

En cuanto nos acercamos, veo que hay cinco chicos y tres chicas, las cuales están refugiadas bajo el brazo de algunos muchachos. Dudo mucho que sean pareja estable, sobre todo cuando discierno una maraña de pelo verde que se alza bajo el antebrazo musculoso de un muchacho de cabello rapado y ojos grises.

El alma se me cae a los pies en cuanto logro discernir que se trata de Theo y Audrey.

Mi primera reacción al verlos es la de aferrarme al brazo de Jacob, sin embargo, dudo mucho que pueda causar celos en Theo si a mi acompañante no le atraen precisamente las chicas. De todos modos, no me siento incómoda al estar aferrada al acompañante que me toca y él tampoco simula estar insatisfecho.

—Al fin llegan —expresa un tipo rubio de pelo hasta los hombros y recogido en una cola. Es el que le habló recién a Jacob y su mirada sobre mis pechos no me da buena espina.

Es delgado pero con los músculos marcados. Un tribal de triángulos invertidos le rodea los bíceps y otro en su antebrazo derecho me impresiona en cuanto tiende su mano. Es el primero que veo cuyo animal rodea el símbolo que los distingue.

Una lagartija se regodea en la tinta negra de la figura geométrica que señala al Infierno.

—¿Qué tal? —dice acompañando su gesto para que le ofrezca mi mano—. Mi nombre es Dominic. ¿Tú debes ser...?

Me llama la atención la mirada impaciente de Theo sobre nosotros. Aunque intente parecer indiferente teniendo a la *peliverde* entre sus brazos, estoy segura de que no lo es. Noto sus ojos inyectados en sangre cuando coloco mi mano sobre la de Dominic y él me besa sobre los dedos.

—Tracy —completo volviendo la mirada hacia el rubio. Tiene unos ojos azules que no me gustan en absoluto pero llaman mi atención.

—Ya. ¿Comenzamos? —interfiere Theodore.

Contenta con su reacción, me muerdo el labio y quito mi mano de Dominic para volver al brazo de Jacob. Los tres que estamos de pie nos sentamos en la arena, junto a la fogata, y distingo dos rostros conocidos más. Neo y Summer.

Incluso a la tercera chica la conozco, ya que suele ser la mano derecha de la rubia esquelética que está aferrada al musculoso torso del hermano de Charlie.

El nuevo rostro familiar no yace bajo los brazos de ningún chico pero, en cuanto me nota mirándola, apoya su mano en el muslo del muchacho que está a su lado y extiende su palma a un costado del fuego:

—Amanda —se presenta y convengo a estrecharla también.

Cuando empiezo a pensar que esto es demasiada cortesía, en cuanto mi mano roza la suya, me toma con fuerza y me empuja hasta el fuego, sin embargo me detiene antes de que el corazón se me salga por la boca y me aparto de ella para volver a sentarme en mi sitio.

Amanda es una especie de cara de niña con grandes atributos: pechos grandes, cintura pequeña y unas enormes caderas. Su pelo le llega a los hombros, es apenas un poco más largo que el de Dominic, sin embargo, lo lleva de un negro bastante acentuado y parece cortado con una regla.

—Eso no fue gracioso —asevera Theo, y Audrey se revuelve bajo el brazo de su... Digo, del chico.

—Descuida, cariño. Estoy segura de que nuestra nueva amiga se está divirtiendo de lo lindo.

«¿Cariño?».

«¿Amiga?».

Vaya, esta mujer lleva todas las chances de que le arranque esa cabellera oxidada que tiene prendida a la piel.

La fulmino con la mirada y ella esboza una media sonrisa llena de malicia.

—Tranquilas, chicas —dice otro de los muchachos.

Creo que lo conozco.

Bah, no creo.

Lo conozco. Su nombre es Cedric y me tocó hacer un trabajo de Matemáticas hace dos años con él. Terminé haciendo todo yo solita ya que el imbécil no dejaba de molestar a Mike, de los Glorious, durante la clase.

—Es de un gusto enorme que el destino nos haya vuelto a juntar —dice y remata con una risotada que me cae mal.

Summer conviene del mismo modo y a continuación ambos le dan un trago a unos vasos rojos enormes que parecen repartidos de a cinco por cada uno.

Es bebida. Estoy segura.

—Verás, Tracy —interfiere Jacob, lo cual resulta mucho más de mi agrado. Él se suelta de mis manos y yo cedo. Me decido por colocarlas sobre mis rodillas mientras Dientes Separados explica—: Mis amigos decidieron convocarte para que juguemos.

—¿«Juguemos»? —repito anonadada.

—Sí —afirma y prosigue—: Verás, es algo sencillo. Yo enciendo mi cigarro —se saca uno del bolsillo del pantalón, también un encendedor y pone el envoltorio de tabaco (¿o marihuana?) entre sus labios— y paso el humo a quien está a mi derecha. Si alguno lo pierde, debe darle fondo blanco a un vaso de vodka.

—¿Qué? —murmuro con los ojos entornados—. ¿PURO? Tienes que estar bromeando. Además ¿cómo puedes pasarle el humo a alguien?

En cuanto la alternativa aparece en mi cabeza, Cedric se toma la cortesía de responder:

—De una boca a la otra.

No es mucho problema el asunto teniendo en cuenta que tendré que pasarle el humo al muchacho gay que está a mi izquierda. El problema es que a mi derecha se encuentra Neo.

Me pregunto qué pensará Charie al saber que Theo estuvo en mi cuarto y que al día siguiente besé a su hermano...

Hago un repaso de todos los presentes y me pregunto el modo de distribución que tienen ante la falta de chicas y eso explica por qué me convocaron: necesitaban mujeres para este juego. Sin embargo, una nueva incógnita renace en mi interior y se lo pregunto directamente a Jacob, sin ánimos de que otro de los patanes presentes me responda:

—Pero ¿por qué yo? De tantas chicas que había en la fiesta, ¿por qué me llamaron a mí?

Jacob mira directamente a Theo y dice:

—Fue idea suya.

Wow.

Theodore quita el brazo de los hombros de Audrey y ella pone una expresión de disgusto en cuanto esto ocurre.

—Es verdad —acota él y se nota molesto—. Pero ahora mismo no sé si ella fue la mejor elección para sumarse al juego. Creo que deberíamos llamar a Ella o a Minah.

—¿Para qué? —intervengo—. Ya estoy aquí y quiero jugar.

Así es, Tracy, provoca al maldito cobarde.

—La chica está decidida, Theo —interviene Dominic—. ¿Qué te preocupa?

Él parece no encontrar una buena respuesta, por lo que se encoge de hombros y le da un trago corto a su bebida. Luego responde un «como sea» que termina por encenderme la piel de la bronca que se desata en mí.

¿Qué pasó con eso de que no me iba a dejar sola?

¿Dónde diablos fue a parar toda su comprensión y cariño hacia mí? Quizás... fue fingido y buscaba tener intimidad conmigo pero no le di lugar a volver a mi habitación. Es posible que, si Charlie no aparecía anoche, el idiota del lobo tatuado me hubiera terminado obligando a (o convenciendo de) que me acostara con él.

—Quiero jugar —digo con determinación y Neo me pasa un vaso con bebida.

La tomo y me llama la atención que tenga la claridad del agua. El único color que se distingue en ella es el rojo sangre que se transparenta.

Dominic esboza una risa victoriosa ante mi respuesta y le ordena a Jacob comenzar. En mi interior se desata cierto enojo. ¿Quién se cree este tipo para mandar así a mi amigo?

Bueno, no sé si es mi *amigo* pero ahora mismo resulta ser la única persona en quien puedo confiar.

—Hacia la izquierda —dice él y enciende el cigarro que sostiene con sus dientes.

A su lado está un sujeto de tez negra y cabello rapado. Lo reconozco del equipo de soccer aunque no sé su nombre.

Este, en cuanto Jacob le pasa el humo, apoya la palma de su mano en la nuca de mi amigo y recibe el humo sin problemas. En cuanto sus bocas se juntan, los demás dan aullidos y un ligero rosado me impregna las mejillas.

Junto al chico está Amanda, la zorra que casi me mata. Ella, al recibir el humo, rodea con sus brazos la espalda ancha del muchacho y también recibe el humo.

¿Cómo demonios lo hacen?

Distingo que el truco está en tapar correctamente los labios del otro sin dejar que nada se escape.

Luego de Amanda, viene Audrey. La *peliverde* recibe el humo de labios de su amiga y un ligero escozor en los ojos me pone incómoda. A decir verdad, no suelo tener prejuicios sobre la sexualidad de las personas, pero es la primera vez que veo a dos chicas besarse delante de mí y me impacta.

Luego viene Theo y esta vez la sensación de mis ojos muta en bronca desde mi pecho, al ver que los labios de ambos se cubren completamente y Audrey remata metiendo la mano en la entrepierna de él. Suerte que es sobre los jeans que lleva puestos.

Esos pantalones están rasgados en los muslos y las rodillas, lo cual me genera la certeza de que, estando en su lugar, a mí también me tentaría hacer lo mismo.

Tras esos eternos segundos que se pasan el humo, Theo le pasa a Summer el tabaco y me empieza a preocupar que entre beso y beso hay algo que se pierde en el camino. En ese instante me doy cuenta de que la *rubietonta* perteneciente al equipo de animadoras se ha puesto entre Theodore y Cedric. Quizá ya se cansó de estar besando a Neo y ha preferido nuevas bocas.

Descuida, de estar en su lugar querriás lo mismo.

Mando a callar la voz de mi conciencia y me pone muy nerviosa que mi turno esté cada vez más cerca.

Summer pasa el humo a Cedric y no pierde nada.

Luego de Cedric, viene el beso con Neo y quedo algo impactada nuevamente. Ambos son muy atractivos, quisiera besarlos a los dos, pero Theo gana con creces mis ganas.

Aunque... el suceso ha sido demasiado rápido y cuando menos lo espero la boca de Neo ya se ha estampado sobre la mía: olvido abrir lo suficiente los labios y el sabor a tabaco invade mi paladar desplegando una sensación horrible que me hace toser y termina por llenarme los ojos de lágrimas.

Mierda, soy la primera en perder.

—Uuuuuuuuuuhhh—exclaman todos a la vez y añaden—: ¡Fondo! ¡Fondo! ¡Fondo! ¡Fondo! ¡Fondo!

El único que no expresa satisfacción ni grita es Theo. Cuando lo miro,

distingo que su pecho sube y baja de modo exagerado y se está mordiendo con fuerza el labio inferior, mientras sus ojos, al igual que los del resto, se clavan en mí con impaciencia.

—Yo... No... —empiezo, pero Amanda se adelanta y me obliga a recibir el recipiente.

—Bébetelo —me obliga con los ojos entornados y la cabeza torcida hacia un costado.

—Así son las reglas del juego, nena —añade Dominic y acerco el vaso lleno de vodka puro a mi nariz.

El olor me irrita las fosas nasales y me pregunto cómo diablos haré para que su contenido no me salga por los ojos en cuanto el líquido brote hasta mi estómago.

Acerco el vaso a mis labios y...

—Esperen —interviene Theo antes de que mis labios toquen el líquido—. Ella no está acostumbrada a beber. La mataría un vaso de esos, repleto hasta el tope. Opino que le demos solo la mitad por vez que pierda.

—¿¿Qué?! —se alza Audrey.

—Opino igual —esta vez se alza Jacob en defensa de Theodore—. La mitad de ese vaso tendrá un efecto en ella diez veces mayor que en nosotros y no será necesario matarla de un coma etílico.

—¡Buuuuuuuuuu! ¡Aburridos! —aúlla Amanda.

Miro a Summer y, si bien se mantiene impasible, su gesto de disgusto demuestra que no está muy contenta con la decisión.

Finalmente, de manera casi instintiva, todas las miradas se clavan en Dominic, quien parece ser la persona que tiene la última palabra:

—Está bien —asiente—, pero luego de beber, debes chupársela a uno de nosotros.

¿Cómo...? ¿Qué diablos...?

¡Boom! ¡Boom! ¡Boom!

Mi corazón palpita con fuerza dentro de mi pecho y la bronca arde en mi interior, así que dejo que salga. Pero antes de gritarle un montón de cosas horribles a Dominic, Theo suelta una risita y dice:

—Estoy de acuerdo. Yo me la llevaré al remolque.

Me quedo en silencio aunque su mirada de complicidad dice mucho más de lo que las palabras son capaces de expresar.

Acerco el vaso y mi nariz percibe un aroma dulzón que me quema de solo olerlo.

—¿En serio? —pregunto casi en una súplica.

Lo digo mirando a mi único chico de confianza pero, apenas recibo su respuesta, es como si me arrojase a los leones:

—En serio. Si quieres, cúbrete la nariz así lo pasas sin asco.

Sería imposible.

—¡Déjate de vueltas o deberás chupársela a todos! —interviene Amanda con poca paciencia. *Mándala a callar, Tracy. Enséñale a ser mejor persona a esa zorra drogadicta*—. ¡Incluso tendrás que meterte entre las piernas de nosotras si no lo haces de una maldita vez!

Me impresiona el vocabulario sucio con el que se expresa y me da más asco seguirla escuchando que el vaso de alcohol puro que sostengo.

—Esto es asombroso —escucho que Summer le dice a Neo por lo bajo y sigo el consejo de Jacob de cubrirme la nariz y me llevo el vaso a la boca.

El sabor impacta contra mi paladar y pasa vertiginosamente por mi garganta. Arde. Quema. Lo siento como ácido deslizándose en mi interior y parece no terminarse jamás, convirtiéndose cada acto de tragar en algo doloroso.

Finamente, la última gota se desliza hasta mi boca y algunas más se derraman desde mis labios en cuanto me quito el vaso. Mis ojos derraman lágrimas aunque no hay llanto. Solo ha sido el ardor quemándome por dentro y me restriego con el brazo para despejarme la mirada.

Suerte que solo ha sido medio vaso, ¿qué hubiese ocurrido conmigo de haber tenido que beber el recipiente completo?

El líquido empieza a hacer estragos en mi estómago. Me ha caído como una piedra, sube de a ratos por mi garganta y hago mi mejor esfuerzo por mantenerlo en su sitio.

—¡Yuuuuuuuuuuuuuu! —suelta Dominic y da un aplauso teatral luego de pagar mi error.

Mi error... fue haber decidido jugar a esta mierda. Fue haber venido a esta fiesta. Fue... haberle hecho caso a Lottie, conocido a Theo y desbordado mi vida.

Para colmo, queda todavía cumplir el castigo que me toca: perder el último atisbo que resta de mi dignidad.

—Bien, vamos —afirma Theo y se pone de pie. Audrey me fulmina con la mirada pero estoy segura de que una parte de ella disfruta sádicamente verme sufrir con el alcohol en mi interior y camino a corromperme.

—¿Qué esperas? —interviene el muchacho.

Realmente me caía mejor mientras permanecía en su mutismo.

Doblo las piernas, me apoyo en las palmas y me pongo de pie a duras penas.

—Wow —se mofa Dominic en cuanto me tambaleo.

—Estoy bien —afirmo y Theo se apresura a colocarse a mi lado.

Noto en él cierta intención de sujetarme con los brazos pero todo queda deshecho al caer en la cuenta de que nos están observando.

Camino con él hasta el interior del remolque y, poco a poco, un montón de punzadas invaden el interior de mi abdomen.

Las punzadas suben hasta mi pecho y se clavan en mis sienes provocándome un pequeño mareo.

—Cuidado —anuncia en cuanto llegamos a los primeros escalones que dan entrada al remolque.

Sigo su consejo y procuro levantar las piernas con atención. El interior del lugar me asquea: está todo desordenado, hay restos de pizza en lo que parece ser una cocina, alcohol derramado y, hacia el final, unas tablas de donde aparecen colchones y sábanas.

—Bonito dormitorio —digo y me arrepiento de inmediato.

Theo arquea una ceja y añade, mientras me señala que me recueste en la cama:

—Vaya, hasta te ha mejorado el sentido del humor.

Doy un hipo y él suelta una risita mientras se dirige a la entrada para cerrar la puerta. Todos le gritan groserías a Theodore pero él les muestra el dedo medio y cierra finalmente, dejándonos a solas en el interior.

Estamos a solas por enésima vez desde que nos conocimos.

—Por favor —murmuro mientras se acerca a mí—. No me obligues a hacerlo... No es que no quiera, digo, no es que no seas atractivo, solo que no puedo. Por favor, por favor, por favor.

Me siento y cierro las piernas instintivamente.

Él se reacomoda a mi lado y asegura:

—No voy a tocarte ni vas a tocarme a mí.

¿Qué?

En cuanto termina de hablar, las dudas se despiertan al igual que ligeras punzadas de dolor de cabeza. *¿Tan horrible soy que no quiere nada de nada?*

—¿Por qué? —le pregunto intentando que no se note mi desilusión.

Vaya, que no se la quiera chupar tampoco significa que deba rechazarme de ese modo, el muy cerdo.

—Porque te respeto.

¿Dije cerdo? Quise decir caballero...

—¿A mí? ¿Y a las demás? —interrogó, quizás, más de lo que debería.

Él sonríe y me mira con picardía. A continuación dice:

—Es verdad que me he acostado con otras chicas pero a ellas o no les interesaba su virginidad o ya la habían perdido hace mucho.

—¿Eso significa...?

—No es que no merezcan respeto, solo que ellas no respetan su intimidad. Tú sí lo haces.

—Audrey no respeta su intimidad —dice la Tracy Malvada y las palabras escapan de mis labios sin ningún filtro. Theo se encoge de hombros.

—Puede que sí.

—Y ¿qué diremos al salir? Tampoco quiero meterte en problemas, aunque valoro mucho lo que haces por mí.

Él parece incómodo y creo que ya lo he arruinado todo en el instante que mira a un costado.

—No lo hago por ti... Solo que... Vamos afuera. Es suficiente.

El alma se me cae a los pies y la voz de mi conciencia se apresura a tratar de convencerme de que no sea tan estúpida de dejarlo ir. Apenas pasaron unos pocos minutos.

—Espera —le pido—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—La estás haciendo. ¿Y si mejor yo te lamo en cuatro?

—¿Qué?

—Que si te hago cuatro. Cuatro preguntas.

Demonios.

—Ehh... ya. Hazlas.

Creo que empiezo a marearme y sus inquisiciones toman la iniciativa:

—¿Trajeron carpa? Te vi llegar con tu amiga de la otra noche pero no veo que se hayan instalado en ningún sitio.

—Dormiremos en su auto.

Oh, sí. Tracy: 1. Theo: 0.

—Segunda pregunta: ¿Quieres dejar de restregarle en la cara a todo el mundo tu virginidad?

—¿Que yo...? ¡¿Qué?!

—Caray, que dejes de hacerlo. Es terriblemente tentadora la idea de tener una virgen en frente que pide a uno que se la meta, pero ya deja de exhibirte como si fueras un bien precioso.

Vaya. Realmente no había notado eso y si rememoro algunas conversaciones anteriores, cada vez que Theo hizo mención a mi condición, nunca me negué. Ni siquiera he hecho el intento de querer confundirlo.

—¿Eso fue precisamente una pregunta o más bien una orden? —
contraataco.

Pero él me manda a callar:

—Chissst. Acá el *daddy* pregunta.

—¿Tú?

—Exacto.

—Bueno, «papi» —escupe la Tracy Malvada, las palabras que nunca pensé decir. En fin, el alcohol está haciendo de las suyas al desinhibirme.

—No vuelvas a decir eso. Me la pones tan dura...

—Pero tú...

—Tercera pregunta —me interrumpe. Wow, ¿dónde quedaron los caballeros? Creo que los del siglo XXI son unos descorteces que lo único que buscan es alcohol y sexo fácil. Como sea, prosigue—: ¿Por qué no me avisaste que vendrías? Te ofrecí traerte a la fiesta.

¿Y llegar aferrada a tu cintura como lo haces con Audrey? Ya, ni lo pienses. No soy una más.

—¿Una más?

Oh, mierda.

Creo que pensé en voz alta.

En fin, me ahorré la tarea de ponerles filtro a mis pensamientos.

En ese instante, mi teléfono empieza a sonar con la canción que Theo me dedicó y no puede evitar que se le escape una sonrisa al discernirlo. Cuando saco el aparato, veo la pantalla y descubro que mamá está intentando comunicarse conmigo. Lo apago y me lo guardo nuevamente.

—Cuarta pregunta.

—¡Hey, dejen de hacer chanchadas y regresen! —aúlla Dominic desde afuera.

Me sonrojo y Theodore continúa:

—No quiero que te quedes. ¿Me dejarás llevarte a tu casa?

—¿Ahora mismo?

—Ajá.

—¿Por qué?

Ya sé que él es quien hace las preguntas y eso, pero Theo esta vez se toma el trabajo de responder:

—No me gusta cómo pinta esto... Ya te lo he dicho. No perteneces a lugares como este.

¿Y que se quede a solas con cuanta chica se le cruce?

—Ni hablar —respondo y me pongo de pie. A continuación, salgo del remolque y grito—: ¡Sigamos con el puto juego!

—Santo cielo, Tracy, ¿eres tú?

Una vez que puedo ubicar mi entorno, distingo que en la ronda ha irrumpido Lottie, que me observa con los ojos desorbitados.

—Lottie... —dejo escapar su nombre luego de un grito ahogado.

—¡Espero que hayas encontrado el baño! —dice en un reclamo que me sorprende y su rostro se expande aún más en el instante en que Theo sale del remolque tras de mí.

—Esto me decepciona sobremanera —añade.

Trago saliva sin tener muchas herramientas para poder defenderme. A decir verdad, ella tiene razón y ni yo misma me reconozco, aunque... No es lo que parece. Debe haberse puesto así porque, más allá de haberle mentido, nos atrapó a Theo y a mí dentro de esa pocilga haciendo algo que todo el mundo cree que hicimos, pero están equivocados.

—¿Qué tal la chupadita? —dice Neo y quiero que se haga un pozo profundo en la Tierra para hundirme y no resurgir jamás.

—No lo puedo creer —sigue mi amiga cada vez más consternada.

Pero Amanda habla y me asusto en cuanto abre la boca.

—Ya, no seas aguafiestas —le dice a Lottie y me sorprende—. ¿Por qué no vas a buscar a tus amigos y se suman a jugar con nosotros?

—¡No! —intercedo. Los amigos de mi amiga son los peores enemigos de este grupo y quién sabe cuál sería su reacción. Todavía resuena en mi cabeza la voz de Charlie advirtiéndome sobre el equipo y el símbolo prohibido. Ella hizo una clara elección y no es bienvenida aquí.

—¿Qué pasa? —pregunta Amanda y distingo que Theo me está mirando.

—Solo que... —*En verdad es mi mejor amiga y pertenece a los Glorious. Así que no quiero que le arranquen la cabeza, todos ustedes están de remate y ahora mismo debo protegerla*— ella tiene razón, ya nos vamos.

—¡No, Tracy! ¡Por favor! —mi mundo se entenece al distinguir que quien se suma a la discusión es Jacob—. ¡No puedes ponerte así! ¡El juego recién comienza! —luego se gira y le habla con entusiasmo a mi amiga—. ¡¿Por qué mejor no te quedas con nosotros una ronda, amiga de Tracy?!

—Charlotte.

—Un gusto.

—No para mí. Y tampoco tengo idea de a qué demonios están jugando. Ahora mismo está empezando lo mejor de la fiesta en el muelle y la opción de quedarme con ustedes no me resulta atractiva.

—Lottie, damos una ronda y luego nos vamos a bailar un rato, ¿te parece?

Me sorprende a mí misma pero soy yo quien le está haciendo la oferta a mi amiga de que nos quedemos. La Tracy Sensata debe haber sido atada por la Malvada y ahora mismo no puede hablar porque seguramente necesita ir amordazada y evitar que meta la pata.

Mi amiga respira profundo mientras me observa con confusión. Hay algo en mis ojos que le pide acceder y lo hace, finalmente:

—¿De qué va el juego?

Me meto entre Theo y Audrey, separándolos a propósito y si bien la *peliverde* simula molestarse, acerca sus labios a mis oídos y se me pone la piel de gallina en cuanto me dice:

—Espero que te gusten mis besitos.

Una corriente de escalofríos me hiela la piel y tiene razón: si me quedo ahí, tendré la posibilidad de besar a Theo pero también deberé besarla a ella, lo cual me despierta las peores arcadas de mi vida.

Acto seguido, me pongo de pie para ubicarme al otro lado de Theodore. Aun así... Summer está a mi lado. Demonios, este idiota está rodeado a diestra y siniestra por las peores arpías que podría haberse encontrado por amigas. Porque eso es lo que son, ¿verdad?

—¿Qué pasa? ¿No encuentras lugar o te incomoda besar a otra chica? —me provoca Dominic.

Lo fulmino con la mirada y accedo a volver donde estaba antes: entre Jacob y Neo.

—¿Cómo dices?! Bien, no tengo problemas de homofobia pero me niego a besar a cualquiera de ustedes —Lottie pone el grito en el cielo. Y la entiendo, yo en su lugar creo que reaccionaría del mismo modo.

—Tú ponte ahí —le señalo el lugar entre Jacob y el chico de tez negra que suelo ver en partidos de soccer— y sigue la corriente. Ya entenderás de qué va el juego, ¿sí? No... no es tan malo.

Dominic le sirve un vaso de vodka a mi amiga pero ella reacciona del modo que me esperaba:

—No bebo, gracias.

—Hay vodka de cereza, si quieres. No tenemos más opciones que ofrecer —le explica Jacob e intervengo:

—Vodka de cereza para las dos está bien, gracias.

Amanda suelta una carcajada y Dominic nos sirve a ambas medio vaso de la bebida antes mencionada, uno para cada una.

—Esta vez prefiero la opción del vaso completo —intervengo.

No imagino tener que meterme entre las piernas de todos los presentes. Además, Lottie me mataría al saber en qué consiste el castigo del juego, que se ha impuesto especialmente para las que no bebemos.

Dominic nos llena el vaso y, por esta noche, no tendré que volver a entrar al remolque.

Luego de cinco vueltas, perdí dos veces, Lottie una, Amanda otra y Audrey la restante. Me impresiona lo bien que le sale a mi amiga, pero la bebida ya está haciendo estragos conmigo y no puedo parar de reír a carcajadas mientras el humo va y viene.

—¡No puedo creer que ustedes dos se estén besando! —digo señalando a Lottie con Jacob—. ¡Si supieras que...! ¡Aaaaay, Dios mío!

Me duele el estómago y me doblo para no mearme.

Luego de que Jacob le pasa el humo, me mira y parece divertido. Me guiña un ojo y yo pestañeo con coquetería. Cada vez me cae mejor, es divino.

Me siento mareada y cuando el asunto ya me empieza a parecer demasiado monótono, me pongo de pie al terminar la sexta ronda, en la que he vuelto a perder, y grito:

—¡Vamos a la fiesta!

La fogata ya está casi muerta pero algunas chispas se observan. Mis filtros y falta de cordura me empujan a salir corriendo y patear los restos, cuyo calor ni percibo.

Seguramente que, de estar sobria, no estaría comportándome así.

Tomo a mi amiga por un brazo y la insto a salir de la ronda.

—¡Quiero músicaaaaaaaa! —aúllo mientras nos llevo a ambas corriendo en dirección al muelle, donde hay gente bailando y la música suena alto.

Sé que se pondrán furiosos porque no cumplí sus reglas.

—¡Solo hasta que me deje de doler la cabeza y nos vamos! —me responde mi amiga, mientras dejamos el grito de Dominic a nuestras espaldas:

—¡¡¡Hey, debes pagar tu último castigo!!!

Levanto la mano y le muestro el dedo medio mientras seguimos corriendo.

Diez metros más allá, escucho el ruido de la motocicleta de Theo tras nosotras y esta vez mi diversión muta en un miedo horrible, que me cala los huesos mientras huimos.

Van a meternos a ambas dentro del remolque, estoy segura.

Theo clava su moto delante de nosotras y una cortina de arena se alza, envolviendo nuestro alrededor. En cuanto las partículas arenosas se calmaron, él habla y con mi amiga nos abrazamos instintivamente. De hecho, lo hicimos desde el momento en que percibimos el peligro, cuando este sujeto tatuado y peligroso empezó a perseguirnos.

—Te llevo a casa —me dice y Lottie suelta una carcajada llena de indignación.

—¿Yo estoy pintada? —dice y ambos dirigimos la mirada hacia ella—. Para que sepas, hoy vine en auto, así que no necesito de tu caridad. Y Tracy viene conmigo.

Él la ignora y vuelve a mí:

—Nos largamos de esta mierda. Ahora.

¿Y con qué derecho viene él a mandarme a mí? Miro a mi amiga y reímos. Pasamos a su lado y él nos detiene con un grito:

—¡O te haré pagar el castigo que te corresponde, Tracy Smith!

Su amenaza funciona: nos deja heladas y de inmediato me doy la vuelta.

—¿Cómo dijiste?

—No creo que quieras estar en deuda con los Bad Boys. Dejas que te lleve a tu casa o pagas el castigo que está pensando Dominic.

Lo miro con seriedad fingida pero luego me da una risa tonta de solo pensar en las cosas graciosas que podría obligarme a hacer ese idiota.

—Yo no le veo la gracia —dice Theodore y Lottie se suma a las carcajadas.

Finalmente añado:

—Está bien, pero primero ¿nos acompañas a bailar?

—¿Qué? No, yo no...

—¡Ven!

Termino arrancándolo de su motocicleta, pero se suelta. Espeta que puede moverse por sí solo y, acto seguido, se dirige a donde todo el mundo baila. Deja la moto a un costado y con Lottie nos echamos a correr al centro del bullicio, donde se distingue a Charlie con su grupo.

La gente está apretada y sudorosa, sin embargo la música me golpea en las sienes creando una sensación exquisita.

Nunca había bailado en público y, lejos de temer al cómo se hace, el ritmo me indica el modo de seguir lo correcto. Casi de manera instintiva me muevo y no me molesta que se rocen contra mi cuerpo. Cierro los ojos y dejo que la música me envuelva. No tengo idea de dónde diablos se metió Theodore, pero tengo la sensación de que ahora mismo no lo necesito... Pensamiento que no existiría en caso de que no estuviera ebria como una cuba.

Nunca había probado estas bebidas ni en tal cantidad, sin embargo han anestesiado mis pensamientos y ahora mismo me siento libre.

Pero me desoriento al abrir los ojos y percatarme de que Lottie ha desaparecido.

—¿Lott...?

Miro a todas partes: la gente da vueltas, se multiplica en mi campo de visión y me gusta la sensación de mareo, sin embargo estoy algo preocupada.

Que se vaya al diablo, no es la primera vez que te abandona.

No es cierto.

Sí que lo es, deja de ser tan tonta.

Alguien me toma por la cintura y cierro los ojos otra vez. Dejo que unos fuertes brazos me apresen y terminan estrechándome con fuerza. Siento en mi parte posterior que algo duro se apoya contra mi cintura y en situaciones normales saldría corriendo, pero ahora mismo me gusta, al igual que el hecho de estar tocando unos fuertes brazos cerrándose alrededor de mi cintura.

En cuanto bajo la mirada, observo los tatuajes del sujeto que me rodea, discierno un triángulo y me altero de inmediato.

Termino girándome y me encuentro cara a cara con Charlie.

—¡Pero si estás como una cuba! —dice y ríe, pero lo hace de una manera incómoda.

Es instantáneo que me siento avergonzada por mi estado.

—Disculpa —murmuro.

—¿Qué?! —farfulla por encima de la música.

En ese momento, me pesa la mirada de Lottie, que se aparece y nos fulmina con los ojos a ambos. Charlie está con las manos apoyadas en mis codos y me aparto de inmediato. No quiero que mi mejor amiga piense que le estoy intentando robar el chico.

—¡Al fin te encuentro! —grita ella y le sonrío con dificultad—. ¡Mira que eres estupenda para perderte!

—Ambas lo son —añade Charlie y señala a Mike y Brandon a unos metros, con su grupo de Glorious—. ¡Volvamos con los nuestros!

En eso, alguien se hace lugar dando empujones entre la gente y Lottie aprovecha la distracción para aferrarse del brazo de nuestro acompañante.

Theo se aparece desde la multitud.

El problema es que, en cuanto llega, lo primero que hace es verme y de inmediato clava sus ojos en Charlie.

Me acomodo junto a Landon y mi amiga prefiere llevarse a su chico:

—¡Mejor vamos! ¡Tracy nos acompañará luego!

Él no emite palabra, pero se deja conducir por mi amiga, echándonos un último vistazo por encima de un hombro.

—¡Son como gato y perro! —le digo a Theodore y trato de bailar para que me siga el ritmo.

—¡No es asunto tuyo!

—¡Sí que lo es! ¡Y tú no eres tan rudo como pareces, ya te lo he dicho! ¡¿Bailas conmigo?!

—¡Ni loco! —él está como una piedra—. ¡Suficiente con que haya decidido venir a acompañarte en el maldito baile! —aúlla por encima de la música.

—¡Solo sigue la corriente! ¿Sí?

—Ya... —corresponde, o creo que es lo que sale del gruñido que emite.

Trato de que el ritmo nos envuelva mientras nos movemos y la música se nos mete en la sangre, al igual que todos los que están a nuestro alrededor. Me gusta hacerlo, aun más de manera sensual, batiéndome el cabello hacia atrás y mordiéndome el labio inferior cada vez que mi mirada y la de Theo se cruzan.

Dejo que mi mano y la suya se rocen, que mis pechos toquen el suyo, le dedico sonrisas pero él esquivo la mirada.

Finalmente, quiero entablar conversación antes de aburrirlo así que acerco mi boca a su oreja mientras mi cintura roza su entrepierna y me encuentro con que algo se ha endurecido por encima de su pantalón...

Su nombre sale de mis labios, impactando el susurro con el lóbulo de su oreja. Acto seguido todo ocurre tan rápido que me quedo atónita incluso con el alcohol y la música, que hacen una combinación exquisita en mi cuerpo.

Separo los labios para hablarle pero él me toma por un hombro, se gira y estampa mis labios contra los suyos. Una mano envuelve mi nuca y la otra me rodea por la cintura atrayéndome contra su cuerpo. El sabor a menta y tabaco tan propio de él invade todo mi paladar, lo saboreo, paso mis labios por sus dientes, su lengua y dejo que atraiga mi cintura contra la suya.

Hay una explosión cargada de electricidad invadiéndome por dentro.

Levanto las manos y las apoyo sobre su pecho con delicadeza. Theo abre la boca y el sabor impregna de lleno todo mi ser, es alucinante, tan delicioso que pocos placeres en mi vida se comparan a esto.

Cuando Theo se aparta, quiero más pero estoy atónita como para ser capaz de expresarlo. Mis ojos se encuentran con los suyos, grises y lúcidos.

Quiero volver a besarlo, abalanzarme sobre él y que me lleve a donde quiera...

Pero en un abrir y cerrar de ojos siento una corriente de frío, todo el mundo se tambalea y distingo que Theo se ha marchado, dejándome a solas entre una multitud de ebrios casi desconocidos.

Casi.

THEO

No percibo la música que me truenan en los oídos ni a la gente sudorosa restregándose alrededor. Solo noto a Tracy, bailando delante de mí, regodeándose de sus curvas hermosas, que ponen a delirar a cualquiera. Sacude el pelo, me mira a los ojos, sonrío, me roza la piel, busca provocarme.

Estando borracha sabe que es sexi. Mucho más que dentro de su ingenuidad de todos los días.

Ahora descubro que en realidad esconde un lado sensual, asombroso, que está moviéndose delante mío y apretándose contra mi cuerpo.

Se me pone como una piedra en cuanto se acerca, pero el problema mayor deviene al momento en que me roza con sus manos y los calzoncillos me aprietan cada vez más.

Demonios, tengo que detenerla, no puedo resistirme más, debo hacerlo.

Tracy acerca sus labios a mi oído y antes de que sea capaz de pensar dos veces qué diablos estoy haciendo, le doy un beso y ya la tengo apresada entre mis brazos.

No debo hacerle esto...

No la merezco... Es demasiado buena. Solo terminaré arruinándole la vida como hago con cuanta chica se enamora de mí.

Ya. Theo, es suficiente. ¡Debes apartarla ahora mismo!

Hago caso de mis pensamientos y mientras está sumida en sus fantasías, con sus delicados ojos cerrados, antepongo un esfuerzo sobrehumano para apartarme. Salgo a toda prisa, chocándome con la gente. Necesito un escondite.

La veo entre las personas y me siento horrible por tener que estar haciendo esto. Me busca. Sacude su pelo castaño mientras mira entre la gente y me llama. Quisiera salir y darle un abrazo muy fuerte, aunque mi lado racional lo impide. Es demasiado buena para mí. Es demasiado buena para mí...

Ve que hace pucheros y el corazón se me parte en dos. Bien, si llora, salgo de mi escondite... pero se me pierde en una milésima de segundo.

Entro en un estado de desesperación y camino con cuidado, buscando dónde puede haberse metido esta mujer, ¡por Dios! A unos cuantos pasos de andar y mezclarme de nuevo entre la masa de cuerpos sudando alcohol, me vuelve el alma al cuerpo cuando la veo hablándole muy cerca a su amiga. ¿Charleston? ¿Lorie?

Discuten un momento y a continuación Lorie, o como se llame, le entrega unas llaves y Tracy sale del montón de gente, en busca de los autos estacionados a lo lejos.

¿Se va?

Mierda, está borracha.

No puede conducir así, no puede. ¡Y cómo demonios se le ha ocurrido a su «amiga» entregarle las malditas llaves si no puede conducir en ese estado!

Bien, mejor la sigo unos metros a ver qué tiene pensado hacer.

Resuelvo que, al final, lo mejor es seguir espiándola desde el anonimato y, hasta estar seguro de que no hará una estupidez, no me iré.

Procuro seguir a metros de ella y camino de auto en auto, sacando provecho de que la arena amortigua mis pisadas. De pronto, llega al auto de su amiga, un bonito Corolla gris modelo 2010, veo que se deja caer contra la puerta antes de abrirla y las facciones de su rostro se contraen.

Pero... ¿qué? No, por favor, no, no, no, Tracy, no llores. ¡No lo hagas, maldita sea!

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Me odio por ser quien soy!

¿Y ahora qué debo hacer? ¿Consolarla? ¿Podrá perdonarme?

¿Podré ser capaz de alejarme de ella?

El mundo no deja de multiplicarse en mi visión y de dar vueltas mientras subo al auto de Lottie. He considerado la idea de tirarme al suelo y echarme a llorar ahí mismo pero prefiero hacerlo encerrada en la parte de atrás del auto de mi amiga. Me siento absurda y humillada.

Él.

Él me besó. Y se fue. Me dejó sola, ebria y totalmente desamparada... ¿Tan horrible es estar con alguien como yo? Siempre tuve una valoración de que existen dos clases de personas en el mundo: las discriminadoras y las *discriminables* (que *se hacen* discriminar). Y yo pertenezco a las segundas. Es estúpido pensar que ambas categorías podrían mezclarse alguna vez. Theo me detesta, juega conmigo, sin embargo mi corazón necesita tenerlo cerca y besarlo fue la gota de adrenalina que colmó mi deseo.

Procuro que la puerta esté bien cerrada, bajo los seguros y me acuesto en posición fetal para ajustarme al espacio reducido de la parte de atrás del auto.

Quiero encontrar a un chico responsable, con lentes y gomina en el cabello, que use camisas a rayas anchas y pantalones caquis, no al imbécil lleno de músculos y tatuajes que no logro arrancar de mi mareada y dolorida cabeza.

Porque es obvio que Theo no es mi destino.

Tengo un cuerpo que no se ajusta a la belleza de Audrey, ni de Amanda, ni de Summer, ni de ninguna de las putas sensuales que forman parte de los Bad Boys. El grupo de Theo, al cual no pertenezco...

Soy una persona horrible.

Eres una persona horrible.

Lo soy.

Ya lo sé.

Púdrete.

Muérete.

El bosque tras la playa se quedó clavado en mi cabeza y no quiero dejar de pensar en él.

Como en un deseo, aparezco frente al mar, con el muelle a mis espaldas y de pie en el lugar donde debería estar el remolque. ¿Dónde se han ido todos? ¿Qué pasó con la fiesta?

Miro a todas partes y llamo a quienes conozco:

—¡Lottie!

...

—¡Theo! ¡¿Jacob?!

Nada...

—¡Dominic! ¡Aud...! —cierro la boca antes de que el nombre de esa maldita salga de mis labios.

Prefiero estar sola, sin embargo debo volver a casa.

La luna se refleja sobre un mar cristalino y hermoso, brilla entre nubes que aparecen de a ratos y se alza la oscuridad más espesa que he conocido jamás.

—¡Lottie! —vuelvo a llamar cuando algo capta mi atención y proviene desde dentro del bosque.

Entre la masa de árboles, diviso una luz que deja escapar rayos filtrándose entre los recovecos.

—¿Theo? —pregunto, pero me resigno de inmediato. Ellos no están aquí—. ¿Hola?

Camino unos pasos y termino por decidirme a entrar al bosque. Se percibe frío y tétrico, quizá porque los días de verano ya se están alejando.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto con miedo mientras me adentro más hacia la luz amarilla que titila frente a mis ojos.

De pronto, siento los pies fríos y húmedos.

Bajo la cabeza y distingo que he pisado un charco de sangre. Cuando quiero volver a enderezar la mirada, distingo una hoguera delante de mí con cuerpos ardiendo y el olor a carne chamuscada se mete por mis fosas nasales.

Despierto sobresaltada con el sonido de unos golpes en mi cabeza.

Santo cielo, me duele terriblemente; el zumbido que me presiona las sienas hace que el mundo deje de girar, pero me castiga con punzadas y arcadas repugnantes con sabor a cereza.

Necesito agua.

Otra vez los golpecitos se repiten y tomo asiento en el auto. Miro a mi lado y veo a Charlie, que está tratando de acaparar mi atención al otro lado de la ventanilla; en cuanto se percata de que lo he visto, me dedica una sonrisa y me siento más tranquila.

Le saco el seguro y él abre la puerta.

—¿Puedo pasar? —me pregunta.

—Claro —accedo sin problemas. Él entra en la lista de personas en

quienes puedo confiar, las cuales, a decir verdad, no son muchas—. ¿Qué ocurrió con Lottie?

—Se quedó hablando con mis amigos, luego irá al baño y regresa enseguida. Le dije que la esperaría en el auto y vaya sorpresa con la que me he encontrado.

¿Yo? No soy precisamente alguien sorprendente.

—¿Te llevará a tu casa? —pregunto anonadada con la idea de que mi amiga trajera a este chico a su auto.

—Sí, claro... —titubea.

Hummm.

Termina por acomodarse y cierra la puerta.

¿Con qué necesidad? Lo siento tan cerca pero no me importa. Lo único que hago es sostenerme la cabeza y rezar para que el dolor deje de pincharme en las sienes.

—¿Duele? —pregunta.

—Ajá.

—Estará peor mañana. Pero solo será unas horas.

—¿Tienes experiencia en esto?

—Poca —asegura y le creo—. Pero la tengo, por desgracia. Aunque he visto con quiénes te has estado juntando y mientras no te apartes de esa banda de criminales no cesarán tus dolores de cabeza.

—¿A qué te refieres, Charlie?

No es necesario que me conteste, pero yo igual me llamo a la incredulidad fingida para pensar excusas. Tiene razón y es lo que más odio.

—Los Bad Boys.

—Vamos, no te pondrás a darme sermones sobre con quiénes debo juntarme y con quiénes no, ¿verdad? —emito un quejido y él responde con seguridad pero sin levantar demasiado la voz:

—Son peligrosos. Para chicas como tú y Lottie, sobre todo.

—¿Eh? ¿Qué serían las «chicas como nosotras»?

Él carraspea y sus ojos verdes brillan como los de un gato bajo la luz de la luna:

—Theodore Landon no es bueno para ti.

—Vamos, no seas pesado.

—En verdad, Tracy. Debes saber cosas horribles sobre él.

Se me pone la piel de gallina y si bien no quiero oír lo que tenga para contarme, las Tracy de mi interior enloquecen por saber lo que Charlie tiene

para decir:

—Él... Él ha...

De pronto, la puerta de su lado se abre.

Mi cabeza va demasiado lento para procesar lo que ocurre. Lo cierto es que en este momento Charlie está en el suelo boca arriba y tiene a Theo encima asestándole duros puñetazos con frenesí.

Quiero que se detengan. Si no hago algo rápido, lo va a matar.

Abro la puerta de mi lado y salgo. Doy la vuelta al auto y me pongo a gritarle al loco de Theo para que por favor se detenga. ¡Le va a romper la cara! Tiene a Charlie inmovilizado y este, aunque intenta defenderse, no puede. Lo ha atrapado con la guardia baja y por lo visto Theodore tiene mucha experiencia en golpear, inmovilizar y arrojar puñetazos.

Cómo no, es entrenador de boxeo.

—¡Basta, Theo! ¡Por favor, lo vas a matar! —aúllo.

—¡Eso quiero! —ruge y luego se vuelve para hablarle a él—. ¡Qué mierda ibas a decir! ¡¿Ah?! ¡¿Por qué mejor no le hablas de ti y de tu (*puñetazo en la mandíbula*) jodido (*puñetazo en el ojo*) grupo de mierdas remilgadas?!

No sé cómo lo hizo pero Charlie logra darle un golpe en el estómago a Theo. Este se inmoviliza y retrocede. Cuando mi amigo se aparta, me horrorizo al ver su rostro ensangrentado y corro hacia él. Tiene un corte profundo en el labio y un ojo morado, con una hinchazón tremenda.

Le sangra la nariz y otro hilo sanguinolento le cae por las comisuras de los labios.

—Santo cielo, Charlie, ¿estás bien? —le pregunto.

Él no me mira sino que clava sus ojos en los de Theodore, que ahora permanece a tres metros de distancia.

—¿Charlie? ¿Qué te duele? —le pregunto.

Pero el Glorious se libera de mí y corre encima de Theo. Le asesta un puño en el abdomen y lo derriba. Tengo un ligero sentimiento de justicia, pero no puedo evitar sentirme mal por Theo. Ya en el suelo, lo patea y le grita:

—¡¿Por qué mejor no le cuentas las cosas que tú has hecho?! ¡Además, para qué la necesitas tener de tu lado si seguro la quieres para lo mismo que a todas!

¿Yo qué? ¿Todas? ¿Qué pasa con Lottie y las chicas que son como nosotras?

Entonces, las palabras de Charlie atraviesan mis oídos como cuchillas:

—¡¿Otra vez buscando vírgenes, tú y tu maldito grupo?!

Theo hiere y le toma un tobillo a Charlie, logrando que también caiga y esta vez lo hace sobre el capó de un auto.

Comienza a sonar la alarma y antes de que Theo se le suba encima para romperle la nariz, llega un muchacho, cruza los brazos por las axilas del furioso Theodore, obligándolo a retroceder.

Es Neo.

—Ya, amigo, ¿qué te ocurre?

Lottie, Brandon y Mike se acercan corriendo.

Mi amiga se dirige a donde estoy yo y los Glorious van donde su amigo.

—¿Qué ha pasado...? —preguntan Brandon y Mike a la vez. Al cruzar mirada con los Bad Boys, se me hiela la piel. Saltan chispas mientras la alarma del auto agredido sigue bramando.

—¿Otra vez ustedes metiéndose en todo? —reclama Neo mirando fijamente al grupo enemigo.

Mierda, se van a matar.

—Será mejor que saquen su jodido trasero de esta fiesta o acabarán en graves problemas —advierte Brandon.

Y alguien a espaldas de Neo coincide:

—Es verdad. Largo.

Zach.

Vemos en dicha dirección y hay por lo menos quince personas tras de los Bad Boys. Hombres y mujeres del instituto, en posición de dar pelea, alzan sus puños cerrados y Neo le dice a su amigo:

—Vamos —luego se vuelve a Zach, el Glorious con el tatuaje de la serpiente enroscada—. Pero esto no quedará así.

Finalmente se lleva a rastras a su amigo, metiéndose entre el grupo enemigo.

Son dieciocho contra dos. Los matarían.

Mientras huyen, no puedo evitar sentir pena por Theo. Le duele mucho el estómago, se ha marchado doblado y sea lo que sea que haya hecho, no me hizo daño a mí pese a las palabras de Charlie.

«¿Otra vez buscando vírgenes?».

Me doy cuenta de que la alarma del auto se detuvo.

Muchos me preguntan si estoy bien, pero la mayoría va donde está Charlie.

Un muchacho de cabello azul y un aro en la nariz, a quien reconozco como Newt, de la clase de Botánica, abre la puerta del conductor y me empeño en ver su brazo. Lleva un triángulo recto. Es del grupo.

—Hay que llevarlo a un hospital antes de que se desangre —dice en dirección de los acompañantes de Charlie—. Suban.

—Espera —le pido al Glorious—. ¿Me darás una explicación?

Suspiro y no puedo evitar sentir pena por sus ojos inyectados en sangre.

—Luego. Pero la habrá —me promete.

Lottie me habla, pide explicaciones, me atesta a preguntas, pero estoy demasiado cansada y abrumada por lo sucedido como para tener que lidiar con su desesperación.

—Disculpa —me pide luego de un silencio breve.

Logro salir de mi ensimismamiento y miro a mi alrededor.

Estoy en el asiento del acompañante y mi amiga conduce el auto.

—¿Por qué? —le digo—. ¿A dónde vamos?

—Por haberte dejado sola... Disculpa, en verdad. Creo que son algo peligrosos esos dos grupos, si te hubiese pasado algo no me lo perdonaría jamás y tu madre me mataría.

Sonrío y ella hace lo propio.

—Descuida —le aseguro—. ¿A dónde vamos ahora?

—Iré a dejarte a tu casa. Tu madre no deja de llamarme, tuve que apagar el celular.

—¿Qué?

—Tracy, tu madre regresó antes del viaje. Está furiosa y preocupada. ¿Por qué no me dijiste que no te dejaba salir?

Oh, no...

Me espera un castigo hasta que cumpla cincuenta.

Pero, extrañamente, el resto del viaje solo una idea ocupa el noventa y nueve por ciento de mis pensamientos... ¿Y si en lugar de esperar una explicación de Charlie busco una de Theo?

Ya sé que es peligroso, pero necesito saber de él.

Estaba en lo cierto. El castigo de mi madre será monumental.

Luego de que Lottie me deja en casa, mamá se pone como una furia al verme.

—Jovencita, ¿cómo te atreves a llegar a casa a estas horas? ¡Otra vez! ¿Por qué no me atendías el teléfono? Oh, espera... ¿qué es ese olor? ¿Tabaco? ¡Demonios, Tracy Smith, estás borracha y drogada! ¡¿Quién eres tú y qué rayos hiciste con mi hija?!

Bueno. Y me grita mil cosas más por el estilo.

Que soy la peor hija del mundo, que cómo me atrevo a llegar a casa en tales condiciones, que Theo es el problema de todo y no quiere que lo vuelva a ver.

En cuanto suelta lo de su historia de *madre-soltera-adolescente*, estoy subiendo las escaleras en dirección a mi cuarto y me veo en la obligación de reconocerle:

—¡Mejor deja de preocuparte, no seré tan estúpida en repetir tu historia! ¡Sigo siendo virgen!

Ella queda con los ojos como platos y la mandíbula por el suelo.

No sé si su asombro es de alivio por saber que mi castidad sigue cerrada con los candados que me impone o por el modo en que me atreví a hablarle.

Mientras los efectos de la ebriedad se calman, la Tracy Responsable empieza a decirme bajito que mejor guarde la compostura o tendré problemas luego. No obstante, una voz mucho más potente me recuerda todo el tiempo lo mismo: *Eres una persona horrible, Tracy Smith.*

—¡Pero...! ¡Cómo diablos te atreves...! ¡Sube ahora a tu cuarto! ¡No puedo creer lo que está ocurriendo contigo!

—¡¿Y a dónde crees que voy?! ¡Por qué mejor no te calmas? ¡Me duele la cabeza y lo único que haces es empeorar las cosas! ¡Te felicito!

—¡¿Yo empeorar las cosas?!

—¡Sí, tú! —le suelto—. ¡Eres insoportable! ¡Ahora entiendo por qué papá...!

Ella levanta un dedo en advertencia y el corazón se me desboca.

—No te atrevas —dice acentuando cada palabra— a completar la frase.

Doy un bufido y las lágrimas pugnan por soltarse a millones desde mis ojos. Siento mi piel ardiendo, la cabeza me explotará en cualquier momento y hay mil voces que se contradicen pero coinciden en lo mismo.

Hablan, hablan y hablan.

Métete en tu cuarto.

Ahora.

Esa no es tu madre, ella no te trataría de ese modo.

¿Piensas tolerar su comportamiento?

Pero soy yo quien se ha portado mal con ella.

Mejor duérmete y calla tu puta boca.

Pero no he abierto la...

Métete a tu puta cama y duérmete. Eres una persona horrible.

Cuando me tiro sobre las sábanas dejo que las lágrimas fluyan y, antes de quedarme dormida, tomo mi celular para hacer la última estupidez del día.

Abro mi aplicación de chat, busco un contacto y envío un audio.

«Hola, Theo. ¿Cómo estás? Me quedé algo preocupada por tu estómago y creo que me debes una explicación. Buenas noches».

La voz de mi conciencia me obliga a soltar el celular y termino por arrojarlo a la almohada junto a mi cabeza, mientras repaso mentalmente la noche agitada que he tenido. Pienso una y otra vez en las cosas que le dije a mamá y en lo que estuve a punto de decir, pero lo peor no salió en palabras y quedó flotando en el aire, tan tenso como mi corazón ha sido capaz de soportar.

Soy una persona horrible.

Lo eres.

¿Otra vez tú?

Sí. Púdrete.

Muérete, creo habértelo pedido antes.

Eres una persona horrible.

No es necesario que me lo recuerdes todo el tiempo.

Esa noche sueño con un lobo que me persigue por el bosque y me siento a punto de la asfixia. Sin salida. No me queda aliento, debo seguir corriendo.

Veo la salida del manojo de árboles a menos de cien metros de distancia.

Mamá me espera.

—¡Ven, hija! ¡Apresúrate!

—Mamá...

El lobo cambia de dirección y tropiezo. Él sigue su curso y termina saltando hacia ella con las fauces abiertas.

Despierto a los gritos y a llanto suelto.

Mamá entra en la habitación en un santiamén, enciende la luz y me encuentra desbordada.

—¡Hija!

No le contesto. Solo sigo llorando y hay mil cosas dándome vueltas en la cabeza que no me dejan en paz. Santo cielo, ella está bien, está bien, solo fue una pesadilla, se encuentra bien.

Tuve la peor noche de mi vida. O la mejor, considerando el beso de Theo. Pero luego me abandonó, se fue a puñetazo limpio con Charlie por mi culpa y

luego le dije cosas horribles a mi madre.

Me siento más sobria que antes pero lloro con desesperación.

Ella se dirige hasta mi cama y acuna mi rostro entre sus brazos y contra su pecho. Escucho el latido de su corazón mientras me dice:

—Calma... Shhh, calma. No ha ocurrido nada, descuida. Estoy contigo, estoy contigo.

Me duermo por tercera vez esta noche (¿o ya amaneció?), pero ahora escuchando su voz y pensando en si Theo me habrá respondido el mensaje de hace unas horas.

En los siguientes minutos, no hay voces ni pesadillas.

Pero sí la imagen de un lobo que no logro quitarme de la mente.

THEO

—¿Por qué no vas a un hospital y dejas de quejarte?

Audrey está sobre mis rodillas, ambos tirados en el sofá de la Bad House.

—Solo trata de no ser tan dulce —le espeto con ironía.

La maraña de cabello verde que va prendida a su cuero cabelludo le cae en ondas sobre un hombro. El lado derecho de su cuello al descubierto me permite ver una estrella de David tatuada con la inscripción debajo: «*touch me*».

Me gusta ese tatuaje.

Cuando no hay un dolor horrible en la boca del estómago que te impide disfrutarlo, se vuelve más agradable besarle el cuello... pero ahora mismo no me siento con ánimos.

Lo peor es que no quiero hacerlo con ella; mierda, no puedo seguir culpando a la molestia en mi abdomen. La causa verdadera va mucho más allá de eso.

Tracy.

No puedo sacarme de la cabeza su cara al haberla hecho llorar, ni mucho menos me complace besar a cuanta Bad Girl se me suba en la falda para restregar su trasero en mi entrepierna.

—Te gusta que sea una zorra. ¿Por qué no te metes en mis pechos, bebé? — me susurra al oído, pero no respondo.

Ella, harta de mi rechazo, se aparta y toma su remera, tirada en el suelo. Verla en falda y sostén, ahora mismo, no es mi erección predilecta. Digo, elección.

Quizás un poco más ebrio me la terminaría cogiendo en una habitación de arriba.

Jacob se aparece en la sala con un vaso rojo lleno de bebida y en la otra mano sostiene su celular.

Oh, espera.

Ese no es el suyo ¡sino el mío!

—¡Hey, tú! —le grito—. ¿Qué demonios haces con eso?

—Veo que el dolor en tu estómago no te suaviza la voz.

—Dame mi puto celular —ordeno y pone los ojos en blanco.

—Tienes un mensaje de tu novia —afirma y me arroja el celular.

Suerte que Audrey se ha hecho a un lado si no le hubiera dado un golpe en la cabeza. Por el contrario, permanece tras de mí y observa la pantalla en cuanto abro el chat. Tengo un mensaje. De ella.

—¿Qué demonios...? —ruge tras de mí.

Ha visto que el mensaje es de Tracy Smith, sin embargo no pienso abrir el audio con todos estos imbéciles rondando cerca.

—¿Así que lo de arrancarle la virginidad a esa pobre marginada iba en serio?! —pone el grito en el cielo y suelta un suspiro.

Amanda trae a rastras a Dominic desde afuera y pide que alguien la ayude. Está borracho como una cuba.

—¡Gracias por la caballerosidad! —dice ella llena de sarcasmo.

Jacob responde:

—Tíralo en la puerta y que lo violen los vagabundos. Nunca aprende dónde puede quedarse dormido luego de beber como una esponja.

Finalmente se dirige a las escaleras y antes se vuelve hacia Audrey:

—Cuidado. Alguien va a robarte el chico.

Finalmente, da media vuelta y sube.

Quisiera romperle la mandíbula por haber dicho eso pero, en cierto modo, me divierte que la provoque. Audrey y yo no somos novios, yo no tengo relaciones formales con nadie. Ella tampoco.

—¿Y bien? ¿Pondrás ese audio o no?

—No te import...

—Vamos, seguro te enamoraste de esa ñoña estirada.

—¿Y si mejor te vas a dormir?

—¿Acaso tú cumplirás con entregar a la virgen y a su amiga, la santa?

—¿Su amiga? —pregunto—. ¿Charleston?

—Charlotte, imbécil —me corrige Amanda mientras arrastra a Dominic por la sala hasta las escaleras.

—Como sea —murmuro y Audrey suelta un grito lleno de indignación.

A continuación, se dirige a ayudar a su amiga a subir al idiota de Dominic por las escaleras. Cuando llegan arriba, bajo el volumen de mi celular casi al máximo y pego el parlante del aparato a mi oído:

«Hola, Theo, ¿cómo estás? Me quedé preocupada por tu estómago y creo

que me debes una explicación. Buenas noches».

Una sonrisa escapa de mis labios y escribo mi respuesta.

Al terminar, escucho unos golpes que vienen desde el sótano y el ruido de unas cadenas que chocan entre sí.

—Mierda —murmuro—. ¡Otra vez, no!

Cedric y Jacob se aparecen desde el pasillo de las habitaciones con cara de haber visto un fantasma y bajan las escaleras dando grandes pasos.

—¿Ellos otra vez? —murmura Cedric.

Hago caso omiso de la molestia en el abdomen y me pongo de pie.

—Sí, parece que no aprenden —le respondo.

Voy a donde está el cuadro *El beso* de Klimt y lo tiro al suelo. Marco el código de la caja fuerte, abro la portezuela y saco un arma.

—Aprenderán a hacer silencio —coincide Cedric.

Ya está empuñando un revólver.

Al despertar, temo encontrarme con la realidad que me espera. Quiero hundirme en un pozo profundo de la vergüenza que me dan las imágenes que aparecen en mi mente de la noche anterior, y antes de morir de pena al darme cuenta de que mamá tuvo que acudir a mi habitación para consolarme, mi celular vibra bajo la almohada.

Su nombre aparece en la pantalla al tiempo que me planteo quién es.

Theo.

Tengo dos mensajes de él. Los abro y descubro que en uno contestó a mi estúpido audio de anoche y el otro es de hace un minuto.

¿Ya es mediodía?

Vaya. No puedo seguir desperdiciando mi vida con los ojos cerrados.

«Es verdad. Luego hablaremos, solo espero que no estés borracha... ja. √√»

Ay, Dios. ¿Tan evidente ha sido?

Claro, tonta, si te dejaste besar, manosear y todo.

Cuando leo el segundo mensaje, Theo ya no está en línea.

«Buen día. Le harás un pozo a esa cama :p. √√»

Me sonrojo al leer este último chat y me muerdo el labio mientras escribo...

«Vaya linda manera de darle los buenos días a una dama. Lo mismo de mi parte para ti ;). √√»

«Lo mismo no. Yo comencé la jornada hace dos horas. Estoy que me caigo dormido en cualquier lado pero ese es otro tema. √√»

«¿Y por qué no duermes? A qué hora volviste anoche de la fiesta? √√»

Cuidado, Tracy. Demasiadas preguntas...

«Es que la fiesta no terminó ahí. √√»

¡¿Qué?! ¡¿No terminó ahí?! Es decir que, mientras yo estaba en casa discutiendo con mi madre por su maldita invitación y la insistencia de Lottie para asistir al campamento en el muelle, ¿él se estaba yendo a otra fiesta? ¿Y cómo es que los imbéciles de sus amigos le permitieron irse así, con los golpes y el estómago entumecido?

«¿Ah, no? Y seré curiosa... ¿Adónde fueron? √√»

Diez segundos sin responder.

Veinte.

Un minuto.

Por Dios, ¿está en línea! ¿Quién lo tiene tan ocupado que no puede responder mis sencillos y estúpidos mensajes?!

«Jaja. √√»

¿Solo eso?

Ahí viene más texto:

«Veo que ya me quieres controlar y solo nos hemos besado. √√»

Bien, ahora yo lo haré esperar.

Dos segundos. Tres. Cuatro. Cinco...

Ocho segundos.

Ya, no me aguanto:

«Lo siento. No quería ser una molestia. √√»

«Descuida. La fiesta siguió en la Bad House. √√»

¿Y eso?

«¿Bad House? Jeje. Bonito nombre para una disco. √√»

«Es mi casa. √√»

Rayos.

«Disculpa, no sabía que tu casa tiene nombre. √√»

«Deja de hacer eso, me pone los pelos de punta que pidas perdón todo el tiempo. √√»

Antes de terminar de escribir que lo siento, borro las letras y no hago nada.

«Además, yo no elegí el nombre de la maldita casa. De haber sido así le hubiese puesto Rocky o Terminator. √√»

«¿Sí? Mmm, si le pudiese elegir un nombre a mi casa sería algo así como Shawn Mendes o Harry Styles. √√»

«¿Estás bromeando? √√»

¿Lo estoy? No. Para nada.

«Ehh... Sí, jeje, era broma. √√»

Finalmente, Theo se desconecta y las Tracy de mi interior se arrancan el pelo entre sí en un intento por debatir cuál de las dos se supone que es más estúpida.

Yo gano.

Tengo otros mensajes de Lottie preguntando si sobreviví a mi madre y a mis mentiras, pero prefiero ignorarla. De momento.

Saco un pantalón de *jogging* del armario, un buzo del instituto y luego de cepillarme los dientes corro hasta mi celular para ver si contestó.

Nada.

Me peino frente al espejo y debato conmigo misma si ver el celular o no. Bien, lo hago.

¿Cómo es posible? Ha estado en línea hace dos minutos y no ha sido capaz de contestarme.

Pero... ¿he dicho algo que merezca respuesta?

Mientras le escribo para saber cómo sigue del estómago, si fue a un médico o dónde está ahora mismo, la vocecita de mi conciencia me hace entrar en razón.

¿Estás segura de querer asfixiarlo? Deja de pisotearte a ti misma.

Bueno, esta vez tienes razón. Pero no será así para siempre, mejor que no te acostumbres.

Siempre tengo razón, solo que a ti te gusta no hacerme caso.

No es así, ahora cierra el pico.

Creo percibir una risita malvada dentro de mi cabeza mientras salgo de la habitación y apago las luces.

Mamá ha preparado café para el desayuno. Tiene la mirada fija en la pantalla de su computadora, las lentes puestas con esmero sobre el tronco de la nariz y mientras teclea la flecha hacia abajo del teclado con una mano, sostiene una taza llena de café con la otra.

—Eh... Yo... Buenos días —la saludo al fin.

—Hola, cielo —me saluda ella sin quitar su mirada de la portátil. Le da un sorbo al café y mientras voy a buscarme una taza, añade—: Compré donas, las guardé en la alacena y la cafetera está repleta.

Y aquí estamos, hablando como si nada hubiera sucedido.

¿De qué manera podría empezar mi discurso de disculpas si las imágenes de anoche se meten en mi cabeza a cada rato y lo único que deseo es hundirme en un pozo sin fondo? Un interminable y repugnante agujero que me lleve a las profundidades del final, sin pena ni gloria para mí.

¿Cómo pude? ¿Cómo fui capaz de decirle esas cosas horribles y luego ella estuvo para consolarme anoche? Como si fuera poco, ahora tiene el desayuno listo, pese a haberle intentado soltar una acusación respecto al abandono de mi padre.

Ella siempre lo ha sentido como su mayor fracaso.

Luego de que me sirvo café en una taza y el olor amargo invade mi olfato, quito una bolsa de papel rosa de la alacena y la dejo sobre la mesa. Hay seis donas rellenas con salsa de mora, mermelada de frambuesa y crema chantillí. Se ven deliciosas.

Tomo una con crema y le doy una mordida. El relleno me repleta la boca y muerdo con gusto la exquisita masa fina.

Le doy un trago a mi café y cuando me doy cuenta de que es momento de hablar, distingo que ya comí cinco donas y mamá ni siquiera las ha tocado.

Pero, ¿cómo fui capaz?

Queda una sola, así que me limpio las manos y la boca con una servilleta; miro a mi madre que, al distinguir que mis ojos están clavados en ella, me pregunta:

—¿Todo está bien?

—Algo así. Te dejé una —señalo la bandeja en la mesa.

—Oh, gracias, cariño.

Mamá toma la dona con salsa de mora y, mientras come, dejo que las palabras salgan de mi boca, como debería salir todo lo que he comido en menos de cinco minutos.

—Ojalá puedas perdonarme por mi pésimo comportamiento de anoche —le reconozco y ella deja a un lado su computadora para centrar su atención en mí —. Me he comportado como una niña malcriada, no quiero decepcionarte. En verdad, lo siento y me apena reconocer que anoche no era yo quien te decía esas cosas horribles, sino el alcohol que se había apoderado de mi cordura. Nunca había perdido el control de esa manera y espero que nunca más me vuelva a ocurrir.

Estas últimas palabras no fueron del todo sinceras pero el resto del discurso sí.

Realmente quiero volver a ver a Theo y si el precio a pagar es embriagarme en una fiesta otra vez, creo que estoy dispuesta a correrlo.

Respira con tranquilidad mientras miro la mesa. Tanto es el remordimiento que no me atrevo siquiera a verla directamente a los ojos. Me he portado mal, muy mal. Y reconocerlo me hace daño, pero tampoco es que tenga muchas alternativas.

—Tú no eres así, soy consciente de ello, y por eso es que te perdono el comportamiento de anoche. Solo quiero que recuerdes que yo, por una situación similar, quedé embarazada muy joven y desde entonces las cosas han sido difíciles. Sin embargo, no me arrepiento en absoluto.

Claro que no se arrepiente porque de esas dificultades nació yo.

Oh, un momento.

Así que eso soy, ¿una dificultad?

Hasta que te das cuenta.

¿Y a ti quién te llamó?

—Mamá, no he tenido relaciones sexuales con nadie, te lo aseguro —le suelto con el corazón en un puño.

Es mucho más sencillo decir estas cosas cuando estás borracha.

¿Por eso será que Audrey y Amanda no tienen filtros? ¿Es que el alcohol y las drogas ya hicieron estragos con ellas, que no tienen el más mínimo control de sus impulsos?

—Puede que ahora no —me contesta—, pero las tendrás. El chico ese, con el que estás saliendo, no creo que tenga buenas intenciones, como que ambos estudien y puedan formar una relación de respeto. Es más, no creo que siquiera quiera tomarse su propia vida en serio.

¿Está hablando de Theo?

—Mamá...

—Déjame terminar. —Me callo la boca—. Tracy, tú no eres así. Si sigues con ese muchacho, no solo terminarás muy lastimada sino que te arruinará la carrera, tu vida, tu futuro.

¿Por qué no habla por ella? ¿Acaso no entiende que mi vida no está destinada a terminar como la suya? Mamá siempre me dijo que mi padre desapareció el día siguiente de haberme concebido y ella nunca más pudo contactarlo.

—No puedes seguir viéndote con ese muchacho —prosigue.

De inmediato me pongo de pie.

—Mamá... No me pidas cosas que no puedo cumplir.

—¿Que no puedes cumplir? ¿Es que tienes pensado faltarme el respeto y seguir viéndote con ese... criminal?

—¿Cómo te atreves?!

Ella también se pone de pie.

—¿Es que acaso no te das cuenta! ¡No puedo creer lo ciega que eres! ¡Ese chico te hará un daño monumental y no estaré siempre para consolarte, hija!

—¿Qué?

¿Por qué no habría de estar siempre?

—¡A metros de distancia ya le hueles el olor a cigarro! ¿No le ves el pelo todo alborotado, la ropa desarreglada y los tatuajes? ¿Eso quieres acaso para tu futuro? Cuando aparezcas con la piel pintada y con perforaciones en el ombligo o quién sabe dónde...

—Tú tenías un tatuaje —le recuerdo.

Es verdad, ella tuvo uno hace años pero antes de estar en pareja nuevamente se lo quitó con la excusa de que eso formaba parte de su pasado y no quería ensuciar también su presente. De todos modos, le ha quedado una cicatriz horrible, aunque no muy grande, en el brazo izquierdo.

—Por eso mismo —resalta—. Lo tenía. Y lo último que deseo es que ahora

tú repitas los mismos errores que alguna vez cometí yo en una etapa de estupidez, similar a la que estás pasando...

—¿Me acabas de decir estúpida?

—Claro que no dije eso.

No solo ha osado insultar a Theodore en mis narices sino que también lo hace conmigo.

Suspira y se deja caer sobre el asiento, nuevamente.

Me quedo en silencio y la observo mientras piensa. Quién sabe las cosas que deben estar pasando por su cabeza.

—¿Dónde lo conociste? —me pregunta y una media sonrisa se dibuja en mi rostro.

Se terminaron los gritos.

—En la escuela —le contesto con un tono mucho más amigable. Es una verdad a medias, porque si bien lo conocí en una fiesta, compartimos algunas clases.

Ella asiente y sigue pensando.

—¿Qué tal te trata? —me pregunta.

—Y... nos tratamos.

—¿Ya preparaste tu carta de aceptación a la ULA? —me pregunta y quedo perpleja. La Universidad de Arte y Letras. De todos modos, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Eh... no —murmuro y me pregunto si Theo elegirá ir a la misma universidad que yo. ¿A qué se debe su afición por la Literatura? ¿Será que tiene pensado cursar lo mismo que yo?—. Pero no tardaré en escribirla. De todas maneras, queda casi todo el último semestre de clases.

—Tienes razón, es demasiado tiempo hasta que empieces tus estudios universitarios.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Si no dejas de verte con ese muchacho, te cambiaré de escuela.

Siento que hace años no duermo bien un fin de semana.

Estudiar me cuesta más, ya que hay mil sucesos que atraviesan mis pensamientos cada cinco minutos. Dormir incluso se vuelve algo complejo: en cuanto mi cabeza cae sobre la almohada, Theo se mete en mis pensamientos para no dejarme en paz. De inmediato, la voz de mamá me prohíbe volver a verlo.

¿Con qué derecho?

Sé que estoy reviviendo su peor pesadilla: la adolescencia. Tuvo una etapa de rebeldía que luego compensó con estudio duro y mucho esfuerzo.

La consecuencia del estudio y las ocupaciones «responsables» fue olvidarse que tenía una hija pequeña, que debió criarse bajo los cuidados de sus abuelos y el rechazo de un padre ausente.

El edificio de la escuela es demasiado viejo y grande para mi gusto.

¿Alguna vez hablé de ella? En total cuenta con cinco pisos y un subsuelo, dos amplios patios, jardín delantero, balcones en cada ventanal desde el primer piso hacia arriba, un estadio abierto en la parte de atrás, donde se juegan los partidos importantes de soccer, y al menos tres canchas más: una de baloncesto, otra de tenis y una más de hockey.

Nunca se me dieron bien los deportes, aunque me intrigaba unirme al equipo para, al menos, intentar practicar más allá de lo que enseñan en las clases comunes de Educación Física.

El Club de Lectura es mi gran refugio.

Lottie y yo nos unimos desde que entramos a la preparatoria. Lástima que, últimamente, mi amiga estuvo muy metida en las fiestas Glorious y una búsqueda exhaustiva de novio, como para seguir el hilo en las lecturas semanales.

—¿Sabías que las chicas que entran vírgenes a la universidad mueren solteras? ¡Hay estudios, estadísticas y pruebas contundentes! —me comenta mientras vamos camino al club.

—No lo creo —asevero—. Sobre todo, teniendo en cuenta el gran afán que tienen los cerdos universitarios por desvirgar chicas.

No sé por qué pero, al decir las dos palabras, «cerdos universitarios», lo

único que logro atraer a mi cabeza son chicos con tatuajes en el cuello y músculos bien marcados. Y triángulos invertidos, por qué no.

—Créelo —rompe ella mis fantasías—. Porque la mayoría de esas chicas son nerds que distan mucho de la idea de socializar con gente «normal».

Y hace comillas con los dedos al decir la palabra «normal», lo cual nos hace doler las costillas de la risotada que soltamos al llegar al Aula 7-D.

Pero mi expresión cae automáticamente al atravesar la puerta y ver en la sala del centro, de *nuestro* Club de Lectura, dos rostros conocidos pero nuevos en *nuestro* espacio.

Una maraña de cabello azul, expansores negros y sonrisa sarcástica, me saluda al entrar. Al igual que un par de ojos verdes a su lado, con tatuajes en el torso y los dientes muy blancos.

Newt y Charlie.

Lottie sale disparada para abrazar a su chico y quedo pasmada.

Bueno, «su» quizá no sea la palabra ya que no son novios pero tengo mis dudas respecto de si están saliendo o no.

Creo que ella también las tiene.

—¡Creí que no aceptarían mi invitación! —aúlla ella en el oído de Charlie.

Los moretones en su rostro y un pequeño corte en el labio inferior no le quitan el atractivo a su semblante.

Demonios, hasta lo noto más rudo. Más... ¿sexí?

Newt se pone de pie para saludarme y veo que lleva puesta una musculosa blanca rasgada en las axilas y jeans negros con zapatillas Converse del mismo color.

—Hola, ¿Tracy? —dice y me quedo sin habla.

¿Recuerda mi nombre? ¿Cómo puede ser tan lindo? No, no, no, no puedo dejarme engañar. Hay algo en sus ojos negros que me advierte no confiar en él.

También están presentes Jay, Carl y Haley, del Club. Los tres se quedan estupefactos al vernos a Lottie y a mí saludar a estos chicos. Y no porque sean apuestos en exceso. Sino por su peligroso aspecto.

Jay es un alumno de tercero que ha sido adelantado de año dos veces por su altísimo rendimiento y coeficiente intelectual. Admiro su capacidad para estar en cinco clubes diferentes y mantenerse dentro de los líderes en todos ellos. Tengo conocimiento de que forma parte del de Ciencias, IRE (Investigación en Recursos Escolares), Literatura, Trigonometría y Asuntos Políticos. En nuestro caso, es el presidente del Club y todos le tenemos respeto. Pero su camisa a cuadros prendida hasta el último botón, el cabello con gomina, piel de bebé y lentes de marco negro grueso no imponen autoridad ante los comentarios repletos de groserías de los Glorious, ni de su libertad para hablar de drogas luego de tan solo su presentación.

—Tengo una puta adicción por los libros de ciencia ficción. No sé si son necesarios pero, mierda, siempre estoy siguiéndole el hilo a alguno —comenta Newt y todos quedan con la boca abierta al escucharlo hablar.

Jay parece nervioso pero espera a que su interlocutor decida terminar de expresarse para responder:

—No creo que no sirvan para nada, la ciencia ficción, al igual que el resto de los géneros, nos provee de recursos muy necesarios para alimentar nuestra creatividad e incrementar nuestro rendimiento en diferentes ámbitos, ya que una mente creativa puede encontrar nuevas soluciones a los mismos problemas.

—O puede encontrar nuevos problemas a las soluciones —le invierte Charlie y Jay queda en silencio.

Tiene razón.

Luego, el Glorious le dedica una sonrisa y añade:

—Pero estás en lo cierto en eso. Si bien la ciencia ficción no es un estilo literario académico, es un gran estímulo intelectual...

—... que no se puede menospreciar —termina la frase Haley y me sorprende que la pelirroja de pecas y cintura pequeña haya decidido hablar—. Sin un motivo para escapar de la realidad, para estimular neuronas, mejorar nuestra gramática, leer por placer, sin todo lo que hace a la ficción, seríamos un ente mediocre más entre el montón de entes mediocres que deambulan por el mundo.

Charlie vuelve a sonreír y parece querer refutar su postura, sin embargo, se

detiene y dice sin más:

—Exacto.

Luego de un eterno silencio de no más de cinco segundos, el muchacho de rulos y mejillas rosadas (Carl) decide romperlo:

—Hay gente que desea leer ciencia ficción, como tú —señala a Mr. Cabello Azul.

—Newt —corroborara.

—«Newt». Tú prefieres la ciencia ficción. Yo, la novela negra, los policiales o las novelas de suspenso que te invitan a seguir una pista.

—Sí, esas historias también son mis preferidas porque tienen una manera particular de seducir —interviene Jay.

Y la puerta se abre, junto con una voz que entra con total libertad al salón.

—Principalmente, atrapan si hay sexo en ellas.

Jacob ingresa al aula con un libro negro bajo el brazo, sin pedir permiso (esto fue lo primero que me llamó la atención en la Bad House: la falta de modales). Toma asiento junto a Jay y este se pone aún más incómodo.

—Perdón por llegar tarde a su reunión, solo que en ningún puto lado especifican en qué momento se reúnen las ratas de biblioteca.

¿Nos está insultando?

Al ver nuestras caras de asombro, suelta una risotada y añade:

—Vamos, no hablaba en serio. Me enteré de que tendrían nuevos integrantes en el Club y quería proponer una lectura nueva para esta semana.

A continuación, el Bad Boy deja una pesada biblia negra sobre la mesa y mis viejos amigos del Grupo de Literatura clavan sus miradas en mí y en Lottie. Creo que nos están culpando por haber traído a estos nuevos «integrantes».

Charlie y Newt se tensan en sus sillas al ver el libro.

Hay un enorme triángulo invertido en la portada.

Luego de miradas de horror, odio y diversión (solo en caso del recién llegado), Jacob apoya una mano sobre el muslo de Carl y añade:

—Vamos, preciosura, ¿no me brindarías un espacio en el Club?

Pero... ¿qué diablos?

¿Cómo se atreve a tratarlo de esa manera?

Bueno, no está haciendo precisamente algo malo, solo que Carl, pese a toda su inteligencia, no posee la cantidad suficiente de recursos para defenderse. Solo se sonroja y padece las consecuencias de la humillación.

La reunión parece haber durado una eternidad.

Cuando creía que los Glorious se alzarían y batirían a puñetazo limpio contra Jacob, resulta que sostienen la cordura y brindan argumentos de por qué no es bueno interferir con el plan del Club y seguir debatiendo obras de ciencia ficción.

Lottie se ha mantenido muy pegada a Charlie, lo cual no me sorprende, así que de camino al almuerzo me señala que comamos en la mesa de su grupo.

Me quedo sin habla.

De solo imaginarme a Dominic buscándome por intentar unirme al equipo adverso o a Theo odiándome con todo su ser por el mismo motivo, me rehúso totalmente. ¿Cómo es que terminé metiéndome en este problema? ¿Cómo es que ahora no puedo salir de él? En cuanto intento encauzar mi vida por la vieja senda, todo se desmorona y mil desastres más logran encontrarme.

Mientras vamos por un pasillo con Lottie, ella habla muy efusivamente por su celular. Seguramente debate con su *tan lindo y simpático Charlie* sobre lo divertida que fue la cara de Jacob al proponernos a todos leer sobre el triángulo invertido.

¿Con qué objetivo trajo eso al Club aun sabiendo que Newt y Charlie estarían ahí?

Antes de llegar a la cafetería, pasamos por nuestros casilleros y Lottie termina la llamada:

—Bien, nos vemos en un rato en la mesa que da al patio de atrás —dice antes de colgar. Yo busco las llaves de la puerta de mi cubículo donde guardo los cuadernos—. Besitos, hablamos al rato. Chao, chao.

Cuelga y sigo revisando mis bolsillos. ¿Cómo diablos es que estos anticuados pedazos de lata no tienen un sistema de códigos para que los estudiantes puedan abrirlos sin llave? Oh, cierto, voy a la escuela más antigua de toda la región.

Finalmente, el alma me vuelve al cuerpo en cuanto la encuentro.

—¿No son hermosos los Glorious? —me pregunta con los ojos iluminados.

—Son malos —asevero. Creía que no, luego de ver ciertos enfrentamientos... pero me equivocaba y sigo manteniendo mi opinión del principio: no puedo confiar en ninguno.

Bueno, quizás en unos pocos...

—Esos son los Bad Boys —interviene mi mejor amiga.

—Los dos grupos son peligrosos, ¡no puedes confiar en ellos! —exclamo y logro finalmente abrir la puerta.

En cuanto ambos pedazos de lata se separan dejando el interior de mi casillero al descubierto, un papel doblado cae al suelo como una pluma y mi amiga lo recoge.

—¿Conque copiándote en los exámenes, eh? —me pregunta muy divertida, aunque juro no haber puesto esa hoja ahí. Nunca pediría las respuestas durante una evaluación.

Lottie termina por ver la extraña hoja, aunque su gesto se ensombrece, la sonrisa decae al leer lo que dice y, en ese instante, también identifico el viejo papel.

Es la carta que apareció hace tiempo en mi cuarto.

—Tracy... ¿qué haces tú con esto? —me pregunta.

—Yo... no... tengo idea... —trato de excusarme en el momento en que Lottie le da la vuelta.

«TRACY, ME VUELVES LOCO», dice con una perfecta caligrafía.

—¿Qué demonios ocurre contigo...? La letra es de Charlie.

—¿Qué hace esto aquí?

Lottie clava sus ojos en los míos y apoya una mano sobre la lata de mi casillero, cerrándolo de un portazo. Doy un salto ante el susto del estrépito.

Con la mano libre, sacude el pedazo de papel en mis narices.

—Yo... yo... no lo sé.

—«Yo, yo», ¿es todo lo que sabes decir? ¡Tracy, cómo demonios te atreves a seducir a mi chico!

¿Yo estuve seduciendo a Charlie? Quizás eso podría explicar su cercanía a mí durante las fiestas, sus enojos con Theo luego de que nos viéramos más seguido con él, sus advertencias sobre los peligros que nos rodean si me meto con los Bad Boys. Pero que Charlie se haya metido al Club de Literatura porque Lottie le sugirió entrar al grupo, ¿no es motivo suficiente para que estén juntos y yo no quede metida en el medio? Cómo no, yo también estoy metida hace años en ese jodido club.

—¿Segura que esa es su letra? —le pregunto a mi amiga con mucha timidez y me siento incómoda por hablarle así a ella.

—Completamente —dice y lee de nuevo el trozo de hoja con el corazón hecho pedazos. Tuerce el gesto y vuelve sus ojos a los míos—. Dime, por favor, que tú no tienes nada que ver con esto. Admite que Charlie no te gusta en absoluto.

—¿Qué? —farfullo—. ¡No!

¡No puedo admitir que Charlie no me gusta con lo bueno que está y me cuesta horrores seguir cuerda cuando se relame los labios al hablar!

Cuando está cerca cada vez que lo necesito.

Cuando lo observo salir de la ducha desde la ventana de mi habitación.

—Gracias al cielo —responde soltando un suspiro—. Sé que no podría gustarte —dice y me abraza.

Demonios. Ella ha entendido mi respuesta «no» como si fuese un «no me gusta Charlie». Lo cierto es que quise decir que no puedo admitirle tal cosa pero, en fin, creo que ha sido mejor así.

Al menos el malentendido logró calmarla.

—Discúlpame, amiga. Discúlpame por haberte hablado de ese modo —dice a mi oído y correspondo, entre titubeos, a su abrazo.

—Descuida... —murmuro, pero antes de terminar mi improvisado discurso de disculpas, me interrumpe y se aparta:

—Es que realmente tengo esperanzas de que esta relación progrese.

«¿Relación?».

—¿Al menos te ha besado? —le pregunto intentando restablecer nuestro lazo de complicidad.

—Alguna vez —responde y se sonroja.

Sonrío y una voz a mis espaldas me pone la punta de pelos. Digo... los pelos de punta.

—¿Interrumpo algo?

Sé que se trata de Theo antes siquiera de tener que darme la vuelta. Reconocería su voz gruesa y varonil a kilómetros de distancia.

—No... —le digo y vuelvo mi mirada a él. Al segundo siguiente intento mirar donde mi amiga pero descubro que su gesto ha decaído. ¿Acaso no puedo juntarme y salir con quien yo quiera? Esto de tener una única mejor amiga empieza a alterarme.

No es necesario que lo diga: está decepcionada porque me atrae el chico del bando enemigo. Pero, vamos, ¿esto no es una traición ni nada por el estilo! Si me hubiese acostado con Charlie sí lo sería.

—A decir verdad, sí. Interrumpes varias cosas —responde y le arroja una mirada asesina al recién llegado.

Luego se marcha en dirección a la cafetería.

¿Al menos me espera para el almuerzo?

Me aterra que no. Mi madre ya me ha dado la espalda por estar con Theo, lo único que falta es que Charlotte, la persona más cerca a mí desde siempre, termine por ignorarme.

No puedo, no lo tolero. Debo hablar con ella antes de que la cosa vaya para peor.

Como sea, en cierto modo fue un gran favor el hecho de habernos dejado a solas. Ver a Theo llegar y a mi amiga marcharse recrea una imagen en mi cabeza que me obliga a morderme las uñas para no gritar de odio...

«Encontraré al que escribió esto», me prometió Theo. «Y no será para algo bueno». Su imagen cerrando la nota en un puño me provoca escalofríos que ahora trato de disimular. Además, Theodore se aparece de repente delante de mí, cuando acabamos de redescubrir el maldito trozo de hoja.

¿Es casualidad? Oh, no. Para nada.

¿Acaso lo encontró?

¿Mató a Charlie?

—Mierda, ¿me salió un grano o soy demasiado sensual que no puedes quitar tus ojos de mí? —pregunta y no sé si lo dice con sarcasmo o en verdad. De él y su ego me espero cualquier cosa.

Pero tiene razón. Me quedé pasmada repasando la situación, justo delante de sus pectorales y sus labios.

Sabe que es sensual y no soy tonta, lo noto y me deshago de solo tenerlo enfrente, pero justo ahora no estaba admirando eso.

Bueno, sí. Los tatuajes transparentándose en su remera blanca, los bíceps bien marcados y el cabello alborotado me traen de nuevo a la Tierra.

—Para nada —respondo debatiéndome entre hacerle caso a la Tracy Sensible o a la Tracy Valiente. Finalmente hago caso a la segunda—. ¿Tú hiciste eso?

—¿Qué cosa?

—Poner la nota... Ya sabes... En mi casillero.

—¿Nota? —pregunta. Realmente parece desorientado—. Ohhhh, sí, la maldita nota de «Tracy, te quiero ver desnuda y hacerte chanchadas».

—¡Hey! —lo reprendo sonrojada—. ¡La nota no decía eso!

—No, pero era algo así. Y no, yo no puse esa nota ahí. La guardé en tu cartera el mismo día que me la restregaste en la cara.

Un momento.

—¿Por qué te molesta tanto que alguien la haya escrito? —digo con mucha timidez y trato de morderme la lengua para no meter la pata.

Él parece sorprenderse de que me haya animado a decir eso.

Finalmente, se encoge de hombros y añade:

—Tenía pensado pincharle los neumáticos o quemarle la casa —murmura y me confunde si lo dice en tono de burla o va en serio—. Pero ya que te has puesto tan contenta con sus cartitas de amor, la idea ya no me convence como antes.

Me da la risa tonta y él también parece divertido, sin embargo, es perfecto para ocultar sus emociones así que solo se cruza de brazos y deja reposar su cuerpo contra el casillero del costado.

—¿Y qué te hace tanta gracia? —me provoca—. ¿Acaso descubriste quién es tu acosador?

—No —miento.

Bueno, es una mentira a medias, ya que no tengo cómo corroborar la hipótesis de Lottie. Sin embargo, pensar en ella ahora mismo y su decepción

me entristece. Decido finalmente apartarla un rato de mis pensamientos. Luego podré ocuparme de ella.

—Bien, mejor no perdamos más el tiempo —asevera incorporándose nuevamente— y vamos a lo nuestro.

—¿Qué es «lo nuestro»?

—Lo tuyo, mejor dicho. Debes ver algo.

Frunzo el entrecejo y me quedo clavada al suelo, pero él no me tomará de un brazo ni me llevará corriendo para que almorcemos en un lindo parque. No es de esas películas románticonas que me gusta ver mientras me atraganto con palomitas. Por el contrario, me mira con suspicacia y camina entre los casilleros.

Debo ir tras él.

Theo me conduce escaleras abajo, por pasillos oscuros en el instituto y la gente camina alrededor de nosotros sin percatarse de que vamos juntos.

La luz del sol ya no entra por las ventanas, los alumnos empiezan a desaparecer entre las aulas y el colegio se deshabita en un escondido pasillo del subsuelo, hasta que quedamos sólo él y yo.

Theodore se detiene frente a un aula que dice 13-A.

¡Oh, mierda!

¡¡Es el aula 13-A!!

Abro los ojos como platos y él se sonríe.

—¿Sorprendida? —me pregunta.

—¡Qué diablos! ¡Siempre pensé que habían cerrado este lugar o que simplemente era un mito!

Entre los estudiantes corre el rumor de que hace al menos veinte años un chico fue asesinado en este salón y las autoridades cubrieron el hecho a cal y canto como un suicidio. Para ese entonces, mi madre cursaba los últimos años de preparatoria en esta misma institución. En más de una ocasión, intenté que me dijera algo al respecto, pero siempre sostuvo que es pura basura.

Aun así, me hizo prometer que nunca intentaría acercarme a este lugar.

Y ahora estoy de pie...

Frente al salón en desuso.

Con un peligroso chico lleno de tatuajes y mirada penetrante.

«¡¿Otra vez buscando vírgenes, tú y tu maldito grupo!?!», truena la voz de Charlie en mi cabeza.

—¿Por qué me trajiste hasta aquí? —le pregunto a Theo e instintivamente doy un paso hacia atrás.

—Ya lo verás —me dice tendiéndome una mano. Con la otra, extrae un manojito de llaves de sus bolsillos—. ¿Confías en mí?

—No —la palabra escapa de mis labios antes de ser capaz de retenerla. Pero mi cuerpo también habla y sostiene su mano.

—Haces bien —asegura—. No soy precisamente un chico bueno.

Sus labios se curvan en una media sonrisa mientras abre la puerta.

Yo también sonrío pero una corriente de escalofríos me cala los huesos cuando nos metemos dentro.

El ambiente viciado del interior del salón me llena las fosas nasales. Tengo miedo de encontrarme con marcas de sangre, suciedad, pudrición o un cadáver tirado pero, ¿en qué estoy pensando? Hace más de veinte años que ese chico se mató aquí dentro. O lo mataron.

—¿Te gusta? —me pregunta Theo y coloca una mano sobre la zona baja de mi espalda.

Una rendija en la parte superior de la habitación permite el ingreso de algunos rayos de luz, gracias a que allá afuera el sol se encuentra en su máximo esplendor del mediodía. Si no esta aula sería una verdadera masa de oscuridad aterradora.

Se nota que el calor humano no entra hace tiempo o, por lo menos, no a limpiar. Ya que solo hay pupitres y sillas de escuela cubiertos por sábanas sepultadas en tierra y una pizarra verde tapada de polvo.

—La verdad, no —le respondo a Theo mientras mis ojos exploran el lugar con curiosidad—. Pero el colegio entero tiene su encanto si quisiéramos filmar una película de terror con una GoPro.

—Yo tengo una —murmura y aparta su mano de mí solo para cerrar la puerta tras nosotros. Luego vuelvo a sentir su tacto contra mi cintura—. Cuando quieras, hacemos un video casero —me dice y giro para verle el gesto impregnado de picardía.

Me guiña un ojo y le arrojó una mirada asesina porque el video casero al que se refiere no es precisamente del que yo hablo.

Me coloco uno de mis rizos castaño oscuro tras una oreja cuando me percato de algo.

—Y tú —le digo—, ¿cómo es que tienes llave?

—Ajá. El papi lo tiene todo. Y lo sabe todo.

—¿«El papi»? —recuerdo que alguna vez se dirigió a sí mismo con ese término y en mí se despierta una extraña electricidad placentera al llamarlo de esa manera.

El vello se me eriza en cuanto se acerca y deja sus labios rosados muy cerca.

Vuelvo a percibir la sensación deliciosa...

Su proximidad.

La mezcla de olor a tabaco, menta y un toque de vainilla embriaga mi paladar cuando dice:

—También puedo ser *tu* papi si así lo quieres.

No tengo fantasías incestuosas de ningún tipo pero estoy tan excitada que lo único que quiero es responder que sí a todas las locuras que salen de su sensual boca.

Lleva el pulgar hacia arriba y lo coloca sobre mi labio inferior. Sentirlo de manera tan sexi sobre mí es exquisito.

Sabe aun mejor cuando frunzo el labio y me meto la yema de su dedo en la punta de mi lengua.

—Eres terriblemente sexi, nena —murmura mientras me relamo apenas quita su dedo de mi boca.

—Theo... —dejo escapar su nombre en un suspiro.

Y él hace lo propio pero con firmeza:

—Tracy...

Una fuerza instintiva, un impulso interno nos conduce a ambos a pegar nuestros labios como dos rocas que chocan entre sí y se amoldan perfectamente.

Rodeo su cuello con mis brazos y Theo me sube a su cintura. Puede con mi peso y me manipula con facilidad. Cierro mis piernas alrededor suyo mientras me dejo llenar por su embriagante sabor. Mis labios rozan su barba incipiente mientras me conduce hasta una de las mesas del salón.

Quita las sábanas con polvo liberando una y deja mi peso reposar allí.

Sus labios bajan hasta mi cuello y el cosquilleo de su barba contra la suavidad de mi piel es una mezcla exquisita que hace explotar mariposas en mi interior.

Afirma los dos brazos a los bordes de la mesa mientras mis piernas se siguen cerrando contra su cintura y lo siento.

Se inclina sobre mí y presiona su entrepierna contra mi abdomen mientras sus labios me poseen, arrojándome a otro nivel de conciencia y yo disfruto del cosquilleo de su barba incipiente, que cada vez baja más, explorando muy cerca del escote de mi blusa.

Pero la voz de Charlie se mete nuevamente en mis oídos.

—Theo —murmuro.

¡¿Otra vez...?!

—Por... favor... —vuelvo a decir y coloco una mano sobre su pecho. Sin embargo, él continúa con los besos.

Me gustan, me fascinan.

Quiero más.

Pero no puedo. No debo.

...buscando vírgenes.

—Theo, ya... basta... —le digo y dejo escapar un gemido al sentir su lengua acercándose a la zona entre mis pechos— Oh...

Vírgenes.

Otra vez.

Buscando.

TÚ Y TU MALDITO GRUPO.

—¡Theo!

El grito escapa de mis labios antes de ser consciente de que quisiera contenerlo pero él se aparta y me mira con arrepentimiento.

—Lo siento —murmura y se pasa una mano por el pelo.

Me gusta el modo en que se acentúan sus músculos y los tatuajes debajo de la remera mientras lo hace.

Hay un lobo que me mira con ferocidad ante el intento de Theo por... devorarme.

—Descuida —respondo y me acomodo la blusa—. Pero creo que ya es hora de volver.

—No, aguarda —me pide—. No te traje para lo que crees. Solo me dejé llevar un poco.

—¿Entonces? —digo—. ¿Acaso nadie pasa por esta parte del colegio?

—Te traje para darte algo —se mete bajo la mesa y arrastra una caja mientras habla—. Además es la hora del almuerzo. Las pocas personas que deberían pasar a estas horas están atragantados con un bistec.

—Oh —murmuro y recuerdo que ya debo volver para almorzar antes de que se haga tarde.

—Fíjate —me dice señalando la caja.

Me encojo de hombros y sin tener idea de con qué puedo encontrarme al ver su contenido, doy un paso hacia atrás en cuanto lo descubro.

—No estás hablando en serio... —murmuro.

—Lo siento, pero no quería pasar con una caja demasiado pesada.

Me vuelvo al interior con un brillo enorme en los ojos, y mi voz sale cantarina mientras exploro el contenido. Son un montón de libros. Theo prometió que me los regalaría.

—No, no, no —digo y sigo revisando las obras.

La saga completa de Harry Potter, la obra completa de Shakespeare, Federico García Lorca...

—¡Es demasiado! No, no puedo aceptarlo. En verdad, Theodore, entiendo lo que haces o quizás no lo entiendo en absoluto pero nunca en mi vida podría ser capaz de pagarte estos libros tan bonitos.

—No quiero que me los pagues. Además, son libros que tenía repetidos en mi biblioteca y hay más. Quería incluirte mis discos preferidos de Jack and Jack o Megadeth pero recordé que eres tan Shawn Mendes... —sonríe y yo también—. En verdad, no es nada. Me haces un favor con recibirlos ya que me ocupan lugar valioso para nuevas obras. Y no me llames Theodore, ya me acostumbré al otro modo.

Ya decía yo que no es tan rudo como parece.

—Oh, Theo... En verdad, es muy dulce de tu parte.

—Ya, no te equivoques conmigo: No puedes usar «Theo» y «dulce» en una misma oración. ¿Estamos?

—Hummm, estamos —le respondo y sé que estoy sonrojada.

—A propósito, te llevaré hoy a tu casa. Vine en el auto para traer esto; no podrías transportarlo sola en autobús.

¿Que no es dulce?

Sí, claro.

Si mi madre se diera la oportunidad de conocerlo, si me dejara a mí explorar mis errores y lo que crea conveniente para mi vida...

Mamá, en cambio, descalifica a Theo a la primera oportunidad solo por su aspecto.

De camino a la cafetería, Theo se me pierde de vista sin despedirse. Cómo no, llegó a la mesa de los Bad Boys antes que yo.

Al mirarlo, clava sus ojos en mí por encima de un hombro y luego vuelve a sus amigos para seguir la charla con ellos.

Orgullosa.

Pero me sorprende ver la cara de los chicos del Club de Lectura, Carl, Jay y Haley, almorzando solos. ¿Qué pasó con Lottie? ¿Acaso ya no quieren que comamos con ellos por haber llevado a Jacob, Newt y Charlie?

—¡Hey! —intento saludar a Charlotte en cuanto la distingo en otra mesa con un grupo de chicos.

Ella me mira.

A su lado está Zach. Al otro lado, Mike y Brandon. ¿Qué diablos?

Una maraña de cabello azul me indica que Newt está comiendo ahí y en

total son algo de diez personas. No hay lugar para mí.

Lottie da vuelta la cara cuando intento saludarla. De repente, la cafetería se ha vuelto un lugar enorme y yo una pequeña partícula en soledad en medio de un montón de gente que no me quiere con ellos.

Finalmente, opto por buscar mi almuerzo mordiéndome la lengua para no soltar el llanto y una vez que tengo en mis manos la bandeja llena, me apresuro en salir a toda prisa de ese sitio.

Me meto en el primer baño que encuentro y tomo asiento sobre un retrete con la tapa baja para llorar sobre un bistec que me mira con odio.

THEO

Medianoche. El clima pinta estupendo y el patio de la Bad House se encuentra tranquilo en plena jornada semanal.

Audrey, Dominic, Cedric, Amanda y yo nos encontramos en ronda, sentados en sillas reclinables mirando el cielo estrellado. Cada tanto, pasa alguna nube o una estela de humo que me arroja Cedric o Dominic del cigarro de marihuana que están fumando.

—No puedo creer que hayan elegido el baile de Sadie Hawkins —acota Amanda corrompiendo la paz del momento.

Entonces pienso en que una buena cerveza no vendría mal.

O un botellazo en la cabeza, si sigue fastidiando.

—La decisión está tomada —sentencia Dominic.

—Sí, pero ese baile me parece una verdadera...

—Ajá —asiente Audrey.

—Puede ser todo lo que digas que es —intervengo yo—. Pero es *el lugar indicado* y punto.

—Arrrg, no puedo creer que sean tan desagradables —responde y la escucho dando resoplidos. Puedo imaginarme su rostro lleno de frustración... aunque realmente las estrellas son mejor panorama que su odio.

—A propósito, Amandita, ¿ya pensaste a quién invitarás al baile? —le pregunta Cedric.

—A ti no.

—Gracias —responde Dominic con poca modestia.

—¡A ti tampoco! ¡A ninguno de ustedes! Le preguntaré a Jacob si tiene planes para este fin de semana.

Escucho que Amanda se levanta y se mete en la casa.

—En realidad, Jacob y todos nosotros tenemos los mismos planes para ir al maldito baile —farfulla Cedric y va tras ella.

—¡Hey! ¡Trae mi jodido porro! ¡Era el último! —acota Dominic y se va tras su amigo.

Todos terminan entrando a la casa y me pregunto si entre Amanda y Cedric la cosa va en serio. Bah, no puede ser.

Sería buena idea que Neo viviera con nosotros en la Bad House. Al menos la amistad con mi mejor amigo me salvaría de mis estresantes compañeros.

—Hola, nene —me susurra Audrey apareciéndose a mi lado con los labios pegados en mi oreja derecha.

Hablando de estrés...

—Hola —respondo secamente.

—Supongo que no tienes pareja para el baile de Sadie Hawkins y quería invitarte.

Ese maldito evento escolar consiste en que las chicas son las que invitan a los chicos para ir al baile, en sentido de «venganza», por las que siempre suelen ser rechazadas, o en verdad nunca son invitadas a ir.

De todos modos la sugerencia de Audrey no me atrae lo suficiente.

—Paso. No tengo pensado ir a esa mierda —le respondo y ella se aparta.

Reclino la silla y me la encuentro cara a cara con su expresión por los suelos.

—¿En verdad? ¡Pero si me acabas de decir que sea lo que sea «es *el lugar indicado*»!

—Que sea *el lugar indicado* no significa que quiera ir...

—¡Pero daremos nuestro primer ataque! ¡Será el primer golpe de nuestra era de Bad Boys! Tu padre estaría muy decepcionado si no accedes a presenciarlo —murmura ella.

—Dije que no. ¿Por qué no te fijas también si Jacob está disponible?

Ante sus infructuosos intentos, Audrey lo intenta de nuevo.

Cruza sus piernas por mis muslos y se sienta. No puedo evitar que se me endurezca la entrepierna, no obstante mi rostro se mantiene inmutable.

—Vamos, cariño. Sé que quieres hacerlo —me dice muy cerca.

—¿Ahora?

—Sí...

—Ufff. No.

Ella ahoga un gritito y finalmente se quita de encima mío. Vaya que es exasperante.

Quizá nunca debí haberme acostado con ella... No tantas veces.

—¡Luego vendrás a pedirme por favor que te invite! —me grita y se va también adentro de la casa.

Me quedo riendo y mirándola por el rabillo de un ojo mientras se marcha.

Vuelvo a reclinar la silla y cierro los ojos mientras respiro el aire puro, tomando provecho de que los demás se fueron.

La noche está estupenda.

Una parte de mí desea que también lo esté en el baile de este sábado.

De todos modos no iré, así que no debería importarme. Porque así será, ¿cierto?

En ese instante, abro los ojos como platos y formo figuras con las estrellas del cielo mientras una idea se instala en mi cabeza para corroerme y no dejarme en paz.

Mierda, sé que me tendrá loco durante los días que vienen...

¿Sería capaz de rechazar a Tracy si me invitase a ir al baile?

La música de Slash me anuncia que mamá está preparando el desayuno. Por lo visto, se encuentra de buen humor y es debido a que en las últimas horas no se ha enterado de nada que tenga que ver con Theo Landon ni con tatuajes de chicos peligrosos. Ayer me trajo a casa en su auto pero, para mi fortuna, mamá aún no llegaba del trabajo.

—Buenas —la saludo algo tímida mientras la tomo desprevenida moviendo las caderas al ritmo de una guitarra eléctrica.

—Hola, cielo —dice y, luego de tomar asiento, coloca una taza repleta con delicioso café delante de mí.

Mientras espero unos waffles con miel, cuyo aroma inunda mi nariz, saco el celular y espero a que mamá no decida darme otra charla sobre su desdichada adolescencia con una bebé en el vientre.

Recibo la notificación de que una novela *online* de mi biblioteca ha sido actualizada, pero antes de dejarme llevar por el entusiasmo le dejo un mensaje a Lottie:

«Hola, amiga. ¿Te parece si hoy vamos juntas a clases?».

Luego de darle ENVIAR, termino por convencerme de que haber elegido la modalidad SMS fue lo indicado ya que, si hubiese abierto la *app*, me aterroriaría pensar en que me ha bloqueado (lo cual es una posibilidad en la que prefiero ni pensar siquiera).

Me dirijo nuevamente al menú para la actualización de la novela que me transporta a un mundo donde soy quien quiero ser sin tener que exponer mi identidad.

Ingreso mi usuario: I-am-Gordita.

Lo sé, no puse mi nombre pero necesito un seudónimo que me identifique con los motivos que hacen leer historias sobre chicas orgullosas que hacen ayunos prolongados y a la vez tienen amores de ensueño, como Jude.

Para mi sorpresa, tengo un mensaje.

Y no. No es de otra chica que me confunde con algún interés lésbico.

No me molesta que lo piensen, solo que mi decadente nivel de atractivo impregna las redes sociales donde estoy metida y las únicas que me prestan atención son algunas chicas.

Él lee *Rosas para Jude*, sin embargo no sé si vale la pena.

Antes de escribir que no soy gay pero que agradezco su interés, descubro que no hay una chica al otro lado de la línea.

Es un usuario que poco dice de sí mismo.

Nombre: QuieroSerNada.

Su foto de perfil: una espina.

Descripción...

Oh, mierda.

Un triángulo invertido.

Acto seguido, regreso al mensaje y leo lo que tiene para decirme:

«No gastes energías en ir al baile de Sadie Hawkins. Theo no irá. Perra».

Es una suerte que Lottie haya decidido acompañarme a clases como en los viejos tiempos, ya que escucharla hablar sobre sus amores platónicos y su sentido del humor tan único hacen de mi viaje en bus un momento de distracción.

—¿Entonces no me viste ayer cuando te saludé durante el almuerzo? —le pregunto.

—¿Qué? No, para nada —miente.

Estoy segura de que no está siendo del todo sincera.

—Es solo que en esa mesa no cabía nadie más alrededor, estaba atestada de gloriosos.

Mucho menos un trasero gordo como el mío, claro, y ahora la inocente de Tracy debe quedarse al margen del mundo y comer encerrada en el baño de la escuela porque todos la ignoran en la cafetería.

—¿Y dónde comiste? —me pregunta—. De haber sabido antes que estabas ahí, te habría acompañado.

—Yo... No tenía hambre y me quedé estudiando en la biblioteca —me excuso.

Bueno, de mentirosa a mentirosa, nos entendemos bien.

Igual, nuestros engaños son insignificantes y sumamente piadosos.

¿Cierto?

Ella estuvo con Charlie y yo con Theo. No puedo quejarme.

—Una pena —contesta—. ¿Te parece que hoy volvamos a la mesa del Club de Literatura antes de que se fastidien porque metimos ahí a Jacob y Newt?

—¿«Metimos»? —no puedo evitar hablar—. Oh, no. Yo no llamé a nadie.

—Bueno, yo lo hice así que da igual.

—Y Jacob no me parece ningún problema en el Club. Es casi el único en el

que puedo confiar en este momento.

—¿El único? —inquire con gesto teatral.

—Y tú... claro.

¿Lo es?

¿Qué?

¿Realmente ella es alguien en quien confías?

Ehh... ¿Y tú qué haces aquí?

Te extrañaba. ¿Tú a mí no?

No. Ahora vete bien lejos que luego hago de tonta por tu culpa.

No importa que trate de expulsarla: la voz de mi conciencia está ahí. Sigue en su sitio. Esperando el momento indicado para reaparecer.

Bueno, admito haberla extrañado un poco. Ya me estaba sintiendo bastante sola.

—Todo lo que pasa —interfiere Lottie en mis pensamientos— es que defiendes a capa y espada a todo aquel que sea del grupo enemigo.

—No es cierto. No los defiendo, pero tampoco son nuestros enemigos.

—No son los tuyos, querrás decir. Por actitudes como esas es que te eliminaron de Glorious en Facebook.

—¡¿QUÉ?! —ni siquiera era consciente de ello.

—Oh, y mira —argumenta señalando por la ventanilla—. ¡Genial! Ahí está tu Romeo.

Agrega cortante un «llegamos» y se baja sin esperarme.

Además de Theo, un cartel en la entrada me pone la piel de gallina:

«¡ES SU TURNO, CHICAS! ¡ ESTE SÁBADO LLEGA EL BAILE DE SADIE HAWKINS!».

También recuerdo el mensaje que vi por la mañana.

¿Acaso alguien encontró mi cuenta en la *app* de lectura? Creo no habérsela pasado a nadie, ni siquiera a Theo pese a nuestras coincidencias en gustos literarios. Moriría de vergüenza si viese mi *booklist*.

—Hola, nena. Estás estupenda hoy —me halaga Theo con los codos apoyados sobre su moto.

Al escucharlo, no puedo evitar mandar al diablo todo lo demás.

—Sube —me señala—. Vamos a dar una vuelta.

—¿Yo?

—No, Harry Styles.

Emito un gruñido con ligera molestia. Ya empiezo a arrepentirme por haber elegido ese nombre para mi potencial casa.

—¿Otra vez habitaciones secretas? —le pregunto mientras me pasa un casco negro con detalles en naranja.

—Algo similar —dice incorporándose y me sujeto a su cintura.

El motor de la motocicleta ruge y salimos a toda velocidad, dejando miradas atónitas en nuestro alrededor.

¿Por qué hasta ayer me escondía y hoy quiere que nos mostremos? ¿Por qué me confunde tanto?

Luego habrá tiempo de buscar certezas... Por ahora me aferro a su cintura y pienso en que mamá pondría el grito en el cielo de enterarse de mi fuga.

Pero nada de eso ocurrirá.

El recorrido en motocicleta termina siendo bastante corto para mi gusto. Recorrimos medio kilómetro hasta llegar a la plaza central de Iconic Valley y mi cuerpo ya se está acostumbrando a la velocidad.

Iconic es un lugar pequeño y bonito para vivir, con casas y edificios viejos, lindante a la costa y rodeado de bosques; resulta un pintoresco atractivo turístico, sobre todo para entusiastas de las historias de terror.

Ha sido escenario de brutales crímenes pero aun así lo encuentro un lugar muy tranquilo para vivir... A primera vista.

El muchacho que está frente a mí, bajando de su motocicleta, es la dinamita más peligrosa a la que he estado expuesta.

—Seré breve —me dice—. Este sábado, si necesitas ayuda de algún tipo, vienes hasta esta plaza y me llamas al celular. ¿Entendido?

Bueno, parece un lugar bonito: con su iluminación de farolas, sus laberintos de arbustos y la estatua de un expresidente en el centro.

Un momento...

Sus palabras se alejan mucho de cualquier pedido romántico. En cuanto menciona el fin de semana, mi reacción es bastante lenta, no obstante, logro atar cabos y lo recuerdo: Sadie Hawkins.

—Yo... bueno —murmuro y no pienso dos veces las palabras que escapan de mi boca—. ¿Por qué no irás? Creo que será divertido.

¿Acaso acabo de sugerir que una fiesta de instituto será divertida? ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué ocurre con la Tracy Smith que odia los bailes y prefiere quedarse estudiando o viendo películas con palomitas doradas en mantequilla?

—¿Y a ti quién te dijo que no iré? —sus palabras van acompañadas por un entrecejo bastante fruncido.

—Lo... Lo supuse —me escudo—. Con las fiestas a las que estás acostumbrado, dudo mucho que te interese una fiesta de instituto.

Por supuesto. Un clan de chicos malos no encontrará el estímulo suficiente en algo tan sencillo. Lo peor es que son peligrosos y terriblemente adictivos, así que una vez que conoces sus fiestas *Crazy*, todo lo demás tiende a perder sentido.

Una vez que termino de hablar, acompaño mi gesto con una incómoda sonrisa.

—No sabes mentir.

—Lo siento... —agacho la mirada y de inmediato él me levanta el rostro cuidadosamente con ambas manos. Luego traga saliva y noto el modo en que lentamente decide acercarse.

—No lo sientas. Supongamos que ahora te voy a creer pero aún no está todo dicho.

—¿Entonces sí tienes pensado asistir al baile? —le pregunto, esperanzada.

—Mmm. No lo sé. Aún ninguna chica me ha invitado —murmura.

Oh, mierda. ¿Me lo está insinuando a mí? Quedo en silencio unos segundos debatiendo conmigo misma qué tan duro será el golpe cuando se lo pregunte y me rechace. O qué tan incómodo sería que Theo me pase a buscar por mi casa, mamá descubra quién es mi pareja esa noche y todo se arruine aun más. Mi amistad con Lottie también se vería afectada.

—Entiendo —dice con dejadez y se aparta unos centímetros.

Me percató de su modo de mirarme y devuelvo sus manos a mí. Theo clava sus ojos en los míos mientras dejo que mis manos acaricien las suyas, bajando hasta la parte inferior de su muñeca y palpando el irresistible tatuaje del triángulo invertido.

—¿V... vamos?

Su gesto se tuerce en una media sonrisa.

—¿Adónde?

—Al... baile... ¿Quieres? ¿Quieres ir con yo...? Digo, que vayas conmigo. Si quieres... Disculpa.

Él deja reposar un beso sobre mis labios y luego añade:

—Creo que ahora sí tengo interés en asistir. ¿Y si nos marchamos?

¡Oh, mierda!

Theo se aparta y saco mi celular para ver la hora.

Hace veinticinco minutos empezó la clase de Biología con el señor Phill.

¡Nunca, nunca, nunca había llegado tarde a clase!

—Sí, por favor —le respondo y él corresponde con una sonrisa.

Theo se aparta y sube a la moto. Vuelvo a colocarme el casco.

Una vez que el motor empieza a rugir y siento mi peso deslizarse por las ruedas, observo a un hombre con traje y maletín que cruza la plaza.

Logra llamar mi atención ya que se queda mirándome con poca discreción mientras me marcho.

Mis manos se sujetan con fuerza a la motocicleta cuando el sujeto saca su celular, marca un número y llama.

La moto pasa a su lado y puedo verlo desde cerca.
Es Richard, el novio de mamá.

—¿Cuál es la prisa?

Apenas se detiene la moto de Theo, inicia mi carrera contrarreloj para devolverle el casco, bajar de la bestia con motor e ir al salón de clases.

—Pasa que... —empiezo a explicarle pero me detengo.

Lo último que quiero es ahuyentarlo porque tengo una madre sobreprotectora.

—No me gusta llegar tan tarde a clase —le explico.

No sé qué prefiero: que piense que supero el límite de nerd o que mi madre me asfixia.

—Haré de cuenta que te creo. Ahora corre —me dice y una sonrisa escapa de mis labios. Termino dándole la razón sin siquiera ponerme a pensarlo.

—Te veo luego —le espeto.

Mientras corro en dirección al salón de clases, el celular en mi chaqueta no para de vibrar.

Mi madre debe estar como una furia.

No hay tiempo.

Debo entrar a clase, tengo ventaja antes de que ella decida venir a corroborar qué es de mi paradero.

¡Maldito Richard! ¿Por qué no se mete en sus cosas?

Al salir de clase, me deja un poco más tranquila saber que mi madre no ha irrumpido en mitad de la hora para reclamar mi breve escapada con Theo.

No escuché las entusiastas explicaciones del profesor pensando en por qué Theo quiso que lo invitara al baile. Lottie se pondrá furiosa en cuanto lo sepa. Ella y los Glorious, después de todo, ya no me quieren. Charlie me eliminó del grupo.

Mientras camino a la cafetería junto a Jay y Carl, reviso las llamadas perdidas.

Son todas de Richard.

Entonces... ¿Me estuvo llamando a mí en lugar de a mamá?

Tengo un mensaje de texto suyo al final de todo: «Te sugiero que vuelvas a la escuela, Tracy».

Cuando llego a casa, mamá aún no ha llegado (cómo no).

Enciendo la TV y cuelgo mi abrigo. Voy hasta la cocina para ver qué hay de cenar evaluando mis ganas de comer o no algo light. Mientras reviso la alacena, escucho un auto estacionar en el garaje de casa.

¿Mamá?

Miro por la ventana y descubro que otro coche se estaciona en la entrada... Es él. El maldito Richard.

No pude mirarlo a los ojos en toda la cena. Mamá se ve de buen humor, preparó macarrones con queso, que estaban deliciosos, aunque preferí no terminar el plato.

—Estoy satisfecho —acota Richard con su señorial tono de hablar. Ufff, ¿no se da cuenta de lo insoportable que es?

Va vestido con el mismo traje con el que lo vi cruzar la plaza...

No cabe duda. Era él.

—Muchas gracias, pero la salsa de queso la hizo Tracy —responde ella y su novio me arroja un vistazo.

Nuestras miradas se cruzan una milésima de segundo y saltan chispas. Me incomoda, no quiero estar cerca de él.

—Estuvo bien —responde él.

Me encojo de hombros y harta, sin poder soportarlo más, me levanto.

—Creo que me voy a dormir. Estoy agotada.

—Espera —me detiene mamá—. Richard trajo una torta de frutas. ¿No quieres probarla?

—Es verdad —asiente él y saca las llaves del auto—. ¿Podrías ir a buscarla, cariño? —le dice a mi madre y me repugna el tono con que se hablan—. Comí mucho y no puedo ponerme de pie.

Ella sonrío y asiente.

Antes de irse deja reposar un beso sobre los labios de él y tengo que rasguñarme los muslos para que el asco no me mate.

Me sorprende cuando, al quedar a solas con Richard, me dice:

—Seré breve. Tú sabes que has estado con un chico y yo te vi. Decidí no decirle nada a tu madre por dos motivos.

—¿Sí...? —pregunto con timidez.

—Uno: entiendo que tengas novio pero a tu madre le aterra la idea de que repitas su historia. De momento, no es bueno que lo sepa, aunque tienes mi apoyo ya que es algo normal. Siempre y cuando te cuides.

—Yo... yo no teng...

—Dos —prosigue sin dejarme terminar la frase y ya escucho a mamá poner nuevamente la alarma del auto—. Quiero invitarla a un viaje romántico en Australia. Ya compré los pasajes y nos iremos la semana próxima. Es necesario que ella confíe en ti para dejarte sola por seis días.

—¡Luce deliciosa! —dice ella al cruzar el umbral de la puerta de entrada a la casa.

Cuando llega, estoy muda. Pero feliz.

Realmente me provoca mucha ilusión volver a quedarme sola en casa. Theo podría venir, Lottie también, o ambos por separado. Podría sacarle brillo a todo lo que en mi vida últimamente se ha estado ensuciando un poco.

No obstante, algo me sugiere que volver a quedarme sola no será bueno.

Tampoco malo.

Sino... diferente.

Siete horas atrás

QuieroSerNada: Zorra maldita.

Cuatro horas atrás

I-am-Gordita: ¿Disculpa? Eres tú quien se presenta de este modo en mi casilla de mensajes y me ataca. Realmente no tengo nada en tu contra pero te pido por favor que dejes de molestarme. Ni siquiera sé quién eres.

Cuatro horas atrás

QuieroSerNada: No te interesa saber quién soy. Con que tengas en claro cuán zorra eres, me basta.

I-am-Gordita: ¿Tiene que ver con Theo, verdad?

QuieroSerNada: Mejor púdrete.

I-am-Gordita: Cobarde.

QuieroSerNada: Qué atrevimiento...

I-am-Gordita: Eres un cobarde. O una cobarde, de eso estoy segura. Si no pondrías tu nombre o al menos me dirías quién eres, ¿acaso te da miedo que lo descubra? No tengo interés en tratar con personas tan cobardes como tú.

Tres horas atrás

QuieroSerNada: Jaaaaaaaaaaaaaaaa, pero mira que me haces reír. Por qué mejor no pones en tu cuenta tu jodido nombre. Oh, claro... temes que descubran las lecturas que haces.

QuieroSerNada: Y deja de escribir mensajes tan largos que me aburres. Si quisiera leer, me meto en mi lista de lectura.

I-am-Gordita: Tu cuenta es solo para fastidiarme. No para leer.

QuieroSerNada: Sí leo y mejor que la mierda que tienes tú en tu jodida *booklist*. Qué es eso de «ÁMAME DURO LIKE YOU DO (Larry Stylinson)»??? ¡Ja!

I-am-Gordita: No te metas con mis lecturas. No tienes derecho. Además, ese libro tiene más de 4M en leídos. Somos muchas las que seguimos esa hermosa historia de amor.

QuieroSerNada: ¿Historia de amor? Ya veo qué tan baja es tu calidad para amar. Supongo que la lectura que consumes tiene que ver con la mierda que comes.

Dos horas atrás

I-am-Gordita: ¿Perdón?

I-am-Gordita: No tienes derecho a tratarme así...

Una hora atrás

I-am-Gordita: Te odio. No te conozco ni sé quién eres pero no tienes ningún derecho de tratarme de esa manera solo porque Theo decidió ir al baile conmigo. Te detesto.

37 minutos atrás

QuieroSerNada: Cállate, gorda.

Dos minutos atrás

QuieroSerNada: Haré tu vida imposible.

Un minuto atrás

I-am-Gordita: Espero estés contenta porque ya lo estás logrando.

Quiero llorar. Necesito caer en un rincón y desahogar el dolor que siento cada vez que alguien me llama de ese modo. Mil cuchillas se clavan en mi interior, hacen que me odie a mí misma por ser quien soy y lo peor es que no encuentro apoyo de nadie.

Me quedé completamente sola y tengo a un chico que únicamente me trae problemas.

Necesito ser fuerte. Necesito ser fuerte. Necesito ser fuerte...

No entiendo su obsesión con destruirme. En primer lugar, porque la única persona que podría llegar a tener motivos para no soportarme es nada menos que mi mejor amiga, aunque sigo confiando en ella. Y quiero creer que no es quien me ha dicho esas cosas horribles en mi casilla de mensajes. Sin embargo, ¿quién más puede haber dado con mi usuario? ¿Quién se ha interesado tanto en averiguar sobre mi vida hasta dar con un punto tan íntimo?

Alguien que tiene que ver con Theo, de eso estoy segura.

Pienso en las chicas de Bad Boys pero apenas las conozco y ellas a mí: Audrey, Summer, Amanda y otras compañeras tatuadas cuyos nombres desconozco.

En el grupo de Glorious todo el mundo me detesta pero no lo suficiente como para saber tantos detalles desastrosos de mi vida.

Lamento admitirlo pero todo apunta a... Lottie.

Jueves

Decido salir temprano a clases para aprovechar de la frescura matutina y hacer algo de ejercicio: caminar un par de kilómetros hasta el colegio no me hará mal. Sin embargo, mi plan se ve frustrado en el instante en que un auto Volkswagen se estaciona delante de mí.

El rostro de Charlie aparece dedicándome una sonrisa de lado a lado.

—¡Sube! —me dice en tono amigable—. ¿Vas a la escuela, cierto?

—Yo... no creo que sea buena idea —le digo mirando a todos lados. Lo único que falta es que Lottie me encuentre así con su chico y vuelva a pensar que intento coquetear con él.

—Bah, no digas eso. Vamos, te llevo —insiste.

Sin embargo, es tan cortés que no me siento capaz de rechazarlo.

—Bueno —accedo en un murmullo y abro la puerta para sentarme en el asiento del acompañante.

Me pregunto si mi trasero es demasiado grande como para tan lindo coche, pero la puerta no tiene problemas en cerrarse.

—¿Cómo has estado? —me pregunta mientras conduce.

—Bien, supongo —respondo un poco a la defensiva.

Él conduce y se lo ve terriblemente atractivo. Las miradas que dirijo en su dirección solo tienen la intención de no parecer que lo ignoro, aunque a decir verdad sí lo hago. No me resulta algo bueno hacer contacto visual estando ambos tan cerca.

—¿Supones? —me pregunta—. Demonios, yo sé qué es eso que te tiene mal.

«Aquí vamos de nuevo».

—Tú no, Charlie...

—Escucha, Tracy. Eres demasiado buena como para empezar a rodearte de todo ese grupo de malnacidos. Te harán mucho daño. Te lo harás a ti misma, comprende.

—No me hacen daño...

¿Estás bromeando?

Tú calla. Ahora no.

Uffff. Como quieras, pero no digas que no te avisé.

—Si no te lo han hecho aún, te lo harán —asegura—. Y para ese entonces, ya estarás demasiado rota como para tener fuerzas para recoger tus propios pedazos.

Sus palabras me recuerdan los mensajes de anoche.

La maldita QuieroSerNada ha estado persiguiéndome y ya no la soporto. Me ha dicho cosas horribles cuando ni siquiera conozco su identidad. Por otra parte, me da miedo a qué puedan conducir sus palabras.

«Haré tu vida imposible».

—¿Ya ves? —dice él frente a mi silencio—. Seguro que ahora mismo estás pensando en situaciones que te lastimaron y tu orgullo no permite que me lo reconozcas.

—Yo...

—Descuida. No te disculpes. De mi parte estás perdonada. Todos cometemos errores en nuestras elecciones y yo los he cometido en las mías.

—Pero tú...

—Lo sé, Tracy, incluso yo muchas veces me he equivocado

—una sonrisa se dibuja en su rostro—. ¿Vienes a nuestro grupo? Somos los buenos.

Ese es el problema.

—No lo sé. ¿Lottie me perdonará? Últimamente hemos tenido diferencias y está muy enojada conmigo.

Él se encoge de hombros y responde:

—Yo creo que mereces su perdón. Pero deja de encontrar motivos para que te odie.

—Yo... yo no busco motivos para que me odie... Creo que tú sí los buscas. Las palabras salen de mi boca y es demasiado tarde para ponerme a reflexionar sobre lo que he dicho.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Cómo dices? —pregunta y me mira.

—Nuestras diferencias se desataron por una especie de declaración que recibí.

Él suspira.

Ya empiezo a ver el estacionamiento de la escuela.

—¿Por qué lo hiciste, Charlie?

También quiero saber cómo pero, a decir verdad, me aterra pensar que se metió en mi cuarto mientras yo no estaba.

—Tú escribiste la nota, ¿cierto? —le insisto.

Espero que su respuesta sea un no rotundo. Quiero creer que solo fue un chiste de mal gusto de algún desconocido.

Finalmente, cierra apenas los ojos y asiente:

—Sí.

Sábado

Con el corazón en un puño, tomo el rizador y me peino, deslizando ondas que caen con sobriedad sobre mis hombros. No es el gran detalle pero, al lado de mi poca costumbre para arreglarme, es un toque refinado.

El espejo me devuelve a la conversación con Charlie en el auto...

—Créeme, en un primer momento me sentía muy confundido —se excusó él—. Te ruego me perdones, quizá me apresuré en enviarte esa nota.

—Me trajo serios problemas con Charlotte, ¡es nada menos que mi mejor amiga!

—Lo sé, pero yo no puedo hacerme cargo de algo que supera mis fuerzas.

El peso de sus últimas palabras fue lo que me dejó sin habla y decidí no contestar.

Solo deseo que haya sido una terrible confusión de parte de Charlie.

Una vez que termino con el peinado, vuelvo a la realidad y al verdadero reflejo del cristal de cuerpo completo que tengo en frente.

Me puse un vestido rosa chicle por debajo de las rodillas y me pregunto si no resulta demasiado infantil. En cuanto me encuentro lista, suelto un gritito y me asombro a mí misma del resultado.

La última vez que me puse esta prenda, más que la goma de mascar, parecía un globo a punto de reventar, sin embargo ahora noto que se acomoda mejor a mis caderas.

Ojalá estuviese aquí Lottie para aconsejarme. Pero ella no está aquí.

—¡¡Mamá!! —grito.

Ella acude de inmediato a mi llamado y al encontrarse con su hija desesperada frente al espejo, el corazón le vuelve a su lugar.

—Un día me vas a matar —acota y luego se detiene para ver mi estilo—. Vaya, Richard no se equivoca con los regalos.

—Él me hace presentes como para una niña de doce años.

—Tu edad no dista mucho de esa —afirma, entrando a la habitación.

Me acomoda el cabello para que me libere un hombro y caiga sobre el otro.

—Tengo diecisiete —la corrijo.

—A mi edad, cinco años son los que me quito cuando digo cuántos tengo,

así que no tienen valor —bromea.

También río y me gusta que nos llevemos así. Desearía no tener que pelear nunca más con ella, sin embargo, eso significaría que aceptase mis decisiones.

—Entonces, ¿me queda bien? —le pregunto.

Ella cambia su gesto a una sonrisa mucho más cálida.

—Oh, espera —añade y se lleva las manos al cuello. Demonios, no...

De pronto, se quita un collar muy bonito color dorado que realza las facciones rosáceas que he heredado de ella. Me lo coloca y quedo anonadada.

—Mírate —insiste y doy la vuelta.

Quedo frente al espejo. Combina muy bonito con las ondas del cabello oscuro que caen a un lado de mis hombros.

—Perfecta —dice a mi oído mientras ambas tenemos nuestras miradas fijas en mi reflejo.

Siento que por fin puedo tener un estilo mucho más atrevido y al mismo tiempo ser fiel a mí misma.

—Gracias, mamá.

—De nada. Aunque, ¿sabes una cosa? Quizá tienes demasiado delineador —cómo no, la *arruinamomentos*. En ese instante el timbre de casa suena y ella se aparta—. Bueno, no hay tiempo para quitarte ese maquillaje así que mejor baja. Tu pareja te espera.

Sonrío al escuchar la palabra «pareja» y un cosquilleo inunda mi interior. Si mamá supiera...

—Iré —le digo y ella va hasta la ventana de mi cuarto para espiar al recién llegado. Luego me mira y hace un gesto del estilo «*so hot*» y se va.

Suelto una nueva carcajada y me hago un último retoque con brillo labial. Acto seguido, voy a la sala.

Una vez ahí, encuentro a mi «pareja».

Carl.

Estaciona el auto en la plaza central y una explosión de mariposas se desata en mi abdomen. Antes de bajar, lo miro y le dedico una sonrisa.

—Gracias —murmuro. Carl me devuelve el gesto.

Tiene el peinado bien definido con gomina, saco de paño, pantalón blanco, camisa azul y corbatín negro al igual que los zapatos.

—No hay por qué —responde y en sus ojos azules noto algo de desesperanza.

—Te arreglaste muy bien esta noche como para no ir al baile. Valoro mucho

lo que haces por mí, en verdad.

Él se encoge de hombros.

—Qué va, eres mi amiga —contesta—. Esos eventos escolares no están hechos para gente como yo.

—Créeme que tampoco están hechos para una nerd rara como yo, sin embargo mírame...

Mis pensamientos se encargan de completar la frase: estoy en una plaza desolada, junto a un chico al que no le gustan los bailes, pero que me ha ayudado a hacerle creer a mi madre que él es mi pareja esta noche.

Me gustaría dejar de mentirle.

—Creo que le he caído bien a tu madre —dice pensando en lo mismo que yo—. A propósito, ¿quién es tu pareja? La verdadera.

Agacho la mirada y estoy más ruborizada que avergonzada. O ambos por igual.

—No sé si lo conoces... Theodore Landon.

Él piensa un momento y responde:

—¿Jacob se junta con él y ese grupo?

—Sí, ¿cómo sabes de Jacob?

—Bueno, desde que llegó al Club de Lectura puedo identificarlo mejor entre clases. Según vi, todos son unos patanes.

—Sí, aunque una vez que los conoces no puedes dejar de verte con ellos —le aseguro.

Mira su reloj pulsera y me indica que ya es la hora. Diablos, Theo debe de estar por llegar.

—Es verdad —asiento y miro en todas direcciones. No hay nadie, solo la helada de la noche que hoy caerá sin piedad (lamento mucho no haber traído abrigo) y nosotros dos dentro del auto. Como sea, decido bajar—. Theodore no tarda en llegar.

—Espero que tengas una agradable velada —indica y se me enternece el corazón.

—Lo digo de verdad: deberías quedarte, no creo que estos bailes no estén hechos para gente como nosotros —le insisto con algo de pena.

Él se niega rotundamente.

—No lo entenderías.

Finalmente, abro la puerta y le regalo un beso en sus mejillas pálidas.

—Muchas gracias —le digo y acompaño mi gesto con una entusiasta sonrisa—. Otra vez.

—No es nada, en verdad —él corresponde con cortesía y salgo del auto—. ¡Que te diviertas!

Lo saludo sacudiendo la palma de la mano y, una vez que los neumáticos se mueven, dejando marcas de calor en el asfalto helado, el horror me cala los huesos.

Realmente estoy sola, hace frío y me da un poco de miedo sentirme tan desamparada.

A propósito, ¿qué demonios ocurre con Theo? ¿Y si todo fue un engaño, una mentira de su parte? ¿Cómo volveré a casa?

Me dirijo hasta el columpio más cercano y me siento.

Me abrazo, el frío está empezando a molestarme. Mierda, Theodore Landon, dónde rayos te has metido.

Aunque en medio de mis quejidos... el rugido de un motor impacta en mis oídos y la esperanza impregna mi interior.

Miro hacia la calle desde la cual proviene el motor en marcha y distingo un montón de luces y motocicletas en dirección a la plaza central.

¿Qué demonios...?

Son un montón de adolescentes con pañuelos con calaveras atados al cuello o cubriendo su boca. Hay por lo menos veinte motocicletas, muchas de ellas con chicas detrás sujetando bengalas y antorchas a fuego vivo. Se acercan a donde estoy yo.

¿Acaso...? Oh, ¡mierda! ¡Vienen a la plaza!

En ese instante, corro detrás de la estatua de un prócer y me agacho mientras el montón de adolescentes se mete donde yo estaba antes. ¿Es que piensan prender fuego la ciudad...?

De pronto, vuelvo a terreno conocido al ver en todos sus brazos al descubierto un montón de tatuajes... que ya he visto antes.

Mis dudas quedan despejadas cuando el que lidera la tropa se quita el pañuelo rojo que le cubre la cara.

El cabello marrón, los músculos de sus hombros y brazos firmes me dan la pauta de quién se trata.

Dominic.

Tras él, Audrey.

—¿A qué le temes?

La voz de Theo provoca una sacudida en mi interior que me deja helada. El susto casi hace que me trepe en la estatua del prócer de mármol.

Me doy la vuelta y quedo cara a cara con él. Sus ojos grises, los labios rosados, la definición de los músculos y los tatuajes transparentándose en su remera blanca... Todo, todo en él es irresistible.

Se me ocurre contestarle:

—A ti. ¡Oh!

Me llevo las manos a la boca demasiado tarde.

Las palabras ya están dichas, demonios, ¿seré tan estúpida? Dicen que el lenguaje lo habla a uno y, esta vez, le doy toda la razón a esa teoría.

Él esboza su típica media sonrisa y conviene:

—No te equivocas.

Acto seguido, me tiende la mano para incorporarme y acepto. Aparezco desde detrás de la estatua y comienzan aullidos y vitoreos por parte de toda la banda de Bad Boys.

Sin embargo, lo primero que me sorprende es la cara de horror de Audrey al vernos.

—¡Vamos, Theo! —le grita Dominic—. ¡Presenta a la Barbie!

—Jódete —le responde él y pasamos alrededor del grupo.

Siento las risas y los gestos de asombro de muchos de los presentes. Apenas reconozco algunas caras como las de Jacob, Amanda y Neo, pero la mayoría no se ha quitado el pañuelo con calaveras del rostro.

—¡Vaaaaamos! ¡No tienes que estar hablando en serio, mierda!

Esa voz se mete en mis oídos y la reconozco de inmediato.

Solo Audrey puede ser tan desagradable.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunta Jacob.

Theo me señala su motocicleta a un costado de la calle y mi cabeza se llena de incógnitas al preguntarme cómo rayos haré para subir sin que se me vea la ropa interior.

—¡Este idiota no quiere ir a la fiesta y de repente sí lo hace con este... globo de chicle!

Las palabras impregnadas de repugnancia de Audrey no logran herirme. No

directamente... pero sí me humillan. Estoy segura de que en la vuelta a casa recordaré esto y mi corazón se hará pedazos en caso de que Theo no desee seguir a mi lado.

Lejos de esto, él dirige una sonrisa de suficiencia en dirección de su «amiga» y niega con un movimiento de cabeza.

¿Qué ha significado ese gesto entre ellos?

Audrey se queda en silencio y Theo toma el mando en la motocicleta.

—Sube antes de que estos descerebrados intenten algo —me indica.

Theo me pasa el casco y sus palabras quedan resonando en mi cabeza.

Pero no me sorprende en absoluto.

Una enorme parte de mí sabe que los de este grupo me pisotearán como a una cucaracha, no obstante sigo insistiendo con verme y estar cerca de uno de sus líderes: Theo Landon.

—¿Y bien? —me pregunta.

—Por favor —le digo antes de que haga rugir el motor—, detén la moto una cuadra antes de llegar al instituto. No quiero llegar mostrando las bragas.

Subo detrás de él y mira por encima de un hombro hacia abajo.

Solo alcanza a ver mis medias ya que trato de sostenerme el vestido para no mostrar lo que no debe verse.

—Tú pégate a mí y todo quedará protegido de las putas miradas de los babosos —responde.

Finalmente, arranca y salimos, dejando atrás gritos, risas y silbidos por parte de sus amigos.

Pero ellos ¿qué hacen ahí? ¿Acaso los bailes del instituto son demasiado infantiles para su estilo de fiestas caóticas?

¿Qué planean hacer?

Tal como se lo pedí, Theo detiene la moto cien metros antes de llegar al estacionamiento de la escuela.

Tengo especial cuidado en no mostrar... lo que no se puede mostrar. El cielo está despejado, con unas bellísimas estrellas, pero el frío no da tregua y espero que no me castañeteen los dientes ya que el viajecito en moto me ha dejado helada (desconozco si la causa real es el clima o mi estado de ansiedad).

—¿Cuál es tu primer recuerdo? —me pregunta de repente.

Es algo que no me esperaba.

—¿Qué? No sé, ni siquiera recuerdo lo que almorcé ayer... o sí.

—Nada de eso —me contesta riendo—. Me refiero al primer hecho que realmente te acuerdas.

Bueno...

La imagen que se me viene a la cabeza no es la mejor, ya que imagino algo demasiado íntimo: mi madre explicándome por qué no tengo un padre.

Estábamos sentadas junto a la mesa de la cocina en casa de mis abuelos, ella tomó mis manos y empezó a contarme cómo era que algunos compañeritos del kinder tenían papá mientras que yo no.

«Él no estaba preparado para ser un buen padre» fueron sus palabras, que no se ha cansado de repetir con el pasar de los años.

No obstante, decido darle otra respuesta a Theo, de un recuerdo mucho más agradable:

—Un día de campo con mis abuelos —explico—. A mamá le gustaba salir a andar a caballo, hábito que heredó de sus padres. Los días en el establo eran muy especiales.

—¿Tu padre tiene un establo?

—¿Qué? ¡No! Mi familia nunca pudo permitirse tener un caballo. Un amigo de mi abuelo nos invitaba. Los animales son muy bonitos, en varias ocasiones consideré hacerme vegetariana al pensar en que mis mejores días los pasé junto a lindas mascotas, sin embargo, no creo que mi madre avale esa decisión... En fin, fue un lindo día —trato de cerrar la conversación, algo avergonzada, ya que no tengo respuesta de su parte.

Me siento incómoda porque deseo no aburrirlo, así que me apresuro a

añadir:

—¿Y tú? ¿Cuál es tu primer recuerdo?

—Mmm, estoy en duda. No sé si fue la primera vez que vi porno a los seis años o cuando metí barro en la licuadora.

—¿Qué?

—Aclaro que ambos hechos fueron accidentales.

—Guau...

Realmente sabe cómo levantar una conversación que se viene abajo por la nostalgia de una ridícula adolescente.

Llegamos al baile y, a decir verdad, no decepciona. Todo el instituto tiene una divertida coloración y detalles llamativos. La música suena por los parlantes conduciéndonos hasta el punto de la fiesta: el gimnasio.

—Esto es un asco —murmura Theo para mi sorpresa.

Yo lo encuentro un lugar simpático o simplemente nuevo, ya que no suelo acudir a estas fiestas.

Cuando entramos al gimnasio, lo primero que me alegra ver son algunas caras conocidas... y otras no tanto.

Vamos hacia un costado de la pista para servirnos un refresco y alguien toca mi brazo.

Cuando me giro, encuentro a Lottie. Está radiante y se la ve con gran energía.

—¡Amiguiiii! —chilla y me alegra mucho encontrarla.

Pese a nuestras recientes diferencias, me alegra mucho que esté ahí.

Correspondo a su abrazo y saludo a quienes la acompañan: Zach y Mike. Junto a este, una muchacha de pelo rizado, mejillas rosadas y ojos verdes.

—¡Hola! Soy Riley —se presenta al darse cuenta de que no puedo evitar quedarme mirando que viene de la mano de Zach.

La saludo.

—Tracy... ¿Acaso ustedes tienen una relac...?

—Estamos saliendo —acota Zach y me pone muy contenta porque se los ve felices.

Luego bajo la mirada y me encuentro con que sus brazos llevan el mismo tatuaje del triángulo recto... Entonces recuerdo que yo también vine acompañada.

¿Y Theo?

—¿Vamos a bailar, Tracy? —me invita Mike, aunque no puedo

concentrarme ya que busco con la mirada a mi chico por todas partes.

Bueno, «mi chico» por esta noche.

—No lo creo... conveniente —murmuro.

—Vamos. Necesitas divertirte.

—Yo... no...

—Pareces dispersa —interviene Lottie—. ¿Te sientes bien?

—Sí, no. Digo, no, o sí, ¡no lo sé!

De repente, noto cómo el clima se tensa de un momento a otro por la llegada de alguien que se incorpora a mi lado.

Al descubrir que Theo está de regreso, no puedo evitar que se escape una sonrisa de mis labios.

—¿Todo está bien? —pregunta y Lottie cambia su expresión. No me gusta su cara, se la ve un tanto maliciosa.

—Claro —acota Mike—, solo estábamos por salir a bailar con Tracy.

Theo se tensa y lo noto por el modo en que se le marca la mandíbula.

—No creo que quiera —dice.

—Oh, vamos, solo será una canción.

«Cállate Mike».

—Además —interviene Lottie y para mi sorpresa se incorpora al lado de Theo (*¿qué está haciendo?*)—, ellos pueden bailar y nosotros también, ¿no te parece una buena idea, Theodore?

Deja reposar una mano en los bíceps de mi chico y la sangre empieza a hervir en mis venas.

¡¿Qué diablos le pasa?!

—¡NO! —chillo—. Digo... no... Dudo que sea una buena idea ya que supongo que tú, Lottie, invitaste a Mike esta noche y no creo que debamos intercambiar parejas.

—¿Por qué no? —pregunta y hace pucheros.

Noto que los ojos de Theo se dirigen a los labios de mi «amiga» y el corazón me empieza a ir a mil.

¡Aparta tus ojos de ella, ahora!

Trato de calmarme pero no puedo dejar de presionar los puños.

—No sé si es una mala idea —añade Theo y Mike coloca una mano en mi cintura.

—Okay, entonces, ¿vamos? —pregunta.

Ante el contacto físico con el Glorious, Theo vuelve su mirada a nosotros y se aparta de Lottie.

—No es una mala idea —dice en su dirección. A continuación se coloca entre Mike y yo—, pero quizá en otra oportunidad. Hoy tengo otros planes.

—Uy, disculpa, no sabía que no venían precisamente a «bailar» —intercede Mike.

No me gusta el tono de sarcasmo con el que pronuncia la palabra «bailar» pero decido hacer caso omiso.

—Podrá ser en otra oportunidad —responde con poca cortesía.

Antes de irse, le dedica una media sonrisa a Lottie y ella le arroja un beso. ¿Qué diablos le ocurre?

Es por Charlie.

Es por él, ¡¡¡estoy segura!!!

—Tu amiga se está comportando de un modo extraño —me dice luego de tomarme por un brazo y llevarme hasta los pasillos internos del instituto.

—Quizás ha bebido —respondo—. ¿Y adónde vamos ahora? La fiesta es en el gimnasio, Theo.

Él ríe y afloja un poco la fuerza con la que me lleva del brazo. No me hace daño, al contrario.

—¿Recuerdas una habitación con el número 13?

Oh...

Me ruborizo y hago silencio mientras bajamos las escaleras. Es divertida la idea aunque no tengo idea de cuál será su plan.

Sin embargo, tanto la voz de Charlie como la de Mike se meten en mis oídos...

«¿Otra vez buscando vírgenes?!».

«Uy, disculpa, no sabía que no venían precisamente a “bailar”».

—Theo —le digo—, ¿qué vas a hacerme?

Él sonríe y se detiene antes de que nos metamos en el oscuro pasillo que nos conduce al salón abandonado donde tuvimos nuestro último beso.

—Nada que no desees —responde.

¿Qué deseo yo?

Todo.

¿Qué es todo?

Lo quieres a él. Completo.

THEO

—¿A qué le temes?

—A ti. ¡Oh!

Es hermosa.

Su inocencia, su pureza, su ingenuidad. Todo en ella es perfecto.

Una parte de mí se arrepiente de haber accedido a acostarme anoche con Audrey. Ir a buscar a Tracy y verla subir al auto de Charlie fue la gota que colmó el vaso. De todos modos, sigo creyendo en que no debería haberlo hecho. Pero ya cometí el error. Otra vez.

—¡Este idiota no quiere ir a la fiesta y de repente sí lo hace con este... globo de chicle!

Quisiera devolverme y romperle la cara.

Ha humillado a Tracy cuando yo tendría en verdad mil motivos más para humillarla a ella, sin embargo, no sé cuál actitud sería la más inteligente.

No. Definitivamente no voy a volver.

Si ignoro el camino a la moto y regreso donde están ellos sería para romperle la cara y lo último que deseo es golpear a una mujer.

Sobre todo porque nunca lo he hecho, no está en mis planes y asustaría aún más a Tracy.

Está aterrorizada pero se la ve adorable.

La traje hasta el salón 13-A y no quiero que piense que voy a violarla, aunque el imbécil de Mickey o como quiera que se llame se lo ha insinuado.

Lo más incitante son sus labios preguntándome qué voy a hacerle, despiertan mi lado lascivo.

Me gustaría dejarla tranquila.

Me gustaría que se sienta cómoda y segura a mi lado.

Pero también quiero verla desnuda, tironeándome el cabello y retorciéndose de placer...

La deseo con urgencia, de una manera que jamás he deseado a nadie en mi vida.

Cuando me siento sobre el mismo mesón viejo donde estuvimos la vez anterior, Theo me rodea con sus firmes brazos. El modo en que los músculos se tensan y el lobo en el tatuaje de su cuello se marca me hacen sentir vulnerable.

Acerca su rostro al mío y mi mirada va de sus ojos a sus labios, al lobo de tinta bajo su remera negra.

Me observa con voracidad y una parte de mí desea ser devorada por esa bestia salvaje.

—Me gusta la forma de tus labios —dice y no puedo evitar relamerlos—. El modo en que haces eso es terriblemente... excitante...

Paso mi lengua sobre ellos de manera atrevida y él suelta una respiración agitada que concuerda con la mía. Aun así, mantiene la calma. Mi pulso, en cambio, va a mil.

—Yo... —empiezo pero me detiene.

—Shh... No es necesario que digas nada —concluye y pega sus labios a los míos.

Me siento como una chica recién besada, por primerísima vez, y es que me siento tan expuesta y entregada a este hombre. Su beso ya no tiene la misma dulzura que antes sino que se vuelve algo salvaje y atrevido, y oleadas de calor invaden mi cuerpo.

Me dejo llevar por el beso e intento tocar su cintura, sin embargo él me quita las manos y las cruza tras de mí con firmeza. Estoy inmovilizada aunque no alcanza a hacerme daño.

—Deja que solo yo te toque —me ordena.

Asiento con un movimiento de cabeza y, a estas alturas, estoy dispuesta a lo que sea con tal de seguir lo que acabamos de empezar.

Theo vuelve sus labios a mi boca y siento el sabor mentolado; su delicioso aliento llena mi paladar y en la lengua siento el dulzor del sabor a tabaco. Debe haber fumado antes de salir de su casa.

Mi corazón da un vuelco en el instante en que su cuerpo se desliza sobre el mío y me empuja hacia atrás. Me dejo caer sobre la mesa y las milésimas de segundos en que nuestros labios se separan me parecen una eternidad.

No debo preocuparme por la distancia ya que de inmediato Theodore baja

su boca y desliza la punta de su lengua por el escote de mi vestido, justo donde nacen los senos, y una sensación de electricidad me cruza la columna, obligándome a arquear la espalda en el momento en que sus manos rodean con firmeza mi cintura.

—The... Theo —gimo su nombre al sentir su tacto.

Sus manos firmes encuentran el cierre detrás de mi vestido y su lengua sigue jugueteando entre mis senos.

Pero en el instante en que sus dedos hallan el cierre, no lo bajan del todo, sino que llega al verdadero objetivo: el broche de mi sostén. Theodore lo suelta y me siento demasiado libre pero atrevida y, lejos de atemorizarme lo que pueda querer hacer, lo deseo con todas mis fuerzas.

—¡Ah! —gimo justo cuando sus manos rozan mi columna y el frío de la mesa impactando en mi espalda me proporciona una sensación alucinante; el objeto se acomoda a nuestra caliente temperatura en cuestión de segundos.

—Quítatelo —dice respecto a los breteles anchos que sostienen mi vestido.

—Yo... —murmuro.

—Solo bájatelos un poco —me pide y hago caso.

Sus labios encuentran debajo de mi vestido los breteles del sostén y me lo quita con los dientes.

Nunca había quedado tan expuesta pero me gusta, me gusta, ¡me encanta! Su tacto firme, su posesión sobre mi cuerpo, el calor de nuestras pieles al rozarse, los cosquilleos de su barba sobre mí, todo, todo es una sensación tan exquisita que nunca antes viví y que no cambiaría por nada.

La lengua de Theo explora entre mis senos mientras su mano derecha se cierra sobre mi pecho izquierdo y el tatuaje del triángulo invertido queda contra mi vientre.

Por alguna razón me parece excitante el contacto con las marcas de su piel.

La mano izquierda de Theo sigue explorando mi espalda hasta que el cierre del vestido rosa chicle es lo que menos importa, ya que lo llevo por la cintura.

—¡Oh...! ¡Oh! —gimo en cuanto se mete uno de mis pezones a la boca y lo muerde. Juega con la lengua y los dientes, lo chupa y me arqueo para que baje más el vestido. Termino por deshacerme de él con las piernas.

Lo deseo.

Lo deseo, me fascina.

—Theo... Arggggg.

Me muerdo el labio y hago caso omiso a su intento de mantenerme en sumisión: libero mis manos y tiro de su cabello con suavidad, inquieta ante la

explosión de sensaciones que me produce su barba rozándome las costillas.

Su boca se aparta de mis senos y los labios bajan hasta mi vientre mientras una de sus manos sigue jugueteando con mi pezón húmedo.

La otra ya explora en mis bragas...

Solo distingo mis medias blancas y mis piernas rodeándole la espalda.

Me deshago rápidamente de los tacos para evitar dejarle marcas y escucho cuando caen sobre el suelo de mármol del salón de clases.

Estoy entre cerrar los ojos y no hacerlo. Mierda, me quedé solo con las bragas y las medias. En cada pestañeo, solo puedo ver el cabello desprolijo de Theo y su boca jugueteando en mi vientre, saboreando cada centímetro a su paso.

El cosquilleo que me producen los vellos de su barba incipiente es terriblemente sensual y estoy tan concentrada en sentir placer que no veo cuánto ya ha bajado...

Siento la lengua de Theo rozándome el pubis y sus dientes juegan con el algodón de mi ropa interior. De a momentos sus dientes, su barba, su lengua rozan mi piel sensible y las sensaciones que se disparan son una ola de calor que me hace retorcer y desesperarme cada vez más, y más... y... más... Oh, demonios.

Mi pecho sube y baja.

Solo me oigo respirar, jadear y gemir.

La lengua de Theo encuentra la zona más sensible en mi entrepierna y saborea mi cuerpo mientras gimoteo su nombre una y otra vez.

Y otr...

—Oh...

Y otra... vez...

—¡Oh...!

El placer es un estallido en mi interior.

Lo último que soy capaz de ver es su cabeza metida entre mis piernas haciendo círculos y mis uñas tirando de su rebelde cabello negro.

THEO

Dos meses atrás, no me hubiera permitido imaginar nada de esto.

Jamás pensé que esa muchacha silenciosa que camina por los pasillos con pocos amigos, que almuerza sola, que saca muy buenas notas, estaría entre mis brazos.

Es demasiado buena para mí.

He hecho cosas horribles. Las hago. Tengo sexo con la chica que quiero. Yo sé que puedo tener a la que quiera, pero haber estado con Audrey la última vez no es ni la mitad de placentero que esto.

Nada se compara a Tracy.

Soy el primero, estoy seguro de que soy el primero que la hace sentir el placer de esta manera, que la hace sentir viva, que ha reanimado cada parte de su cuerpo.

—The... Theo... Theodore, así, así, por favor, ah... Theo...

Sus gemidos son música para mis oídos. Me hacen sentir vivo.

Cada palabra suya es dinamita.

Cada respiración agitada la vuelve más exquisita y deseable.

—Oh... ¡Oh!

—Mierda, Tracy —farfullo con los dientes pegados a su entrepierna.

No lo puedo tolerar más y, antes de que acabe, me suelto el cinturón y termino por bajarme los pantalones. Meto mis manos por debajo de los calzoncillos y tomo mi miembro.

El estímulo hace que los movimientos de mi lengua la penetren a mayor velocidad, ella se retuerce y tironea de mi pelo mientras gime mi nombre una interminable cantidad de veces.

—Sí, nena, así... —gimoteo mientras la saboreo y mi mano sigue estimulando con frenesí mi miembro duro y caliente.

—Theo, por favor, creo que voy a... ¡ah!

—Sí, nena, ahora, hazlo —le digo sintiendo que estoy a punto de acabar yo también.

—¡Ah! ¡Ah, Theo! —emite entre gemidos—. ¡P... por... favor!

Lo está pidiendo a gritos. Quiere acabar para mí. Quiere hacerlo, mierda, quiere acabar en mi boca y estoy deseando que ocurra.

—Ahora, nena, hazlo para mí. Acaba.

—¡Yo...! ¡Ahhh!

Se humedece dentro de mi boca justo cuando también lo hago y me descargo ensuciando el suelo y la mesa de clases.

La sensación de éxtasis recorre mis venas y me eleva. Me dejo ir y la sensación de orgasmo perdura tanto como la de ella, me estoy elevando a otra dimensión, mi miembro y mi corazón están felices, tensos y calientes.

—Tracy... —suspiro mientras disminuyo la velocidad de mis movimientos.

—Theo —deja escapar mi nombre una última vez y siento el modo en que sus manos ceden a la fuerza con la que me tironea del cabello.

Deja reposar sus manos a un costado y lo primero que deleita mis ojos es su pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración, que ya se va desacelerando.

Ni la droga más poderosa se compara con este estado de placer.

Ni el cielo sería más grato que mi adicción por estar a su lado.

El vestido ha vuelto a cubrir mis zonas íntimas, aunque estar arriba de la mesa de clases ya no se ha vuelto la opción más cómoda del mundo. Lo que sí es bastante satisfactorio es tener a Theo recostado a mi lado.

—Eso fue increíble —suelta entre suspiros y la vergüenza invade todo mi cuerpo.

No sé si tomarlo como un cumplido o como una simple frase de cortesía.

¿Cortés? Vaaaaaaaaaaaaaaaaamos.

Chitón. Calla.

—Ehh... sí... —confieso—. Creo que nunca viví algo igual.

Theo emite una risita de suficiencia. Ya sabe que soy terriblemente inexperta aunque esta pequeña cuota de conocimiento en el placer que otorga el sexo rompe en algo la teoría de Lottie acerca de las chicas universitarias que siguen vírgenes.

Respecto a eso, cada vez que pienso en la universidad recuerdo que aún no he redactado mi carta de presentación para la ULA.

—¿Te gradúas este trimestre? —le pregunto y distingo el modo en que se tensa.

—Ehh... sí —responde.

Intento seguir la conversación:

—¿Y qué estudiarás? ¿A qué universidad irás?

El clima cambia en milésimas de segundo...

Se pone de pie y yo tomo asiento. Es como si el pudor me hubiese vuelto a envolver, así que recojo mi vestido y lo presiono contra mi pecho evitando mostrar de nuevo mis pezones.

—Literatura... en la IVU. ¿Y si mejor volvemos a la fiesta?

—Espera —no puedo creer que no quiera conversar conmigo después de que le he entregado mi cuerpo y hemos compartido la intimidad que...

Bueno... tampoco es que las personas que se dejan ir (sexualmente hablando) juntas terminen siendo pareja estable, aunque me produce cierta preocupación pensar en que Theo se vaya a estudiar demasiado lejos.

—¿Qué? —se vuelve.

Es que la IVU tiene sede demasiado lejos de Iconic Valley para poder estudiar Literatura...

—¿No has considerado otras opciones para estudiar más cerca? Digo, yo también pienso estudiar Literatura pero en la ULA, ya que...

—No. No puedes estar hablando en serio —ríe con sarcasmo.

¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Acaso estoy haciendo algo mal?

—Pero, Theo, escúchame...

—No, Tracy, no te confundas, no es que yo...

Y se detiene.

Un sacudón en el edificio hace temblar la luz en el salón y escuchamos los gritos de las personas que están en el gimnasio y en la planta baja del edificio escolar.

—¿Y eso? —pregunto, apresurándome en intentar subirme el cierre del vestido.

Theo se percata de mis intentos y acude de inmediato a ayudarme.

Su actitud intenta ser buena pero no deja de ser un imbécil ni deja de preocuparme el breve temblor que acaba de suceder.

—¿Qué fue eso? —le vuelvo a preguntar. Él y su gesto de preocupación parecen darme la pauta de que algo sabe acerca de lo que está ocurriendo.

—¡Oh, mierda! —grito al escuchar que la gente empieza a correr desde los pisos de arriba. La música se detiene y siguen los aterradores pedidos de auxilio.

¿A qué se debe...?

Ni siquiera puedo creer que acabo de soltar una grosería.

—Iré a ver qué pasa —dice Theodore y lo detengo con una mano en su hombro.

—Pero yo necesito...

—Tú no te muevas de acá.

—Pero necesito... lavarme o algo. Me siento sucia —admito.

Él esboza una media sonrisa, pero desaparece de inmediato. Puede que esté gozando con mi incomodidad.

—Hay un baño al final del pasillo —dice abriendo la puerta. A continuación saca una llave del manojito que guarda en el bolsillo trasero de sus jeans y me la entrega.

—¿Tiene luz?

—Sí. Subiré para ver qué mierda está ocurriendo, tú enciértrate en el baño y no salgas por nada del mundo. ¿Me lo prometes?

¿Y por qué tendría que prometerle algo a él?

—Claro —escapa la palabra de mis labios antes de que pueda emitir mi

verdadero juicio.

—Me gusta que seas obediente, nena —dice y me besa en la frente.
Me lleno las mejillas de aire y suelto un bufido.

—Bien.

—Bien. ¿Te veo luego? —me pregunta.

—Ajá... Por favor, vuelve lo antes que puedas —le pido.

—Lo haré. Tú métete en el baño.

Por último, Theo apaga la luz del salón y el pasillo queda a oscuras hasta que saca su celular para iluminar el camino que tiene por delante.

En ese momento me arrepiento de no haber traído mi celular.

Mi mano da con el picaporte de la puerta antes de que me sienta a punto de ser tragada por la negrura de la noche y los gritos de la fiesta...

O lo que queda de ella.

Logro meter la llave en la cerradura y destrabo el seguro hasta ingresar en un lugar con olor fétido a humedad, falta de oxigenación y polvo.

Lo primero que busco es palpar las paredes hasta que la perilla de la luz da con mi tacto y un halo blanco me encandila, aunque no demoro en adaptarme a la nueva tonalidad del lugar.

Hay un lavabo en una pared y cuatro cubículos con retretes delante.

De pronto, escucho un crujido proveniente de uno de ellos.

La sangre huye de mi rostro y el horror me cala los huesos... es que la posibilidad de que alguien se encuentre detrás de alguna de esas cuatro puertas me deja helada y sin poder pensar con coherencia.

Corre, dice mi conciencia.

Pero no creo estar menos segura allá afuera...

Finalmente, decido armarme de valor y me acerco a cada una de las puertas: a continuación, las abro a patadas.

Primera puerta: nada. Solo un retrete mugriento con la tapa baja.

Segunda puerta: lo mismo.

Tercera puerta: el retrete tiene la tapa levantada y me sorprende ver que el agua sigue corriendo en este baño oculto que hace años, estoy segura, nadie usa. ¿O sí?

Digamos que por algún motivo las instalaciones siguen funcionando.

Al llegar a la cuarta puerta, me encuentro con el motivo del ruido...

Me acerco con el corazón en un puño, me sostengo el vestido, levanto el pie y luego de una patada, una rata sale a toda velocidad y me pasa cerca de los zapatos.

Un sabor a bilis invade mi garganta pero trago saliva y dejo que la pequeña alimaña se marche cuanto antes.

Una vez que se ha ido, corro tras la puerta y cierro con llave. Mis ojos están llenos de lágrimas al verme en el primer espejo que encuentro. Me apresuro a dejar correr el agua y me lavo la cara.

El delineador corriéndose por mis mejillas me da una imagen tétrica,

mientras me lo quito frenéticamente. Quiero llorar, tengo miedo, estoy sola en un puto sitio que nadie conoce y arriba está ocurriendo algo que da un susto de muerte pero no sé qué es.

¿Y si a Theo le pasó algo?

¿Y si no vuelve?

¿Y si...

... sabe lo que sucede, es parte de ello y no te lo quiere decir?

¿Es que tú conoces algo que yo no?

No, tonta. Yo sé exactamente lo mismo que tú.

Bueno, disculpa, estoy nerviosa y aterrorizada.

Ufff.

Callo a la voz de mi conciencia y termino de lavarme la cara.

Saco toallas de papel. Con las últimas me seco la cara y vuelvo a mirarme en el reflejo que me devuelve el cristal.

—Todo va a estar bien—me digo a mí misma en un susurro.

Pero el corazón se me desboca al escuchar un par de pasos y voces.

Risas.

¿Quiénes son?

—¡Qué idiotas!

—Le faltan historias de terror a esta ciudad de mierda.

—¡No puedo creer el susto de muerte que se dieron!

¿De dónde vienen esas voces? Las conozco, estoy segura.

Me pego a la puerta pero no, el ruido no proviene de aquí. Le sigo dando vueltas al baño mientras oigo:

—¿Y tu novio, dónde se ha metido?

Es Dominic.

—¿«Novio»? Tienes que estar bromeando. Yo no tengo ningún puto novio.

Audrey.

Ella continúa:

—Theo se acuesta con media escuela; es un soltero eterno. Lo nuestro es solo buen sexo.

¿Qué...?

El alma se me cae a los pies justo en el instante en que me dejo caer al suelo.

Theo...

Él ha estado con cuanta chica se le ha cruzado en el camino.

Ya ves que eres tonta, pero eso ya lo sabías. No digas que no te avisé.

No tengo ganas de escuchar a la martirizante voz de mi conciencia en estos instantes. Aunque estar en el suelo me da la pauta de que la voz... las voces, provienen desde un piso más abajo.

¿Es que hay un segundo subsuelo en esta escuela y yo ni siquiera lo sabía?

¿Después de toda una vida cursando en el mismo edificio?

—Bueno, y hablando de él, ¿dónde se ha metido? Ya debería estar aquí —añade Jacob.

¿Por qué él justamente debería estar allí? ¿Acaso los Bad Boys provocaron el pánico en el baile de esta noche?

—¡Mmmjj! Lo tengo justo donde quiero que esté —admite Audrey.

Pego mi oído al suelo ignorando los gérmenes que puede tener y escucho con atención:

—¿Dónde está? —insiste Dominic—. ¡Lo necesitamos ahora con nosotros!

—Es verdad —añade Jacob—. De toda esta mierda tiene que quedar registro de cada integrante en cuanto grupo.

Una nueva voz que desconozco dice:

—Lo vi perderse con la rata de biblioteca que se junta con Charlie Walk de los Glorious.

Es una muchacha y, aun sin conocerla, ya la odio. Está hablando de mí.

—Eso es cierto —tercia Amanda—. Te debe haber salido mal el plan, Audrey. Estuvieron en la plaza pero también vinieron al baile. No se la llevó a un motel para quitarle la castidad.

—Qué ilusa —menciona Dominic y no sé si lo dice por mí o por su amiga.

—No es así —emite Audrey—. Bah, de todos modos ese imbécil puede acostarse con quien se le venga en gana, me vale tres mier...

—No digas algo de lo que no estás del todo convencida... Espera, escucha.

En ese instante me pego aún más al suelo y una nueva tanda de gritos y gente corriendo me hiela la piel. ¡Por favor, que paren ya!

En ese instante, escucho que alguien llega corriendo por el pasillo y miro a todos lados en busca de algo que me sirva para defenderme.

Solo hallo la cadena de uno de los retretes y la arranco de su lugar con una fuerza descomunal.

Una vez que la quito, un chorro de agua empieza a caer pero lo ignoro y salgo del cubículo.

De nuevo frente al lavabo, veo que alguien intenta forzar la puerta.

Mieeeeeeeeeerdaaa.

Sostengo la cadena con fuerza y por encima del vidrio de la puerta alcanzo

a divisar la silueta de una persona.

¿Lottie?

¿Charlie?

Solo quiero hablar con mi madre y llorarle al auricular del teléfono pidiéndole que venga a buscarme...

Sin embargo ella no está aquí.

Hoy no confio en nadie.

Sea quien sea que esté afuera, planea hacerme daño.

—¡Tracy, abre la puerta!

Escuchar la voz de Theo al otro lado hace que el alma me vuelva al cuerpo. Pero no dejo de sentirme en peligro ya que saber que él está metido en todo esto no me hace las cosas precisamente más fáciles.

—¿Qué quieres?! —le digo intentando mantener el mismo tono de voz que él. El chillido en mi voz se oye casi como una súplica.

Seguramente sabe que sus amigos pueden oírnos.

—¡Pero qué...! ¡Abre la maldita puerta! ¡Soy yo, Theo!

—¡Ya sé quién eres! ¡Ese es el problema!

Me acerco más para que no haga falta seguir gritando.

O bien, porque odio que haya distancia entre nosotros...

—¿Qué demonios pasa contigo, eh?

—¿Y yo cómo sé que no vas a hacerme daño, Theodore Landon?!

—¡Mierda! ¡Solo abre la puerta y deja que te explique lo que está sucediendo ahí afuera! ¿Sí?

Lo pienso reiteradas veces pero el tiempo es demasiado breve como para poder seguir dándole vueltas al asunto.

—¿Me dirás la verdad de una vez? —mi voz sale casi como un pedido, aunque en verdad intento que se oiga como una exigencia.

Percibo el modo en que suelta un suspiro y se detiene un momento para decir con mayor calma:

—Te diré todo lo que necesitas saber. ¿Okay? Pero debes dejarme entrar, ¡por favor!

Empuño la cadena con fuerza y el corazón me late en las sienes mientras meto la llave en la cerradura y debato conmigo misma si debería quitar el seguro o no.

THEO

—¿Qué fue eso?

La voz aterrorizada de Tracy me obliga a ponerme de pie e ir en busca de una alternativa que le devuelva la calma que necesita. Pero el sacudón y los gritos de allá arriba no me sorprenden en absoluto. Es más... los estaba esperando.

Algo que no me vi venir fue la idea de que estaría poniendo en peligro a Tracy, aunque no tenía muchas opciones: el plan de llevarla a un motel jamás hubiese sido una buena idea.

—¡Oh, mierda! —farfulla al percibir la gente corriendo y los gritos. No quiero imaginarme lo ensordecedor que debe ser en la planta baja.

—Iré a ver qué pasa —le digo y mi voz en realidad advierte: «Voy a vigilar lo que ocurre afuera para constatar que nadie podrá venir a hacernos daño».

Sin embargo, ella me mira como leyendo mis pensamientos.

Sospecha que algo sé.

—Pero yo necesito... —empieza pero la detengo. «¿Qué necesita saber? Ni hablar».

—Tú no te mueves de aquí —la corto en seco.

—Pero necesito... lavarme o algo. Me siento sucia.

Mierda, pero si es tan adorable que quisiera metérsela ahora mismo.

—Hay un baño al final del pasillo.

—Por favor, vuelve lo antes que puedas —me pide y ya estoy encendiendo mi celular para iluminar mis pasos.

—Lo haré —le aseguro—. Tú métete en el baño.

Mientras la dejo atrás sumida en la oscuridad empiezo a pensar si no sería mejor ayudarla a que encuentre la puerta indicada, sin embargo ella ya tiene la llave y no hay tiempo que perder.

—¡Apáguenlo! —pide una chica entre llantos.

—¡Corten la luz! —esta vez habla la aguafiestas de la directora.

Distingo que todo el gimnasio está sumido en un humo rojizo que provoca lagrimeos en más de uno.

Algunos intentan salir del lugar, pero las puertas están cerradas y una imagen en la pantalla gigante los tiene atolondrados: es un hombre sentado en una jaula, vistiendo solo calzoncillos, atado de los tobillos y las muñecas, amordazado y con un antifaz de cuero negro. Alrededor se puede ver a dos personas con máscaras de animales, torturando al sujeto.

Quien sostiene la cámara llega a iluminarse en cierto momento y los mechones de cabello marrón encima de la máscara de pantera negra me advierten que se trata de Dominic y, al hablar, su voz está distorsionada:

—Únanse al triángulo invertido, sabandijas.

A continuación la cámara gira y vuelve al sujeto. Este grita de miedo y distingo que tiene heridas rojizas por todo el cuerpo y un montón de alacranes que se esparcen en la jaula.

Uno de los sujetos a su lado es una muchacha delgada con máscara de un tétrico gato. Tiene en sus manos un frasco enorme, que inclina por un costado de la jaula y libera dos serpientes. Estas se meten entre los recovecos y exploran la piel del secuestrado.

Una sube hasta su cuello y lo enreda aún sin ejercer presión. La otra está intentando rodear su torso.

El problema viene luego, cuando la cámara toma al tipo de al lado. Sostiene una boa enorme y la máscara del lobo lo vuelve inconfundible...

Ya hay alumnos en el gimnasio que están grabando el video con sus malditos celulares y debo hacer algo urgente para que no capturen el momento en que la boa que liberé aquel día estrangule al reo.

Salgo corriendo escaleras arriba hasta la sección de acrobacia, donde hallo el interruptor de donde han encendido las bombas de humo.

Justo en el instante en que el tipo grita de dolor, estalla una nueva bomba y un empleado de mantenimiento corre hasta la puerta más próxima. Saca un manojo de llaves similar al mío y la gente se agolpa en la puerta entre gritos, llantos y pedidos de auxilio para salir al patio en busca de aire fresco y alejarse de tanta locura.

Mierda. Mierda. Mierda.

Juro que esa banda de malnacidos me obligaron a hacer eso, ¡me obligaron a participar del jodido video! Nunca pensé que ese sería el primer ataque.

Un tipo asesinado en vivo.

Parece una ironía, sin embargo, esa gran mancha en mi historia personal no

me dejaría vivir en paz nunca más.

Las pesadillas ya me atemorizan lo suficiente como para inscribirme en la cabeza la jodida marca de «asesino».

Juro, mierda, ¡juro que nunca tuve la intención! No quiero matar a nadie, ojalá pudiera quedar fuera de mi alcance dañar a las personas que se terminan involucrando en esto...

Estoy amenazado, tienen a mi madre en la mira y a mi hermana pequeña. No permitiré jamás que les hagan daño.

Ya ocurrió con mi hermano.

Esto no volverá a pasar.

—¡Tracy, abre la puerta!

—¿Qué quieres?!

Qué... mierda...

—¡Abre la maldita puerta! ¡Soy yo, Theo!

—¡Ya sé quién eres! ¡Ese es el problema!

Sus palabras. El horror en la voz me deja helado pero no puedo permitirme flaquear.

No ahora.

El muy imbécil de Charlie Walk (a quien nunca vi llegar) y su banda de malnacidos me están buscando.

Me vieron bajar las escaleras luego de activar la última bomba.

—¿Qué demonios pasa contigo, eh? —es lo primero que sale de mi boca. No sé de qué otro modo tratar con la hermosa pero testaruda de Tracy.

—¿Y yo cómo sé que no vas a hacerme daño, Theodore Landon?!

¿Qué pasa con ella? ¡Pero si hasta hace un momento quería que fuésemos una pareja feliz y estudiásemos en la misma universidad! ¡Yo no la condenaré a mi mierda! ¡No puedo seguir exponiéndola a mi miseria personal!

—¡Mierda! ¡Solo abre la puerta y deja que te explique lo que está sucediendo ahí afuera! ¿Sí?

Bien, se me acaban las herramientas para convencerla.

Ya oigo pasos de unos cuantos Glorious. Van a cortarme las pelotas.

—¿Me dirás la verdad de una vez? —me pregunta al otro lado y noto la desesperación en su voz. O ella lo ha notado en la mía, ya que finalmente parece ceder.

—Te diré todo lo que necesitas saber. ¿Okay? Pero debes dejarme entrar, ¡por favor!

El corazón me late en los oídos mientras busca meter la llave en la cerradura y entre titubeos la hace girar hasta soltar el seguro.

Mientras los pasos de los demás se oyen cada vez más cerca, una vez liberada la traba, empujo la puerta y le cubro la boca para evitar grititos. Con la otra mano le quito la llave, nos encierro a ambos en el baño con el seguro en la puerta y apago la luz.

—Shhh —le digo al oído intentando que deje de gritar por debajo de la palma de mi mano—. Confía en mí, por favor, confía. Si no te callas van a matarnos.

Luego de mi última palabra, ella finalmente parece ceder un poco.

—Así, nena. No te preocupes. Solo intenta colaborar conmigo y todos estaremos felices.

Sus jadeos bajo mi mano me dan la sensación de que la estoy dejando sin aire.

Pero no puedo soltarla.

No ahora, que estamos sumidos en la oscuridad y la luz de una linterna titubea a través del vidrio amorfo en la puerta del tocador.

—Shhh, haz si... len... cio... —le pido tan bajo que solo ella puede escuchar.

Una gota de sudor frío cae por mi espalda mientras, al otro lado, un jodido tipo intenta forcejear la puerta.

Siempre supe que él iba a destruirme.

Con mucho dolor, decido hacer silencio y mis lágrimas empapan su mano, con la que me hace daño. O no, ya ni siquiera sé quién es peligroso y quién no.

Theodore me sostiene con fuerza pero no llega a lastimarme en el sentido estricto de la palabra. El dolor deviene de mis inseguridades y de lo que alcancé a escuchar sobre él: no ha sido precisamente algo bueno.

Mucho menos ahora que unos tipos lo persiguen y amenazan con matarlo. A mí, inclusive por estar con él.

—Se fueron —murmura por fin luego de un interminable minuto.

Escuchamos varios pasos alejarse.

Estamos solos otra vez y no sé si es bueno o malo.

Una vez que él me suelta, me aparto instintivamente y mira a mis ojos con compasión. Su gesto dolido dice lo que sus palabras luego me confirman:

—No voy a hacerte daño —murmura como un cachorro herido.

—Por Dios, Theo, ¿qué está ocurriendo? —le digo con la voz quebrada.

El impulso que nace desde mi pecho es arrojarme a sus brazos y me sorprendo a mí misma acunando mi nariz en su pecho antes de plantearme lo contrario. Dejo que mi cabeza repose sobre el lobo de tinta en su cuello y sus brazos tatuados me envuelven mientras mi ansiedad busca encontrar calma.

No llego a distinguir qué provoca mi llanto ya que tampoco detecto el detonante específico del peligro.

¿Es él?

¿Son los demás?

¿En quién demonios tengo que confiar? ¿Será cierto lo que escuché de boca de Audrey y los Bad Boys? Después de todo, Theo me advirtió que estos grupos van a destrozarme. Pero una voz en mi cabeza no se calla...

Él te abraza y te hace daño. Te protege y te expone. Te salva y te mata.

Sé que con el tiempo se pondrá peor pero su pecho firme, sus tatuajes y su aliento a menta son lo que necesito ahora para sentirme completa.

—Ven por aquí —murmura en dirección a unos pasillos oscuros, sumidos en la negrura mortecina, ideal para una noche de terror como esta.

—¿Se... seguro? —le pregunto.

Lo último que deseo es encontrarme con los extraños que lo estaban

buscando.

—Sí, ven. Y no me sueltes —contesta aferrándose a mi mano.

Es obvio que conoce el camino de memoria; y pensar que yo ni siquiera sabía que existía. Si bien está oscuro, encender el celular para iluminar el camino no parece ser una buena idea.

—¿Adónde vamos? —le pregunto en un susurro.

—A los túneles.

¿Qué?

—¿Qué?

Nos metemos en una habitación apenas iluminada por una rendija. Las sirenas de policía amortiguan nuestras voces y el ruido de la puerta que cerramos con llave al entrar.

—¿Qué es este lugar? —pregunto al ver que hay objetos de mi altura o incluso más altos, cubiertos por telas blancas atestadas de polvo.

Mientras exploro el extraño salón de clase, doy vueltas y en eso me encuentro con una enorme escultura de un demonio que clava sus ojos sin órbitas en los míos y ahogo un grito.

—¡Ten cuidado! —me advierte Theo y se acerca a donde estoy—. No toques nada. Es la sala de Escultura. No se usa hace años debido a que esta parte de la escuela no cuenta con las instalaciones necesarias.

—¿Y quién querría hacer esculturas en un salón que ya no se usa?

Pienso en la gente del CCE: Club de Cerámica y Escultura. Saber que sus obras están en un lugar del cual jamás van a salir me apena un poco. De pronto recuerdo las exposiciones trimestrales donde exponen sus trabajos, en el patio del colegio y las galerías de arte de Iconic Valley.

—Estas esculturas fueron hechas hace décadas —me explica Theo mientras descubre hermosos bustos que rondan las tonalidades blancas y grises.

El demonio de cerámica roja sigue llamando mi atención. Erguido como está, mide lo mismo que yo pero sus cuernos y las alas extendidas a su espalda encorvada lo hacen más alto.

—Todos estos elementos son demasiado pesados como para sacarlos de este salón, así que ahora sirve a modo de depósito de cultura.

—¿«Depósito de cultura»?

—Ajá.

Qué feo suena. Me apena un poco saber que estas preciosidades no saldrán de aquí o morirán junto con el día en que se derrumbe el edificio.

Después de todo, estamos donde se esconde la vieja escuela. Nosotros nos

movemos por las instalaciones nuevas.

—Saldremos por ahí —señala la rendija y mis preocupaciones aumentan al plantearme cómo pasará mi trasero por ese recoveco.

—Oh... —murmuro y recuerdo el momento en que escuché las voces de sus amigos por debajo del suelo—. Theo, ¿qué hay debajo de este sitio? —añado dando unos golpecitos con el pie.

Él suspira. Abre la boca para decir alguna excusa y lo interrumpo:

—La verdad. Por favor.

Hago un puchero con los labios y finalmente me declara lo inimaginable:

—Una red de túneles que conecta toda la ciudad. Esta escuela es el ingreso a esas cuevas.

Pienso que huir por los famosos túneles sería una mejor alternativa, sin embargo, nuestra salida resulta ser un escape por la rendija que nos arroja a la entrada del estadio de fútbol americano.

Los reflectores iluminan el césped nocturno y la brisa helada no se compara a la sensación de calor producto de la adrenalina.

—Van a atraparnos —le digo.

—¡Sigue corriendo! —farfulla y me suelta de la mano mientras ambos atravesamos el estadio.

Mi corazón palpita muy fuerte, hasta que encontramos la conexión con el estacionamiento. Allí hallamos la motocicleta de Theo y el alma me vuelve al cuerpo. Desde entonces, los segundos pasan tan rápido que ni siquiera reparo en el momento en que ya tengo el casco puesto, mis brazos se aferran a la cintura de mi compañero de velada y avanzamos por la avenida central camino a mi casa.

Las luces de la ciudad se vuelven algo borrosas a través de mis ojos.

De a poco, la temperatura de mi cuerpo va volviendo a la normalidad y todo mi organismo se adapta al frío que nos envuelve y al calor que me otorga el tacto con el chico que me está ayudando a escapar del infierno.

¿Cómo es que mi vida cambió tanto?

Después de un chico, tu vida ya no vuelve a ser la misma, pero depende de una en qué medida interfiera ese muchacho.

Y en qué medida no lo hará.

Por Theo salté en caída libre.

Sé que es peligroso, siempre lo supe, pero ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Hay secretos, hay toda una historia detrás de esta masa de músculos que

rodeo con los brazos, que me tiene atrapada. Él es un enigma pero no quiero dejarlo ir. Necesito descubrir cada parte inconclusa.

Necesito recomponer sus pedazos.

Aunque termine con el corazón destrozado.

«¡Tracy...!».

¿Qué?

Su voz.

—¡Trac...! ¡No vayas a...!

Luego de escucharlo, el corazón me sube a la garganta al distinguir que seguimos en la motocicleta y ahora mismo entramos al vecindario donde vivo.

—¿Me hablaste? —le pregunto demasiado alto como para oír mi propia voz por encima del motor.

—¡Que no te duermas! ¡Ya casi llegamos!

Oh...

Me reacomodo en el asiento de la moto y quisiera quitarme este casco para poder hundir mi nariz en su espalda y sentirme más a gusto.

—¿Esa es tu casa? —pregunta.

Vamos acercándonos mientras, a cada metro avanzado, siento el modo en que la sangre empieza a huir lentamente...

«¿Y ahora qué?».

Las luces de mi casa están apagadas, excepto un farol de la puerta principal.

El auto de mamá no está en el garaje abierto y no se percibe un atisbo de presencia humana.

Theo detiene la moto y bajo. Regresé a casa temprano, apenas son las cuatro de la madrugada. Mamá debería estar, ya que los domingos no trabaja.

—¿Tienes llave? —me pregunta.

Niego sacudiendo la cabeza de lado a lado.

A continuación atravesamos el patio delantero y mi mente se ilumina. Frente a la puerta de entrada hay un felpudo que reza: «BIENVENIDO A NUESTRO HOGAR». Lo levanto y hallo mi objetivo: la llave de casa y una nota de mamá.

—Salió con su novio y no regresará hasta el mediodía —le anuncio a Theo.

Él se mete las manos en los bolsillos y se guarda la llave de la moto en los jeans.

—Entonces... —murmura.

Santo cielo, ¿es que en algún momento pensé que la noche ya se estaba por

terminar?

El tono de inocencia fingida en su voz me produce gracia pero logra enternecer un punto muy sensible en mi pecho.

—Entonces... —convengo—. ¿Quieres pasar?

Trago saliva intentando liberar el reciente nudo de mi garganta.

—¿Puedo?

—Claro que puedes —le digo—. Supongo...

—¿Puedo entrar la motocicleta?

Le digo que sí y abro la segunda puerta de la noche: la de mi casa. Esta vez, es una situación mucho más feliz, o al menos inspira algo de tranquilidad.

Miro a todos lados antes de cerrar la puerta: la calle se ve desolada y la vereda se encuentra perfectamente iluminada por las farolas en derredor.

Juro haber tenido la sensación de que alguien...

—¿Pasa algo? —pregunta Theo a mis espaldas, mientras acomoda su enorme moto en la entrada.

—No —le digo y cierro la puerta.

Pero miento.

Sigo sintiéndome observada.

CHARLIE

El aturdimiento me deja sin habla.

Hay gente que al comienzo ríe, otros piensan que es un ataque terrorista, pero solo quienes llevamos el tatuaje sabemos de qué se trata.

El video empieza a reproducirse mientras la primera bomba estalla.

El ardor en mis ojos es la primera señal de que debo volver a la Tierra y salir de este horrible estupor.

—¡Apáguenlo! —grita una mujer.

Y es la única voz que se vuelve perceptible.

Pasan unos segundos en los que trato de caminar evitando los mareos y el ardor en las mucosas. Todos intentan salir, pero las puertas se encuentran trabadas con seguro.

¿Cómo es posible que se nos haya escapado de las manos algo así?

Me encargaré en persona de solucionarlo.

—Únanse al triángulo invertido, sabandijas...

La voz demoníaca y distorsionada del video me atraviesa los oídos como cuchillos afilados. No, mierda. No lo haremos ¡jamás!

Trastabillo hasta la entrada, cuando una nueva bomba estalla y un sujeto se acerca para abrir la puerta.

Antes de meterme entre la multitud que intenta salir desesperada, miro hacia atrás y distingo al imbécil de Theodore Landon bajar las escaleras que dan al sector de Acrobacia: justo en el instante en que cree escapar a la red de pasillos internos, ya hay al menos siete de los míos, encabezados por Newt, tras él.

Lo atraparán y harán jugo con sus pelotas.

Se arrepentirá de haber causado esto.

Pero si él está aquí y no he visto a Tracy por ninguna parte, significa que...

El tráfico de esta noche va demasiado lento para lo que necesito.

El corazón me late en los oídos mientras cruzo todos los semáforos en rojo

y llego a casa.

Las calles del vecindario se ven desoladas y me duele la sesera al ver que en la vivienda de mis vecinas Smith no hay nadie.

—¿Pero qué carajo? —me quejo.

Se supone que aquí tendría que estar *ella*.

Tracy.

Y resulta ser que no hay nadie.

Vine para que mi nueva y adorable vecina/compañera de instituto entre en razón sobre el imbécil al cual tanto desea.

Ella es como un ratón vulnerable que persigue al gato de grandes colmillos sin percatarse de que el animal más voraz se dará la vuelta en cualquier momento y lo hará pedazos.

—¿Hola? —digo pegado a la ventana de la cocina desde un costado de la casa.

Y nada.

Por Dios, ¿dónde se ha metido?

Saco mi celular para marcar su número, sin embargo escucho el rugido de una moto a pocas cuadras y corro hasta mi auto. Me meto de inmediato y apago las luces, valiéndome de los vidrios polarizados.

—¿Esa es tu casa? —es lo único que escucho por parte del imbécil que conduce.

Tracy viene detrás y recuerdo mi metáfora de los animales.

Jaaaaa, si son tal para cual...

No logro distinguir la respuesta de ella, aunque a juzgar por sus movimientos busca una llave para entrar, la que encuentra bajo el felpudo y ambos ingresan.

Tracy demora en cerrar la puerta pero no puedo quitar mis ojos de sus rizos castaños mientras vigila a derecha e izquierda.

Sabe que estoy aquí.

Sabe que los vigilo.

Lo único de lo que no está al tanto es de que me encargaré personalmente de ella.

Yo la vi primero, es asunto mío y cada segundo que pasa es sangre derramada mientras ella esté de su lado...

Con Theodore.

Con los Bad Boys.

—¡Y así se tuvo que fumar toda la planta sin tener un minuto de respiro!

—¡Oooohh!

Es extraño pero las historias de Theo con su grupo me divierten mientras estamos sentados en el sofá de casa comiendo pizza.

Mamá dejó comida para cuando llegara y su llamado al teléfono fijo fue el modo de controlarme. Gracias a Dios hoy llegué temprano.

—Y así Dominic perdió la mitad de sus neuronas —afirma antes de darle un trago al vaso con soda de naranja que le he ofrecido.

Luego de emitir una carcajada, lo observo con su bebida y le digo:

—Perdona que no tenga cerveza para ofrecerte o vodka de cereza. A mi madre no le gusta que haya alcohol en la casa.

—Claro, sí.

¿Eso fue sarcasmo?

Me responde con una sonrisa en los labios pero no me mira directo a los ojos.

—Theo —murmuro, creyendo que ya ha llegado la hora de hablar—, ¿me dirás qué fue lo que pasó allá arriba mientras estaba encerrada?

Él parece ponerse tenso, ya que emite un suspiro de derrota.

—Prefiero que te enteres por mí y no por terceros —contesta—. Aquí va...

—Espera —le digo con las manos en alto—, ¿necesito saberlo?

—Tarde o temprano te llegará algún video que no debes ver.

—¿Por qué?

—Solo no lo hagas, ¿sí?

—Pero yo quiero...

—¡Mierda, Tracy! ¡¿Tanto te cuesta ajustarte a lo que te pido?!

Ambos nos quedamos paralizados.

Su repentina manera de perder la cordura hace que me encoja en el sillón y adopte una actitud de absoluta sumisión.

—Oh, rayos, perdona —suplica—. Solo que no puedo creer que... Vaya, esto es muy difícil. Solo no lo hagas, ¿puedes prometerme eso?

—Está bien, no lo haré —emito con un hilo de voz.

Él suelta el aire contenido y prosigue:

—Estallaron bombas de humo. Yo subí e intenté hacer que la pérdida de

cordura se detuviera pero fue inútil... Los que ocasionaron todo empezaron a perseguirme.

—¿Qué? ¿Por qué harían eso?

Vaya, eso me deja más tranquila. Por un momento pensé que los amigos de Theo eran los culpables de tanto caos. Por suerte, él solo intentaba detener lo que otros locos hicieron.

—Hay gente mala —dice y traga saliva— que intenta hacer cosas malas. Tú solo debes rodearte de las personas que te hacen bien.

—Ah, sí —creo que no estoy tomando las decisiones correctas—. Entiendo.

—Además, hicieron algo horrible.

Se eriza el vello de mi nuca al imaginar qué pudieron haber ocasionado.

—En la pantalla gigante donde antes pasaban musicales o imágenes para divertir a la gente, pusieron un video de un grupo de personas torturando a un tipo enjaulado.

—¿Qué?!

—Sí, terrible. Pero mejor no pensemos en eso, ¿sí?

—¿Ese es el video tan horroroso que no quieres que vea? —le pregunto y tomo su silencio como un sí—. ¿Tan malo es?

—Más de lo que imaginas.

—Trataré de mantenerme al margen —admito y, la verdad, no me será difícil.

Theo mira su reloj y eso me incomoda un poco. Aún quedan como siete horas para que mamá llegue a casa y la noche tiene un lapso por delante antes de terminarse.

—¿Te quieres... quedar a... dormir? —le pregunto haciendo un gran esfuerzo para que las palabras salgan con coherencia.

Él levanta una ceja y su expresión da un giro de tensión a relax. Se abre de piernas y se cruza de brazos mientras me mira. En situaciones normales desearía que el sofá me tragara, sin embargo, ahora noto una vergüenza un tanto familiar, ya que deseo esa expresión suya de suficiencia y seducción.

—¿A qué hora dijiste que llega tu madre? —me pregunta.

—Por lo menos al mediodía.

—Entonces, ¿dormiremos juntos?

Sus palabras hacen que me atragante con mi propia saliva y antes de que el «sí» escape de mi boca lo detengo y contesto:

—Tú en el suelo.

—Está bien —sonríe—. ¿Vamos? Ya sé dónde está tu habitación —admite y me guiña un ojo, procediendo a subir las escaleras.

Antes siquiera de imaginármelo, ya tengo una masa de músculos encima de mí y mis piernas le rodean la espalda.

—Aguarda —le digo justo en el momento en que sus labios están a punto de tocar mi cuello.

—¿Sí? —pregunta todo despeinado.

Sus ojos grises son hermosos pero debo mirar a otro lado para poder hilar dos cosas a la vez.

—Yo... Me gustaría darme una ducha.

—No es necesario —responde e intenta volver a mi cuello, pero lo tomo del pelo y lo aparto.

—Quiero hacerlo —le digo y me parece un tanto excitante tomarlo del cabello.

La última vez que lo hice, tenía su boca en mi entrepierna, la lengua jugaba en mi interior y su barba me enloquecía...

—Ufff, como digas —responde y se deja caer en la cama.

Me pongo de pie y busco una toalla limpia en el armario.

Cuando encuentro una que no es de color rosa, para evitar sus burlas, retiro mi pijama perfectamente doblado y rezo para que no se percate de los corazones estampados en la tela de algodón.

—Entonces —dice poniéndose de pie y mirando la alfombra—, ¿esta será mi cama?

Me giro y es un tanto gracioso hacerme a la idea de que dormiré en el suelo. Creo que hay un colchón viejo en desuso en el sótano, pero ir a buscarlo no me parece la decisión más seductora.

—Bueno, puedes dormir conmigo —le suelto—, pero con dos condiciones.

—Tú mandas.

—Primera: habrá una almohada entre nosotros.

—Entendido, mi capitán.

Suelto una risita y prosigo:

—Segunda: te irás a las diez.

—¿A las diez? ¡Eso es demasiado temprano! Tú madre no llegará hasta las doce.

Me encojo de hombros y lo pienso de nuevo:

—Podría ser a las once...

—Trato hecho —responde con su típica media sonrisa, que le cierra un ojo

en gesto de guiño.

El agua de la ducha no demora en hacer vapor.

Mi vestido cae como la seda desde mi piel hasta los cerámicos del baño. Dejé afuera los zapatos antes de meterme y procuro patear las medias blancas a un costado.

Corro la cortina y entro en el agua. El calor me envuelve el cuerpo y siento que de a poco va limpiándose la superficie corporal que Theo se encargó de ensuciar otorgándome la sensación más placentera de mi vida.

Me enjabono dejando que el vapor haga lo suyo y me relaje. Ha sido una larga noche, así que prefiero ignorar todo aquello que me implique sentir tensiones.

Mientras deslizo las manos por mi piel, recuerdo cada centímetro que se encendió al sentir los labios de Theodore: su tacto firme y cálido, mi espalda formando un arco, mi pelo cayendo hacia un costado, el agua acariciándome la piel, mis manos bajando ahora hasta mi vientre...

—Hola.

¡Oh, rayos!

La voz de Theo me impacta y de no ser porque el espacio en la ducha es diminuto para dos personas, habría dado un salto.

—¿Qué...? ¿Qué haces? —le suelto.

Su rostro está asomado por la cortina de la ducha y me siento algo avergonzada por el hecho de que me esté mirando sin pudor alguno.

Disfruta.

Le gusta verme así, tan vulnerable, tan expuesta.

—¿Qué hacías? —me pregunta mientras abre la cortina.

—Yo... —empiezo de una manera tan típica en mí, pero me quedo en silencio al ver que el lobo de su cuello va descubriéndose junto con todo su torso desnudo.

Me deleito al ver que lleva el tatuaje de un rosal con espinas en el abdomen, justo donde termina el de la bestia, una serpiente a modo de tribal le rodea los bíceps y el ya conocido triángulo invertido en su antebrazo me tientan a querer poseerlo.

Las espinas del rosal le envuelven el ombligo y termina en su pubis, junto con un manojo de letras chinas.

¡Oh, por Dios!

No, no es Dios.

Podría serlo...

Sí, claro.

Theo entra conmigo a la ducha y no puedo seguir mirando hacia abajo.

Está desnudo, terriblemente seductor y sus ojos son gemas preciosas de las que no me puedo apartar, mientras inhalo y exhalo con fuerza al tiempo que el agua caliente cae por mi espalda.

—¿Puedo? —pregunta muy cerca de mí y cierra la cortina.

Me pregunto si en su espalda lleva tatuajes tan bonitos como los de la delantera.

Me apoyo en la pared lateral de la ducha y el frío de la cerámica me genera un cosquilleo más sensual que incómodo.

—Claro que puedo —se responde a sí mismo y agacho la mirada para terminar de ver hacia dónde se dirige el rosál—. ¿Te gusta? —me pregunta percatándose de lo que estoy haciendo.

—Sí —admito con timidez pero desafiante.

Theo se acerca más a mí y siento el modo en que su miembro me roza el ombligo. Es mucho más alto que yo, de lo contrario, hubiera dado directamente con la zona más caliente entre mis piernas.

—¿Y así te gusta más? —vuelve a preguntar presionándose contra mí y mi piel percibe el modo en que su pene se endurece.

—Oh... —suelto un gemido y procuro llevarme una mano a la boca antes de suplicar por el hecho de volver a sentir su lengua dentro de mí.

—Asombroso —dice con calma y quita mi mano. La hace descender, dejando que descansa sobre mis caderas.

La tensión se incrementa cuando sus pectorales perfectos se afirman sobre mis pechos suaves y percibo el modo en que sus pezones se endurecen. Estoy segura de que los míos van por el mismo camino.

Sus dedos bajan mientras mis labios suplican, repitiendo su nombre. A continuación su dedo medio entra cuando encuentra la zona más sensible de mi entrepierna.

—¡Theo...!

—Sí, nena, te fascina, ¿verdad?

—Pero... ¡Ay!

Duele. Aunque el placer posterior no demora en hacerme estallar y deshacerme en su mano.

Otra vez el lobo me ha devorado.

Qué horror, ¡mi cabello! Trato de dominarlo mientras lo seco con una toalla frente al espejo de la habitación y mi expresión delata al instante que debo quitarme el maquillaje de los ojos. Pese a que intenté eliminar toda la pintura de la cara en el baño del subsuelo en la escuela, quedó una sombra gris que me da un aspecto de cansada. O será que pasó toda una noche y no he dormido nada.

Aún faltan horas para que mamá llegue y la idea de dormir con Theo a mi lado me llena el pecho de una sensación exquisita.

Me gusta esto de arreglarme mientras él se encuentra terminando de darse una ducha en mi baño. Realmente jamás lo imaginé, mucho menos a espaldas de mi madre, quien debe estar haciendo de las suyas con Richard.

En el vidrio delante de mis ojos se ilumina una luz y es el reflejo del teléfono de Theo sobresaliendo del bolsillo de sus jeans en el suelo.

Lucho conmigo misma para no ver quién intenta comunicarse con él con insistencia, sin embargo el aparato no deja de vibrar y mi cabeza se llena de pensamientos persecutorios: Audrey.

Su voz me ha estado atormentando desde hace horas. Escucharla en la escuela, en la supuesta red de túneles, fue muy doloroso.

«Theo tampoco tiene novia».

Cállenla, por favor...

«Se acuesta con media escuela; es un soltero eterno».

Que deje de vibrar el maldito celular y cierre su maldita boca.

«Lo nuestro es solo buen sexo».

¡¡¡BASTA!!!

Largo la toalla al suelo y me pongo de pie echa una furia.

El puto aparato no deja de vibrar incluso cuando lo tomo.

—¿Qué haces?

Su voz me deja helada.

He estado tan metida en mis pensamientos que ni siquiera me percaté del momento en que Theo cerró el grifo y salió de la ducha.

—¿Qué mierda haces con mi celular, Tracy? —exige saber.

—Yo... —trago saliva y mis piernas empiezan a temblar, del mismo modo en que mi cabeza busca insistentemente una buena excusa—. Esto no dejaba de

sonar, creí que era una emergencia. Lo siento.

Mientras él se acerca, el dispositivo pesa horrores en mis manos.

—¿Qué sientes al estar revisando mi celular?! ¡Eres muy mala mintiendo!

Me arranca su celular de las manos y me quedo inmóvil, débil frente a su enojo.

Ahora la bestia feroz dejó atrás sus encantos para hacerme sentir pequeña y desgraciada.

—Lo siento, ¿ya? Lo siento —murmuro tan bajo que difícilmente podría oírme. Mi voz está amortiguada por la timidez, la culpa y el miedo.

Peor que sus gritos son sus silencios.

No tengo respuesta de su parte y eso me desespera. Sus ojos están que echan chispas y guarda el dispositivo de vuelta en los jeans mientras me da la espalda y miro hacia otro lado para que pueda vestirse. El momento no es lo suficientemente sexi ni adecuado para empeorarlo intentando espiar a alguien que no me corresponde.

Él no me corresponde...

Cuando se pone los pantalones y las zapatillas, distingo que busca las llaves de su motocicleta hasta encontrarlas y las lágrimas empiezan a amenazar con asomarse por enésima vez esta noche.

—Dijiste que te quedarías a dormir —le recuerdo intentando que mis palabras no suenen como un ruego.

Pero es imposible, mi súplica queda puesta sobre la mesa y ya es tarde para dar marcha atrás.

Theo se vuelve y me dedica una sonrisa llena de sarcasmo, que me pesa en el pecho.

—¿«Dormir»? —repite—. ¿Me estás revisando las cosas como una maldita psicópata y me pides que me quede a dormir?

—¡Ya dije que lo siento! —le grito.

Pero solo desperdicio palabras ya que mi defensa tiene poca consistencia pese a que nunca hablé con tanta sinceridad en mi vida: realmente estoy apenada por lo que hice.

—¡Eso no es suficiente! ¡Y yo no duermo con nadie, así que ni pienses que serás la primera en tener el gusto!

¿Qué?

Sus palabras se clavan en mi corazón y siento el modo en que algo se quiebra dentro de mí.

Es mi orgullo, el amor, la autoestima.

Theo acaba de confesarme que nunca en su vida durmió con nadie y la he cagado como para ser la primera.

Ya no lo merezco.

—¿Por qué... no? —le pregunto mientras noto el modo en que debate consigo mismo si salir de la habitación o seguir haciéndome daño.

—Eso es demasiado íntimo. Nunca dormiré con nadie, mierda. ¡Y no me critiques por eso!

Yo no lo he criticado por nada, si él lo decide así, bien.

—Entiende que... —empiezo y no sale una sola palabra más.

—Deja de hacerte ilusiones —me dice antes de abrir la puerta—. No busques en mí algo que no vas a encontrar.

Theo se marcha echando fuego a sus espaldas y siento que mi alma se descompone en partes mientras las lágrimas me empapan las mejillas, sin piedad.

—¡Espera! —aúllo al escucharlo bajar las escaleras.

Tengo la esperanza de que podamos hablar sobre esto.

¿Por qué no quiere dormir conmigo ni con nadie? ¿Por qué tiene que ser tan imbécil y hacerme daño a la primera oportunidad?

¿Por qué me protege cuando tiene la posibilidad de matarme?

¿Por qué me destroza cuando debería contenerme?

—¡Theo, espera! —le digo intentado divisar los escalones que aparecen entre lágrimas en mi campo visual.

Los primeros rayos de luz solar enmarcan el amanecer más triste de mi vida.

Él se ha ido.

Y me detesta.

No va a volver.

No necesito hacerme cargo de sus miserias.

Theo está roto y no puedo arreglarlo.

Su sonrisa y sus ojos me muestran dolor. Hay fuego en ellos, hay llanto y silencio, hay tanto por descifrar...

No seré yo quien lo ayude con su dolor, con la persona que se desgarró en su cabeza y pide a gritos ayuda. Me hiere saber que no quiere darle una oportunidad a esto, que no quiere dársela a sí mismo. Prefiere seguir sufriendo, torturándose con una historia que no desea contar, acostándose con cuanta zorra se le cruza enfrente y haciendo un caos de situaciones que cualquier persona consideraría normal en su vida.

Quién sabe a dónde fue.

Si se está acostando con alguna fulana o bebiendo hasta perder el conocimiento, no es asunto mío, por mucho que lo intente y me lo proponga.

Él jamás será mío.

Y me seguirá usando como le venga en gana, pese a todas las alarmas que se encendieron desde la primera vez que me acerqué a él.

Lo deseas, me recuerda la voz de mi cabeza.

Sí, por mucho que desee no hacerlo.

No dejes que te haga daño.

¿Finalmente jugamos ambas para el mismo equipo?

No te emociones, bebé.

Perdí la noción del tiempo desde que regresé a mi cuarto y empecé a llorar, pero ya ni eso queda. La decepción me tortura, es un arma blanca de enorme filo que me agrieta, me lastima sin piedad alguna y escarba en la herida.

Me expuse a él, le entregué mi valiosa intimidad y no le importó en absoluto.

Me usó, me tocó, me mintió, dijo que se quedaría a dormir y no cumplió.

Nunca tuve relaciones sexuales con nadie, ni con el friki de mi novio anterior, solo Theo me ha tocado y se ha metido entre mis piernas.

Solo me dejé llevar sin detenerme a pensar si era lo correcto, en el instante en que me masturbó y me hizo sexo oral. Después de todo, es lo único que estaba buscando.

Fue una sensación única en mi vida, es cierto que jamás hubo algo igual para mí, sin embargo ahora estoy sola y esta sensación empieza a ejercer presión en mi pecho como un cuerpo extraño que intenta escapar de tanto tormento.

Él es un alud que arrasa con todo lo que tiene enfrente.

Yo solo pido calma.

Él busca sexo.

Yo más que eso.

Su mente retorcida no quiere amor.

Yo sí.

Él está enfermo.

Yo padezco las consecuencias.

Y aun así, sé que no voy a desistir.

Mi necesidad de castigo persiste aun cuando no puedo caer más bajo.

—¡Cariño, llegué!

No he pegado un ojo desde que Theo se fue, pero escuchar a mamá entrar a casa no me hace sentir menos sola.

—¿Duermes? —pregunta mientras escucho sus tacos subiendo las escaleras de la sala.

Asoma la cabeza por la puerta y fingir que estoy sumida en sueños es la alternativa que encuentro más coherente.

—Oh, cielo, descansa. Te llamo cuando esté listo el almuerzo —me da un beso en la frente y ruego que no repare en mi almohada mojada por las lágrimas.

Escucho que cierra la puerta mientras sale y sigo viviendo la pesadilla de mi vida.

Solo queda recoger mis partes y tratar de continuar con esta persona deshecha.

Espero que el tiempo sepa curarme antes de que mi alma no lo soporte más.

Lunes

Los pasos de mis pies resuenan en los pasillos de la escuela y parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que estuve aquí.

El baile de Sadie Hawkins. El primero al que decidí asistir en toda mi vida de preparatoria... a punto de graduarme.

No queda nada para que termine la temporada escolar y mi carta ya reposa en un archivo de la computadora en mi habitación, pidiendo aceptación en la ULA.

Aunque de momento decidí no hacer el envío.

Revisé las diferencias entre la IVU y la ULA: realmente la opción de Theo presenta un currículo mucho más convincente; por ejemplo, tiene un sistema de prácticas remuneradas desde primer año. Son difíciles de acceder pero, si lo logro, son una gran opción para pagar al menos la residencia.

Solo debería plantearle la opción a mi madre, ajustándome a nuestros gastos. Si el dinero no nos alcanza, estoy segura de que mi abuelo no tendría grandes problemas en cubrir parte de los gastos: lo ilusiona mucho que yo pueda realizar una carrera universitaria satisfactoria, teniendo en cuenta que mi madre les hizo las cosas más difíciles.

—¿Tracy Smith?

La voz masculina proviene de mis espaldas.

Cuando giro, me encuentro con Jacob entrando a los pasillos centrales del instituto.

Lo miro y ya puedo distinguir los primeros rasgos familiares de él que tanto me gustan: sus aros expansores, los ojos con un fino delineado negro y el cabello en punta.

—¡Hola! —le digo en un tono amable dedicándole una sonrisa llena de dulzura.

Por algún motivo, él siempre me enterece.

—¿Ibas a clase de Cálculo? —me pregunta.

Compartimos esa materia.

—Sí, ¿vamos juntos?

Jacob me toma de un brazo y sonrío con sus dientes separados demasiado

blancos. Definitivamente, es el Bad Boy que se ha ganado el título de verdadero amigo.

El profesor Adams ordena hacer un trabajo en pareja y agradezco que lo haya hecho justo hoy que estoy con Jacob. No sé qué hubiera hecho si Lottie estuviera presente. Me gustaría volver a tener una amistad con ella.

Antes éramos inseparables, ahora apenas nos saludamos si nos cruzamos en un pasillo. Dos grupos enemigos nos distanciaron, cada una hizo una elección, aunque la mía podría costarme la vida.

—¿Podemos hablar?

Charlie me detiene luego de un eterno día de clase.

La compañía de Jacob se terminó la hora anterior, cuando tuvimos que dividirnos y me quedé sola. Otra vez.

—Hola —lo saludo en un intento por devolverle mi mejor sonrisa. Por alguna extraña razón me dan ganas de llorar o de contarle mi desastroso fin de semana.

Pero sería más fácil resumir la horrorosa situación con una sola palabra: Theo.

Es el nombre de «problemas».

Charlie me saluda con un beso en la mejilla y seguimos caminando por el pasillo del instituto que da a la salida del jardín delantero; allí, cientos de adolescentes se pasean y pierden el tiempo.

—¿Qué tal tu noche del sábado? —me pregunta, metiendo el dedo en la llaga.

—Estuvo bien —me encojo de hombros. No obstante, mis intentos por permanecer indiferente son infructuosos.

—¿Solo «bien»?

—Solo bien —confirmo—. ¿Y la tuya?

—Igual... Aunque no hubo una chica que me invitara.

—¿Estás bromeando?

¿Cómo es posible? ¿Qué hacía Lottie con los amigos de Charlie en lugar de estar con él?

—Sí, es que me decidí a último momento —afirma respondiendo mis dudas.

—Ahh, claro. Lottie hubiera estado muy decepcionada de verte llegar del brazo de otra chica —aventuro.

—Puede que esa otra chica ya haya tenido planes...

Charlie me incomoda y termino dirigiendo la atención en dirección del espacio donde son las prácticas de baloncesto.

—Sé que fuiste con otro, pero no me interesa —añade ante mi falta de respuesta.

—¿A qué te refieres?

—Lo que me deja tranquilo es que Landon te acompañó.

—¿Theo?

—Sí... «Theo».

El tono que adopta la conversación se pone un tanto más interesante, aunque nuestros caminos empiecen a diferenciarse: yo debo ir a esperar el bus que me devuelva a mi casa mientras él solo debe dirigirse al estacionamiento y buscar su auto.

—Te llevo y seguimos la charla —me propone—. ¿Qué opinas?

Emito un bufido, pero acepto sin más. Solo porque quiero seguir la conversación.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto una vez que el motor entra en marcha.

No quisiera dejar el tema en el aire.

—¿Quién? ¿Él?

—Sí, él.

Al parecer, su nombre es una palabrota.

—Ese imbécil no tardará en hacerte daño y en ese momento necesitarás unos brazos fuertes que te consuelen.

De modo instintivo dirijo mi mirada a los bíceps fuertes y tatuados de Charlie. Definitivamente, el halcón y el triángulo recto no tienen ni un ápice de la rebeldía que llevan las marcas de Theo pero son igualmente atractivos.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Ya ocurrió antes?

—Ufff, millones de veces —esperaba que su respuesta fuera una negativa, pero debería dejar de engañarme—. Nunca conocí un corazón que este idiota haya dejado roto. Mis amigos sí. Hay muchas chicas Glorious que antes intentaron formar parte de los Bad Boys y les hicieron cosas horribles.

—¿Por ejemplo?

—Violaciones, gente herida, *cyberbullying*, deudas económicas y eso solo para enumerarte algunos casos.

Su inventario de motivos para apartarme de Theo es solo una pizca de todo lo que podría saber al respecto. No obstante, decido detenerlo:

—¿Y tú qué tienes que ver conmigo? Eres el novio de mi amiga.

—No, Tracy. No lo soy.

—Entonces, ¿por qué salen?

—No salimos, yo solo... Santo cielo, nunca pensé que llegaría este momento.

Empuño la manija del auto aun siendo consciente de que no me arrojaría con el auto andando en plena avenida.

—Sucede que... —empieza y el aire podría cortarse con un cuchillo—. Yo me acerqué a Charlotte porque mi verdadero objetivo eras tú.

—¿Yo?

«¿Objetivo?».

—Sí... Hace tiempo que llamas mi atención. Desde que no éramos más que dos ratas de biblioteca que se miraban cuando el otro se distraía.

Eso es cierto.

Siempre me llamó la atención verlo en las últimas mesas con gruesos libros y su atención fija en ellos. ¿Es que tenía un ápice de tiempo para mirar en mi dirección? No soy tan importante: al menos eso es lo que Theo se encargó de hacerme saber.

—¿Aceptarías que te invite a cenar una noche de estas?

Su propuesta me toma por sorpresa y me atraganto con mi propia saliva.

En el intento por no ahogarme, me lloran los ojos y contesto:

—¿A mí? ¿Tú y... yo?

—¿Por qué acostumbras a repetir lo que te preguntan? —añade sonriendo.

No puedo evitar preguntarme con qué tono de burla o humillación hubiese dicho *él* esas mismas palabras.

Porque *él* es de lo peor. Es más, ¡ni siquiera debería estar pensando en esto!

Ahí está de vuelta Theodore sin poder arrancármelo de la cabeza.

¿Es que siempre va a ser así?

¿No me dejará vivir un solo segundo de mi vida en paz?

No... No quiero eso para mi vida.

—¿Adónde iremos?

Mi última pregunta es un claro «sí» a su propuesta y finalmente acordamos cenar sushi en Omega's la noche siguiente. Ahí hacen una deliciosa comida oriental y sus coherentes precios también son parte fundamental en el plan de dos estudiantes de preparatoria.

—Entonces, ¿paso por ti a las siete? —me dice.

—No tendrás que recorrer tanto para buscarme, somos vecinos —le

recuerdo riendo y bajo del auto.

Su risa a mis espaldas provoca algo que hasta ayer no creía posible: reír en compañía de otro chico.

A solo cuarenta y ocho horas de no saber nada de Theodore.

A solo cuarenta y ocho horas de agonía.

Ni siquiera lo he visto por la escuela y aquí estoy pensando nuevamente en él.

Maldito refrigerador, que no tiene más que frutas y agua mineral.

Las dietas de mamá no son mi mejor opción esta noche, justo que mi humor ha mejorado y el estómago me pide a gritos algo sólido que no sea una fruta.

Termino por buscar dinero y una chaqueta para pelear contra el frío que va abriéndose paso sin piedad en una temporada que promete grandes heladas, y salgo a dar un paseo por el barrio.

La noche es hermosa. El cielo muestra unas estrellas que ya brillan tras un distante atardecer y me preocupa llegar tarde al supermercado más cercano para comprar algo con que llenar la heladera y mi estómago.

Finalmente, doy con King's. Queda menos de una hora para el cierre y algunas cajas ya han cerrado.

Corro hasta la sección de comida congelada y mientras leo las etiquetas buscando algo que no tenga pollo y solo necesite calor para su cocción, hallo un único paquete de ricas croquetas de papa con queso azul. Su etiqueta muestra una comida deliciosa y queda un solo paquete, perfecto para mí.

Estiro la mano y, antes de llegar al envase, choco con los dedos de otra persona que también se ha decidido por esta comida.

—Disculpa, pero yo lo vi prim... —digo y me quedo helada al ver los ojos grises que tengo delante.

—Vaaaaaya, mierda.

Los músculos y los tatuajes en su cuello se tensan mientras su nombre se escapa de mi boca...

—Theo.

Tan cerca y tan lejos. Nos separan unos pocos centímetros pero, a la vez, hay un abismo de distancia entre nosotros.

Tenemos tanto en común pero él no es capaz de verlo, ya que lo primero que salta a la vista son nuestras diferencias.

—Habrá que compartir la cena de esta noche —dice despertando un atisbo de esperanza que se destruye en cuanto agrega—: Llévate esto. Ya no la quiero.

—No... no tienes necesidad de ser tan desagradable —le suelto, armándome de valor.

Él parece ser inmune a mis críticas y, lejos de resbalarle cualquiera de mis palabras, parecen ser el combustible que alimenta sus ganas de molestarme:

—Si te molesta, solo tienes que dejar de perseguirme.

—Yo no te estaba persiguiendo —me escudo y permanezco a su lado mientras sigue revisando las góndolas de alimentos congelados.

El frío de los *freezers* me hace las cosas mucho más difíciles debido a que mi esfuerzo por hablar de corrido y no morir en el intento es descomunal.

—Sí que lo hacías —Theo toma unas cajas de carne de soja y elige entre ellas.

—Nada de eso. Podrías haber comido una hamburguesa en una casa de comida rápida en lugar de venir a tomar el mismo paquete que yo —le digo.

—¿Hamburguesa? Ni hablar. Soy vegetariano.

La risa llena de sarcasmo que acompaña sus palabras me hace ver que soy ridícula por ser una de las millones de personas en el mundo que aún consume carne.

Quizás una dieta a base de vegetales y alimentos sustitutos finalmente logren hacerme perder peso, pero esa idea no tiene lugar en mis pensamientos predilectos justo ahora.

—Guau, qué bien —murmuro.

¿Pero qué demonios hago adulándolo?

—Descuida, aún como carne.

—¿Un vegetariano que come carne?

—Sí, nena, y la tuya sabe bien —me guiña un ojo y me sonrojo de inmediato.

Sus palabras van acompañadas de un tono lleno de picardía muy distinto a los términos en los que terminó nuestra conversación la última vez que estuvimos juntos en mi casa.

—Ves, te quedaste sin habla. Veo que te encantó —me sigue provocando clavado al suelo y apoyando el brazo en una de las estanterías.

Lo vuelvo a tener cerca, con sus bíceps rodeándome y los ojos clavados en mí. Este es el paraíso al que creía haber renunciado.

Pero qué estoy diciendo, ¡él es el infierno mismo!

—Solo me tomas desprevenida —me excuso de manera inútil—. Tus cambios de actitud me asustan.

—Es verdad, soy de terror.

Ufff, gracias por la noticia, lástima que ya lo sabía.

—Entonces, ¿te quedarás ahí hasta que cierren y nos dejen encerrados o me dejarás seguir haciendo mis compras?

—¿Te dejo sin espacio, nena?

Se acerca más y trato de esquivar sus ojos. Lejos de esto, me muerdo el labio y pestañeo con coquetería buscando que su respiración se agite.

Logré mi objetivo.

Estoy segura de que su miembro viril le está apretando los calzoncillos.

—Theo, ¿conseguiste la...? ¡Oh, vaya!

Ambos damos un salto ante la voz del hombre que nos intercepta y nos ruborizamos por igual en el momento en que el sujeto se aparece a espaldas de Theodore conduciendo un carrito con una niña de cuatro o cinco años dentro.

—Enseguida voy —le suelta por encima de un hombro.

El recién llegado tiene el pelo corto y en gran parte hay canas, al igual que en su incipiente barba. Debe tener alrededor de cuarenta años ya que, además del cabello con tintes blancos, hay arrugas que se marcan en las comisuras de sus ojos al tratar de esconder una sonrisa divertida.

Tiene un físico trabajado y su aspecto da la impresión de un empresario/padre/soltero que conduce a su hija por el mercado en busca de una cena improvisada de última hora.

La niña tiene un vestido color fucsia y caen con delicadeza unos risos castaños ondulados, acompañando su gesto de una risita picarona. Sus resplandecientes ojos grises son idénticos a los de Theo.

¿Acaso ellos son...?

—No quisiera apresurarte —le explica el hombre y la niña se cubre la boca sonriendo con una de sus pequeñas manitos—, pero en cualquier

momento cerrarán las cajas registradoras y hay que volver a casa o tu madre...

—¡Dije que ya voy! —ruge Theo y me asusto.

—Podrían continuar su charla en casa.

El chico que tengo delante a punto de perder los estribos deja escapar un suspiro de derrota; no obstante, estoy segura de que no se dará por vencido hasta sacarse de encima al hombre que lo insta a darse prisa, acompañado de la hermosa niña.

—¿No puedes simplemente irte? —le dice y por un momento me da miedo que me lo haya dicho a mí.

Pero esta vez la niña habla con una voz dulce y cantarina:

—*Invida a du novia a cenar, Deo.*

No es necesario un traductor para darnos cuenta de que se ha referido a mí como la «novia» de Theodore.

—¡No...! ¡No es mi novia! —le dice.

Ella suelta una nueva risita y contraataca:

—*Tí que lo es.*

—No, no lo es. Ahora, váyanse antes de que...

—Shhh —lo mando a callar.

No quisiera que suelte una grosería frente a la pequeña, quien aventuro es su hermana menor.

¿Cuántos hermanos tendrá?

—Paris tiene razón —añade el hombre—. Si tu... *amiga* no tiene planes, puedes invitarla a cenar a casa y siguen con su conversación.

—¡Yaaaa, demonios, yaaaa! —dice en dirección a su familia y luego vuelve a mí—: ¡Tracy, ¿quieres venir a cenar a casa hoy, mie...?!

—¡Claaaaro que no tengo planes! —digo cortándolo en seco para que no termine de soltar la palabrota.

La nena ya se ha llevado sus manitas a la boca, formando una «O» llena de asombro fingido. Estoy segura de que más de una vez escuchó a su hermano usar ese vocabulario tan sucio.

—Bueno, estaremos haciendo la fila —corresponde el señor y avanza por nuestro lado llevando el carrito con mercadería. Se detiene donde yo estoy y me dedica una sonrisa agradable—: Por cierto, Tracy, es un gusto conocerte. Mi nombre es Ian.

Antes de que Ian me estreche la mano, Theo interviene:

—¡Yaaaa! Solo ve a hacer la fila y te acompañamos luego. ¿Sí?

El hombre me dedica una última sonrisa y sus ojos verdes brillan bajo la

luz pálida del lugar. Es extraño que no sean grises como los de Theo y su hermanita.

—Trae la carne de soja, por favor —añade con prisa y siguen su camino.

A continuación, el incómodo silencio solo nos permite percibir los «pip» de las cajas registradoras más los murmullos de Paris e Ian alejándose de nosotros y escondiendo unas risas adorables.

Lo primero que se me viene a la cabeza es la familia de Theo viviendo en la Bad House, pero luego de cargar la comida en la camioneta de Ian me comunican lo inesperado:

—*Deo es visida en casa.*

¿Visita en su propia casa?

Paris se sienta atrás, a mi lado, y ambas nos ponemos el cinturón mientras Ian termina de cargar las bolsas en el baúl en compañía de Theo, quien no ha parado de refunfuñar.

—¿Tú eres su hermana, cierto? —le pregunto en voz baja casi en un susurro, a lo que ella me responde del mismo modo.

—*Tiiii.*

—¿Y viven en este vecindario?

—*Ti, muy cedca* —coincide.

Dejo escapar un gesto de alegría ante sus palabras. Es realmente dulce y se la ve tan pequeña aferrada al cinturón de seguridad.

«Gracias», articulo apenas con un movimiento de labios para que Theo no escuche. Él se mete a la camioneta en el asiento del acompañante y a continuación Ian hace lo propio en el del conductor.

«De nada», gesticula ella en el mismo gesto. O eso creo que me quiso decir.

El viaje es muy breve, por lo visto son de esas familias que acostumbran salir a cualquier lado en coche, pese a que su casa se encuentra a la vuelta de la esquina.

En verdad el destino lo encontramos a menos de siete cuadras y el tiempo apenas me alcanza para mandarle un mensaje de texto a mi madre y decirle que me quedaré a cenar en lo de una compañera para terminar algunas tareas.

Que esa «compañera» no sea Lottie le provocará dudas, aunque considerando mi extraña sociabilidad de las últimas fiestas, digo, semanas, supondrá que conocí gente nueva.

—Llegamos —anuncia Ian.

Theo baja como una flecha y se mete en la casa en un santiamén. Apenas estamos fuera del auto, ayudo a bajar las bolsas.

—Disculpa su modo de actuar, suele ponerse así —me explica el hombre que tengo en frente y no me quedan más opciones que asentir.

Quisiera encontrar un modo para que Theo deje de comportarse como un idiota.

Es parte de su encanto.

Ahora no, por favor.

Ay sí, ella va a cenar en la casa de su novio, ay sí.

Vete, no me sigas torturando, te lo ruego.

Ufff, buenas noches, Tracy Delicadaaaa Smith.

Al cruzar la puerta de entrada, una mujer alta, de ojos grises y cabello rubio recogido nos recibe. Realmente esperaba que fuera como sus hijos, pero solo se les parece en el color de los ojos y en algunos rasgos al emitir gestos de sorpresa en cuanto me ve.

—Cariño, ella es Tracy —dice Ian tomándose el trabajo de presentarme y saluda con un beso a su mujer.

—Encantada, Tracy —dice ella y me estrecha la mano en un cordial gesto.

El modo de vestir y la decoración sobria en la casa brindan una sensación de sencillez y calidez, aunque poco haya heredado Theo de lo que significa la palabra «gentileza».

—Mi nombre es Margot.

—Oh, Margot, el gusto es mío. Tiene usted una bella familia.

—Gracias, cielo —corresponde ella, sorprendiéndome un poco por su atrevimiento al llamarme «cielo», como si fuésemos grandes conocidas—. Pasa, por favor, la cena estará lista en un momento.

—¿La... la ayudo en la cocina? —pregunto, aunque no quiero entrometerme en la intimidad de los Landon.

—No, por favor. Toma asiento. Solo faltaban algunos ingredientes. A propósito, ¿eres amiga de mi hijo?

—¡Deo y Dacy se aman! —emite la pequeña en un gritito y empiezo a hiperventilar.

Si Theo escuchara esto, ya habría reventado diez platos contra una pared.

—Solo soy una... compañera del instituto —le digo debatiendo si realmente el término «amigos» haría justicia a lo que (no) tenemos.

—¿Me ayudas a poner las cosas en la mesa, Paris? —le pide Ian a su hija y me limito a no hacer nada.

El comedor tiene una chimenea en el centro, con cuadros muy coloridos

alrededor. Supongo que serán buena distracción hasta encontrar alguna función que sirva.

Me pregunto si al final Theo habrá comprado las croquetas de papa porque, a decir verdad, ni sé dónde terminó ese paquete de comida congelada.

Cuando me acerco, distingo una sombra al otro lado de una puerta al costado.

Me tomo el atrevimiento de acortar distancias y logro distinguir el gesto fastidiado de Theo con un libro en sus manos.

—Toc toc —murmuro desde el umbral. Es una hermosa biblioteca con estanterías de madera y libros del suelo al techo. Hay un juego de sillones color bordó que combinan de manera exquisita.

—¿Qué quieres —me dice y su voz suena más parecido a un «márchate» que a una pregunta en sí misma.

—¿No irás a cenar?

—No pertenezco a esta casa. No sé por qué accedí a venir, ni siquiera debería haberlo hecho.

Uff, veo que la charla será difícil.

Miro hacia atrás y solo distingo a Paris dejar una fuente con ensaladas en la mesa y me meto a la biblioteca, cerrando la puerta a mis espaldas con cuidado.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunto incorporándome de cuclillas frente a él. Sé que me dirá que no, o al menos estoy rogando por ello.

—Haz lo que quieras.

Bueno, podría haber sido peor.

—Tú padre me ha invitado así que esta noche me quedaré solo por cortesía hacia ellos.

—Uno: él no es mi padre.

Oh, por Dios...

—Dos: no es algo cortés que piensen que eres mi novia.

—¿Tanto miedo te provoca eso? —lo desafío.

No responde así que vuelvo al tema anterior:

—¿Realmente Ian no es tu padre?

A decir verdad, no tiene ningún parecido físico respecto al resto de la familia.

—No. Solo es el novio de mamá. Hace tres años que están juntos y son la puta familia feliz perfecta.

—¿Y por qué te molesta? Deberías estar feliz por ellos.

—¿Así que puedes decirme qué puede ponerme *feliz* y qué no? Lo siento, Santa Tracy, no quería ofender tus oídos con mi pecaminosa lengua de mierda.

—No me gusta que hables de ese modo.

—Pero sí te gusta lo que hago con mi lengua.

Theo cierra el libro que empuña y lo deja reposar a un costado, entre el cuerpo del sillón y el apoyabrazos.

Afirma los codos en sus rodillas y se acerca a mí. Estar de cuclillas ya me hace doler los tobillos pero no quiero ponerme de pie justo ahora que las cosas se empiezan a encauzar.

—¿Podemos ir a cenar? —le pido.

—Solo si me dejas meterte la lengua hasta el fondo.

—¡Theo! —ahogo su nombre y el calor ya impregna nuevamente mis mejillas.

—Te gusta, no lo puedes negar. Eres mía, nena.

Su gesto posesivo es interrumpido por el picaporte de la puerta que se abre lentamente y me reincorporo de pie en un instante.

Es Paris.

—*La cena esda lisda, ticos* —anuncia.

—Está bien. Ve a la mesa, enseguida iremos —cede él, para mi enorme sorpresa.

Ella contiene una sonrisa y sale de la habitación.

Me sorprende el modo (o la fuerza) que tiene esa pequeña de hacer y deshacer en Theodore.

Después de todo, sí tiene corazón.

—No parecen caerte mal los niños —murmuro cuando él se incorpora con el fin de dirigirse hasta la puerta.

—Solo tengo hambre, ¿okay?

Le sonrío y él pone los ojos en blanco mientras se dirige al comedor.

No puedo creer cuán difícil puede llegar a ser un hombre. Luego, una es la histérica que no sabe lo que quiere mientras que los chicos del siglo XXI son los más grandes y peligrosos idiotas de la humanidad.

Aunque... después de todo, no me puedo quejar.

Siempre me gustó correr riesgos.

Y Theo es el más sexi de ellos.

La cena es pastel de carne con verduras asadas y carne de soja para Theo. Tiene una pinta deliciosa, podría devorarme esta porción que me sirvió Margot en menos de diez segundos, sin embargo, desconozco cuáles son las tradiciones de la familia en la mesa.

Me sorprende que, apenas están todos alrededor, solo Ian desea buen provecho y todos empiezan a atacar su comida.

Theo está a mi lado y come de mala gana, pero es el primero en terminar de devorarse lo que tiene en el plato. Casi puedo escucharlo refunfuñar mientras mastica.

—¿Me pasas las verduras? —me dice y su madre, que está sentada delante de él, le hace un gesto que provoca en él añadir—: Por favor.

Le sonrío a Margot y ella me hace un gesto cómplice para luego continuar su comida.

—¿De dónde se conocen? —me pregunta Ian en un intento por romper el silencio.

—Somos compañeros del instituto. —Creo ya haberles contado eso...

—Ah, entonces de ahí es que son amigos.

—Sí, eso —lo corta Theo metiéndose una papa a la boca.

—¿También te gradúas a fines del semestre? —me pregunta Margot.

—Sí, señora... —¿Landon? ¿Llevará el apellido de la madre de mi compañero/seudoamigo? Por las dudas, decido detenerme.

—¿Y qué tal fueron tus notas?

Me parece un poco descarada la pregunta, aunque Theo interrumpe mi intento de responder:

—La muy *comelibros* se graduará con honores.

—Bueno, yo conozco a otro *comelibros* que fue aceptado en la IVU —añade Ian con una sonrisa de suficiencia en los labios mientras corta un trozo de pastel.

Theo le arroja una mirada asesina y Margot coloca una mano en el brazo de su pareja.

—Sí, cariño, pero ¿por qué no dejamos que se lo cuente él a su amiga?

Noto el modo en que mi compañero se pone tenso empuñando los cubiertos: cuchillo y tenedor en cada mano. Pareciera que en cualquier

momento le lanzará uno a su madre y otro a Ian.

—Hoy por la mañana llegó la carta de aceptación. Es todo —suelta sin ánimos de seguir la charla.

Vaya. A Theo lo aceptaron en una de las mejores universidades y yo todavía no he enviado siquiera mi carta. No tengo tampoco la decisión tomada de a qué institución iré luego de la preparatoria.

—¿Y tú, Tracy? ¿Qué planeas estudiar? —me pregunta Margot para continuar una charla que se vuelve cada vez más complicada.

—Literatura, como Theo.

—¡Vaya! —emite una sonrisa de oreja a oreja—. Entonces, ¿irán juntos a la IVU?

—Yo...

—Apuesto a que te recibirán sin pensarlo dos veces si eres una fabulosa *comelibros*, como dice Theo.

—No lo sé aún. Tengo pensado estudiar en la ULA por razones económicas y para no apartarme demasiado de mi familia.

¿Mi familia? Solo mi madre vive en esta ciudad de mala muerte. De todas maneras, no planeo dejarla sola, por lo menos hasta que viva formalmente con Richard.

—Vamos, no tienes que estar hablando en serio —interviene Ian. Las preguntas de esta familia me están matando y no puedo terminar mi comida—. Todos sabemos que los mejores promedios van a la IVU. Además, puedes adherirte a los sistemas de becas. Son muy generosos con los buenos estudiantes.

—Cariño, lo dices porque tú estudiaste ahí —le responde ella.

—Los abogados egresados de la IVU somos lo más atractivos —dice y guiña un ojo a su mujer. Ella sonrío.

—Mi madre es abogada —le digo con una risita en los labios, intentando desviar el tema de conversación.

—¿Ah, sí? —inquire él—. ¿También estudió en la IVU?

—No, no. Ella es graduada de la Saint Bari University. Mis abuelos son de ahí.

—Saint Bari, un hermoso lugar para vivir, aunque ha quedado una ciudad demasiado pequeña para el gusto de los abogados —dice él.

—Vaya, estoy rodeada de profesionales. Esto es malo para una ama de casa, licenciada en pasteles de carne —bromea Margot y todos reímos.

Excepto Theo, aunque lo observo y noto su esfuerzo para contener

cualquier gesto de alegría.

Finalmente, terminan debatiendo sobre secretos para hacer un buen pastel de carne y la historia de amor entre Ian y Margot: se conocieron por intermedio de una amiga de ambos, aunque no dicen nada sobre el padre de Theo, que se ha vuelto un misterio para mí.

Solo sé que sus padres ya están divorciados legalmente, o al menos así lo dio a entender Margot al hablar acerca de sí misma.

Pero cada vez que la charla se desvía a ese punto, lo terminan esquivando muy bien hasta evitarlo por completo. Quizá sería demasiada información para apenas una primera cena.

Por último, Paris trae fruta y su madre se disculpa por la improvisada comida.

—No estaba al tanto de que tendríamos visitas, prometo compensarlo la próxima vez —asegura.

—Descuide, ni yo misma estaba al tanto de que cenaría aquí.

Ambas reímos y me ofrezco a ayudarla con el lavado de los platos.

—Ya rechazó que la ayude con la preparación de la cena, no acepto un no a mi nuevo intento por ser útil en algo.

—Es una buena oferta, cielo —acota Ian mientras levanta la vajilla sucia para llevarla hasta la cocina, en compañía de la pequeña Paris. Son inseparables—. Luego, yo podría llevar a Tracy hasta su casa.

—Oh, no, vivo a apenas diez cuadras —digo algo abochornada por los excesos de atención que me brinda la familia—. Eso ya sería abusar, en verdad, estoy bien.

—Ni hablar, es demasiado tarde para que vayas sola —insiste Ian.

Pero la voz de Theo aparece a nuestras espaldas, luego de un largo rato de no emitir sonido:

—Yo la llevo a su casa. Tengo la moto en el garaje.

El silencio nos atraviesa a ambos y Ian termina cediendo:

—Si Tracy está de acuerdo, que vaya contigo.

¿Un hombre pidiendo mi opinión? ¿Cómo es que estas costumbres no pasaron a Theodore ni a ninguno de sus amigos?

—Me parece bien que Theo me lleve, gracias —respondo en dirección a ambos.

—¿Vamos a la cocina, cariño? —me pregunta su madre dando por finalizada la discusión de quién me llevará a casa y ambas nos dedicamos a poner en marcha el lavavajillas.

Después de todo, la tecnología suplantaré lo único en lo que soy hábil, así que solo cargo los platos en la máquina y Margot la pone a funcionar.

Una vez que ya está en marcha, ella se vuelve hacia mí y dice:

—Lista la tarea.

—Sí.

Acto seguido se ensombrece su gesto y revisa tras la puerta de la cocina antes de cerrarla y volverse a donde yo estoy. Su tono de voz baja y un gesto de preocupación aparece en su rostro:

—Sé que no eres amiga de mi hijo.

Sus palabras me toman por sorpresa y me encuentro inerte para sobreponerme a su acusación.

—No entiendo a qué se refiere... —me excuso.

—Mira, comprendo que quieran parecerlo pero conozco a mi hijo y sé que no lo eres —sus palabras transmiten decisión pero no alcanzan a ser malintencionadas—. Incluso he conocido a las amigas de Theo y tú no eres como ellas.

—¿Ah... sí?

Theo me dijo, la noche en que lo conocí, que yo no era igual a las demás.

Luego de ver la pinta de las Bad Girls, con perforaciones, tatuajes, cabello multicolor y perfume a drogas, creo entender a qué se refiere.

—Mi hijo nunca trajo una amiga a casa, mucho menos a una novia, pero siempre lo veo en compañía de esas... —estoy segura de que *zorras* es la palabra que quiere decir pero no sigue—. Como sea, solo te pido que tengas cuidado.

—¿Cómo? —digo, pestañeando con asombro.

—Cuídate de él, no hay más que te pueda decir. Es la primera vez que accede a venir a cenar a casa... Veo que le has ablandado el corazón, pero no es suficiente.

¿Su propia madre me está diciendo que tenga cuidado?

—Gra... gracias.

—Trata de hacer algo bueno con él sin terminar destruida en el intento.

—¿Nos vamos?

Theo se ha metido en la cocina y su mano empuña con fuerza el picaporte de la puerta. Sus ojos grises están clavados en mi gesto de asombro absoluto y espero con todo mi ser que no haya escuchado las advertencias de su madre.

La cena se terminó, pero queda el camino más peligroso por recorrer.

THEO

¿Sabes cuál es el problema? Que la gente mide qué clase de persona eres en relación con lo que tienes y lo que logras. Quizás es malo generalizar, estoy siendo demasiado cruel en comparar a toda la población con una mínima parte: mi madre y todos los Landon.

Ocurre que, si no eres profesional o si no estás casada con uno, tu vida ya está encauzada en dirección al fracaso y esa es la razón por la cual le quieren sacar toda la información posible a Tracy sobre su futuro, como si fuésemos un matrimonio de abuelitos que piensan asumir compromisos de «pareja». Demonios, no seré yo quien se trague esos cuentos. Las relaciones con amor ya no existen, he visto miles de parejas desmoronarse, podría decirse dos de cada tres y, partiendo por el claro ejemplo de mi familia, logré comprobar que la mierda de tener una familia no es la mejor opción si quieres ser feliz. Al menos, no será la mía.

Mucho menos siendo parte de un linaje que te persigue hasta matarte si no cumples con sus mandatos, gracias a mi estúpido padre, sobre todo.

No puedo dejar que ahora mi madre le llene la cabeza a Tracy. Sé que sueña con verme algún día casado y todo ese rollo, pero no seré parte del montón de idiotas que se joden la vida de ese modo.

Debo arrancarle a Tracy de su lado antes de que termine viendo flores donde no las hay.

Mi vida son espinas. Todo se convierte en eso.

—¿Nos vamos? —exijo metiéndome en la cocina.

Ambas parecen asustadas al verme.

Ha habido una conversación de por medio que las ha puesto mal y llegué en el momento perfecto para descubrirlo.

—¿Qué pasa? —no les pediré por favor que me cuenten lo que hayan estado hablando.

—Nada, hijo. Ya he liberado a tu amiga si la quieres llevar a casa.

—Bueno... ¿nos vamos de una vez? Debo volver a mi casa.

Hago énfasis en la palabra «mi» para dejar en claro que no soy parte de esta improvisación de familia feliz que vive bajo el mismo techo.

—Sí, creo que ya nos podemos ir —espeta Tracy y sale de la cocina dirigiendo una sonrisa fingida a Margot y a mí.

¿Y ahora qué pasa?

Mierda, si tan solo cada mujer viniese con un manual para entenderlas, la vida sería mucho más sencilla.

Pese a que el trayecto no es largo, Tracy se ha mantenido en silencio desde que despidió a mi madre, mi hermanita y a Ian, lo cual no me gusta nada.

Una vez que detengo la motocicleta a unos metros de su casa, tal como me ha pedido, se baja y me devuelve el casco.

—Gracias, ha sido una noche agradable —dice y sigo notando el tono fingido de su voz.

Me da un beso en la mejilla para despedirse pero la tomo de un brazo sin ejercer fuerza y la detengo.

—Aguarda —digo—, ¿quieres decirme qué rayos ocurre?

—Na... nada, ¿por qué lo dices?

—No lo sé. Te ves extraña y has estado silenciosa.

—Es solo que... estoy intentando pensar un poco en mí. Es todo.

Me dirige una risita socarrona que no me creo y me quedo horrorizado mirándola a los ojos. ¿Pensando en ella? ¿PENSANDO EN SÍ MISMA?

¡Ja! ¡Y luego lo tildan a uno de egoísta!

¿En qué piensa? ¡¿En que mi vida es una mierda al igual que mi familia y no querrá volver a verme la cara en su vida?!

Ahora entiendo por qué los del grupo no la quieren con nosotros.

—¿Por qué me miras así? —murmura y parece un niño al que le han dado una paliza y teme despertar de nuevo la furia de su golpeador.

—¿Podrías decirme algo de lo que has pensado? —intento mantener la cordura. Necesito hablarle como una persona en sus cinco sentidos, demonios.

—Creo que... nada, solo debería enviar mis cartas a las dos universidades por si me rechazan en alguna de ellas. Es todo.

Sonríe y el corazón me late en las sienes.

—¿Solo es eso? —le pregunto.

Ella suspira y sus ojos toman un tono enrojecido. No quiero ver un lloriqueo más, ya bastante tengo con mis propios demonios internos.

Es que tanta basura en la cabeza no me deja ni pensar.

—Solo eso —me miente—, creo que necesito descansar para aclarar mis ideas. ¿Buenas noches?

No termino de creerle, es muy mala mentirosa.

Pero prefiero dejarlo así...

Por ahora.

—¿Por qué tu compañera te retiene en su casa hasta tan tarde?

Las palabras de mamá vuelven el café aún más amargo.

—Nos costó mucho terminarlo —digo sin poder mirarla a la cara—. Incluso esta noche puede que volvamos a juntarnos para terminarlo.

—¿Esta noche? —pregunta y cierra la computadora sobre la mesa. O bien terminó de revisar todos los periódicos como hace cada mañana, o no puede concentrarse debido a mis distracciones.

—Sí —admito. Me pregunto qué tan horrible soy mintiendo.

—¿De qué asignatura es?

—Bio... litera... tura africana...

—¿Bioliteratura africana? ¿Qué es eso?

¡Por una gran...!

—Sí, es una rama nueva de la Biología que intenta articularse con la Literatura. Hay muchos filólogos que incursionaron en esos textos.

—¿Y lo de africana?

—Comenzó ahí, como la humanidad misma. ¡Oh, mira la hora que es!

Dirijo mi mirada en dirección al reloj de la cocina que cuelga sobre la pared blanca, aunque no tengo idea de qué marcan las agujas.

—Pero si quedan más de cuarenta minutos para tu horario de entrada.

¿Por qué le habré pasado mis horarios de clase a mamá? ¿Es que nunca consideré tener una vida normal de adolescente?

—Sí, pero quedé con Char... Charity para adelantar tarea en el camino.

Me pongo de pie con prisa y meto la taza en el fregadero mientras las rodillas me tiemblan y no puedo hilvanar mis propios pensamientos; mucho menos las palabras.

—¿«Charity»?

Mamá se pone insoportable. Tomo mi mochila y me acerco para darle un beso en la frente en gesto de despedida, cortando así con la charla:

—Sí, es con quien estoy haciendo el trabajo de Biología. Ahora debo irme, te quiero.

Salgo corriendo de la cocina y, antes de cerrar la puerta, la escucho preguntarme en un grito:

—¿Biología? ¿No era «Bioliteratura»?

—¡¡¡Adiós, mamá!!! ¡¡¡Cuídate!!!

Peor que tu madre quiera llevarte a la casa de tu amiga cuando en verdad te juntarás con un chico es que esa amiga no exista. Y aún más terrible es no tener amigas a las que acudir.

Pienso en Carl y en Jacob, aunque ellos son varones y a ninguno le quedaría bien el nombre «Charity», sin embargo me decido a mencionarle que el primero (Carl), quien supuestamente me llevó al baile de Sadie Hawkins y le cayó bien, es parte del equipo de trabajo de esa estúpida asignatura «Bioliteratura africana».

¿Puedo ser más ridícula? ¡Creo que solo a mí se me ocurriría algo así!

Tr: ¡Carl! ¿Cómo estás? Disculpa que te moleste pero debes contestarme lo antes posible. √√

Ca: ¿Tracy? Estoy bien ¿y tú? ¿Qué ocurre? √√

Tr: ¿Estás en tu casa? :s √√

Ca: Sí, leyendo y comiendo *snacks*. ¿Tú? √√

Tr: Voy para allá. Dame tu dirección. √√

Ca: ¿QUÉ? ¿Ocurre algo? √√

Tr: Solo dime dónde vives, por favor. Luego te explico. √√

Ca: Bien... √√

Lo peor de que Charlie vaya a buscarme a la casa de Carl es que ahora sí deberá recorrer un camino más largo.

Son las desventajas de tener una madre controladora con el miedo terrible de que su hija se exponga al miembro viril del sexo opuesto y quede embarazada. Como le ocurrió a ella.

—¿Segura que es por acá?

Mamá conduce por un vecindario próximo al mío, pero demasiado “top” para ser donde vive Carl. Es que él siempre es tan sencillo y ordenado que resulta extraño pensar que sea una persona de la alta sociedad.

—Ehh... sí...

—¿Que no has venido antes?

—Ayer nos juntamos en casa de mi amiga Charity, ¿recuerdas?

—¿Y por qué no volvieron allá?

¡Y por un...! ¡¿Por qué no puedes dejar de hacer tantas preguntas?!

—¡Mira, ahí está! —exclamo al ver a Carl en la puerta de una casa de ladrillo.

Dos pisos, un enorme patio delantero y enanos de jardín alrededor de un camino de piedra que conduce hasta la puerta principal. Sin contar una camioneta y un auto frente al garaje cerrado, donde seguramente debe haber otro vehículo.

Se lo ve adorable con un suéter tejido color café y pantalones caquis. El pelo está perfectamente peinado hacia un costado; tiene los ojos brillantes y los labios rosados dibujan una sonrisa tímida al verme en el auto de mamá. Al acercarnos, diviso que lleva un libro bajo el brazo. Seguramente es metafísica o algo demasiado científico como lo que le gusta leer a él.

Conozco bastante bien sus aficiones literarias gracias al Club.

—Vaya —murmura mamá con una sonrisa de suficiencia al verlo.

—¡Hola, Carl! —lo saludo por la ventanilla en cuanto detiene el auto y mi corazón agradece haberlo encontrado para no tener que seguir dando explicaciones.

—¡Hola, Tracy! ¡Hola, señora Smith!

Él saluda a mi madre sacudiendo la palma de la mano y mamá corresponde. Estoy segura de que no se ha creído el cuento del trabajo escolar, sin embargo está equivocada pensando ahora mismo que Carl es mi novio.

—¡Estudien mucho! —exclama y nos guiña un ojo antes de irse, dejándonos en una situación completamente incómoda.

En cuanto el auto se aleja, mi amigo y yo nos miramos y soltamos una carcajada.

—Disculpa, se está volviendo paranoica —le digo.

—Descuida, suele ocurrir. Aunque le das motivos a sus sentimientos persecutorios, ¿no?

—Una madre siempre lo sabe todo —le digo y agrego «desgraciadamente» hacia mis adentros.

—Puede que casi siempre. ¿Quieres pasar?

—Oh, no. En un momento me pasará a buscar... Eh, ya sabes...

—Hum, entiendo. ¿Landon?

—¿Qué?

¿Por qué dice eso? ¿Theo vendrá? Las manos ya empiezan a sudarme aunque hace frío. Hoy me puse solo una falda hasta las rodillas y una blusa de lana fina para evitar congelarme como la noche del baile.

—Bueno... Lo vi llegar luego de que me fui la otra noche. Iba adelantado a

su grupo de... amigos.

—¿Viste a Theo?

—Sí, él mismo.

Santo cielo. Ahora me verá irme con otro chico y el mundo se me viene abajo. ¿Cómo podré explicarle que su nueva amiga es en realidad un intento de chica subnormal que sale con dos chicos distintos, en dos noches diferentes, mientras su madre la persigue?

—¿Te molesta si prefiero guardarme la respuesta a esa pregunta?

—Oh, perdona. No quería entrometerme.

—Descuida, lo lamento. Eres muy bueno conmigo.

—No pasa nada, cuando quieras puedes venir a mi casa y ver una película. Después de todo, papá estará a gusto con que traiga una chica a casa.

—¿Por qué lo dices?

—Ya sabes, su orgullo de ver a un hijo con alguna mujer. Yo tampoco tengo muchos amigos.

Ambos soltamos una carcajada y lo más humillante es que tiene razón, pero a ambos nos hace gracia.

—¿Nunca trajiste una chica a casa?

—No.

—¿Y amigas?

—Sí, alguna vez —murmura y espero que su invitación no esté siendo un intento de flirtear conmigo.

¿Por qué querría hacer algo así?

Sin embargo, el tiempo para las dudas se termina en cuanto unos faros iluminan la calle y la realidad me golpea como un balde de agua fría.

Luego de haber cenado anoche con el chico con el que (no) salgo pero con quien he tenido situaciones comprometedoras, me iré esta vez a comer con su archienemigo.

¿En qué clase de persona te estás convirtiendo?

¡La misma de siempre! ¡Charlie es mi amigo!

¿Un amigo que te confiesa sus sentimientos sigue siendo un amigo?

Si son sentimientos de amistad, sí. Lo sigue siendo.

Pero los suyos no son de amistad y tú lo sabes bien.

—¡¡Hola!!

Charlie baja la ventanilla y los dientes blancos se hacen visibles en cuanto se dibuja una sonrisa en sus labios al vernos. No se toma el trabajo de bajar del auto en el momento en que estaciona frente a nosotros.

—¿Lista para irnos?

Doy un suspiro y me giro para despedir a Carl. Está tan anonadado como yo.

Creo que tampoco puede creer que esté saliendo con dos chicos a la vez. Bah, no saliendo en el sentido estricto de la palabra ya que con Theo es algo más que con Charlie. Este último es solo mi amigo y nada más.

—Muchas gracias, en verdad —le espeto e intenta despedirme pero no logra coordinar sus palabras.

—Suerte —es lo único perceptible que emite y le dejo un beso en la mejilla antes de apartarme de él y subir al auto de Charlie.

Recibo un beso en la mejilla por su parte y me gusta la camisa blanca que lleva puesta. Se transparentan algunos tatuajes de su cuerpo y percibo otros por debajo de los puños desprendidos.

Saludo a Carl sacudiendo la mano mientras lo dejamos atrás.

Él es demasiado bueno, no puedo decepcionarlo.

No comprendo cuál es su plan de simular que estamos saliendo pero a mí me sirve con mi madre y a él con su padre. Podría ser una buena opción al menos hasta que me gradúe, vaya a la IVU y viva en mi propia habitación dentro de la residencia que logre costear.

—Te ves bien —me adula Charlie con una sonrisa en los labios.

—Gracias —me sonrojo—. Tú también.

No lo digo por cortesía; realmente está para comérselo.

«Basta, no puedes pensar en eso. Él es un amigo, nada más».

—¿Qué cuenta Carl? ¿Tu madre lo ha acosado?

—Algo así —ríó—, está embobada con él. Pero no piensa que es mi novio. Claro que no.

—Entonces, ¿cómo has estado?

Mi celular vibra en la pequeña cartera que he traído y mientras le cuento a Charlie sobre mi aburrida rutina sin Lottie, leo un mensaje de texto.

Es mamá.

«Me gusta que ya no salgas con el imbécil de la motocicleta. Hacen una pareja adorable con el chico nuevo de gomina en el cabello».

—¿Decías?

—¿Qué?

Charlie me sorprende luego de leer el mensaje de mamá.

—Que hacemos una pareja adorable —dice él.

—Oh... no, perdona, estaba leyendo un mensaje.

Charlie suspira y comprendo lo siguiente que debo hacer...

Guardo el celular en su lugar, deseando que la noche sea agradable.

Pero mi corazón late fuerte y parece querer romperme el pecho para salirse de su lugar.

De a poco se va encendiendo la mecha. De a poco se avecina la explosión que pondrá en jaque mi vida.

THEO

07.16 p.m.

Au: Holaaa, bombón :* √√

07.19 p.m

Au: A que no adivinas las novedades que tengo para contarte. √√

Au: Te caes de culo :3 √√

07.30 p.m.

Th: Dime. √√

07.31 p.m.

Au: Tú y esa dulzura que te caracteriza... √√

Th: Vamos, Audrey, no me hagas perder el tiempo. √√

Au: Okay. Al menos responde si me extrañaste y te cuento las novedades ;) √√

Th: Adiós. √√

Au: ¡Okay, okay! Idiota, no cambias más. Esta noche te haré un par de cositas, quizá logre sensibilizarte. √√

07.33 p.m.

Au: ¿¿¿Hola??? √√

07.34 p.m.

Th: Dime de una vez las malditas noticias. √√

Au: Ufff, te sigues haciendo el duro. Hay gente a la que le gusta sufrir, ¿sabes? √√

Th: Y a otras personas les gusta hacerse maltratar. √ √

Au: Okay. Ahí va la bomba. √ √

Th: ...

Au: A que no sabes cuál es la linda parejita feliz que está comiendo en Omega's. √ √

Au: Amanda, Dominic y yo tenemos muy buena vista ;) √ √

07.38 p.m.

Th: ¿Y? √ √

Au: Debes verlo por ti mismo. √ √

Th: Ok... √ √

07.40 p.m.

Au: (Imagen). √ √

Au: ¿Y? ¿¿¿A que no es divertido, eh??? √ √

Au: Jaja. ¡¡Yo tampoco me lo esperaba!! √

07.44 p.m.

Au: ¿Idiota, sigues ahí? √

Au: ¡¡Theeeeeeeeeo!! √

Mis ojos solo ven sangre de camino al jodido restaurante de comida china y paso todos los semáforos en rojo. No espero a que un poli me detenga pero de seguro me llegarán unas cuantas multas con el número de la patente.

Como sea, no tengo tiempo ni las putas ganas de pensar en eso.

¿Qué demonios tiene que hacer Tracy ahí con esa rata de alcantarilla?
¿Acaso no se da cuenta de a lo que se está exponiendo?

¡O LO QUE ES PEOR: ¿Acaso piensa que puede jugar conmigo?!

Anoche cenaba con las personas que dicen ser mi familia y ahora cena con el primer imbécil que se le cruza, ¿es que no piensa antes de hacer las cosas?

Creo que me he creído una imagen de ella que no corresponde.

Sé que no seré capaz de golpearla a ella ni a ninguna mujer pero estoy seguro de que apenas entre a ese jodido lugar de comida oriental, le romperé todos los huesos al querido nuevo novio de Tracy y me pedirá por favor que no lo mate.

Ya puedo ver el letrero con luces de neón a unos cuantos metros y presiento

el familiar dolor en los nudillos ante las ganas frenéticas que tengo de romperle la cara a Charlie Walk o a cualquiera de ese grupito de mierda.

Lo primero que encontré al salir fue el auto, lo que no ha sido una muy buena idea ya que la motocicleta suele generarme más adrenalina a la hora de romperme los nudillos.

Como sea, encuentro un estacionamiento en un santiamén y dejo el auto.

Ni siquiera me preocupo en poner el seguro cuando una chica entra corriendo al estacionamiento, aunque no reparo en ella y avanzo con paso decidido.

Me hierve la sangre y sigo viendo mártires hasta que me sorprende en cuanto una mata de pelo verde se mete en mi camino y me sujeta por los brazos.

—¡¡¡Hey, idiota!!! ¡¿Qué crees que estás haciendo?!

Me cuesta reaccionar, pero su palabrerío familiar me devuelve a la Tierra.

Audrey se interpone en mi camino y no estoy de humor para soportar sus intentos de ligar conmigo. No ahora; a decir verdad, ya me ha colmado la paciencia más de lo que soy capaz de tolerar.

—Muévete —le ordeno.

Me clavo al suelo y presiono los puños con fuerza mientras siento el corazón latirme en las sienas.

—¡No! ¡¿Crees que vas a entrar ahí, Theo?! ¡No tienes nada que hacer! ¡NADA! ¡Así que vete y no sigas complicando las cosas!

—Audrey, tienes tres segundos para salir de mi camino y no lo pienso repetir. Muévete. ¡Ahora!

—¡Pero si serás idiota! ¡¿No te das cuenta? La chica es una zorra que sale con el primer tipo que le dice dos palabras bonitas. ¡Deja de perder el tiempo!

—¡¿No puedes simplemente moverte?!

Realmente no deseo hacerlo, pero su presencia y sus palabras son cuchillos filosos que colman mi nivel de paciencia y lo único que hago es empujarla hacia un costado.

No alcanza a caerse pero, antes de que salga del estacionamiento, sus palabras me llegan y finalmente logra detenerme:

—¡No seas estúpido, Theo! ¡¡Recuerda lo que ocurrió con Stefano!

07.09 p.m.

Omega's es un restaurante de ladrillos a la vista, estacionamiento propio y un estilo muy cálido.

—¿Habías venido antes? —me pregunta Charlie mientras estaciona.

—No —admito—, pero se lo ve un lugar al que irían estudiantes.

—¿Y eso significa que pinta barato?

—Sí, digo... No se lo ve mal —intento retractarme y él ríe.

—Con eso me basta.

Ya identifica en qué momentos voy metiendo la pata. Solo espero que no afecte eso nuestra cercanía.

Al bajar del auto me tomo los puños de la blusa como acostumbro hacer con todo lo que tiene mangas largas. Mamá suele retarme por esta mala costumbre, dice que estiro la ropa que me compra; sin embargo, todavía no he visto que eso haya ocurrido con ninguna de las prendas en mi armario. Por suerte ella no está aquí ahora.

—¿Todo bien?

Charlie se acerca y me percató de que estamos solos en el estacionamiento.

No quiero que ocurra algo que pueda llevar a confusión entre nosotros.

—Sí —respondo y los faros de una linda camioneta iluminan el interior del lugar. Nos distanciamos y caminamos hasta salir, mientras el vehículo busca un espacio.

El olor a pescado es lo primero que llega a mis fosas nasales pero no es desagradable ni demasiado fuerte, sino algo que impregna un sitio de comidas tan típico como este. Además, despierta mi apetito; de todos modos no me siento muy cómoda, así que la comida pasa a un segundo plano.

Cuando atravesamos la puerta, distingo que hay mesas redondas y sillas alrededor. Todo tiene un aspecto muy moderno: pinturas orientales en las paredes y lámparas colgantes que dejan el sitio a media luz.

—¿Mesa para dos?

Una joven mesera se nos acerca para ubicarnos. Es una chica de mi vecindario vestida como geisha. El lugar atesta de gente y con ese atuendo imagino cuán difícil es lidiar ante tanto trabajo.

—Si tiene sitio lejos del baño y la cocina, se lo agradeceremos —le responde Charlie.

—Pasen por acá —responde la muchacha y nos ubica junto a una de las paredes laterales.

Nos deja la carta y Charlie empieza a contarme lo deliciosos que son los platos con trucha o las variedades de sushi.

—Si no lo combinas con salsa de soja a este... —dice mientras señala el menú.

Cuando miro a donde se dirige su dedo, a metros de distancia se recorta en mi campo visual una mata de cabello verde.

Charlie baja la carta y sigue hablando pero me he quedado estupefacta al ver una mesa con tres personas que reconozco de inmediato.

Audrey tiene los ojos clavados en mí, mientras una muchacha le dice algo pegada a su oído. Ambas me están mirando.

Amanda es quien le cuchichea.

Un muchacho está delante de ellas y se da la vuelta para verme.

Antes de que lo haga ya soy capaz de distinguirlo: lleva el pelo rubio recogido en una colita, al igual que un tribal de triángulos invertidos tatuado en la piel, que le recubre los bíceps. Se trata de Dominic.

A decir verdad, le sienta bien la remera ajustada con estampa de flores, pero no puedo seguir viéndolo. Ni a él ni a ninguna de sus amigas.

—¿Todo bien? —me pregunta Charlie. Acto seguido, agacho la mirada buscando esconderme de las Bad Girls y el Bad Boy, sin embargo es tarde. Ya me vieron y debo estar siendo la comidilla de sus habladurías.

—S... sí —tartamudeo.

Él no me cree y gira la cabeza en dirección a donde estuve mirando.

—Ohhh —se vuelve a mí—. Imbéciles.

—No repares en ellos, ¿sí? —le pido.

—Por supuesto. No dejaré que nos arruinen la noche aunque la *peliverde* se divierta tomándonos fotos.

—¿Qué?!

Todos mis sentidos se ponen en alerta y siento que el apetito desaparece de mi organismo.

—Me tomó una foto en cuanto me giré —responde.

07.46 p.m.

—Apenas comiste.

Charlie se ha puesto como mi madre insistiendo en que tengo que comer todo lo que me sirven en el plato.

—Sí comí. Estoy bien —me excuso.

—Oh, vamos, no te gustó, ¿verdad?

—No, Charlie. No es eso, solo que no suelo comer pescado con frecuencia, pero tiene buen sabor.

—Entonces es por ellos.

—No...

—¿Qué ocurre, Tracy?

Suspiro y siento el modo en que mi alma se despedaza poco a poco de solo pensar en que la foto que nos tomaron llegará al celular de Theo. ¿Qué pensará si me ve así con Charlie?

Soy de lo peor. No sé en qué debo haber pensado al aceptar la invitación a cenar de esta noche.

Es cierto que el Glorious me lo pidió primero y Theo nunca me invitó a cenar, sino su padrastro, Ian, sin embargo no deja de estar mal mi actitud al acceder a cenar una noche con uno y otra noche con otro.

Busco motivos para justificar mi conducta y, si bien los encuentro, no puedo dejar de estar preocupada. Solo quiero llegar a casa, llorar y esperar la próxima ocasión en que Theo y yo podamos estar juntos.

—Sigamos con nuestra comida, ¿puede ser? —le imploro.

—Bueno, pero sigues sin convencerme, Tracy. Si algo anda mal me lo dirás, ¿cierto?

Lo miro a los ojos y me da mucha culpa pensar en decir una nueva mentira.

—Sí...

La palabra escapa entre mis dientes y él sonrío. Convengo a su gesto y tomo un nuevo trozo de pescado.

Aunque mi atención y la de muchas otras personas también se centran en Audrey cuando la muchacha de cabello multicolor se pone de pie y sale corriendo.

Charlie se gira y luego vuelve a mí:

—Le gusta llamar la atención.

Viniendo de Audrey, así lo creo. Su pelo lo dice antes que sus palabras, sin embargo, esta vez estoy segura de que no es solo un intento de ser objeto de las miradas. Debe haber algún motivo para estar tan alarmada.

No siempre es así...

Esta vez hay más.

Charlie conduce por el lateral de la Avenida Central y nuestra conversación fluye desde que salimos del restaurante.

—Dicen que este invierno será duro —acota él.

—Sí, a juzgar por cómo se perfila el clima, creo que adelantarán las vacaciones.

—Hummm, lo dudo. Serán en los próximos días, tampoco queda tanto.

Vaya. Estuve tan metida en preparar los estudios, en los problemas con Theo y las malditas fiestas que se me pasaron estos meses en un santiamén.

—Aprovecharé las vacaciones para estudiar —me explico—. No puede irme mal en los exámenes finales si no tendré serios problemas para mi aceptación en la universidad.

—Todos los alumnos con promedio suficiente fueron becados por las universidades más prestigiosas —me comenta y noto que su gesto se está poniendo un poco tenso. ¿Le incomoda esta charla?

—¿Por ejemplo, qué universidades?

—La semana pasada enviaron los resultados para la IVU.

—¡Oh!

Por eso Theo ya fue aceptado en esa institución y yo, al igual que muchos alumnos del montón, no he sido seleccionada aún.

No entiendo; siempre me preocupé por tener buenas notas, sin embargo no alcanzó para lograr un buen puesto...

—¿Te decepciona? —me pregunta Charlie.

—Un poco. Me hubiera gustado ingresar en el programa de becas.

—Hay otros mientras curses... pero... Disculpa, no puedo hablar de corrido. Estoy un poco preocupado.

Mis sospechas de su tensión son corroboradas por él mismo: mira con insistencia los espejos que reflejan algo que hay en la calle o a nuestro alrededor.

Miro hacia atrás pero no distingo más que vehículos en marcha.

—¿Qué ocurre?

—Tracy, alguien nos está siguiendo.

El corazón me da un vuelco y mi amigo se mete a la autopista, saliendo así de las calles laterales. Corroboro que el cinturón de seguridad esté abrochado

y clavo mi mirada en el auto negro con vidrios polarizados que viene a unos metros de distancia y no nos pierde de vista.

—¿Qué quiere? —le pregunto a Charlie. Realmente quisiera que todo fuese un gran error.

—No lo sé, pero no importa cuánto cambie nuestro recorrido. El muy imbécil no nos pierde de vista ni un momento. Oh, disculpa...

—Descuida. El palabrerío sucio ya se me hizo familiar.

Charlie maniobra con la luz de giro en dirección al lado de la autopista que da a una salida y logra que el tipo siga de largo cuando, en lugar de doblar a la derecha, mi amigo lo hace a la izquierda. El movimiento desconcertó a otros conductores pero no fue nada grave.

Al menos logramos sacarnos de encima al desconocido.

—Por fin —suspiro, dejándome caer en el asiento.

—Es un enfermo.

—¿Lo conoces?

—No, pero imagino quién puede ser.

—¿Quizá nos equivocamos y no nos estaba siguiendo?

—Sí, Tracy, lo hacía. El imbécil dobló justo donde yo lo confundí e intentó volver atrás, pero esa salida de la autopista tiene una sola mano.

—Es aterrador.

—En fin, ¿en qué estábamos?

—¿Hablando de que se vienen las vacaciones de invierno?

Me da la risa tonta de pensar con qué frecuencia empezaron a ocurrir locuras en mi vida, sin embargo, todo gira de la paz al caos (y viceversa) en un instante.

—¿Dónde pasarás Navidad y Año Nuevo? —me pregunta.

Distingo que el curso de las calles vuelve a ser el que conduce a nuestro vecindario.

—Espero pasar Navidad con mis abuelos. Para Año Nuevo, quiero estar de regreso en casa para estudiar. ¿Y tú?

Charlie me cuenta sobre su familia y los graciosos regalos que suelen hacerse para Navidad. Jamás esperaría que mi abuela me regale un *sex toy* si me ve soltera o que mi tía me dé un collar de conchas hecho por ella misma en las playas caribeñas.

Antes de llegar a nuestro vecindario, hay calles demasiado desoladas y tristes debido a que las atraviesan unos cuantos descampados.

La situación tétrica se vuelve agradable mientras una tiene un amigo con el

cual reír, aunque las cosas siempre pueden empeorar...

El auto negro vuelve a aparecer en nuestro campo visual y atraviesa la calle, cortándonos el paso sin piedad.

Se detiene y, para evitar chocar contra él, Charlie hunde su pie en el freno.

El empuje me hubiera hecho impactar contra el vidrio delantero de no haber sido por el cinturón de seguridad.

—¡Mierda! —farfulla y el corazón me late en los oídos.

El sujeto con el auto detenido delante de nosotros obstruye el paso y el único modo de escapar de él es haciendo marcha atrás y tomando una calle contraria.

Noto algo familiar en ese vehículo pero la oscuridad de la noche, mi estado de nerviosismo y la compañía de Charlie me hacen las cosas demasiado difíciles.

—Tracy —murmura él con el auto en espera—, ¿estás bien?

—Sí...

—Agárrate fuerte porque haré una maniobra peligrosa.

—¿Por qué?

—Es eso o que los de ese auto nos asalten. ¿Preparada?

Santo cielo.

Mi corazón.

Siento que se me va a salir del pecho.

¿Que si estoy preparada para morir por un psicópata que nos persigue o para convertirme en puré por un accidente de tránsito en el intento de huir?

¡No! ¡No lo estoy!

Las ruedas de nuestro auto empiezan a moverse hacia atrás y me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que lo hago sangrar.

Charlie habla con voz ronca:

—A la cuenta de tres.

Ay, no. ¡¡¡Ay, no!!!

—Uno...

Santo cielo.

—Dos...

Aquí vamos.

—¡Tres!

THEO

El imbécil da marcha atrás a una velocidad de locos, poniéndome los pelos de punta y los ojos a punto de salirse de sus órbitas. ¡¿Qué hace?! ¡¿No es consciente de que lleva a Tracy en el mismo asqueroso coche?! ¡La matará!

Maniobro con el vehículo y giro en dirección al camino que tomó el idiota, sin embargo él gira hacia su mano izquierda alejándose de la casa de Tracy y conduce a más de cien kilómetros por hora.

Voy tras él con la adrenalina de la velocidad a flor de piel y agradezco que estos sitios sean tan desolados a horas tan altas de la noche. De cruzarse alguien en mi camino mientras la aguja del velocímetro pasa los ciento veinte kilómetros no podría perdonarme jamás los resultados fatales de haberse interpuesto en mi camino.

Al parecer, el muy remilgado parece ir pensando lo mismo que yo y toma la dirección opuesta a las casas, para ingresar en unos descampados y basurales de muerte.

El camino ya no es asfalto limpio sino un montón de mierda que complica todo por delante y me destrozará los neumáticos... Sin embargo, esa no es mi mayor preocupación.

No ahora.

Nuestros autos dan sacudidas que me hacen hervir en la sangre el gusto por la adrenalina, sin embargo pienso en Tracy y lo miedosa que es, y no puedo imaginar cuál será su estado de terror en este instante.

¡Por culpa de ese montón de escoria ella debe estar sufriendo horrores! ¡Pero qué demonios...! Nunca, nunca, nunca tendría que haber aceptado subir a su auto, ni mucho menos salir a comer con él.

Dejo de lado mis preocupaciones al ver algo mayor que se interpone en mi campo visual.

Hay un enorme paredón de concreto que divide el basural de algo que seguramente debe ser una fábrica o algo similar.

El punto es que ese montón de concreto va a marcar nuestro límite. El

idiota de Charlie Walk no puede seguir más allá de ese muro gigante y, en su intento de girar, lo alcanzaré y le haré mierda el auto, al igual que cada uno de sus huesos.

De todos modos, nada que pueda estar comandado por la lógica ocurre.

El tiempo se pausa en mi cabeza y ya voy quitando el pie del acelerador...

¡Ni el imbécil detiene el auto ni gira para esquivarme!

¿Está intentando distraerme?

¿Cuál es su objetivo? ¿Qué le pasa?

¡¿Por qué no detiene su jodido auto?!

¡Van a matarse!

¡El maldito coche va directo a impactar contra el muro!

—¡¡¡Charlie, ¿qué demonios haces?!!!

La velocidad a la que conduce pone en rojo la aguja del velocímetro y mi corazón pide a gritos romperme los huesos del pecho y reventar afuera.

Mis manos van aferradas con fuerza a los bordes del asiento como si este fuese a protegerme del impacto que se aproxima. El mural frente a mis ojos está cada vez más cerca.

Es una bomba de tiempo a punto de estallar.

Empiezo a saborear la muerte desde muy cerca...

—¡Tracy, me quedé sin frenos!

—¿Qué?!

—¡¡¡Que el puto coche se quedó sin frenos!!!

Charlie es apuesto.

Delgado, linda sonrisa, blancos y luminosos dientes, unos ojos verdes que te comen y la piel aceitunada.

Los músculos de su cuello combinan muy bien con unos hombros anchos y bíceps acordes, los tatuajes le quedan perfecto y su voz inspira seguridad.

Su belleza es particular y siempre creí que nunca cambiaría.

Hoy todo es diferente.

Hoy Charlie es un chico de enorme atractivo, asustado hasta la médula porque un paredón enorme se alza frente a nosotros, que vamos en su auto a casi ciento cuarenta kilómetros por hora, no responden los frenos y un loco asesino misterioso nos persigue.

No sé en qué estaba pensando al acceder a salir con él.

Ni con Theo.

Y con ninguno de estos bandos que le dieron un giro rotundo a mi vida.

La pared de concreto frente a nosotros marca un fin.

Cuando creo que estamos a punto de matarnos, las ruedas delanteras responden a los frenos y el coche se clava haciendo un peligroso derrape. Antes de que volquemos, el coche da un giro y el impacto es contra la parte de atrás del vehículo.

La estructura trasera del auto se vuelve un acordeón: empieza a consumirse a medida que avanza sobre el muro. Miles de vidrios vuelan, el chirrido y la explosión me aturden, el respaldar me golpea la espalda y la cabeza. Producto de la inercia, incluso me sacudo hacia adelante, pero el cinturón no me deja avanzar y me retiene en mi lugar, clavándose en mi pecho.

Parece que el choque se repite mil veces en mi cabeza.

Parece que no va a terminar nunca.

Parece que los vidrios, las grietas, el estallido serán el fin que pongan un límite a mi vida.

—¡¡¡Tracy!!!

¿Qué?

Mi visión son estrellas. Me duele la cabeza, el cuello, la espalda y todo gira, da mil vueltas.

—¡Oh, mierda!

Alguien arranca la puerta del auto, desprende el cinturón y me toma en brazos para sacarme del vehículo hecho añicos.

De haber muerto, puedo constatar que el infierno existe porque estoy disfrutando de ese lugar.

De su cuerpo.

De mi cabeza en su pecho.

Un ligero olor a menta se mete en mis fosas nasales y me embriago de él.

—¿Theo?

Me lleva directo hasta un auto que se recorta en mi visión.

Es el mismo vehículo del sujeto que nos perseguía.

Ahora ese supuesto asesino me lleva con él, pero sus brazos y su olor son la magia que necesito para volver a sentirme segura.

Mientras nos acercamos al vehículo, veo en su cuello el tatuaje de un lobo que me observa, un animal tan familiar que ya me siento en casa de tan solo estar cerca de él.

Abre la puerta de la parte de atrás y me deja reposar en el asiento. Estoy bien. Ahora sí estoy bien.

—Eras tú...

Pongo todas mis fuerzas en que las palabras sean audibles y, aun así, es insuficiente.

Me siento una estúpida por no haber distinguido antes que se trataba de él. Es que estoy tan familiarizada con su moto, con sus tatuajes, con sus hermosos ojos grises, que todo lo demás en su vida se vuelve un misterio para mí. De haberlo sabido antes, la historia podría haber sido diferente.

Pero Charlie... ¿Él lo sabía? ¿Estaba al tanto de que se trataba de él?

—¿Cómo está...?

—Shh, nena, no te esfuerces, estás bien.

—N... no... Charlie... ¿Cómo está él?

—No lo sé, que se pudra.

—¡No...! ¡Charlie...!

—Luego lo mataré yo mismo, mierda, voy a reventarle la cabeza contra el puto parabrisas.

—¿Está... bien...? ¡Ay!

—Calma, nena, tienes un corte en el labio y algunos rasguños, pero son menores. Nada de qué preocuparte.

Me incorporo en el asiento y mientras las estrellas desaparecen de mi vista, al igual que el mareo insoportable, intento ver mi desastroso aspecto en el espejo retrovisor.

Mi cabello es un montón de pelo enmarañado, el delineador de ojos se me ha corrido por algunas lágrimas que solté entre chillidos y un pequeño corte en la comisura del labio me marca una gota de sangre. La relamo y un sabor metalizado me llena el paladar.

—Quiero verlo —le digo volviendo a él—, quiero ver cómo está...

Theo me detiene con sus manos sobre los hombros. Lleva puesta una remera negra sin mangas, como si hubieran sido arrancadas por él mismo, pero no me importa demasiado porque se le marcan muy bien los tatuajes.

Su rostro muestra cansancio.

—No puedes, Tracy. Debo llevarte con un médico.

—No, por favor...

—¿Qué te duele?

—La cabeza un poco... y la espalda...

Un momento.

¿Tuve que estar al borde de reventar contra un muro para que este idiota se muestre tan servicial?

¿Luego de que me tratara como una persona horrible todo este tiempo?

¿Fue necesario poner mi vida en peligro por él? ¡Pero si es todo lo que hago desde que lo conocí!

Todos mis sentidos se alteran a su tacto y retrocedo en el asiento.

—No... —murmuro.

Él intenta volver sus manos a mi cuerpo pero me aparto con brusquedad.

—¡No, Theo!

—¿Te hago doler?

—¡Me haces daño! ¡No me toques!

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¡Déjame ver si no te ocurrió nada!

—¿Y ahora... ahora lo haces?

Demonios, mi cabeza va a explotar en cualquier momento y discutir con él pone las cosas mucho peor.

—¿A qué te refieres? —me pregunta.

—¡Que no, Theo! ¡Todo esto ocurrió porque nos estabas siguiendo!

—¿Qué...?! ¡Yo... yo... solo...! —se me hace raro escucharlo tartamudear, pero cuando ya no intenta aplacar su rabia, le da rienda suelta y deja que las palabras escapen con libertad de su boca—: ¡Salí a cuidarte

mientras te mofabas de mí y cenabas con otro imbécil! ¡¿Qué demonios ocurre contigo, Tracy?! ¡¿Te volviste loca?! ¿Crees que puedes jugar de ese modo conmigo?

—¿Yo? ¿Jugar contigo? ¡Solo salí a comer con un amigo mientras tú nos perseguías como un psicópata!

—¡Anoche cenabas conmigo y mi familia! ¿Ahora cenas con otro idiota? ¡Eres decepcionante!

—¡No... no me grites! —la cabeza me va a mil, no estoy segura de cuánto más seré capaz de soportar—. ¡Tú ni siquiera me invitaste a cenar con tu familia, fue un pedido de tu pad...!

—¡Ese imbécil no es mi padre! ¡Y esa no es mi familia! ¡Yo no tengo ninguna familia, mierda!

—¡Como sea! ¡Él me tuvo que invitar porque tú jamás tuviste la intención de hacerlo!

—Eso no quita que hayas salido hoy a comer con ese remilgado. Además, si esto no hubiese ocurrido, ¡hubieras terminado en su cama!

—¿En su...? ¿Qué? ¡¿En su cama, dices?! ¡¿Prefieres que me mate a que un amigo intente acostarse conmigo?! ¡¿Te oyes a ti mismo?! ¡

—¡Claro que lo hago!

—¡Estás enfermo, Theo! ¡¡Estás muy, muy enfermo!!!

Noto el modo en que las venas de su cuello se inflaman y la furia le enrojece los ojos. Arroja su peso encima de mí obligándome a retroceder hasta la puerta del otro lado.

—¿Qué dijiste? —pregunta y su aliento me golpea en los dientes.

Ese agitado modo de inhalar y exhalar impacta contra mis jadeos aunque no es suficiente para acobardarme.

Ya no le tengo miedo.

A él no.

—Que estás enfermo —mascullo, dejando en claro cada sílaba.

—Siento el modo en que te odio mientras lo dices pero...

—traga saliva y se enciende dentro de mí un extraño modo de desearlo.

—¿Pero?

—Me dan ganas de metértela ahora mismo. Se me ha puesto tan dura...

El momento es interrumpido por un alarido que me devuelve a la Tierra antes de que mi apetito sexual le gane a la lógica de mi cerebro.

—¡Tracy! ¡¿Dónde...?! ¡

Empujo a Theo hacia atrás, obligándolo a salir de la camioneta.

Apenas me libera, me apresuro a salir y a buscar a Charlie, que debe estar malherido o no sé en qué estado.

Una vez que estoy fuera, me encuentro su bellissimo rostro con un corte en la ceja izquierda y otro en la mejilla.

Su cara ensangrentada me asusta, pero lo que es peor no es eso sino su gesto de decepción y odio al instante que Theo y yo salimos del asiento de atrás.

—¿Es una broma?

Solo esas tres palabras salen de su boca antes de que las cosas sucedan mucho más rápido de lo que mi cabeza es capaz de procesar...

Theo y Charlie están enredados en una pelea a puñetazo limpio y mis ojos solo ven el color rojo.

Theo es posesivo. Rebelde, maleducado, irresponsable. Irascible, manipulador... e irremediablemente atractivo.

Defiende a quienes lo rodean como si fuesen de su propiedad, hecho que lo vuelve un completo enfermo que persigue a quien sea y está dispuesto a matar si la vida de un ser querido está en peligro.

No sé si me puedo catalogar dentro de esas personas amadas, pero su comportamiento así me lo empieza a demostrar.

Aunque en mi intento de acercarme a él se aleja más de mí, sé que en el fondo teme perderme.

Lo vi sacarme del ático de su casa cuando tropecé y me golpeé.

Lo vi sacarme de la fiesta en la Bad House cuando llegó la policía.

Lo vi enloquecer por mí cuando las cosas se salieron de quicio en el baile.

Lo vi preocupado al corroborar mi estado luego del choque.

Ahora está poniendo en riesgo su bienestar al tratar de sacarme de un accidente donde él tuvo mucho que ver... Aunque no es el culpable. No del todo.

¿Charlie estaba al tanto de que el auto era de Theo? Algo me dice que sí. Las cosas podrían haber sido mucho más sencillas. Alguno de los dos podría haberse detenido y dado el brazo a torcer. Theo tendría que habernos dejado seguir solos.

Para empezar, nunca debería haber salido como un loco al saber que estábamos comiendo en Omega's. Estoy segura de que Audrey o sus amigos tuvieron mucho que ver en lo que ocurrió.

Mi cabeza intenta atar cabos pero los hechos suceden demasiado rápido como para darme una tregua siquiera.

Noche.

Sangre.

Golpes.

Charlie se arroja encima de Theo y lo toma desprevenido al soltarle un puñetazo en el pómulo. Su oponente cae de espaldas al suelo y mi amigo se le sube encima para tomar ventaja en la pelea, sin embargo Theodore está mucho más lúcido y logra tomarle los brazos e inmovilizarlo.

Le da la vuelta, arrojándolo al suelo para que muerda el polvo.

Mi amigo ya está demasiado herido y lastimado, es quien se llevó la peor parte en el accidente, y se nota que los mareos lo están obligando a pasarla muy mal.

—¡No, no se lastimen! —les pido—. ¡Ya es demasiado! ¡Paren, por favor!

Me siento incapaz de tolerar una vida tan acelerada y desesperante. Solo quiero darme por vencida; me siento deprimida, dolorida, confusa, creo no haber estado peor en toda mi vida.

Pero mi esperanza retorna cuando Theo toma a Charlie por los brazos valiéndose de su estado deplorable y lo lleva contra el portaequipaje de su coche. Parece ser la única alternativa para detener tanto desastre de una vez por todas.

—¡Imbécil, para ya! —le grita—. ¡Si quieres que nos matemos ahora mismo no tendría problemas, pero no se puede!

—Por favor... —murmuro.

Charlie disminuye su resistencia y de a poco solo queda su respiración agitada.

—¡Okay! Yo... No sé en qué estaba pensando.

Theo lo suelta, noto en su rostro las ganas de triturarle cada uno de los huesos pero no lo hace. Por mí no lo hace.

—Lo siento —me dice Charlie.

El Bad Boy se aparta y deja que mi amigo ensangrentado se recomponga, pero no podrá hacerlo. Necesita un médico de inmediato.

—Llamaré a Neo y pediré una grúa para ese montón de chatarra —dice Theo buscando el celular en un bolsillo de sus jeans.

—Bueno, pero Tracy se queda a esperar conmigo.

—Por tu bien —murmura Theo—, Tracy se irá en mi auto y obviamente sin ti. No pienso exponerla un solo minuto más a que un idiota en este lugar de mierda llame a la poli y tenga problemas con su madre por tanto desastre.

—¡Una mierda! ¡Tracy se queda conmigo!

—¡¿Quieres que su madre la mate?! Tendría que ir a buscarla a una comisaría y pagar una fianza que ensuciaría sus antecedentes.

Se hace un silencio y ambos miran en mi dirección.

Solo quiero llegar a casa e intentar que el tiempo se detenga mientras trato de recuperarme. Es casi medianoche y mañana tengo clases. Recién estamos a martes, no es fin de semana.

Antes, al menos, solo los viernes y sábados mi vida se salía de control. Ahora, en cambio, pienso que debo ir a la escuela y ya me siento tensionada.

Necesito urgente las vacaciones de invierno.

—Creo que Theo tiene razón —digo al fin—, tendré que irme con él pero no significa que tenga algo en tu contra, Charlie.

El Bad Boy suelta un suspiro y saca las llaves de su coche junto con el celular para hacer la llamada a su mejor amigo y hermano del Glorious.

Me pregunto qué se siente tener que pertenecer de manera inflexible a un bando y no a otro.

Bueno... al menos ellos tienen uno.

Yo ni eso.

A los diecisiete años, no tener tu grupo de amigos criminales a quienes rendirles cuenta parece ser una tortura.

Es preferible ser una *chica mala* a tener que ser nada.

¿De qué lado estoy?

THEO

—Ni lo pienses.

—Por favor, déjame unas cosas antes. Mamá me verá llegar contigo...

—No, Tracy. Me niego. Te dejaré en la puerta y no sigas.

—¿O qué?

—O te llevaré hasta tu cuarto y yo mismo te meteré en la cama.

La muy testaruda abre la boca para seguir objetando, aunque se da cuenta de que no tiene más recursos en su defensa. Da un resoplido y cierra la boca, llenándose las mejillas de aire como un bebé.

—Me dejas y te vas muy rápido, ¿estamos? —sigue molestando.

No hablo más hasta que llegamos a su casa y Tracy abre la puerta de su lado. Vuelve su mirada a mí, las mejillas rosadas y los labios hinchados. Ese corte en la boca me estruja el corazón pero al menos estoy agradecido de que no le haya pasado nada grave.

—¿Te duele? —me pregunta antes de salir.

—¿Qué cosa?

Ella me señala bajo el ojo izquierdo y llevo mi mano hasta el pómulo. El ardor me invade la cara y lo siento como una bomba de anestesia en mi interior.

—Sí, mierda.

—Te invitaría a pasar para ponerte hielo...

—¿Eso quieres?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé...

—Mejor ve a dormir. Hasta no corroborar que estés bajo tus sábanas, no estaré tranquilo. Necesitas descansar.

Parece pedirme implícitamente que me quede.

Parezco pedirle implícitamente acostarme con ella.

Quizás en algún momento podamos madurar y las cosas sean muy distintas.

—Está bien —dice al fin—, buenas noches. Gracias por haberme sacado

de ahí, ha sido una noche larga pero sigo algo enojada.

—¿Por haber venido a salvarte de ese idiota?

—No, Theo, por ser tan...

—¿Enfermo?

—Sí... La verdad es que no me gusta mucho esa palabra pero...

—¿Ah, no? Porque a mí me encanta —la provoco.

Ella sonríe y una chispa de picardía en su expresión me enciende el alma.

—Buenas noches —murmura y se acerca para darme un beso en la mejilla.

En ese instante despego las manos del volante y las apoyo sobre sus hombros para atraer su boca a la mía.

Sus labios son carnosos y el gusto metálico a sangre se vuelve extraño, aunque no me molesta ya que cesa al instante.

El sabor de su boca es un paraíso que ya echaba de menos y no podría soportar la puta idea de que otro se meta con ella.

Acaricio sus dientes con mi lengua, disfrutando la dulzura de su aliento y percibiendo el modo en que se me acelera el corazón.

Cuando se aparta, me doy cuenta de que he estado cerrando los ojos.

Y ella también.

Pero los abre después que yo.

—Debo irme —susurra sobre mis labios.

—Lo sé, mier...

—Shhh. Me avisas en cuanto haya novedades de Charlie, ¿sí?

—Veré si las tengo. Si no, no las buscaré.

—Okay, estamos avanzando —bromea y sonríe.

Dejo un nuevo beso sobre su boca. Es algo tan breve que, antes de permitirme disfrutarlo, Tracy se aparta y mira hacia atrás.

—Creo que mamá encendió la luz de su cuarto. Hasta luego, Theo.

—Avísame cuando estés dormida.

—¿Cómo podría hacer eso?

—No lo sé. Tómate una foto en la cama.

Ella vuelve a sonreír con picardía y antes de cerrar la puerta del auto me dice:

—Eres un idiota. Pero aun así te quiero.

algo que nunca escucharé. No de él... quiero que lleguen a mí esas palabras invisibles y cada segundo se clava en mi sangre, llenando mi pecho de angustia.

Quisiera gritarle «¡Hey! ¡Te dije que te quiero! ¿No me escuchaste?». Es probable que no lo haya dicho lo suficientemente fuerte, aunque mi cuerpo fue más rápido que mis pensamientos y lo declaré antes de que el infierno se me vuelva en contra.

«¡¡¡Theo!!! ¡¡¡Reacciona!!!».

Nada.

«Dime que me quieres, por favor».

Di algo.

Que no me quieres, pero dilo.

Suelo escucharlo gritar, pero el problema es cuando no dice nada.

Su silencio me consume.

Me mata.

Me entierra.

Basta, Tracy. Entra antes de que tu madre te mate.

Espera...

Déjalo. No lo va a decir.

Un momento, por favor. Solo unos segundos más.

Tic toc.

Tic toc.

No hay nada.

Bueno... vamos.

Finalmente cierro la puerta del auto y, al darme la vuelta, escucho el motor rugir e irse a toda prisa, mientras un ardor insoportable me sube a los ojos y las mejillas.

Las lágrimas me empapan la mirada y mi mundo se cae a pedazos antes de llegar a la puerta.

Me duele todo.

Me duele vivir.

Cuando parece que las cosas no pueden ponerse peor, aparece el *serial killer* del amor con su cuchilla mortal para romper tu corazón en dos.

THEO

Tachas, alias Jacob, alias *elmuytocapelotas*, siempre tiene un método nuevo para colmar la paciencia de alguien.

Intento revolver avena en un tazón de leche mientras tengo mis cosas sobre el desayunador: no importa cuántas vueltas le dé al mismo contenido que gira y gira, la avena no se va a deshacer más en el lácteo.

Estaba solo, metido en mis pensamientos, en los gritos y el dolor dentro de mi cabeza, hasta que al idiota se le dio por aparecerse en la cocina y hacerme comenzar un mal día miércoles.

—Otro que se levantó con flojera —dice al verme.

No reparo directamente en él pero su presencia me alcanza para colmar el termómetro de mi tolerancia.

—Es más de mediodía, ¿no piensas ir al instituto? —insiste mientras abre la heladera y busca dentro de ella mientras sigue con su discurso de mierda—. Ya se fueron todos hace horas y tú recién desayunando aquí. ¿Hubo fiesta anoche, amigo?

No he tenido precisamente «fiesta» pero sí los motivos suficientes como para necesitar una buena cantidad de horas para reponerme, sobre todo al final de la noche, en el momento en que Tracy me hizo la más estúpida confesión de su vida.

Que me quiere.

¡Que... me... quiere!

¡Ja! ¡Me quie...! ¡Esa basura! ¡¿A mí?! ¡Que me quiere a mí? Yo no soy una persona digna del aprecio de nadie. Aferrarse sentimentalmente a alguien es tirar todo por la borda.

Eso no existe.

El amor no existe, querer a alguien tampoco.

Pero, por favor... Querer a una persona es para obtener algo, con algún fin o lo que sea. Por ejemplo, ahora mismo quisiera un tenedor para clavárselo en el pecho al idiota que me está jodiendo este día también.

Tachas cierra la heladera y saca la caja de leche que dejé sobre la mesa luego de haberla usado.

—Si no la dejas en su lugar, me resultará difícil encontrarla
—dice sirviéndose en un cuenco hasta lo último que queda.

Metiéndose en mi vista, distingo que el imbécil está vestido solo con unos pantalones de algodón que le cuelgan desde la cintura; va descalzo y con el torso desnudo. Vamos, si es otro que también se levanta a estas horas a desayunar, ¿con qué moral se digna a reclamarme a mí?

—¿Me pasas el cereal o te quedarás dándole vueltas hasta convertirlo en crema? Te informo, no pasará. Tu maldita leche seguirá siendo una maldita leche.

Sus palabras y su cercanía son la nueva arma que acomete en su contra: dejo que mis impulsos actúen por sí solos y le arrojo el cuenco con cereales. Él se gira de inmediato y le golpea en la espalda, luego el recipiente cae al suelo y se parte sobre la cerámica blanca y negra del piso de la cocina.

—¿Qué demonios...?!

—¡Vete a la mierda, Tachas! —rujo lleno de odio.

—Calma, amigo. Calma. Veo que alguien no ha tenido una buena noche — dice con las palmas de las manos en alto, intentando pedir clemencia—. Veamos, ¿problemas familiares?

—Que te jodan.

—Mmm, eso sería muy interesante pero, si quieres, te cuento luego sobre mis aventuras amorosas.

El sarcasmo en su voz vuelve un tanto divertida la charla, aunque hago todo lo posible por no reírme ante semejante... semejante...

—Vamos, Theo, ¿acaso tienes problemas financieros? Tengo algo de dinero para prestarte.

—No me importa tu jodido dinero.

—Entonces, dime —insiste y toma asiento en la barra del desayunador, frente a mí—, ¿ocurrió algo grave? Vamos, amigo, no me escondas cosas a mí, los de la Bad House somos como una gran familia.

—Tú no eres mi puta familia.

—¿Y quién es? ¿Acaso la tienes?

Sus palabras son un nuevo motivo para que tome un cuchillo y se lo entierre en los ojos, sin embargo no lo hago porque el muy imbécil tiene razón.

—Basta, Jacob. No te incumbe.

—Ajá, algo ocurre. ¿Por qué no me lo cuentas y compartes lo que te pasa?

Dentro mío también hay mucha mierda, si la juntamos y la arrojamos a las plantas sería un buen fertilizante natural.

Su mal chiste me llena de ira, pero la contengo presionando los puños.

Él lo nota y se aparta un poco con su tazón de leche y avena. Odio a la gente que llama cereal a la avena. No importa si lo es, pero en mi cabeza no hay lugar para integrar ambos y no quiero hacerlo tampoco.

—Ya, no te pongas así por mi maravilloso sentido del humor. Si no quieres hablar, no lo hagas.

Tachas toma su tazón y se dirige hasta la puerta, pero antes se detiene y me dice:

—Solo ten cuidado, Theodore. Algún día te quedarás completamente solo y te ahogarás en tu propia tristeza.

—¿Y quién carajos te dijo que yo estoy triste?

—Se nota en tu cara. Necesitas amor y estoy seguro de que de eso se tratan tus problemas.

—¡¡¡NO ES ASUNTO TUYO!!! —vuelvo a rugir, temiendo tener algún elemento mortal a mano.

—Bien... No es asunto mío. Como digas... Pero ten cuidado con la soledad. Es adictiva y destructora.

—¡Vete a la mierda!

—Exacto. Como yo, quedarás hecho mierda.

Mi almuerzo no es algo muy atractivo, a primera vista me produce rechazo y lo hago a un lado.

—¿Todo bien? —me pregunta Carl.

Su voz, al igual que la de todos, me genera sensación de pesadez y dolor de cabeza de solo hacerme a la idea de que debería responder.

Creo que es el día de clase más largo de mi vida. O más largo en la historia de los días del instituto, demonios.

—No creo que estés embarazada —murmura Lottie, con un trozo de carne en la boca.

Los tres estamos comiendo en una mesa apartada de la cafetería, esperando a que Haley llegue con su almuerzo. Siempre deja que se le adelanten en la fila para comprar la comida y hace tiempo que nos resignamos a esperarla para empezar a comer.

—No... nada de eso —le digo—. Solo que anoche no dormí nada y tengo mucho sueño.

—Prefiero abstenerme de saber qué estabas haciendo —responde Lottie sentada en frente de mí. Carl está a mi lado.

Antes las posiciones eran distintas, sin embargo ahora ella se sienta en lugares distantes, sin hablar de las veces que prefiere irse con los Glorious. Por lo visto, hoy la mesa está demasiado llena como para que encuentre un lugar.

—Quizás bebiste y ahora tu hígado pide justicia —supone Carl.

Suspiro y cierro los ojos intentando encontrar cordura.

Quisiera que todo fuera un simple efecto del alcohol o cualquier sustancia que se solucione o pierda su resultado con el pasar de las horas, sin embargo no es algo posible. No para mí. Mi sentimiento de vacío y el sueño por haber dormido solo dos horas no son una combinación agradable de soportar durante una jornada escolar.

Me quedan aún dos clases más para terminar el día, sin embargo necesito que cese ahora.

—Debería irme a casa —murmuro—, solo necesito dormir un poco. Tengo sueño.

Mucho sueño. Quisiera dormir toda una vida.

—Qué raro —dice Lottie rompiendo una pequeña rama de apio—, tú dormiste tan poco que te mueres y justo tu amigo Landon falta a clases.

—¿Theodore? —pregunta Carl.

—Sí. Es compañero nuestro en Cálculo y hoy no lo vi.

—Como sea, también faltó Charlie Walk, que también es amigo de Tracy —le responde Carl.

Por un extraño motivo, siento que mi mejor amiga está tirando un enmascarado intento de ataque en mi dirección y ahora es mi compañero del Club de Lectura quien me ayuda a lidiar con ella.

Mencionar a Charlie parece no haber sido una buena idea ya que Charlotte se pone incómoda y reacomoda su peso en la silla.

—Qué tiene que ver una cosa con la otra: yo no dormí, ellos faltaron a clase y ahora mismo hay mil parejas haciendo el amor en este preciso jodido momento —les suelto y se quedan mirándome boquiabiertos.

¿Acaso dije una grosería?

¿Acaso dejé de ser la misma Tracy de siempre?

—¡Al fin! —se aparece Haley con una bandeja repleta en colores y vegetales—. Nunca vi tanta gente en mi vida. Apenas encontré algo sin carne, es muy difícil encontrar comida vegana en un comedor como este. Juraría que la palabra «veganismo» es marcada como *error* por los ignorantes programas de escritura en las computadoras del mundo... Ehh... ¿Holaa? ¿Qué son esas caras?

Finalmente decidí que volver a casa era la mejor decisión ya que no podía seguir en pie mucho tiempo más. Sin embargo, al bajar del autobús me encuentro con que el auto de mamá está estacionado en la parte exterior del garaje, lo que significa que ella está en casa.

¿Alguien más quiere acortar la semana desde el miércoles?

Que yo sepa, sus vacaciones empiezan recién el próximo lunes; según Richard, saldrán de viaje este fin de semana.

Al cruzar el camino de piedra que conduce hasta la entrada, giro el picaporte e ingreso, lo cual me resulta muy incómodo, viniendo de la aburrida rutina de siempre llegar y estar en soledad hasta tarde.

—Tracy, ¿eres tú? —escucho la voz de mamá desde la cocina mientras dejo mi pesado bolso sobre un sofá.

—¡Sí! —le grito y acto seguido me meto en la cocina para encontrarme con ella.

Mamá está lavando un manajo de platos y tenedores que quedaron sucios de hace un par de noches, mientras unos cuantos vasos mojados reposan sobre un trapo húmedo en la mesa.

No se vuelve para mirarme en cuanto me acerco a ella, lo cual me resulta sumamente extraño. Tiene el pelo recogido en una colita alta aunque se la nota un poco desarreglada. Va con pantuflas de felpa en los pies y viste su pijama de seda color turquesa. Al parecer, recién se despierta.

—Adelanté mis vacaciones —explica.

La noto extraña. Muy distante, pero no la juzgo. Sin embargo, debería estar muy feliz al creer que estoy saliendo con Carl. Es el típico chico que ella desearía que fuese mi pareja, el cual, para su desgracia, no lo es.

—Vaya, eso es genial —convengo—. La semana que viene es Navidad y no estarás preocupada por que se superponga Nochebuena con tu último día laboral.

—Ajá —es todo lo que responde.

No me gusta nada su tono ni la incómoda dirección que toman las palabras.

—¿Puedo saber por qué? —le pregunto tratando de relajar el asunto—. ¿A qué se debe el adelanto de esas vacaciones?

Friega los platos con fuerza y un esmero exagerado; juraría que tiene la mirada perdida como si aplastase la cabeza de alguien que odia.

—Porque haré un viaje con Richard este viernes.

—Vaya —le digo tratando de hacerme la que no sé nada—, ¡eso es fantástico!

—Ya lo sabes. Él me lo dijo.

—Oh...

Ella sigue fregando con fuerza.

—Mamá... —murmuro y me acerco—. No es necesario tan... tan fuerte...

Tiene que detenerse. Va a romper la vajilla y se puede lastimar si lo sigue haciendo así. No se la ve nada bien; debería estar muy feliz por hacer un viaje al otro lado del mundo junto con su novio.

—Mamá, no...

Intento acercarme a ella pero se opone y lo vuelve algo aún más violento; me empieza a dar miedo.

—En verdad, no deberías... —insisto, no obstante se sigue anteponiendo y vuelve mi tarea de querer detenerla mucho más difícil—. Si quieres, yo puedo seguir.

Parece no escucharme.

—Mamá, en verdad... ¡¡Oh!!!

El ruido del quiebre me llega a los oídos y me duele antes de ver el charco de sangre en el fregadero mezclándose con el agua y la espuma.

El momento se vuelve insoportable, ella se quedó en pausa y yo pasmada.

—Déjame ayudarte —intento acercarme pero sus pupilas se mueven hasta clavarse en las mías. Una vocecita en mi cabeza aventura de qué se trata lo que viene...

Lo sabe.

¿Qué?

Estás muerta.

No, no lo sabe... No puede saberlo...

Claro que sí.

¡No!

Mi discusión interna se resuelve y me doy por vencida en el momento en que mamá abre la boca para hablar y sus palabras lastiman mucho más que la herida que el plato roto le ha abierto en las manos:

—No vas a terminar con él, ¿verdad?

—Mamá, yo...

—Te arruinarás la vida con ese criminal y ahora es imposible detenerlo.

El metálico olor de la sangre me invade las fosas nasales y me duele ver a mamá sangrar. Por unos segundos parece que todo se detiene a nuestro alrededor, sin embargo rompo el estado de aturdimiento antes de que sea tarde.

—¡Mamá! —exclamo con los ojos inundados en lágrimas.

Ya empiezo con mis lloriqueos otra vez, pero no puedo evitarlo; no puedo hacerlo al ver lo que estoy causando: el daño que he hecho en los que me rodean y el que ya me he hecho a mí misma—. ¡Eso es mucha sangre!

Mira su mano y ambas nos detenemos en el charco que le gotea de las manos, una más que la otra, lo cual me pone la piel de gallina. Solo espero que no sea una herida profunda.

—Por favor... —le digo con la voz a punto de quebrarse.

Sus ojos, de a poco, se van sensibilizando con lo que está ocurriendo y noto también el modo en que las lágrimas se hacen ver, pero ella lucha a cal y canto contra ellas en medio de parpadeos.

—... déjame ayudarte con esa herida. Luego seguimos hablando sobre...

—Me mentiste.

—Es... que...

—Te fuiste del lugar en el que te dejé.

—Mamá...

—Te burlaste de mí en mis narices. Te fuiste con un delincuente lleno de tatuajes y perforaciones. Un drogadicto fracasado que te llevará a la perdición. Faltaste a mi autoridad, te atreviste a romper con mis normas y no tuviste consideración por todo lo que he hecho por ti. Lo que hice para salir adelante. Te convertiste en una persona que desconozco, no eres la niña que creció bajo este techo.

—¿Una «niña»?

—Te comportas como si fueras una.

—Yo no so...

—No te atrevas a contradecirme. No tienes noción de los peligros, del mundo, de lo que ocurre a tu alrededor y no eres capaz de verlo porque estás enceguecida con un criminal.

Ella empieza a temblar y yo la imito sin tener absoluta conciencia de las

sacudidas llenas de pavor provenientes de mi pecho.

Demonios, esto es mucho más difícil de lo que esperaba.

—No es lo que piensas —es todo lo que me sale decir.

—¿Entonces qué es?

—Sigo siendo virgen, mamá.

Yo no repetiré sus errores... Bueno, quisiera estar del todo convencida acerca de eso pero no puedo asegurarle nada en absoluto.

Mi vida es tan frágil, tan inestable.

—¿Y con qué derecho quieres que te crea, Tracy?

Me duele haber quebrado la confianza entre nosotras. No me queda nadie y no quisiera tener que perderla también a ella.

Parece que este es el precio a pagar por intentar permanecer cerca de Theo. ¿Cuánto más estoy dispuesta a dar?

¿Cuánto podré soportar?

—Por favor —le imploro mirándola a los ojos, que brillan en lágrimas al igual que los míos—, tienes que apoyarme en esto. No me dejes sola. Mi relación... Bueno, no sé si llamarla siquiera así, esto que tengo con Theo es tan difícil que no tener tu apoyo vuelve las cosas demasiado duras. Necesito que me guíes. Todos estos sentimientos, todo esto que ocurre es algo nuevo para mí, no me dejes sola mamá, te lo pido, no me abandones. Solo necesito que estés para mí cuando el corazón me duela, cuando mi soledad se vuelva una asesina, cuando me falte el aire de tanto llorar, cuando... cuando no pueda más...

Mi voz se quiebra y no puedo evitar soltar un llanto que me llena la garganta y me empapa en un instante las mejillas en lágrimas tibias, que no demoran en llegarme a los labios.

Su salado sabor es lo que se siente tener el alma en pedazos y no tener a nadie para repararla.

Mamá parece tragarse las palabras para no romper en lloriqueos ella también, sin embargo, al responderme, la voz también se le quiebra y cada vez es más baja:

—Solo... no quiero que sufras, hija.

Intenta tragarse su dolor pero las lágrimas y los ojos enrojecidos dicen más que sus palabras.

Ella no es una persona muy sentimental y no va a reconocer que también la invade la intensidad de estas emociones.

Se preocupa por mí.

Teme que cometa sus mismos errores, lo cual no hace más que recordarme que solo he sido producto de una equivocación.

Verla con la frente en alto, mojada en lágrimas, sudor y sangre en nuestra cocina es la viva imagen encarnada de una mujer que ha dado hasta lo que no pudo para sacarnos a ambas de las penurias que debimos atravesar.

La vida la obligó a mantenerse rígida como una roca, sin embargo, hasta el elemento más duro, con la suficiente presión, puede llegar a agrietarse.

—Perdón... —le digo con un hilo de voz y la abrazo por la cintura mientras dejo mi rostro llorar, reposado en su pecho.

No puede responder a mi abrazo por la sangre que le ensucia las manos, aunque estoy segura de que, de poder hacerlo, lo haría.

O no, pero con que reciba mi abrazo es suficiente.

Luego de unos segundos que considero suficientes, me aparto y le pido ver su herida.

—Ouch —se queja mientras examino la profundidad del corte.

—Solo es superficial, se ve peor de lo que en realidad es —le digo tratando de reanimar las cosas y calmándome a mí misma—. Vamos a curarte antes de que pueda infectarse.

—Sí, hija...

Finalmente toma un trapo que cuelga de la repisa y se envuelve la mano que más sangra. La otra apenas se ha llevado unos rasguños, por suerte.

Mientras salimos de la cocina, tengo la sensación de que la conversación no ha encontrado su cierre, no obstante parece ser que ella tampoco logra hallarlo, así que interrumpe mis deducciones al hablar, esta vez con mayor firmeza:

—Solo dejaré que sigas con él por una razón.

—¿Cuál? —pregunto con un poco de miedo a lo que pueda decir.

—Lo de ustedes terminará mal por sí solo. He conocido relaciones conflictivas y puedo asegurarte algo.

—Mamá...

—Tu relación con Theo no será para siempre.

Jueves

En los últimos días me han sobrado los motivos para convencerme a mí misma de que haber nacido fue mi primer y peor error. Sin embargo, queda fuera de mi alcance poder remediar semejante falta. Lo único que puedo hacer es aprender a sobrellevarlo de la manera que pueda. Y como el error que soy, solo puedo cometer otras equivocaciones, meterme en problemas y enamorarme de quien no debo.

Todo ello se limita a lo propio de mi existencia: la de una adolescente con una vida loca y anormal.

Yo soy diferente.

Eso siempre lo supe.

Y las siguientes cuarenta y ocho horas me lo confirmarían, marcando un antes y un después en mi vida.

07.59 a.m.

Llegar temprano a clases, tener las tareas al día y sacar buenas calificaciones siempre fueron los objetivos que resumían mi categórica rutina.

Hoy, esta parece haberse vuelto todo un completo desastre.

Antes, medía hasta los espacios en los renglones al escribir.

Hoy, apenas puedo leer.

Antes, llegaba veinte minutos antes a clase.

Hoy, estoy corriendo por el pasillo de la escuela deseando que el señor Gregory se demore en entrar a la clase de Historia Antigua.

Soy un completo desastre. Nunca pensé que terminaría de este modo, pero puedo remediarlo.

Debo volver a direccionar quién soy. No puedo estar corriendo de aquí para allá porque no tengo tiempo, me quedo dormida, en las noches me cuesta conciliar el sueño y una vez que lo hago, es llorando y con las mejillas hinchadas.

Tengo que mejorar.

Tengo que volver a mis viejos tiempos.

Hoy seré otra pers...

¡Pum!

—¡Aaay!

El choque con el otro cuerpo me derriba y mis hojas se desparraman por el suelo, sobre todo las que van sueltas entre los cuadernos.

Siempre me digo que debo colocarlas en un lugar seguro o pegarlas al menos, pero ni siquiera sé por qué vivo arrancando papeles y guardándolos entre medio.

Al levantar la vista, un montón de cabello verde con las puntas fucsias me marea, aunque es lo primero que me indica de qué se trata... La peor persona que me podría encontrar en toda esta maldita escuela.

—Fíjate por dónde vas, estúpida.

La voz chillona de Audrey es siempre una fea distracción para mis oídos.

Al verla, recuerdo que me estuvo tomando fotos la noche que salí con Charlie. Aunque me esté volviendo algo paranoica, estoy segura de que fue ella quien le envió esos archivos a Theo y la culpable de que él haya ardido de celos hasta perseguirnos.

—Lo siento —le digo en voz muy baja. No pienso disculparme más fuerte, mi orgullo no me lo permite.

¡Pero qué mierda...! ¡Deberías estarle arrancando esos pelos teñidos!

Tú para, no me des ideas.

¿Que no te dé ideas? ¿Te volviste loca? ¡Bah! ¡Si encima te disculpas!

Lo he hecho porque iba corriendo por el pasillo, lo cual no debe hacerse. Reconocí mi error, ¿ya?

Como digas.

¿Por qué no sigues con lo que estabas haciendo? Ya te dije que no voy a suplicarle perdón en voz alta. No lo merece.

Claro, sí. Eres taaaan mala...

—Calma, preciosa. De verlas a ambas en el suelo, no se a cuál subirmele encima primero.

Estaba tan metida en mis pensamientos que no me percaté de que Dominic acompañaba a la *peliverde*. ¡Perfecto!

—Alguien necesita vacaciones —asevera ella—. Tú, idiota, ayúdame a levantarme.

—Como digas, *Reina Blanca*.

Yo diría *Reina Oxigenada*.

Dominic levanta a su amiga mientras yo me pongo de rodillas sobre las

baldosas del pasillo para juntar mis papeles, rogando que el momento pase lo más rápido posible. No puedo seguir demorándome en esto: llegar a horario es prioridad. Lo último que necesito es ir con el director y que la llamen a mamá. Mañana sale de viaje con Richard y no quiero arruinarle los planes con mis problemas de la escuela.

—¿Te ayudo, gordita?

El muy imbécil me pica y no levanto la vista de mi cuaderno al escucharlo. Siento que la temperatura de mi piel aumenta y empiezo a hervir del odio.

—No —le respondo, mordiéndome la lengua para evitar decir «no, gracias».

—Uff, veo que mi amiga tiene razón. Necesitas vacaciones, te ves estresada.

Prefiero llamarme a silencio y no responder.

Solo quiero insultarlo pero sé que, si abro la boca, no me animaré a decirle nada de eso.

—Vamos de una vez —le insiste *Pelos Verdes*.

Pero él no se mueve de mi lado. Está de pie y yo en el suelo. He terminado de juntar mis cosas, aunque no deseo verle la cara, así que no me pongo a su altura.

—¿Por qué no vienes de fiesta con nosotros este fin de semana? —me pregunta.

Su insistencia me llama enormemente la atención. Recuerdo que Theo me contó que no podían hacer más fiestas en la Bad House porque la policía los tiene vigilados. Entonces, ¿a qué viene esta invitación?

—¿El muelle? —le pregunto.

Dominic me tiende una mano con dudosa caballerosidad y se la tomo para que me ayude a levantarme.

Por suerte, no me suelta en el intento.

—Ese fue el campamento. No, se trata de otra fiesta, ¡es una ocasión especial! —me dice él.

Audrey suelta un bufido.

—¿Cuándo es? —le pregunto, presa de la inseguridad.

—Ajá, veo que te desperté la curiosidad, preciosa.

Es la primera vez que me habla tan cerca, entonces noto que sus dientes son tan afilados que me aterran. Debe habérselos retocado para tener los colmillos en cuatro perfectos triángulos alargados.

—Se trata de una despedida —me dice él.

Nuevamente, *Pelos Oxidados* lo detiene:

—Ya, vamos. Esa fiesta es privada. Solo para gente de los Bad Boys.

—¿Es verdad? —le pregunto a Dominic. No es que confíe en él pero su palabra se me hace apenas más creíble que la de su compañera.

—Lamentablemente, sí —él hace un fingido puchero con los labios, pero lo repone al instante—. El triángulo invertido tatuado es tu pase libre a la Bad House.

Ajá, así que un evento muy privado. Ahí está la trampa.

Podría denunciarlos o...

—¿The... Theo estará allí? —me pica la curiosidad.

—¿Y a ti qué demonios te importa? —me dice Audrey.

Acto seguido, Dominic le coloca un brazo en los hombros para calmarla.

—Sí, preciosa —responde él, ignorando a su amiga—, claro que Theodore estará presente. Después de todo, es su fiesta de despedida.

—¿«Fiesta de despedida»? —repito con el alma en los pies.

No lo puedo creer, no puede ser cierto, no...

—Sí. ¿Acaso no te lo ha dicho? Una pena, considerando que ustedes dos son tan cercanos.

—¿Adónde se irá?

—A Costa Sur —suelta Audrey.

No puede ser. No. No. No. No. Ella lo sabe, la muy zorra lo sabe ¡y yo no!

Definitivamente esto no puede ir en serio...

—Una pena que no puedas venir a la fiesta —espeta Dominic con pena fingida—, la única solución es que te hagas el tatuaje, pero aun así no podrías ser parte del clan tan pronto.

—Entonces... tiene que haber otra forma. Dime, por favor —le ruego.

Ahora sí, estoy desesperada.

—¡Es una pena! —otra vez Audrey—. No puedes entrar en la casa y ya. Lo sentimos. Ahora sí, ¿nos vamos?

La fulmino con la mirada pero a continuación me dirijo a Dominic, iluminada por las palabras que antes usó la oxigenada.

—Hagan la fiesta en mi casa.

Mamá estará muy lejos. Se va mañana temprano y, aunque no debería haberlo dicho, la propuesta ya está sobre la mesa para ser disfrutada por los dos leones que están delante de mí.

—¿Cómo dices? —pregunta Dominic, perplejo.

—Hagan la fiesta en mi casa. La de ustedes no puede ser sede de más

fiestas públicas por problemas con la ley. Entonces, háganla en la mía.

Necesito ver a Theo.

Faltó otra vez a la escuela y solo resta un día de clases. Recién empieza la jornada escolar y no lo he visto desde que bajé del autobús. Estoy casi segura de que no vendrá mañana tampoco.

Luego se irá de viaje a Costa Sur. Eso queda a más de ocho horas de aquí, es demasiado. No puedo dejar las cosas así. Tengo que verlo, hablar con él.

—¿Y bien? —les digo—. ¿Qué opinan?

Dominic y Audrey intercambian una mirada de complicidad y, a juzgar por sus rostros, parecen estar disfrutando de la idea.

Yo estoy muerta de miedo.

Acabo de cometer la peor equivocación de mi vida.

Viernes

Salté a la deriva por alguien que no se atreve a amarse a sí mismo.

Está colmado de tristeza, en sus ojos grises solo hay oscuridad, ni un atisbo de luz en ellos, aunque crea que alguna vez fui capaz de verla.

Se odia. Y me hizo odiarme.

Caí a los pies de alguien que tiene el corazón de piedra, que nunca recibió un abrazo sincero, al que nunca le dijeron «te quiero», que teme unirse sentimentalmente a alguien, que prefiere golpear y ser lastimado a tener que vérselas con sus demonios internos.

Caí a los pies de un hombre que ama ver sufrir a las personas... y él ha sufrido más que nadie.

Cree que todos guardan secretos.

Él tiene los suyos bajo llave.

Sonríe solo para seducir.

Aunque no permite ser seducido.

Theo dio un giro a mi vida. Salté en caída libre por él.

Lástima que el impacto duela tanto...

¿Creías ya haberlo visto todo? Siempre puede ser peor.

05.22 p.m.

Mi mano se arrastra hasta el celular en mi bolsillo, tengo la mirada nublada y apenas consigo marcar el número de mi madre antes de que mi vida se sumerja en un pozo profundo.

Me duelen el corazón, la cabeza, los pies, mi existencia.

¿Es que nunca va a parar?

Los ojos de Theo ardiendo de furia son lo único que tengo en mente. Verlo llorar ha sido lo peor que me pasó en la vida, nunca creí que pudiera sentir este vacío en el pecho.

Soy una persona horrible, soy lo peor que puede existir.

Cuando por fin creía que habíamos forjado un vínculo de confianza, cuando me confió uno de sus recuerdos más aterradores, tuve que arruinarlo todo,

provocar una discusión y los gritos comenzaron de nuevo.

 Mi vida abandona de a poco este cuerpo desahuciado.

 Cuando naces destinado al dolor, ser feliz parece una mentira.

05.20 p.m.

 —¿Mamá? Soy yo, Tracy. Por favor contesta el teléfono... No me siento bien. Llámame en cuanto escuches el mensaje. Te quiero.

04.20 p.m.

—¡Porque eres un imbécil!

—¡Ja! ¡Un imbécil que jugó contigo del modo que se me dio la gana!

Theo tiene una sonrisa de suficiencia en los labios que empieza a decaer en la medida en que ambos nos damos cuenta de lo que acaba de decir.

Algo está roto de manera definitiva entre nosotros.

Algo se ha destruido para siempre.

03.20 p.m.

Luego de haber limpiado todo de arriba abajo exhaustivamente, me percaté de que no he almorzado nada.

Arreglé hasta el patio para recibir a los invitados de la fiesta y solo ruego que el desastre que vaya a quedar luego de esta noche no implique consecuencias irreversibles.

Me tomé el trabajo de guardar en la habitación de mamá todos los elementos de valor, desde la joya más pequeña hasta los preciados libros que Theo me regaló. Todo lo que pueda tener alguna implicación económica o sentimental está bajo llave y esta va conmigo.

No creo que puedan romper la cerradura, supongo que será algo tranquilo.

Me ruge el estómago y me dirijo hasta la cocina para buscar algo de lo que haya dejado mamá en la heladera. Sé que compró víveres antes de irse, espero que haya algo bajo en calorías porque no me gustaría estar muy hinchada esta noche. No obstante, antes de abrir la puerta del refri oigo que llaman al timbre de casa y suelto un suspiro.

Pedí a Dominic que avisara a todos que la fiesta empezaría a las nueve. Dudo mucho que alguien tenga el valor de llegar ahora... Justo en este momento.

Atravieso el espejo de la sala y miro mi aspecto: el cabello recogido en una colita alta, una remera blanca demasiado suelta me cubre lo suficientemente bien, las mangas arremangadas que me recuerdan a los Bad Boys, unos pantalones de *jogging* grises que pasarían fácilmente por un pijama

de invierno.

En fin, estoy en mi casa y cualquiera que esté afuera sabrá entenderlo.

Muy confiada de mis pensamientos, me dirijo hasta la entrada y abro la puerta principal con absoluta confianza.

Un par de ojos grises clavados en mí me derriten, al tiempo que me sorprenden y ahogo un grito.

—Theo —suelto casi en un suspiro.

—Tracy.

—¿Qué... qué haces...?

Antes de soltar la palabra «aquí», él me interrumpe y se mete en la casa, haciéndome retroceder, y en cuanto está lo suficientemente cómodo en la sala, cierra a sus espaldas de un portazo e insiste:

—¿Qué hago yo? ¿Qué mierda estás haciendo tú, Tracy?

El tono en que me habla me enfurece.

Mi primera reacción es querer llorar pero no puedo seguir mostrándome débil frente a este monstruo de musculosa negra, jeans negros y *Converse* gastadas.

—¡No! —le digo parándome con firmeza frente el sillón, punto al cual me ha hecho llegar dando pasos hacia atrás.

—¿No qué? Contéstame: ¿en qué mierda estabas pensando al organizar la fiesta en tu casa?

—¡No me hables de esa manera! Quieras o no, ¡esta es mi casa! —con el corazón en un puño, me armo de valor para mirarlo a los ojos a fin de decirle —: Y no permitiré que te dirijas a mí de ese modo. No lo permitiré otra vez ni aquí ni en ningún lado.

Él tuerce el gesto, que varía de molesto a incomprendido.

—¿Pero qué mier...?

—¡Basta!

—Dios santo...

Theo se presiona las sienes como si le fuese a explotar la cabeza y cierra los ojos buscando concentrarse en calmar su respiración agitada.

Noto que también me he conmovido con la situación y mi pecho sube y baja producto de una respiración demasiado acelerada.

Finalmente se vuelve a mí y me mira con el ceño fruncido.

—¿Podemos hablar? Trataré de comportarme pero me haces enfurecer hasta explotar.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —le suelto—, no puedes detenerme.

No eres mi padre.

—Quizá falta que te reprendan un poco por tus actos infantiles.

—Solo mamá puede hacer eso. No tengo padre y mucho menos dejaré que tú intentes comportarte como si lo fueras.

La mirada de Theo se suaviza de a poco pero mantiene en parte esa llama peligrosa que me enciende el cuerpo.

—Entonces los invitaste porque se te dio la gana —dice acercándose nuevamente.

—Sí.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Mientras menos es la distancia que nos separa, más nerviosa me pongo para hablar pero hago un esfuerzo sobrehumano con tal de sostener la firmeza en mi tono de voz:

—¿Y tú cuándo pensabas decirme que te irías a Costa Sur?

Deja de avanzar pero ha quedado lo suficientemente cerca como para que su pecho roce apenas el mío.

—¿Quién te lo dijo?

—Dominic y Audrey.

—Malditos...

—¿Por qué no me lo contaste?

—No quería hacerlo, mierda.

—¿Por qué?

—¡Porque... porque no había ninguna necesidad! Será solo para pasar Navidad y Año Nuevo con la puta familia de mi padre y porque él mismo me obliga a hacerlo, nada de otro mundo.

Al fin.

Al fin sé algo de su padre. Pero no es suficiente.

Al menos siento el modo en que algunas piezas de mi alma empiezan a rearmarse en la medida en que voy asimilando que el viaje de Theo no será algo definitivo.

¿Quién dijo que una no debe perder las esperanzas?

—Entonces... volverás.

—Claro que volveré. Debo terminar el instituto. Luego me iré pero a estudiar en la IVU aunque eso no será hasta el próximo semestre.

—Vaya...

Theo vuelve a acercarse y su respiración ya encuentra la mía demasiado cerca.

—¿Tenías miedo? —me pregunta.

—¿Yo? ¿De qué?

—Miedo de que no regresara.

Me quedo mirándolo a los ojos y mi silencio es la afirmación que espera.

También la pauta que le hace tomar el atrevimiento de romper la distancia entre nosotros y juntar mis labios con los suyos.

Theo envuelve mi rostro en sus manos. Volver a sentirme dominada por su tacto, volver a ser recibida por su aliento es lo que más deseo ahora y caigo en la cuenta de que es lo que más he deseado en los últimos días.

Desliza sus dedos hasta mi cuello, donde me siento más vulnerable y dejo escapar resoplidos de placer contra su rostro en el momento en que me muerde el labio inferior.

Mis manos bajan hasta su cinturón y hay tantas cosas que me gustaría hacer ahora mismo... Así que dejo la moral de lado y levanto la prenda que le cubre el torso.

Toco los músculos de sus caderas, que se endurecen a medida que deslizo mi tacto por ellos.

Esta vez siento la necesidad de disfrutar aún más de él. Por otra parte, he estado todo el día en actividad, necesito una ducha pero el asunto parece excitarle más a él ya que, por mi parte, solo me incomodo.

Sus labios se deslizan hasta la base de mi garganta y la piel se me enciende. Llego con mis manos hasta el centro de su espalda y clavo las uñas ahí.

Por mi cabeza pasa la ligera incógnita de haberle hecho daño, aunque dejo la opción de lado ya que escucharlo gemir contra mi piel es la melodía más salvaje y hermosa que puedo percibir ahora mismo.

Theo retrocede apenas y se toma la remera por los bordes, no obstante lo detengo y termino por quitársela.

Ver su torso desnudo bajo la tenue luz de la sala es una perfecta imagen para mis ojos. Sobre todo teniendo en cuenta que las pupilas negras del lobo en el tatuaje de su pecho y su cuello van clavados sobre mí, y sé exactamente que desean poseerme por completo.

Hoy me siento mucho más fuerte que en otras ocasiones.

Hoy quiero darme el gusto de dominar a la bestia.

No estoy pensando con claridad sino dejando que mi instinto sexual domine la situación.

Aparto a Theo antes de que quiera quitarme la larga remera blanca que

llevo puesta.

Me mira un poco molesto pero le doy la vuelta y me quedo boquiabierta al verle la espalda.

Tiene la forma de un perfecto y musculoso triángulo invertido, quiero mordérsela. Pero más me llama la atención el tatuaje enorme que lleva dibujado: un árbol suspendido en el aire con las raíces que terminan en su cintura y ramas secas que apenas llegan a sus hombros.

El árbol es imponente, oscuro y tiene grietas en todas partes.

Como Theo.

Parece que el dibujo va a salirse de la piel donde se asienta aunque llevo mis manos hasta el dibujo para tocar la obra maestra y, lejos de poder sentir algo que escape de su sitio, solo toco la piel firme de Theo.

Coloco ambas palmas de mis manos sobre sus omóplatos y las bajo hasta su cintura.

Aparecen en él pequeñas sacudidas de excitación cuando dejo reposar mis labios en el medio de su espalda, al centro del grueso tronco.

No puedo creer que jamás he visto desnuda esta parte de su cuerpo.

Theo se da la vuelta y levanta mi rostro con un dedo en mi barbilla.

Centro mis ojos en los suyos, grises con las pupilas tan dilatadas que se los ve más oscuros que nunca.

—Quiero que hagas algo, nena —dice tan bajo que solo yo podría escucharlo.

Toma mis manos y las deja reposar sobre su cinturón.

Me quedo impactada al ver la erección bajo la tela de su pantalón y antes de dejar de admirar su entrepierna, ya me encuentro liberando la hebilla y desprendiendo el botón de los jeans.

Al bajar su pantalón veo un bóxer blanco de algodón que le sienta tan bien que quisiera sacárselo con los dientes. Un tatuaje bajo su ombligo termina justo en su pubis y me ruborizo. Hay algo escrito en letras chinas.

—¿Qué dice? —le pregunto con el ligero recuerdo de haberlas notado antes.

Theo me sonrío con suficiencia y se baja la cintura del bóxer hasta el punto donde termina la inscripción vertical.

Me distrae más el miembro endurecido bajo la tela (pidiendo salir) que las letras orientales.

—¿De qué lado estás? —me dice.

—¿Qué? —le pregunto con el corazón desbocado.

—Eso dice el tatuaje, nena. «¿De qué lado estás?».

—Oh...

Mi respiración se acelera aún más cuando sus manos dejan la tela de su ropa interior y soy yo quien termina por dejar escapar su miembro endurecido.

Jamás he tenido a un hombre completamente desnudo frente a mí. Ni siquiera había tocado por encima de la ropa las partes íntimas de otra persona, sin embargo, ver el pene de Theo me deja con una mezcla tal de sensaciones que no es necesario preguntar cuál es el siguiente paso que debo dar.

Mi mano envuelve su miembro, es suave y con algunas venas marcándose en su alrededor. Lo empiezo a masturbar hasta bajar la piel del prepucio... y su glande queda al descubierto. Es un poco más grueso que el resto del ancho del miembro y me lo meto a la boca antes de seguir admirándolo.

Es suave a mi lengua, menos de la mitad del miembro ya me llena la boca y se endurece más mientras se mueve con el pene dentro.

—Mier... da... Así, demonios, así... oh...

Sus palabras escapan entre sus gemidos de placer y sigo chupando, intentando que cada vez me entre más en la boca pero apenas puedo llegar a la mitad.

Siempre me pregunté qué tal sabría pero, apenas percibo lo salado del gusto de la piel, mi incógnita se resuelve: tiene aún menos sabor que un par de labios pero es más excitante sentir el modo en que se endurece y provoco sobresaltos en su cuerpo mientras lo obligo a retorcerse de placer.

Me siento un poco incómoda de cuclillas frente a él, por lo que me quito el miembro de la boca y me siento en el reposabrazos del sillón a mis espaldas. Quedo casi a la misma altura, un poco más alta inclusive, lo que me hace más cómodo poder hacer que me entre el miembro de Theo en la boca.

Él apoya una mano sobre el sillón y con la otra me acaricia el cabello mientras se la sigo chupando.

Creo que va a empujarme la cabeza para hacer que su pene se hunda aún más dentro de mí... Ya siento el modo en que el glande me roza la garganta en su entrar y salir.

Parece que Theo, con su mano en mi cabeza, intenta apartarme apenas, pero miro hacia arriba, a sus ojos, y los cierra con fuerza.

—No, mierda... no... hagas eso —dice y antes de defraudarme a mí misma por lo que hago, añade—: No... mierda... voy a acabar en tu boca si sigues...

Lejos de que pueda detenerme su voz, sigo chupando aún con más fuerza sin despegar mis ojos de los suyos.

En un momento que los abre apenas, siento que el líquido preseminal me humedece la lengua y la garganta.

Procuro apartarme pero, antes de poder hacerlo, empuja sus caderas con fuerza hacia mí, mis uñas le rasguñan la zona baja de la espalda y Theo se deja ir.

En ese instante se aparta solo dejando el glande entre mis labios pero un líquido viscoso y salado me llena la boca, y parece no caberme más mientras sigue eyaculando. No sé si se puede hacer o no, pero soy novata en esto y no me quedaré embarazada, así que me lo trago.

No tiene tan mal sabor como pensaba.

—Oh... —suspira mientras acaba.

Debo admitir que hacerle sentir placer es una de las mejores experiencias que he atravesado.

No se equipara al día en que me practicó sexo oral en el subsuelo de la escuela, pero tiene su atractivo; incluso haberme tragado el líquido seminal se me revela una experiencia con encanto y no sé si volveré a tener la oportunidad de hacerlo. Mi sexualidad es tan inestable como la relación que tengo con Theodore.

—Creo que debes cepillarte los dientes —murmura cuando me aparto y siento que una gotita de semen corre por la comisura de mis labios.

09.52 a.m.

Mamá tiene lágrimas en los ojos y reconozco que una parte de ella no está del todo segura de dejarme sola en la casa, pero ya no hay marcha atrás y Richard desea con fuerzas poder llevarse a mi madre en ese viaje de ensueño.

—Es hora de irnos —le dice y mamá me da el enésimo abrazo, y a la sazón me recuerda cerrar la llave del gas antes de apartarse.

—Ya, mamá —le digo.

Se aparta y me mira con ojos de cachorrito dolido.

—Estaremos aquí antes de Navidad —me promete—, ahora dime que serás una niña buena y te portarás bien.

—Mamá...

—Hazlo.

Me lleno las mejillas de aire y finalmente me obligo a darle el gusto.

—Sí, mamá. Seré una niña buena y me portaré bien...

03.50 p.m.

—¿Me esperas? —le digo a Theo luego de cepillarme los dientes.

Está sentado a los pies de mi cama, viste solo los jeans negros con el cinturón desprendido, pero esta vez con sus partes íntimas cubiertas.

—¿Te vas? —me pregunta.

Niego con la cabeza y saco una toalla del armario.

—A ducharme —le digo, dedicándole una sonrisa.

No puedo creer que después de tantas batallas entre nosotros, tantos problemas, esté finalmente en mi habitación. Nunca me convencí del todo de *que* algo así podía ser posible nuevamente.

En sus labios se dibuja una media sonrisa seductora y lo conozco como a la palma de mi mano. Estoy segura de que está pensando en...

—Te acompaño —me dice como robándome el pensamiento.

—¿Me espías mientras me ducho? —pregunto con picardía y me suelto el pelo.

Lo hago con provocación para lograr precisamente despertar nuevamente el miembro en su entrepierna.

—Sí. Además, te daré una mano si la necesitas.

—¿Y si no te dejo? —le digo mordiéndome el labio inferior y mirándolo con coquetería.

—De todos modos lo haré —me responde y se pone de pie.

Camino hasta el baño y me quito la ropa en el trayecto, quedando solo con mis prendas íntimas. La remera blanca y los pantalones de gimnasia demasiado sueltos quedaron en el camino.

—Lindo trasero, nena —me adula.

Sonríó antes de inclinarme para abrir el grifo de la ducha. A continuación, siento su miembro duro presionando contra mi trasero y una sensación de éxtasis se libera junto con el vapor del agua caliente.

04.13 p.m.

—¡Ahhhh, mierda! —dice él inclinado contra mi hombro mojado,

mordiéndome en la curva izquierda del cuello.

También estoy muy agitada y siento el modo en que quita los dedos de mi entrepierna mientras suelto su miembro de mi mano, humedecida por él, en la segunda vez del día.

—Eso... eso ha sido... —dice entre jadeos y me atrevo a contestar en su lugar:

—Asombroso...

—Sí, mierda, sí...

Todavía siento su respiración agitada contra mi pecho.

Nunca pensé que terminaría siendo masturbada a la vez que masturbaría a un chico en la ducha de mi baño. Este orgasmo en conjunto me deja suspendida en el aire; es una tensión que acumulaba desde hacía tiempo.

Theo se aparta y toma el jabón.

—¿Haces lo tuyo? —me propone riendo.

Tomo la esponja y decido responder con una afirmativa.

—Claro.

Mi corazón ya está mucho más tranquilo y, a decir verdad, es relajante explorar los tatuajes en el cuerpo de Theo mientras paso la esponja por su piel y la espuma se escurre junto con el agua caliente.

Algo que nunca deja de sorprenderme es la mirada enfurecida del lobo. Entre los triángulos invertidos, las rosas y las espinas en sus tatuajes, sigue siendo la causa de mis sueños eróticos y pesadillas.

—¿Qué pasa? —dice él.

—Nada —contesto.

Paso la esponja por su ombligo hasta la inscripción en letras chinas y no puedo dejar de pensar en esa pregunta.

¿De qué lado estás, Tracy?

Aún no... no lo sé.

Perteneces a un bando o al otro. Necesitas hacer la elección de tu vida.

La tomaré, pero en su momento.

¿Cuándo será? Insiste la voz de mi conciencia.

¡Aún no lo sé! Además, estamos próximos a terminar la escuela y ya todo esto se habrá terminado.

¿Segura?

¿De qué?

¿Segura de que no hay más bandos enemigos más allá de todo esto? Yo creo que va a empeorar en la universidad.

Es probable...

A mayor edad, más grandes son los problemas. ¿No te parece?

—Creo que ahora toca la espalda —dice Theo.

Le sonrío y afirmo.

—Date la vuelta —le pido y apenas el tétrico árbol irrumpe en mi campo visual, no puedo dejar de sentirme atraída hacia esa imagen, ese tronco lleno de grietas.

¿Sería algo muy íntimo preguntar su significado a Theo?

Una parte de mí siente que no es necesario mencionarlo ya que el dibujo es tan parecido a su personalidad que me da miedo conocer la respuesta.

Un elemento medio muerto que se impone en toda su oscuridad, que provoca miedo e intimida en una primera mirada, pero que, si te detienes un momento para verlo bien, verás que el tronco está abierto, resquebrajado y a punto de secarse.

—¿En qué piensas? —insiste Theo.

—Yo... —busco las palabras indicadas para no arruinar el momento. No obstante me siento sin escapatoria y le digo lo primero que se me cruza por la cabeza—: Quisiera saber si te quedarás a la fiesta de esta noche o volverás más tarde. Si quieres puedes...

—¿Qué?

Theo se aparta como si lo hubiese lastimado y se gira para verme a los ojos. Parece muy molesto. ¿Qué hice esta vez?

—Solo quería proponerte que te quedaras.

—No tenía pensado venir a tu fiesta. Es una estupidez lo que hiciste, Tracy —me dice y sale de la ducha.

El agua cayendo sobre el suelo es lo único que percibo mientras trato de salir de mi mezcla de confusión y aturdimiento.

—Pero... ¡Theo!

Cierro el grifo y salgo mojada. Tomo la toalla que recogí antes y me la envuelvo por debajo de los brazos hasta cubrir mi cuerpo.

Nuevamente siento el pudor, la vergüenza.

—¿Qué quieres? —dice en cuanto aparezco en la habitación y lo veo poniéndose nuevamente los jeans negros.

—Quiero saber qué hice de malo esta vez.

Mis ojos heridos le suplican un mejor trato. Otra vez me he expuesto a él y vuelvo a ser la misma niña vulnerable de siempre... creía haber dejado atrás esa faceta mía, sin embargo, no importa cuánto endurezcas un metal. Con el

calor suficiente, se ablanda en cualquier momento.

—¡Esa puta fiesta es lo malo! No tienes idea de en lo que te estás metiendo. Por algún motivo, el tono en que me habla parece ser de amenaza.

—¿A qué te refieres? —le suelto—. Si me mezclo con los Glorious, estoy haciendo las cosas mal, pero si intento acercarme a tu grupo sigo en el camino incorrecto. ¿Cómo puedo hacer algo bien, ah? Dime, porque la verdad no te entiendo. Por mucho que lo intente, no te logro comprender.

Su pelo mojado y el mío humedecen la alfombra de la habitación.

—Tienes que dejarlo pasar y hacer tu vida —me dice terminando de atarse la segunda zapatilla.

—Entonces, ¿por qué viniste?

—Me ibas a estar esperando. Además, necesitaba hacerte cambiar de opinión y veo que no lo he logrado.

—¿Qué pasa si cambio de opinión? ¿Qué gano?

—No pones tu vida en un absurdo peligro.

—Entonces se supone que a ti no debería importarte lo que pase conmigo.

—Sí...

Theo me mira a los ojos antes de decir las siguientes palabras, pero los cierra de inmediato. Descubro que ese es su gesto cada vez que va a decir algo que toque demasiado cerca sus deseos más profundos.

Es mi momento para provocarlo. Para encender la pólvora. Necesito hacer estallar este montón de dinamita aunque termine destruida en mi intento.

—¿«Sí» qué, Theo?

—Qué... yo... Mierda, Tracy —vuelve a abrir los ojos y noto el modo en que le duele tener que admitirlo—. ¿Por qué me haces esto?

—¿Hacerte qué? —saco provecho de su momento de debilidad y me acerco a él. Quisiera tomarlo de las mejillas y romper la distancia entre nosotros, sin embargo dejaría caer la toalla y ahora mismo no me siento lo más orgullosa de mí misma como para desnudarme frente al lobo herido que intenta lastimarme y en verdad se hiere a sí mismo—. ¿Qué hago contigo, Theo? Dime, por favor. ¿Qué estamos haciendo?

—¡No...! ¡No sé qué rayos hacemos!

—¿Entonces tú qué? Termina lo que empezaste. No me dejes así, no atores las palabras que nunca más podrán salir de nuevo. Dilo, Theo. Di lo que ibas a decir.

—Yo... Ah, Tracy, yo...

No va a decirlo.

Sí, tiene que hacerlo.

No lo hará.

Sí, por favor. Una oportunidad más. Todos la merecemos.

—Theo —le pido con mi corazón despedazándose de a poco.

—No puedo, Tracy —contesta al fin y me horrorizo al instante.

El fuego en mi interior me consume y me empuja hasta las profundidades del infierno. Si él no me ama, no va a decirlo. No se dice lo que no se siente.

Él no me quiere.

Nunca lo ha hecho.

Doy unos pasos atrás y de a poco el aire me empieza a faltar, pero no me importa. Ya no me importa más nada.

—Tra... —murmura.

—Vete —le exijo con un halo de aire—. Vete, por favor.

—Pero entiende que... ya sabes cómo soy, no me pidas una relación de esas que...

—¿«Una relación»? —la ira me llena los pulmones de repente y me cargo de bronca tanto como de oxígeno—. ¡¿Una relación, dices?! ¡¿Acaso esta mierda te parece una relación?! ¡¿Acaso este modo de hacerme daño te parece una relación?! ¡No me parece ni una pizca de divertido todo lo que estás haciendo!

—Mierda, nooooo, noooo —Theo se toma la cabeza entre las manos y se sacude frenéticamente negando cada palabra que sale de mi boca, pero no me detiene.

—¡Criticas cada cosa que hago, luego tenemos sexo y crees que con eso está todo resuelto! ¡¿Es que así tratas a las demás?! ¿Te piensas que yo soy como cada zorra con la que te acuestas? ¿Piensas que voy a morder el anzuelo que intentas poner en mi camino?

—Nooooooooo, Tracy, noooooo...

—¡Sí, Theo! ¡Admítelo! ¡Admite que estás enfermo! ¡Eres un jodido enfermo!

Sé que voy a arrepentirme luego de estar diciendo esto. ¿Quién soy yo para decirle a alguien lo que es o lo que no es? Sé que no volveré a decir esto a nadie en mi vida. Sé que cada palabra me hiere en la garganta pero es que sale toda la mierda que llevo atorada en el pecho desde que conocí a Theo. Y no puedo más.

No puedo soportarlo más.

—¡Detente, mie...! ¡No sigas, no sigas! ¡Tú no entiendes nada!

Me quedo un segundo en silencio y me dedico a respirar. Inhalo y exhalo con profundidad aunque desearía estar muerta.

Al menos que mis últimos latidos valgan la pena.

—¿Qué no entiendo? —le pregunto—. ¿Finalmente me dirás lo que pasa contigo?

—¡No lo entiendes!

—¿No entiendo que te acostaste con Audrey mientras ibas tras de mí? ¿A qué juegas, Theo? Entiende que no eres de hielo. Nadie lo es. Ahora mismo te estás derritiendo frente a mí. ¡Por eso no soportas que te escupa la verdad! ¡Porque te duele! ¡Estás hecho pedazos y jamás podré arreglarte!

—¿Por qué no puedes simplemente dejarlo así?! —dice mirándome a los ojos.

—¡Porque eres un imbécil!

—¡Ja! ¡Un imbécil que jugó contigo del modo que se me dio la gana!

Theo tiene una sonrisa de suficiencia en los labios que empieza a decaer en la medida en que ambos nos damos cuenta de lo que acaba de decir.

Algo está roto de manera definitiva entre nosotros.

Algo se ha destruido para siempre.

El tiempo pasa para los dos pero parece haberse interrumpido en la misma milésima de segundo que sus palabras alcanzaron a salir.

—Tracy... —murmura.

Trago saliva y siento mi cabeza a punto de reventar. A decir verdad, creo que todo en mi vida se acaba de desintegrar.

—Vete... de mi... casa —suelto con la voz desgarrada.

—Pero... yo...

—Ahora, Theo... Vete... Te lo ruego.

Él suspira y, antes de maldecir, lo piensa dos veces y me dice:

—Okay. Si eso quieres, me voy. Me voy de tu maldita casa.

Sé que tiene mucha ira contenida pero realmente sus palabras me atraviesan y ya no hacen daño.

Hay tantas heridas en mí que cada arma que intenta utilizar ya ha lastimado lo suficiente. Mi mundo no existe.

Es demasiado.

Es demasiado...

—Bien —sigue diciendo.

A continuación toma su remera, busca las llaves de la motocicleta y, antes de que salga, lo detengo.

—Aguarda.

Él para en la puerta de mi cuarto y, sin mirarnos a la cara, las palabras salen de mi boca como un último suspiro.

—Cuando cruces esa puerta, no quiero volver a verte —le pido—. No quiero volver a ti.

Percibo el modo en que da un resoplido y asiente sin poder articular palabra. Tiene el mismo nudo en la garganta que yo hace unos momentos.

Ahora, en cambio, no hay nada.

Estoy vacía.

Lo último que escucho es la puerta cerrarse de un portazo.

Y me derrumbo en el piso de mi habitación, como quien cae de un síncope que deja su vida en suspenso.

Aguardo el final. aguardo el impacto, la descarga eléctrica que deje de hacer latir mi corazón, sin embargo nada de eso ocurre.

Para mi desgracia, hoy es el momento de dejarme arrastrar por el dolor hasta el final del camino en los recovecos más oscuros de mi interior.

Theo me acaricia la mejilla con el dorso de una mano y le sonrío.

Las almohadas blancas, rellenas de plumas esponjosas y cubiertas por la tela más sedosa que he sido capaz de conocer, están debajo de nuestras cabezas. La ropa de cama y la habitación es tan blanca que su piel bronceada, sus tatuajes, el lobo y sus enormes ojos grises brillan notoriamente en medio de un lugar con tanta luz.

Me muerdo el labio inferior, apreciando cada centímetro de su piel.

Es un demonio con apariencia del más tierno ángel. Los músculos de su cuello se tensan al momento que me sonrío y las comisuras de sus ojos forman pequeñas arruguitas que le dan un aire simpático y sensible...

Mi corazón está rebosante. No necesito nada más.

Extiendo mi mano y tomo la suya que me acaricia la mejilla.

—Esto es extraño —confiesa.

—El mundo es extraño.

—Como lo nuestro.

Nos quedamos en silencio unos segundos y, enamorada de su sonrisa, le suelto las palabras más puras, honestas e impulsivas que se me han cruzado por la cabeza. Aunque no me doy una segunda oportunidad para pensarlas como debería.

—Te amo, Theo.

Ese conjunto de letras con una carga sentimental enorme no significan lo mismo para ambos y lo sabemos.

Su sonrisa decae y su mirada se ensombrece.

La luz de la habitación empieza a desaparecer y de manera insidiosa mi alma comienza a perder consistencia.

—Te amo —le vuelvo a decir, esperando lo mismo de su parte.

Pero nada.

Theo está petrificado, con una terrible expresión de horror en el rostro.

—Hey... —murmuro. Pero sigue mudo. La habitación se sigue oscureciendo y las lágrimas vuelven a empaparme las mejillas por millonésima vez—. Por favor —le imploro—, dime algo. Lo que sea.

Que me odia, que no me quiere, que prefiere estar lejos de mí, que me grite, pero que diga una palabra.

Una por lo menos.

Su silencio me mata.

Es destructivo.

—¡Di algo, Theodore! ¡Por... por favor!

Sigue sin decir nada. Parece muerto, ni siquiera veo que respire.

Lo he destruido con mis palabras. Él ya no está aquí. Es solo un cuerpo muerto que comparte la cama conmigo.

¿Por qué se espera una respuesta de un «te amo» si ni siquiera es una pregunta?

¿Por qué al amar nos humillamos?

¿Por qué el dolor es adictivo?

La habitación se sigue oscureciendo y sé que al momento en que la oscuridad nos tape por completo, mi vida entera va a desaparecer.

—¡¡Theo!! —le grito con desesperación—. ¡¡Dime algo, por favor!!
¡¡Habla!!! ¡¡HABLA, THEO!!

Los segundos pasan, la densa negrura me consume y el magnífico momento desaparece. He arruinado todo. Lo he echado por la borda al confesar mis estúpidos sentimientos.

¿Es que no puedo permanecer en silencio?

De a poco mi campo visual va desapareciendo y Theo es tragado por la nada absoluta.

«¡¡¡THEO!!!», grito.

Y para mi sorpresa, no tengo voz.

Lo vuelvo a intentar, aunque él ya no está.

La habitación tampoco.

Ni mi voz.

Ni mi cuerpo.

Ni mi vida.

Soy nada.

Siempre he sido nada.

La dureza de la alfombra bajo mi cuerpo es dolorosa.

Abro los ojos de par en par, aterrorizada por la pesadilla que acabo de tener y lo primero que se me ocurre intentar es ver mi celular, deseando ansiosa una pista o algo que me indique el paradero de Theo.

Le pedí que no volviera.

Lo obligué a irse antes de intentar, una vez más, solucionar las cosas.

Le confesé lo que siento.

De a poco sumé motivos para alejarlo, esta vez para siempre.

Sin embargo, antes de encender la pantalla de mi celular, recuerdo que le dejé una llamada a mamá. Al menos eso deseo.

O un mensaje de Lottie.

O una llamada de Charlie.

O lo que sea.

Algo que me indique que no estoy sola...

Pero enciendo la pantalla de mi celular y termino por convencerme de que mi existencia ha desaparecido.

Nadie me tiene en cuenta.

Mamá no me respondió, a Theo no le importo y perdí a mis amigos.

Somos producto de nuestras propias decisiones: yo me he destruido a mí misma.

¿Qué hay más allá del sinsentido?

¿Cómo haré para recuperarme de esto?

Si es que en algún momento podré lograrlo... ¿Cómo seré capaz?

THEO

El plato revienta contra la estructura de vidrio que guarda la vajilla de porcelana. Los vidrios, al caer, reflejan la luz mortecina de la cocina y lamen el suelo en la medida que más platos revientan contra las paredes, y vuelan a diestra y siniestra.

—¿Qué demonios?! —maldice Amanda al escuchar los estruendos.

No me digno a mirarla, y me quedo sin más platos, así que paso a los vasos. Estos arrojan añicos por doquier con mayor impulso, lo que me genera una mayor sensación de adrenalina. ¿No hay algo más grande que reventar?

—¡¡¡Detente, loco!!!

Bueno, la cabeza de Amanda sería una buena opción.

Arrojo una copa en su dirección y, para mi suerte, revienta contra el umbral de la puerta y ella se esconde al otro lado.

—¡¡¡Imbécil!!! —me grita y sale corriendo escaleras arriba.

No me interesa adónde va. No quiero saber nada de ella ni de... de nadie.

Mis sentidos están anulados. El contacto con el mundo no existe. Solo necesito ver todo romperse a pedazos, al igual que las botellas de licor en el suelo que he bebido de tragos ininterrumpidos y destruido contra las paredes de la cocina.

El mundo da vueltas, pero no es grave. He estado peor.

—¡Theo! —grita Dominic.

—¡Detente, estás destruyendo todo! —se suma Jacob.

—¡Amigo, para! ¡Nos quedaremos sin cocina! —aporta Neo.

¿En qué momento llegaron?

—¡Que se vayan, mierda! —rujo y arrojo una fuente de metal contra ellos. Neo cierra de un portazo y el recipiente impacta contra la madera—. ¡¡¡Púdranse!!! ¡¡¡Púdranse todos, mierda!!!

Luego del grito me dirijo hasta la licorera que yace a un costado con las puertas de vidrio cayéndose a pedazos.

Saco una botella de ron, le quito la tapa y bebo, disfrutando del ardor

martirizante que me atraviesa la garganta.

Luego de un largo trago, mi cerebro empieza a embotarse más, un sudor frío me cae por la frente y la espalda, mi cabeza se siente oprimida pero no se asemeja ni de cerca a la sensación asquerosa que me llena el pecho.

—¡Pú... púdrans... e! ¡En el... jodid... do infier... no! —digo y dejo caer la botella al suelo.

No se rompe pero el resto del líquido se derrama sobre la madera.

Me detengo un instante y lo único que llega a mi nublada percepción es un lugar difuso y mi respiración a mil.

—Una... relación... y un cue... cuerno —musito.

—Hermano, calma.

—Que no... no vuelva. No... vuelva... a ella.

—Podemos hablarlo pero ven, siéntate. Trata de recomponerte, hermano. Te dará un coma etílico si sigues así.

—Ni... mierd... oh, de... monios...

Mi cabeza revienta y el muy tocapelotas de Tachas no puede dejarme hundir en mi propio infierno; el muy miserable es incapaz de dejarme en paz.

Dejarme en paz.

O que lo deje... así.

—No puedes seguir así, hermano.

—No soy... tu... hermano.

—Como sea, eres el imbécil más grande del mundo —dice obligándome a sentarme en una silla.

—Que te pu... pud...

—Que me pudra, lo sé. Pero ahora tienes que recuperarte si quieres ver cómo me pudro, ¿estamos?

El muy imbécil intenta hacerme reír pero no lo va a lograr, demonios, no va a lograrlo.

—¿Y... Neo? —pregunto.

En caso de ver a alguien prefiero que sea mi mejor amigo y no este idiota que se hace el amigo de Tracy y de todos los remilgados del Club de Lectura.

—Están afuera. Todos. Al parecer, soy el único que se arriesgó a que le revientes la cabeza de un botellazo.

—¿Por... qué?

—Simplemente no lo sé. Quizás es porque siento que no tengo nada que perder.

—Puajjj, suena...s como una... ni... niña.

—De pequeño quise ser una, pero ahora llevo los huevos bien puestos.

—Miegda —suelto una carcajada.

—Sí «miegda». Ahora dime, ¿de qué se trata esta vez? ¿Es lo mismo de siempre, verdad?

—Y a ti... qué...

—Tienes que hablar sobre eso. No puedes seguir así, idiota.

La cara de Tachas se desdibuja y se multiplica de a ratos. El collar negro y las cadenas cuelgan de su cuello, pero se vuelven difusos, al igual que los aros expansores de sus orejas.

Acto seguido cierro los ojos y dejo caer mi pesada cabeza sobre la mesa.

Escucho que se levanta, sus pasos tras de mí y un chorro de agua sobre un recipiente llega a mis oídos.

El pone su mano sobre mi frente y me levanta la cabeza. Veo su rostro pero se interrumpe con un vaso que cruza en mis narices.

—No tengo idea de qué hacer con un borracho como tú pero supongo que beber agua te hará bien.

—No... mierda... yo...

«Yo...», eso es lo que siempre solía decir ella.

Es lo que suele decir.

Conozco esa expresión suya cada vez que se pone tensa o inquieta, demonios, es que muero por volver a verla. ¿Tan duro puede ser esta clase de castigo? ¿Qué hice tan terrible para merecerlo?

Jacob lo deja sobre la mesa y se sienta delante de mí.

—Problemas con chicas, ¿cierto? —murmura—. ¿Tracy Smith?

Trago saliva al escuchar su nombre, como si una terrible amenaza hubiera caído sobre mí.

—Ajá... —asiento con timidez.

—Mierda, era verdad entonces.

No puedo verlo más. Siento el alcohol volviendo a quemarme la garganta desde adentro y el tiempo solo me alcanza para girar la cabeza y vomitar hacia un lado.

Demonios...

—Oh —dice Tachas y se pone de pie. Me ayuda a girar la silla y expulso el licor que acabo de beber. Es asqueroso pero, mientras sale todo, se intensifica mi necesidad de esclarecerme. De limpiarme al menos el estómago—. Eso te hará bien, aunque huelga espantoso. ¿Cuánto bebiste?

Termino de vomitar y le señalo las botellas en el suelo.

—Mierda —dice él—. Levántate.

Me toma por el cuello de la remera y me acerca al fregadero. Abre el agua fría y mete mi cara bajo el grifo.

—Vas a ver las cosas mucho más claras ahora —asegura, empapándome la cara.

Abro la boca y escupo agua para quitarme el sabor, sin embargo el alcohol va impregnado en mi paladar.

—Ya... ya —le digo.

Tachas me quita el maldito hielo y siento que mi cabeza intenta dejarse de marear, sin lograrlo como debería. Necesito estar fuera de mi conciencia para poder escapar a la basura que me llena por dentro, ¿por qué este idiota tiene que aparecer y empeorar todo?

Lo empujo hacia atrás y me limpio los ojos con el dorso del brazo.

—Idiota —le digo.

—Mira quién habla.

—¿Cómo... cómo lo... supiste?

—¿Lo de Tracy? —pregunta de modo retórico—. Alguien me mencionó ciertas sospechas de que entre ustedes había algo. ¿Me dirás tu verdad al respecto?

—Mué... muérete.

—Nunca me desearon tantas cosas lindas en mi vida. Ahora dime: ¿de qué se trata esta vez?

—Odio esto.

—¿Qué es «esto»?

—O... odio —los mareos, el dolor, el amor, odio odiarme, el tiempo, mi vida, a este imbécil, a mi familia, a mi padre, a los que mataron a mi hermano, al novio de mi madre, a mis amigos, a las chicas, a las fiestas, al mundo entero—. Odio a los Bad Boys.

—¿Qué...?

Demonios, qué estoy diciendo.

—Ya me... escuchaste.

No responde y antes de escapar del lugar donde me hundo, le escupo todo lo que se me cruza por la sesera:

—Por culpa de esta... agrupación, no podemos llevar una jo... jodida vida normal.

—¿Tienes miedo de que ellos le hagan daño? —me pregunta.

Mi padre es uno de ellos y, a decir verdad, es lo que más me preocupa.

—Sí... a ella... a mi hermana, a mi madre...

—Theo, amigo del alma, no sabes cuánto tiempo llevo esperando escuchar eso de alguien. Nunca imaginé que vendría de ti.

Lo miro con los ojos como platos y sin aliento.

—¿En verd...?

—Sí. En verdad. Bad Boys es culpable de que no pueda llevar la vida que realmente quiero. Llenaron de cosas horribles cada rincón de mi cabeza y me convirtieron en escoria.

—Me... me siento... igual —admito.

Tachas mira en dirección a la puerta y a continuación se acerca a mí lo suficiente como para hablar muy bajo y que solo yo pueda escucharlo:

—Tenemos que destruir Bad Boys. Y será desde adentro.

07.20 p.m.

—Comienzo a preocuparme. Entiendo que tengas mala señal en el viaje pero contesta, por favor. Theo me ha dejado... Estoy destruida. Te quiero, mami, me siento horrible.

Luego de decir las últimas palabras, se me quiebra la voz y cuelgo. Llevo tanto tiempo en el suelo que empieza a darme calambres en todo el cuerpo, a la vez que mi yo interior se debate entre cancelar o no la fiesta.

¿Y por qué?

Theo no quiere que yo me divierta, no quiere que organice mi vida ni mucho menos una fiesta con sus amigos en mi casa.

Ya me alejó demasiado de la gente a la que quiero como para tener que seguir lamentando cada eterno segundo que pasa y duele, dejando cicatrices en el camino.

Ese es el problema...

No logro dejar de pensar en él, por lo tanto, no puedo dejar de sufrir.

Solo debo arrancarlo de mi cabeza, al menos por esta noche, ponerme de pie e intentar que las próximas horas pasen lo más rápido posible.

No parece tan mal plan. Además, debería recomponerme ya que es muy probable que mi madre haya escuchado las llamadas que le dejé y no quiera contestarme porque seguramente está regodeándose en su asiento mientras le dice a Richard: «¡Ja! Yo le dije que se estaba arruinando la vida y no me quiso escuchar. Ahora, que se las arregle sola, para eso es grande».

O no...

Es mi madre. No importa cuán severas hayan sido nuestras discusiones, estoy segura de que ella nunca me dejaría caer aunque un rayo se interpusiera entre nosotras.

¡Clap!

¿Y eso?

¡Clap! ¡Clap!

Tardo en reconocer el sonido.

Se trata de unas piedritas dando contra la ventana de mi habitación.

Charlie...

Lo intento.

Logro hacerlo aun cuando creía no poder estar más devastada... Puedo mover las piernas y con mucho esfuerzo me sostengo con las palmas de mis manos en el suelo, arrastrando las rodillas sobre la áspera alfombra.

Tengo la opción de no atenderlo y seguir sumida en mi depresión, aunque, conociéndolo, se preocuparía y terminaría viniendo a buscarme por la puerta si no lo atiendo. Además, no he sabido nada de él desde el accidente.

He sido tan desconsiderada en no ir a verlo, y la opresión en el pecho me repite todo el tiempo lo más insoportable del mundo: yo tengo la culpa por ser tan egoísta.

De todas maneras, otra vocecita en mi cabeza no deja de repetirme que ese chico es el mismo que estuvo a punto de aplastarme contra un enorme paredón en mitad de la nada.

Como si Theo no lo hubiese hecho también...

Él tuvo parte de la culpa, pero ya aplastó mi corazón en vida.

Lo pisoteó y, una vez en el suelo, lo escupió sin piedad.

No seré yo quien se deje llevar por esto. No seré yo quien se arruine la vida por un imbécil como él.

Puedo seguir adelante.

¿Segura?

Sí.

Puedo darle una segunda oportunidad a Charlie, quien verdaderamente me quiere y me respeta.

Puedo ignorar a Lottie y concentrarme en él.

Necesito esto.

Necesito continuar pese a todos los que intentan destruirme.

Pese al chico malo que solo pretendió hacerme daño.

Desde hoy tomaré todos mis pedazos y me forjaré de hierro hasta el último respiro.

Necesito ser una perra mala.

THEO

Tenemos que destruir.

Tenemos que destruir.

Tenemos que destruir.

Después de todo, de eso siempre se trató.

Destruir al enemigo.

Ahora el enemigo es otro.

El verdadero enemigo es Bad Boys.

Ellos siempre estuvieron por encima de todo. Son una agrupación pesada y muy peligrosa, que lleva años en pie pero todo lo que sube tiene que bajar.

Quizás es el dolor de cabeza que me está matando o la borrachera, pero me siento más libre que nunca al meterme en mi habitación y buscar el arma.

La cargo y le quito el seguro.

Me quedo mirando el cañón durante un momento y pienso en cuán atractiva sería verla sobre mi sien, volándome los sesos.

Oh, sí.

Lo hago, apoyándola contra mi cuero cabelludo y pienso...

¿Qué tan atractivo sería presionar el gatillo?

¿Qué tan liberador podría llegar a ser dejar atrás toda esta mierda?

Solo se trata de eso: una decisión.

No sin antes hacer que valga la pena.

—¡Imbécil! —estalla Jacob desde el umbral de la puerta.

Se mete corriendo y me quita el arma de las manos. Pero si será tan... Dios santo, necesito un poco de cordura contra este cobarde o contra mi viscosa conciencia.

—Yaaaa, calma. No iba a hacer nada, solo estaba jugando —le digo.

—Vaya, veo que te mejoras en vano. Será mejor que dejes tus jueguitos y te lo tomes en serio. Estás a punto de cambiar la historia de Bad Boys.

—Baaaaah, no empieces con tus dramas. Me duele la cabeza lo suficiente como para no querer escucharte más. Solo déjame hacer mi parte, ¿de

acuerdo?

—Tu parte no implicaba un cañonazo contra tu jodida cabeza —me dice pasándome nuevamente el revólver. Se lo quito de las manos—. La próxima, déjame que sea yo quien te dispare.

—Sigo... borracho, ¿okay? No me molestes.

—Vamos, antes de que me arrepienta.

Le dedico una media sonrisa llena de malicia y guardo al arma en mi cintura.

Al salir nos cruzamos con Audrey, quien lleva una blusa con gran escote dejando ver sus enormes tetazas. Demonios, ¿por qué debe hacer las cosas tan difíciles?

—Audrey, ahora no —le dice Jacob.

Ella, sin embargo, presiona su pecho contra mí con tal de bloquearme el paso impidiendo que sigamos avanzando. Quizás en otra borrachera le habría dado una oportunidad.

La verdad es que la última vez que lo hice fue con ella, lo cual no significa que me haya agradado. Por el contrario...

—Theo, ¿adónde vas? ¿No quieres pasar por mi cuarto a dormir un poco? —me pregunta juntando sus brazos y agrandándose el bulto en sus pechos.

—No... —empiezo, aunque sin poder quitar los ojos de ese escote.

—Vamos, Audrey, tenemos que irnos. No puedes... —Jacob la toma de un brazo, pero ella se suelta con fuerza.

—¡No me toques! Estoy con Theo, no contigo —luego vuelve a mí—. Theo, mi amor, ¿vamos a la cama?

No puedo. No. Si estoy con ella, no podría quitarme de la cabeza a Tracy. ¿Por qué demonios fui tan imbécil? Sería mucho mejor estar con ella aunque la muy terca prefiera sufrir y hacerme sufrir a mí con su obstinada obsesión por una relación. ¿No puede simplemente dejarlo así y guardarse lo que siente? Yo lo hago. Tengo que hacerlo y es por el bien de ella. Pero claaaro, no lo entiende, es tan temperamental que no entiende nada de lo que está pasando y no vale la pena perder el tiempo explicándole aquello que no debe saber.

—Theo, vamos —me dice Jacob.

Mi entrepierna se endurece a la vez que el revólver me aprieta en la cintura.

—Theo —insiste el tocapelotas.

—Ya —les digo a ambos y a continuación me dirijo a Audrey, buscando claridad—. Dices que estás de mi lado, ¿cierto?

—Ajá —responde haciendo pucheros con sus labios carnosos. Admito que son más provocadores que los de Tracy pero no me tientan ni la mitad de lo que me tientan los de ella.

—Bien —le digo—, entonces, ¿puedes tomar un arma y seguir las reglas de lo que te digamos?

Audrey se aparta unos centímetros para dirigirnos una mirada llena de horror. Sus ojos cambian de uno al otro con miles de palabras atragantándose en su cuello:

—¿Qué haces? —me dice Jacob.

—Ella está con nosotros. Va a hacer lo que le digamos —le explico a Tachas.

—Pero todos van camino a la fiesta en casa de Tracy. Ella también — responde—, no hay tiempo para...

—Están en la estación de servicio bebiendo —se interpone—. Quieren llegar borrachos a la casa de Santa Smith.

Se me inflaman las venas del cuello al escucharla hablar sobre Tracy de esa manera, pero me contengo de hacer lo que mis puños querrían accionar.

—Bien —le digo a Tachas—. Audrey está con nosotros. Dale un arma.

Al meternos en el sótano, el olor a pudrición es asqueroso pero no más que mis vómitos.

Imagino lo que debe ser estar a oscuras durante tanto tiempo.

Por suerte no fui yo sino Cedric y Dominic los encargados de darles de comer a estos imbéciles.

Jacob enciende la lámpara del techo y nos colocamos nuestras máscaras de goma con tétricos rostros caricaturescos. Somos unos perfectos criminales.

Tachas me indica bajar a la cuenta de tres.

Levanta un dedo y enciendo el modificador de voz que llevo colgado al cuello.

Levanta el segundo dedo y cargo el arma.

Al tercer dedo, las jaulas enormes braman al unísono bajo sus enormes cobertores negros.

Se huele el horror, el temor, la desesperación por querer mantener sus miserables vidas.

Realizo un disparo al suelo y perforo las tablas.

—¡¡¡Todos abajo!!! —grito.

Realmente mi voz se oye tan deformada que parezco tener un demonio atorado en la garganta, hablando en mi lugar.

—¡¡¡Abajo, mierda!!! —estalla Jacob mientras quita las capas negras de las jaulas.

Los agentes de policía con el triángulo recto tatuado en el cuerpo están atados de manos y con los ojos vendados. Empiezo a pensar que hubiera sido una gran idea amordazarlos, pero eso quedará para una próxima oportunidad.

Si es que la hay.

Los tipos están prácticamente desnudos, vistiendo solo su ropa interior, tal como los dejamos para evitar problemas, aunque hay un mayor inconveniente: están podridos.

No tener baño en todo este tiempo, ni luz, ni el oxígeno suficiente, te pudre.

Ver sus tatuajes y tener la certeza de que son Glorious me hace sentir asco, pero también algo de pena: si tan solo no hubieran estado condenados a pertenecer a ese grupo, como nosotros al nuestro, no deberían pasar por lo que han pasado por culpa de... Mierda.

Jacob saca un manojito de llaves y se acerca a la primera jaula.

—¿Qué... qué van a... hacer? —pregunta el secuestrado con el miedo calándole los huesos.

Me acerco a Tachas antes de que se apresure a hacerlo solo y en el momento que abre las rejas, coloco la punta de mi revólver sobre la frente del sujeto.

Su cabello rubio grasiento, el sudor frío corriendo por las sienas y sus propios fluidos corporales me producen ganas de vomitar otra vez.

Está temblando... y ya no hay qué temer.

Suerte para él que hoy termina todo.

—Ponte de pie —le digo.

Está arrinconado como una rata acobardada por el frío.

—Pero... yo...

Otra vez eso. Otra vez ese «yo...». Sé que es una expresión común pero no puedo dejar de identificarla con *ella*, maldita sea.

—¡¡¡Ponte de pie!!! —le grito dañándome la garganta.

El tipo responde con total sumisión.

Desde otra jaula, se oye el grito de otro sujeto:

—¿Qué le van a hacer?!

Audrey golpea una reja con su arma sin disparar y el tipo se asusta: da un salto hacia atrás por la sorpresa del impacto. Tener negada la visión puede ser un gran punto a nuestro favor.

Algo que me produce extrañeza: noto en Audrey más miedo que autoridad.

¿Qué le pasa?

—Vamos —le digo al Glorious que está bajo mi arma—, ponte de pie y camina delante de mí.

Él apenas lo logra debido a que el temblequeo en las piernas le dificulta la tarea.

Jacob marcha delante de mí, arrojando vistazos a todas partes. Antes de salir, Audrey camina tras nosotros, preguntando:

—¿Qué van...?

—¡¡¡Shhhh!!! —la interrumpo mientras subimos las escaleras para salir del sótano. Acto seguido, me dirijo a todos los que están dentro—. ¡¡¡Y les conviene no moverse, a menos que prefieran ser el próximo!!!

Se nota la tensión en el aire.

El odio y el rechazo me suben por la garganta antes de apagar la luz y cerrar la enorme puerta de hierro tras nosotros.

Una vez afuera, pese a que el sujeto está con los ojos vendados, la luz solar que llega desde las ventanas de la casa lo pone tenso. Tanto tiempo viviendo en la oscuridad puede volver insoportable algo de claridad.

—Ayúdame —le dice Jacob a Audrey señalando el enorme mueble de biblioteca que tapa la entrada a la puerta.

Suerte que solo son improvisaciones de libros de cartón, sino ese montón de madera pesaría diez veces más.

Mientras tengo reducido al tipo bajo mi arma, me agacho para hablarle:

—¿Cómo te llamas? —digo más como una orden que a modo de pregunta. Debo sostener la autoridad que me confiere el elemento mortal en las manos.

—A... Armand —responde.

—Bien, Armand. Escúchame: tienes que hacer todo lo que te digamos, ¿okay?

—Por favor —implora—, no me maten. Tengo una familia. Tengo una esposa y dos hermosas hijas que me esperan y necesitan verme llegar a casa.

Les prometo que no diré nada de esto, pero por favor no me maten, se lo ruego...

—Cierra el pico —lo interrumpo—, nadie te va a matar.

—Así es —conviene Jacob a mis espaldas—. Te vamos a liberar.

—¿Qué?! —salta Audrey—. No... Ninguno de ustedes me dijo que harían esto. ¡Es una locura! ¡Están poniendo en peligro nuestras vidas!

—Cállate —la corto—. No es necesario que nos lo recuerdes.

—Este tipo se va a ir y, con los días, iremos liberando progresivamente a uno nuevo —Tachas le describe el plan a la *peliverde*.

—¡No! —se opone Audrey—. ¡No pueden! Los jefes nos matarán. ¡Están locos!

Miro por el rabillo de un ojo y escucho a Audrey ahogar un grito.

Tachas la ha puesto contra la pared, cubriéndole la boca con una mano y sosteniendo con la otra el revólver que le apunta en la cabeza.

—Tú quisiste esto —masculla a punto de perder la cordura—. Te lo advertimos pero no quisiste escuchar. Es tu turno de atenerte a las consecuencias de lo que ocurra luego de tanto desastre. Además, nadie se va a enterar. ¿Estamos?

Ella no dice nada.

—¿Estamos?! —le grita.

Finalmente sacude la cabeza indicándole un sí.

—Ya, Tachas. Suéltala —le digo—, ya entendió.

Lo duda un momento pero finalmente se aparta y Audrey empieza a respirar con fuerza, como si nuestro compañero le hubiera estado presionando la tráquea en lugar de la boca.

—Vamos.

Armand se levanta a mi orden y nos dirigimos a la puerta.

—No... no quiero ir —musita Audrey.

—No tienes elección —le dice Jacob, pero yo lo detengo con una mano en alto para que ella termine de dar sus justificaciones.

—No me obliguen, por favor —pide—. No diré nada de esto a nadie ni confesaré que seguirán liberando a los policías del bando enemigo pero, por favor, no me hagan ser partícipe del plan.

El corazón me late en los oídos y estoy casi decidido a no dejar que perdamos de vista a Audrey.

—Es verdad —dice Tachas, para mi sorpresa—. Será mejor que la dejemos antes de que nos siga trayendo problemas. Este equipo somos sólo tú

y yo, hermano —dice volviéndose a mí y me da algo de odio que se refiera a mí de ese modo—. Ahora, démonos prisa antes de que llegue alguien y las cosas se nos compliquen.

Me quedo en silencio, pero no contesto.

Si bien no me gusta ver que la maltraten, tampoco confío en Audrey. No es una persona de palabra, siempre tiene malas intenciones, aunque ahora se la ve tan aterrada que me arrepiento de haberla sumado a esto. Al final, su nivel de maldad es menor que el de su cobardía.

—Larguémonos de aquí —le digo a Tachas, buscando las llaves del auto en el bolsillo de mi jean.

—Espera —dice él. Mete las manos en su chaqueta y saca un celular—. No lledes nada con lo que puedan localizarnos.

Lo pienso y termino por convencerme de que tiene razón.

La verdad es que hoy todo me produce desconfianza.

Saco mi teléfono y lo tiro en la mesa de la sala sin quitar el revólver de la cabeza de Armand.

Antes de salir, tomo mi chaqueta y caigo en la cuenta del terrible frío que hace afuera. Predijeron que posiblemente nieve en Navidad.

Lo creo.

Mi ira al volver de la casa de Tracy debe haber sido enorme como para no sentir el frío en el camino de regreso, ya que solo lo hice con la remera puesta.

—Hora de irnos —indico.

Por último salimos, dejando atrás el peso en la mirada horrorizada de Audrey, a solas en la casa.

Hoy todo es misterio puro.

Necesitamos concluir con toda esta...

Me miro en el espejo y tomo un paño desmaquillante para sacarme todo lo que no se me ha terminado de salir con la ducha y el llanto. Me arreglo un poco el pelo, aunque mi mirada delata que estoy destrozada.

No hay tiempo para solucionar esto.

Me acerco a la ventana y corro las cortinas para encontrarme con unos enormes ojos verdes y una sonrisa perfecta. Su gesto, siempre amable, se ve algo dañado por unos cuantos rasguños que me ponen la piel de gallina.

—¡Hola! —me saluda.

—¡Ho... hola, Charlie!

—Tanto tiempo sin saber de ti. Ya me estaba preocupando.

—Oh... disculpa, es que anduve algo ocupada. ¿Cómo estuviste luego del accidente? —le pregunto muerta de vergüenza.

—Bien. Solo que ya no tengo coche y mis padres me quitaron la licencia.

—¡Ay! ¡Lo siento tanto!

—Descuida, no es tu culpa. No quiero hablar al respecto.

—Entonces, ¿a qué se debe tu llamado? —pregunto con timidez antes de sonar descortés.

—Quería agradecerte por lo *cool* de la fiesta de esta noche.

—¿Qué?

Oh, demonios. ¿Y ahora cómo le explico que es solo para Bad Boys? ¿Se lo tomará muy personal?

—Me llegó la invitación por parte de Zach.

¿Y a Zach quién lo invitó?

—¿Zach?

—Sí —corroborá—, todo el mundo está enterado de la fiesta. Y hay mucho interés. ¡Quién iba a pensar que Tracy Smith daría una fiesta para el alumnado completo del instituto! —suelta junto con una enorme sonrisa.

—¡Ja...! Qué... asombroso, ¿no?

—¡Sí! Comienza a las ocho, ¿no?

—¡No! ¡A las nueve!

—¿Eso te dijeron? —le pregunto.

—Sí.

—¡Entonces a las ocho!

—Te veo luego —corresponde con un guiño de ojo.

Mierda.

Ay, Tracy, en qué te has metido...

Piensa, piensa, piensa, tiene que haber una forma de que no sea él.

Podría llamarlo.

Que no sea él, dije.

Pero es lo único que se me ocurre.

Allá tú.

¿Conoces una alternativa mejor?

Sí, tírate a un pozo hasta mañana y deja la puerta de tu casa con llave.

Pero luego sería el hazmerreír del instituto entero.

Ja, entonces no salgas de ese pozo hasta la universidad.

Sabes que no es una buena idea.

La tuya tampoco.

Pero es un intento de solución, tú no aportas nada.

Hasta hace unos momentos dijiste que ibas a olvidarlo.

Ya lo sé, pero, ¡no es asunto tuyo!

Está bien, entiendo que intentar llamar a Theo y pedirle que me ayude no es la mejor alternativa; es más, es posible que ni siquiera me conteste al celular.

Además, puede que me vea en peligro y quiera regresar. Soy una estúpida por no haberlo llamado antes ni intentar pedirle una disculpa, ¿qué tan malo fue lo que le dije?

¿Y qué tan malo fue lo que te hizo?

¡No te metas!

Lo pienso varias veces y termino tomando el celular. Mientras debato si es buena idea o no el haberlo hecho, ruego a todas las deidades del mundo que él me ayude a encontrar una alternativa.

Suena.

Está llamando.

Improvisto qué puedo decirle, aunque al cuarto llamado alguien contesta al otro lado y caigo en la cuenta de que mi desesperación no es tanto por hallar una solución a esta noche (que me hará merecedora del peor castigo de mi vida) sino porque muero por hablar con él.

Muero porque me responda.

Por darle otra oportunidad.

Por el hecho de que él sepa dármele a mí.

—...

—¿Hola? —pregunto.

—...

Nada.

—Theo, ¿estás ahí?

Un respiro.

Dos respiros.

Tres.

Y cuelga.

AUDREY

—¿Hola?

—...

—Theo, ¿estás ahí?

No respondo.

Y cuelgo.

Con el corazón sumamente acelerado, me quedo atolondrada mirando el celular del idiota de Theodore con la llamada de Santa Smith finalizada.

Me apresuro a borrar todo rastro de ella en su celular y me quedo con un sabor agrio en la boca.

Esto no puede quedar así.

Cambiaré el curso de las cosas aunque ponga mi pellejo en peligro.

De pequeña crecí encerrada en una habitación bajo tierra.

Papá nos enseñó a mi hermana y a mí que el mundo es un lugar malo, lleno de gente podrida que no hace más que intentar quitarte lo que es tuyo. Por lo tanto, una debe saber defenderse.

«Hay que dar el golpe primero, pequeñas», nos decía bajo la luz de sol que entraba por la rendija.

Desde nuestros primeros años de vida tomamos clases de boxeo con él, mamá nos llevaba alimentos y aprendimos a insultarla si la comida no era lo suficientemente buena.

«Una debe tener lo que se merece», me enseñó mi hermana.

Debo admitir que me gustaba el sentido del humor de las maestras una vez que cumplí los seis y entré a la escuela.

Salir por primera vez de ese búnker fue un desafío que me tocó vivir, no obstante, regresar todos los días a casa hasta estar del todo preparadas para la vida en el mundo hostil era prioridad.

No salí a fiestas hasta los dieciséis años, cuando mis primos convencieron a papá de que ya era hora. Entonces me metí por primera vez en el mundo de

la noche, con nuestro linaje familiar Bad Boys.

Esa noche me emborraché en la Bad House y perdí la virginidad con Dominic. Luego con Cedric pero, a decir verdad, no recuerdo cuál de los dos me la metió primero.

Dijeron que íbamos a jugar Verdad o Consecuencia y terminé acostándome con ambos debido a que perdí sucesivamente.

No debí haberme metido con ellos... En fin, de no haberlo hecho no habría conocido a Theo.

Me defendió cuando, antes de cumplir los diecisiete, fui a vivir con los Bad Boys. Amanda, mi mejor amiga, me facilitó el ingreso. Mi hermana se había graduado hacía dos años.

Theo me enseñó a defenderme de los idiotas que se me acercaban y a acostarme con él sin que me resultase desagradable.

También me dio dos grandes lecciones: nunca te enamores y, al igual que decía mi padre: lucha por lo que te corresponde.

Ahora no hago más que responder positivamente a su lección porque aprendí que aquel que se enamora, pierde.

Iré donde los jefes y confesaré todo, hasta la última palabra de lo que este par de imbéciles se animaron a hacer.

¿Que si tengo miedo por mi vida? ¡Claro que lo tengo!

Pero me resguardaré las espaldas y las de Theodore ya que se joderá la vida sin necesidad al ir en contra de su sangre.

¿Que si me enamoré de Theo por intentar defenderlo? No es asunto de nadie, ni siquiera mío. No sé qué es el amor, solo he aprendido a dar golpes antes de recibirlos y así seguirá siendo.

Conduzco por la Avenida Central una buena cantidad de kilómetros, hasta donde termina y se ingresa al bosque de álamos cercanos al muelle. Presiono el volante del coche de la Bad House mientras el paisaje se recorta con dificultad en mi visión debido a las lágrimas que estoy derramando.

—Basta —me ordeno a mí misma—. Deja de llorar, niña débil. Deja de llorar.

Llego hasta el punto esperado dentro del bosque de álamos y detengo el auto. No puedo dejarme caer ahora.

—¡DEJA DE LLORAR! —me grito a mí misma dentro del coche.

Me miro en el espejo retrovisor y encuentro una mirada llena de odio, con el delineador corrido como rasguños por mis mejillas.

Solo paso mis manos por mis mejillas, quitándome un poco de la pintura

corrida, y me sorbo la nariz con el puño de mi blusa.

—Bien —me digo a mí misma—, debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

Luego de un cuarto de hora andando, creo haberme fundido en el bosque; cada señal que veo a mi alrededor parece ser la correcta respecto al camino que antes recordaba. Llego a la parte trasera del cementerio y encuentro la tumba abierta.

Me agacho y corro la piedra que cubre la entrada. Creo haberme hecho daño en el intento pero termino por hacerlo y el olor que sale me recuerda a mis tiempos de encierro. Como sea, ya estoy familiarizada con esto.

Bajo por los escalones de concreto y cierro la entrada. Abajo solo encuentro el paso a la conexión de túneles secretos de Iconic Valley. ¿Quién iba a pensar que esta enorme red es la misma que llega hasta el instituto?

Está todo lleno de humedad y moho, iluminado por antorchas a los costados. Es tan tétrico como fascinante. Parece que en cualquier momento podría encontrar elementos de tortura medieval, ¡sería perfecto poder hacer esas prácticas aquí abajo!

Llego donde la celda y doy con el punto esperado: la entrada a la casa de los jefes.

Hace años que no pisaba este lugar. Casi no recordaba el aterrador teléfono que yace en la reja de la celda.

Tomo el auricular y no es necesario marcar ningún número: hay una voz esperándome al otro lado.

—Querida Audrey —me dice un hombre—, tanto tiempo sin verte. ¿A qué se debe tu visita?

—Ehh... Hola. ¿Pue... puedo pasar?

—No es necesario, mi princesa.

—Papá... —se me escapa la palabra en un hilo de voz. Su voz está siendo distorsionada por el teléfono.

—Así es, hija. Dime qué quieres.

—Papá —la palabra vuelve a escapar y me cubro la boca para no llorar—. Por favor... e... estoy sola. Déjame pasar. Necesito hablar contigo o con alguno de los jefes.

—Ya sé que vienes sola, hija. Todos están perfectamente vigilados.

—¿Y eso qué... significa?

—Solo di a qué vienes.

—Es que...

Demonios, ¿cómo puedo decírselo? No pensé que mi padre sería un jefe de los Bad Boys ni mucho menos que delataría una traición mediante un teléfono. Debe ser muy tarde ya, he conducido durante más de una hora para llegar aquí... así que procuraré que no haya sido en vano.

—Papá —empiezo—, se trata de Theodore y Jacob... mis compañeros de casa.

—¿Sí? Ellos están en la Bad House ahora mismo.

—N... no. Se quitaron los localizadores antes de salir.

No contesta.

Prosigo:

—Están metidos en un lío grande.

—¿Por qué harían algo así, hija?

—No... no lo sé. Solo se volvieron locos.

Escucho una voz cerca de él que dice algo de «pregúntale» pero no alcanzo a distinguir más.

—¿Y por qué mejor no me cuentas qué hicieron? —me dice.

El miedo atraviesa mi voz en cuanto lo confieso:

—Liberaron a uno de... —me detengo antes de decir la palabra «Glorious»— de ellos. Uno que estaba secuestrado.

Papá se queda en silencio pero la voz cerca de él, al igual que otras dos más, gritan al unísono un «¡¿QUÉ?!» lleno de furia y sorpresa.

Se oyen otros gritos difusos, pero papá los manda a callar y me dice:

—¿Estás completamente segura de esta grave denuncia, hija?

—S... Sí, papá. Yo misma estuve metida en eso. Me obligaron, me apuntaron con un arma en la cabeza para que cooperara —le confieso recordando el momento en que el imbécil de Tachas osó amenazarme.

Escucho otra voz detrás:

—Manden matar a sus familias.

—¿¿Cómo?! ¡No! —estallo.

No, no, no, no, si le ocurre algo a la madre o a la hermanita de Theo no me lo podría perdonar jamás en la vida. Las he conocido y son adorables. Además de que son lo único que tiene.

—Calma, hija, esta decisión ya no es tuya —dice papá al otro lado—. Hiciste lo correcto.

—¡Pero... papá! ¡No lo entienden, no se trata de...!

—¿Qué ocurre, hija?

Tengo que liberarlo de esto. Debo hacer algo, urgente.

De pronto, el estúpido rostro de Tracy Smith aparece en mi mente junto con todo el odio que soy capaz de acumular.

—Ocurre que —le suelto— no serviría hacerles daño a sus familias. Hay alguien que está manipulando a Jacob y a Theodore. Es de quien se tienen que ocupar...

—¿De quién se trata, cielo?

THEO

Sin demasiadas opciones, Armand acepta que lo atemos de pies y manos antes de cargarlo al vehículo como una bolsa de tierra. Volvemos a cubrirle la boca con una mordaza y un trozo de tela le tapa los ojos con suficiente presión como para no identificar el camino. Tampoco es necesario amenazarlo para que ingrese a la parte de atrás de mi auto. Estar privado de sus sentidos no le deja mucha libertad de acción en caso de intentar alguna estupidez.

No me equivoqué cuando decidí polarizar los vidrios; ahora mismo cualquiera que se acercara podría ver que llevamos a un hombre contra su voluntad.

Me siento en el lugar del conductor y Tachas en el asiento del acompañante.

Una vez que mis manos sujetan el volante, descubro que tiemblan; no soy el único que lo nota.

—Tranquilo, hermano —me dice Jacob—. Saldrá todo bien, ya verás.

—Lo... Lo sé, demonios, pero tengo una molestia en el pecho tan grande que quisiera abrirme los huesos. Lo que llevo dentro explotará en cualquier momento.

—Se llama angustia.

—Como digas... Esto está mal, muy mal.

—En teoría, está bien —agrega Tachas.

Y sí, tiene toda la razón: en el mundo de cualquier persona normal liberar a un hombre secuestrado es algo correcto. Pero en el nuestro no. Temo lo que Audrey pueda hacer.

Una vez que salimos, conduzco en silencio varios kilómetros. Jacob vigila al sujeto de atrás pero estoy completamente seguro de que no intentará nada. Sería un gran imbécil en caso de hacerlo; después de todo, le hemos perdonado la vida.

—¿Crees que va a abrir la boca? —le pregunto a mi amigo.

Este se encoge de hombros y suelta un extenso suspiro.

—No lo sé. Pero nadie se meterá con nosotros.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Tu padre es alguien muy cercano a los jefes.

—En ese caso, yo estaré protegido... Tú no.

Jacob abre la boca pero no dice nada. Ambos sabemos cuál será nuestro final en caso de no salirnos con la nuestra.

Luego de liberar a Armand en un descampado, y de advertirle acerca de las consecuencias de abrir la boca, estaciono mi coche en el garaje de casa. Descubro que los autos del resto de los chicos no están; ni siquiera el del grupo.

—¿Qué sucede? —me pregunta Tachas mientras ingresamos a la casa.

—No hay nadie.

—Se marcharon a una fiesta —asevera.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Hoy Tracy Smith da una en su casa.

Mi corazón se acelera al escuchar su nombre.

Voy al pie de las escaleras y me derrumbo. Mis codos se apoyan en las rodillas y dejo caer la cabeza mientras revivo el tortuoso recuerdo de nuestra discusión. Acto seguido, se aparece el idiota de Tachas para interrumpirme.

—Demonios, ¿no ves que necesito estar un rato a solas? —le recrimino.

—Vaya, hasta recién éramos «hermanos» —se queja.

Me muestra un mensaje en el celular, pero no le doy importancia.

—Según tú, éramos hermanos. Yo solo tengo una hermana, y es Paris. Esa chiquilla es toda mi familia.

—Al menos tienes una. En fin, ¿adivina quién me ha escrito?

—...

—Tu chica: Tracy Smith.

—Te arrancaré la cabeza.

—Quiere saber si iremos a su fiesta.

—¿Bromeas?

—En absoluto. Yo iré. Si quieres, puedes venir con nosotros.

—Tienes cinco segundos para desaparecer de mi vista o no tendré piedad en meterte ese celular por el...

—Ya, ya. Te veo luego, «hermanito».

Mi respiración se acelera mientras lo veo buscar su abrigo y la billetera.

—Espera —lo llamo.

Se detiene y se vuelve a mí con una media sonrisa.

—¿Vienes?

Trago saliva.

—Mierda, no. Pero puedes llevarte mi motocicleta.

Luego de colgar con Theo, intento una nueva llamada y nada. ¡Por Dios! ¡¿Con qué necesidad tiene que hacerme las cosas tan difíciles?! Se me termina el tiempo y es necesario enfrentar la maldita fiesta de esta noche. Que se pudra Theodore y que se pudra todo lo que vive en relación a él. Por lo menos esta noche vendrá Charlie, que estoy segura me será de gran ayuda si algo llegase a ocurrir.

Corro hasta el baño, tomo una mega rápida ducha para no oler a la alfombra de mi cuarto, salgo, me visto y tomo las llaves del auto de mamá para salir al súper y comprar algunas botellas de alcohol para esta noche.

Al menos podré medir lo que beban.

De ser por mí solo buscaría jugo de naranja pero quedaría como una tonta nerd si lo hiciera.

Al regresar con dos cajas de whisky, una de vodka con sabores, dos de cerveza y otra de vino, acerco el coche hasta la puerta de mi casa y distingo al menos siete personas esperando en el patio delantero.

Demonios, son cinco para las ocho.

Por suerte, al acercarme veo que son rostros conocidos: Charlie, Newt, Zach, Brandon, Mike, Lottie y una chica de los Glorious que creo reconocer como la novia de uno de los chicos. ¿Riley?

Los saludo con una sonrisa en cuanto estaciono el auto fuera del garaje y bajo con la sensación de que hace mil años que no conducía. Tampoco es que haya aprobado las clases de manejo con honores.

—¡Hola! —los saludo y me acerco a ellos—. Chicos, ¿podrían darme una mano con las cosas del baúl?

—¡Claro!

Charlie se frota las manos y todos se acercan al coche para buscar las cajas. Saludo a la chica que reconocí antes y camino directo hacia Lottie con la esperanza de que las cosas entre nosotras no estén arruinadas del todo:

—Amiga, viniste.

—Claro —dice ella dedicándome una sonrisa—, no podía faltar a la primera fiesta que daría mi mejor amiga. Dime, ¿qué clase de mosca mutante radiactiva te picó, eh?

—¡Oh, Lottie!

Me sorprende escucharla de nuevo en ese tono sarcástico. Es estupendo tenerla de regreso.

Me arrojo a sus brazos y nos apretujamos con fuerza, entonces ella me dice al oído:

—¿Te hizo daño?

Ay, demonios...

Se refiere a él.

A Theo.

—N... no —le miento—. Pero no vendrá esta noche.

Lottie no termina de creerme, me aparta del abrazo y se muerde el labio inferior antes de decir:

—Es cierto que el chico malo está más bueno que Charlie pero sigo eligiendo a mi novio, el Glorious.

Por un momento me brota una ira en modo de bilis por haber mencionado que Theo está bueno, aunque lo de «novio» es lo que me sorprende más.

¿Cómo... cómo puede ser...? Entonces, ¿definitivamente...?

Si hasta hace unos días él me invitó a salir a mí. ¡A mí!

—¿Dónde dejamos esto? —me pregunta Newt apareciéndose con una caja de whisky.

—Oh, perdona —le digo y busco la llave de casa.

Abro la puerta y mientras pasan con la bebida, escucho que un montón de coches y motocicletas con la música a todo volumen empiezan a llegar.

—Tracy —me dice Charlie luego de dejar a un lado la cerveza—, esta bebida no será suficiente.

El corazón se me acelera y me empiezo a exasperar nuevamente. Primero: por mi conversación con Lottie. Segundo: por la gente que está llegando. Tercero: porque la maldita bebida no alcanza y apenas me queda dinero para subsistir hasta Navidad.

—Descuida —me dice él—, iré a comprar más.

—¡No!

—Shhh, en verdad no es nada —me dice, dejando reposar las manos sobre mis hombros—. Será dinero de los Glorious.

—Vaya, Charile, te debo tanto...

—Descuida. Sabes que no lo hago por ningún interés material a cambio.

La presencia de Charlotte, con gran capacidad de imponerse, está en la puerta con sus ojos que arrojan chispas.

En ese momento Charlie me suelta y me guiña un ojo antes de salir:

—Ahora vuelvo.

Finalmente sale dedicándole una sonrisa a mi amiga, que se la devuelve con ironía y al redirigir mi mirada me encuentro con el espejo de la sala y me impacta verme nuevamente con la remera blanca ya usada y unas calzas negras.

—Lottie —voy donde ella—, necesito que me des una mano.

—Claro, sí, cómo no —responde con una risa que me da mala espina, pero es la única persona de confianza que ahora está en mi casa.

—Eh... ¿podrías recibir a los invitados? Iré arriba a cambiarme de ropa. No tardo.

Ella se acerca, clava sus ojos en los míos y responde:

—Claro, amiga. Tú ve a hacer lo que tengas que hacer, yo me encargo.

08.12 p.m.

—Quiero hablar contigo, por favor. Contesta el maldito teléfono, Theodore. Déjame explicarte por qué te grité de esa forma.

Es el único en quien puedo confiar y tiré todo por la borda. Ahora el muy imbécil no me contesta y desespero al no tener noticias tuyas ni de mi madre. Arrojo el celular a la cama y grito con los dientes apretados:

—Maldito seas, Theo, ¡te odiooooo!

Voy hasta el armario, donde, luego de dar vueltas todo, encuentro unos jeans que rasgué hace tiempo con una tijera. También una blusa rosa algo escotada, con los hombros descubiertos. Mmm, servirán.

Me los coloco lo más rápido que puedo y me hago una colita alta a un costado de la cabeza.

Mientras termino de peinarme, escucho un mensaje en mi celular.

«Es él».

Voy corriendo a la cama y lo tomo.

Mierda, no, es Jacob.

«Hola, Tracy. Iré a tu fiesta en diez minutos ;)».

Bueno, al menos a él también lo considero confiable, pero aun así sigo muerta de ansiedad.

«¡Genial! ¿Theo vendrá contigo?».

Pasa un minuto.

Dos.

No hay respuesta.

O quizá fueron segundos, pero no puedo más y hago una nueva llamada, de la cual me arrepiento a cada minuto que pasa:

—Vamos, Theo —murmuro—. Contesta, por favor.

—Hola...

—¡Theo!

—... soy Theodore. Luego del jodido tono deja tu mensaje.

Demonios.

—¿Hola? Por favor, escúchame. Aunque no quieras que hablemos, tienes que saber por qué te traté de esa manera y es que a veces te comportas de una forma que me confunde terriblemente. Te quiero pero no puedes hablarme así, entiéndeme. Lo tolero de cualquiera pero no de ti... Yo... solo...

La voz se me corta al caer en la cuenta de que la he vuelto a embarrar. Volví a decirle que lo quiero, demonios...

Finalmente cuelgo y los ojos me arden antes de ponerme a llorar, pero me detengo.

Voy hasta el espejo y le hablo en voz alta al reflejo:

—Solo esta noche. Solo es esta noche, Tracy. Debes ser fuerte solo por hoy. Luego, si quieres, deja que el dolor te consuma por completo. Ahora debes poner todo tu esfuerzo y el alcohol en tu sangre para que esta sea la gran noche de tu vida, ¿okay?

No, okay nada, me dice la voz de mi conciencia desde el reflejo en el vidrio.

Hazme el favor de no complicar mi cabeza con tu mal genio.

Te recuerdo que tú y yo somos la misma.

Es verdad...

Suspiro.

No hay nada más que pueda hacer.

Que empiece la maldita fiesta de una vez.

22.50 p.m.

Newt está a cargo de la música frente a la PC de escritorio en la sala. A decir verdad, jamás pensé que permitiría a alguien tocar mi computadora pero ya es tarde y está reproduciendo música directamente desde Internet debido a que califica mis *playlists* como «aburridas». No sé con qué criterio...

—¡Hey, Smith!

Estoy al pie de la escalera cruzada de brazos viendo cómo todo en la casa se convierte en un real desastre. Además, me provoca algo de ira ver a Lottie y a Charlie haciéndose mimos en el sillón de mi casa. Si supieran lo que ocurrió con Theo ahí mismo no estarían jugando a los «enamorados».

—¡Tracy Smith!

—¿Yo?

Miro de donde proviene la voz y es desde la cocina.

—Dominic —murmuro al verlo entrar—, ¿ocurre algo?

—Te estamos esperando afuera. Vamos, nena, ¿qué sucede que estás tan sola en lugar de divertirte?

—Soy una chica solitaria... —que está mucho mejor así, que rodeada de patanes.

—Ohhh, vamos. La estás pasando horrible en tu propia fiesta, ¿te parece eso algo bueno? Vamos a cambiar una triste cara de perros por una alegre expresión de chica a la que le gustan los juegos.

«¿Juegos?».

Dominic me cruza un brazo por la cintura y prácticamente me obliga a salir hasta el patio de la casa. Allí hay un montón de holgazanes tirados en el juego de sillas y otros cuantos borrachos frotándose contra los gnomos de jardín.

—¿Qué haces? —le pregunto con cierta resistencia de mi parte.

—Vamos a divertirnos un poco.

—¿A qué te refieres?

Llegamos hasta una ronda de amigos tirados sobre el pasto, donde me apresuro a distinguir de quiénes se trata y caigo en la cuenta de que no son precisamente las grandes amistades.

Hay Glorious y Bad Boys mezclados.

¿Borrachos a tan temprana hora de la noche?

—No sé si quiero jugar, en verdad.

Me ignora y Summer levanta la cabeza para verme llegar:

—Oh, anfitriona querida. ¿Por qué no nos acompañas en un lindo juego?

—Disculpa, pero no sé...

—Verdad o Consecuencia —remata un chico, que responde al nombre de Cedric.

Hago un repaso y miro a todos los presentes: delante de mí está la *peliverde*, a su izquierda Jacob, Summer, Audrey, Amanda, Zach, Brandon, Mike, la Glorious novia de ellos, y yo con Dominic.

Me siento terriblemente expuesta al saber que, si esta vez juego, saldré perdiendo aún peor que la última vez.

Ya no está Theo para salvarme.

—Déjenla —dice Audrey—, esta niña no sabe de juegos. Mejor que suba a buscar sus muñecas.

Presiono la mandíbula echándole una mirada cargada de odio sin preocuparme por lo que pueda pensar al respecto.

—Tengo una mejor idea —propone Amanda, quien lleva una botella de vodka azul en sus manos. No tengo idea de qué sabor es ese pero no pinta ser algo suave—. Hagamos otra cosa.

—Verdad o Consecuencia me parece bien —digo atajándome antes de que las cosas puedan empeorar.

—No —interviene ella—, mejor otra ronda de Smoke.

—¿Smoke? —pregunta Zach—. ¿Ese precisamente? No, no, de ninguna manera, con mi novia presente no...

—Oh, vamos, no es nada peor de lo que puede surgir con una consecuencia.

—Al menos, tendría la posibilidad de elegir «verdad» en lugar de tener que estar obligado a pasar el humo.

Dominic se sienta en el césped y yo hago lo propio completando la ronda.

En cuanto Zach habla de Smoke y eso de «pasar el humo» caigo en la cuenta de qué se trata. La última vez me obligaron a tener que chupársela a Theo... Ahora no quiero tener que pasar por lo mismo ya que él no está aquí para protegerme.

—La ronda es demasiado larga —dice Mike—, somos como diez personas. El humo no resistiría dos vueltas completas.

—Tracy no se aguantó una sola —dice Summer con su voz aniñada y me sonrojo, presa de la vergüenza.

—Ese es otro tema —le contesta Jacob mientras los demás Bad Boys ríen a carcajadas.

—Oh, vamos con Verdad o Consecuencia —interviene Dominic—. Hay bebida para jugar a lo que sea.

Y es lo que más temo.

Todo el mundo trajo alcohol, parece ser que difundieron esa regla para venir, o bien entendieron que yo no sería precisamente la persona indicada para organizar este tipo de fiestas.

—¡Yo empiezo! —Audrey levanta la mano.

Trago saliva y siento el modo en que mi respiración se acelera.

Estoy segura de qué va este juego y eso me aterra. Todavía más si esta zorra es quien comienza.

—Adelante —le dice Zach.

Me mira, sus pupilas hablan, los labios separados me aterran, pero luego gira la cabeza apenas y mira a Brandon:

—Tú, Señor Músculos —le dice—, ¿verdad o consecuencia?

—Verdad —contesta con poca confianza. Sigo preguntándome qué tan ebrios están como para haber aceptado jugar con los del bando enemigo.

—Bien —murmura pasándose la lengua por los labios—. ¿Has tenido algún romance con alguien de nuestro equipo o conoces a alguien de tu bando que sí lo haya hecho?

Él frunce el entrecejo y traga saliva.

—En caso de ser «sí» tu respuesta, debes decir con quién —lo condiciona Audrey.

—Oh, vaya, esas son muchas reglas —se interpone, aunque Dominic lo detiene:

—Reglas son reglas, muchacho. Ahora, habla.

—Bueno...

Santo cielo, ¿es que Charlie le ha contado a alguien de nuestra cita? Después de todo solo fue una salida entre amigos.

Porque así fue, ¿cierto?

Nada más.

—Sí —responde el Glorious—, Kylie Moore y Stefano Guilty.

—Oh, rayos, ¡ellos no! —aúlla la *peliverde*.

—En fin, debiste ser más específica.

—¡Eso fue hace años y todos lo sabemos!

—Reglas son reglas —contraataca él, guiñando un ojo.

La *peliverde* resopla y su contrapuesto sigue:

—Amanda, ¿qué eliges?

—Consecuencia. Definitivamente.

Brandon la fulmina con la mirada, adornando su gesto con una maravillosa sonrisa llena de ironía:

—Besa a Summer. Con lengua.

—¿Qué?! —estallan ambas al unísono.

—No, idiota, ni lo pienses —le dice ella.

—Bajo ningún punto de vista haré eso. Definitivamente, no —apoya Summer.

—Vamos, chicas —oh, Dominic...—, ustedes aceptaron este juego. Les toca cumplir su parte, además, tampoco es que no hayan besado a otra antes.

—Raaayos —dice Summer y Amanda se le acerca.

—Que sea rápido —pide la Bad Girl desafiada, toma a su amiga por el cuello y le da un beso en la boca.

Nuevamente me impacta ver el beso entre las chicas, es una sensación extraña; no puedo creer que a los hombres les excite ver algo así.

—¡Yuuuuuuju! —aúlla Cedric—. ¡Queremos ver esas lenguas, nenas!

Amanda se aparta un poco y muestra cómo su lengua juega con la de Summer, quien no hace gesto de parecer en absoluto a gusto con la situación.

—¡Aaaaaauuuu! ¡Las amo, nenas! ¡Las amo! —añade Dominic.

Finalmente se separan y la rubia se limpia la boca, asqueada. Amanda, la del pelo cortado como con regla, se vuelve a su lugar y amenaza a Brandon:

—Me la pagarás, remilgado.

Verlas sufrir puede ser muy divertido, aunque me genere una chispita de culpa.

Brandon le devuelve la media sonrisa y a mitad de una carcajada tímida por mi parte me sorprende la voz de Amanda:

—Tracy.

Oh, no...

—¿Verdad o consecuencia?

—Elige —me obliga.

De modo súbito, el juego pierde toda su gracia y mi corazón va a mil. Una corriente de viento me advierte que quizá debería excusarme con ir a buscar un abrigo hasta mi cuarto porque los escalofríos me están haciendo temblar. No estoy del todo segura de que realmente sea eso o... Tengo miedo de que me haga confesar algo respecto a Theo.

Los amigos de Charlie son amigos míos también (o algo parecido), han sido demasiado buenos y explícitos desde el primer día al explicarme qué ocurriría si fuera en contra de ellos. Y Amanda es una cabeza de las más retorcidas que he conocido en mi vida. Cualquier consecuencia que me imponga será un peligro enorme.

¿Qué hago?

¿Qué me sugeriría hacer Theo?

Sea lo que sea, estoy ciento por ciento segura de que me harán confesar sobre mi intimidad con él y no deseo hablar al respecto; en primer lugar, porque me ganaría la sentencia a muerte por su parte, o bien terminaría liderando su lista negra.

—Con... Consecuencia —digo por fin.

Ella suelta una carcajada llena de alevosía y el resto suelta un «ohhhhhh» cargado de sorpresa. Demonios, que sea rápido, que sea rápido.

Mi celular empieza a vibrar en el bolsillo trasero de los jeans, pero lo ignoro. ¿Será Theo? ¿Mamá?

—Bébette toda esa botella de vodka y sube las escaleras hasta tu cuarto.

—¡Ay! —suelto el grito más estúpido de mi vida—. ¡No... no podría!

—Es verdad —salta Jacob en mi defensa—, se ahogaría en el intento. No puede hacerlo, ninguno de nosotros podría.

—Que se la beba y suba por esas escaleras.

—Se caerá y se romperá el cuello, Amanda —le dice Mike, también en mi defensa.

—Oh, vamos, si son imbéciles. Bueno, me ofrezco a llevarla, ¿sí? —propone para gran sorpresa de mi parte.

—¿Y eso por qué? —le pregunto.

—Oh, ¿es que Santa Tracy ha hablado? —pregunta Audrey con todo el

sarcasmo del mundo.

—¡Basta, Pelos Oxidados! —le grito y me llevo una mano a la boca antes de caer en la cuenta de lo que acabo de decir.

—¿Cómo... cómo me llamaste?

Audrey se para frente a mí, sin embargo Jacob la detiene:

—Soporta lo que te toca, querida. Tú empezaste.

—Te arrancaré hasta el último pelo, cerda —me dice, hiriéndome con el arma más filosa que podría haber utilizado.

Me lleno de aire los pulmones y, antes de echarme a llorar, tomo la botella, destapo su contenido y el aroma embriagador ya me genera náuseas, aunque intento no respirar y me llevo el líquido azul a la boca.

Le doy el trago más largo del que soy capaz, aunque al detenerme veo que no me he tomado ni la cuarta parte y ya siento el modo en que mi garganta se incendia.

En ese momento de ardor intenso dentro de mí, agradezco no haber subido por el abrigo.

—Necesito... agua —les digo con la voz ronca.

El resto se ríe mientras las lágrimas me saltan por los ojos.

—No, no, no —contesta Dominic—. Tienes que cumplir las reglas, querida.

—No... sabía que no podría...

—La ley se asume conocida por todo el pueblo, así que métete esa botella a la boca y empieza a beber.

Sé que no tengo muchas opciones.

Vuelve la tortura de llevarme el vodka a los labios y el alcohol vuelve a quemarme la garganta, aunque ya no tan fuerte como la primera vez.

Esto no hace que deje de ser asqueroso.

Mi mirada empieza a dar vueltas al cuarto trago, la audición se vuelve extraña y el mundo se convierte en una masa suspendida en la nada, antes de llegar a los tres cuartos de la botella.

—Po... por... fag... fagvor —les imploro—, nog... nog...pue... do... más.

—Es suficiente y aún no cumple todo el reto —interviene Zach. Al menos, eso es lo que soy capaz de escuchar.

—Acompáñala arriba, Amanda —responde Dominic con poca convicción—. Ya ha sido demasiado. Las escaleras la marearán igual que si se termina esa botella.

—S... sí... —digo algo sorprendida por la maldad en ella. Aún sabiendo

en el estado que iba a terminar, duplicó la apuesta obligándome a movilizarme por las escaleras de la casa.

Tampoco es que confíe en que me acompañe, pero al menos no estaré sola cuando ruede por los peldaños.

—Como sea, vamos Santa Smith —dice ella y se pone de pie.

Dominic me ayuda a ponerme de pie y el corazón me da un vuelco al caer en la cuenta de cuán enorme sería el desastre ante el hecho de estar ebria. Espero que Charlie y Lottie puedan controlar las cosas cuando se salgan todavía más de control.

—Vaaaaamos, vaaamos, que se viene la vuelta más larga de tu vida —se mofa la chica tomándome por un brazo y me suelto tratando de que el mundo deje de dar vueltas frente a mis ojos.

Nos alejamos del patio, dejando atrás los gritos y carcajadas de los chicos, hasta entrar en la casa nuevamente.

Arrojo un vistazo al sillón y mi corazón se encoge en el instante en que Charlie me ve en este estado.

Palidece de ver cómo ando, aunque Lottie le vuelve los ojos a ella antes de que mi amigo intente sugerirme su ayuda.

—Vamos, camina, camina —me dice Amanda mientras nos abrimos paso entre el montón de adolescentes gritando y bailando con máscaras de animales gigantes en sus cabezas.

Esto es el infierno.

—Ya... ya —digo buscando con desesperación la baranda que me conduce escaleras arriba.

—Camina, vamos —insiste.

—No... no quisiera... seguid... jugadn... o a est... e jue...

—Oh, claro que no podrás seguir jugando, querida —objeta—. ¡En ese estado!

Se oye casi como una madre diciéndole a un niño que por no haberse comido la cena no habrá postre, sin embargo es estúpido, ya que por culpa de ella yo estoy en este estado.

—Vamos, ya casi llegamos.

Es verdad.

Tres escalones.

¡Sólo tres más y la tortura se habrá terminado!

Dos...

Uno...

¡Al fin!

—Ven, idiota.

Un mano enorme me tapa la boca y me apresan el cuerpo.

Ahogo un grito y mi visión se nubla aún más mientras intento liberarme del montón de brazos que me han tomado por sorpresa.

—¿Qué... qué hac...?! —alcanzo a escudriñar apenas.

—¡Cállate! —ruge e intenta abrir la puerta de la habitación de mamá.

Está con llave. Yo la dejé así.

—¡Mierda! —farfulla Amanda.

«¡Basta!», me quejo. «¡Me haces daño!».

Pero no puedo hablar, no puedo. Me tienen sujeta con mucha fuerza. Hay al menos tres tipos intentando llevarme.

—¡Quédate quieta! —me dice uno y justo cuando me suelto de sus manos, Amanda me toma por sorpresa y me asesta una bofetada en la mejilla.

La humillación que siento en el momento no se compara al dolor físico. Al menos estoy anestesiada por el alcohol, pero mi cabeza es una bomba que quiere reventar en llanto.

Los sujetos me vuelven a sujetar, esta vez con mucha más fuerza y ya estoy resignándome... Cuando me meten en mi habitación.

Entre el mareo, las náuseas y mi voz ahogada, poco es lo que distingo, aunque lo suficiente como para divisar mi biblioteca.

Mis preciosos libros.

Que poco tiempo perduran frente a mi campo visual ya que los tipos me arrojan al suelo y el dolor en la espalda y mi cabeza sube por mi interior como un hormigueo intenso.

La cabeza golpea la alfombra y las lágrimas mojan mis mejillas sin necesidad de quebrar en llanto.

—No te muevas —me insiste uno de ellos.

La voz se me atora en la garganta al darme cuenta de que el muchacho que habla es alguien muy familiar.

Ese tono es demasiado conocido...

—Esto será rápido, Santa Tracy —murmura, mofándose de mi estado de invalidez.

—¡Vamos, idiota! —le grita ella.

—N... no... —le ruego.

Oh, no. Es él...

Poco es lo que veo, pero algo distingo: tiene un enorme fierro en las manos,

guantes de goma y los ojos mirándome fijamente como agujas de un tamaño escalofriante.

El celular sigue vibrando insistentemente pero no puedo sacarlo de su sitio. ¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Que alguien entre en la habitación! ¡No entiendo nada de lo que está ocurriendo, ¿por qué me hacen esto?!

—¡Quédate quieta! —me insiste Amanda, sujetándome por los brazos.

Otro de los sujetos me tiene apresada por las piernas y el último ayuda a su compañera con el objetivo de inmovilizarme.

—¡Ay! —grito.

Ella me gira el cuello y el muchacho que está con nosotras se acerca.

—Reglas del jefe —declara.

¿Y ese quién es? ¡Que alguien cruce por esa puerta y me ayude, por favor!

Primero veo el triángulo invertido en su brazo.

—Reglas son reglas —conviene ella.

Luego el rostro del sujeto se acerca.

—Si colaboras, no dolerá.

Levanta la enorme barreta de hierro forjado en sus manos y cierro los ojos con la viva imagen de su rostro en mi cabeza.

Es Neo.

—¿Theo?

—Tracy, soy yo.

—¿Dónde estás?

—Aquí. Contigo.

«¿Dónde?».

—Tranquila, cariño...

«¿Mamá?».

—¡A un lado, señora! ¡Por favor, no obstruya el camino!

—No, cariño. No soy mamá. Soy la abuela. Tranquila, todo estará bien.

«¿Abuela? ¿Qué haces aquí? ¿Y mamá?».

—¿Qué dices, cariño?

«¿Que dónde está mamá?»

—No entiendo, doctor. ¿Qué ocurre con mi nieta? ¿Qué me está queriendo decir?

—Está confusa, señora. Hágase a un lado, por favor.

—Shhh, no te muevas. Haz silencio. Tu madre se ha tomado el primer avión de regreso —me explica Theo.

«¿Theo? ¡Theo! Santo cielo, eres tú. No sabes cuánta falta me has hecho...».

—¿Qué dices? Por favor, doctor...

«Te digo que ¡me has hecho mucha falta!».

—Hazte a un lado, muchacho. No queremos problemas mayores de los que ya tenemos.

«¿Qué problemas? ¡Hey! ¡Oiga, usted! ¡Déjelo que venga conmigo! ¡Theo!».

Una luz blanca brillante me intercepta y la voz de mi abuela y la de él se pierden en la nada.

«¡¡¡Theo!!!», lo llamo aunque me temo que no he logrado articular más que balbuceos.

—¡Tranquila, cariño! ¡Estarás bien!

—¡Jovencito, atrás, esta es área restringida!

—¡No me importa!

—¡Retroceda o llamaremos a Seguridad!

—¡Déjeme pasar! ¡Ella es mi novia!

¿Qué...? ¿Se está refiriendo a mí como su...? ¿Novia?

—¡Muchacho, nos vas a tener que acompañar!

¡No! ¡¿Qué le hacen?!

—¡¡¡Tracy!!!

«¡¡¡Theo, ayúdame por favor!!!».

Su voz concluye en un eco cada vez más lejano...

—¡¡¡Tracy!!!

Anoche, un agente de policía me encontró a punto de sumergirme en un sueño profundo. Pero estaba despierta.

Lo cierto es que tantas experiencias al filo de la muerte me han hecho probar el peligro de primera mano y, a decir verdad, tiene su atractivo, pero no es algo que recomiende.

Porque no he vuelto a ser la misma desde entonces.

Intento esforzarme por atraer los recuerdos de la fiesta en mi casa y apenas unos rostros y voces se aparecen en retrospectiva.

Lottie dándome un abrazo.

Charlie sonriéndome.

Lottie abrazándolo en el sillón.

Charlie quitando su mirada de mí.

Audrey insultándome.

Amanda imponiéndome un reto.

Dominic llevándome al frío patio de mi casa.

Jacob defendiéndome.

Mi celular vibrando insufriblemente en el bolsillo de mis jeans.

Bad Boys y Glorious juntos.

Amanda llevándome por las escaleras.

Neo arrojándome al suelo de mi cuarto.

Una barreta de hierro en lo alto.

La gente gritando en el piso de abajo.

Un policía entrando a la casa.

La barreta de hierro a punto de golpearme.

Neo y Amanda huyendo.

Otros hombres corriendo.

Un agente entrando a la habitación con su arma en alto.

Los patrulleros rodeando la casa. Los médicos llevándome en una ambulancia. Theo gritando en la sala de espera. Mi abuela llorando a su lado.

Y cuatro palabras cruzándome por los oídos no me dejan conciliar el sueño.

«¡Ella es mi novia!».

—Ay...

—¿Tracy?

«¡Ella es mi novia!».

¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!
¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia! ¡Novia!

—Hola, cielo.

Mamá se divisa entre un montón de luces blancas que me queman la mirada en cuanto intento abrir los ojos.

¿Es ella? ¿O estoy soñando?

—¿Mam...?

—Sí, hija. Soy yo. ¿Cómo te sientes?

Me duele la cabeza, siento las piernas entumecidas, tengo un dolor de cabeza fuertísimo, mi hígado está a la miseria y apenas noto las caderas.

—Lo... siento...

Esas son las únicas dos palabras que me salen, cosa que no es poco habitual en mí sino una costumbre nata.

—Descuida —me dice ella—, realmente esperaba que te disculparas al despertar, pero jamás imaginé que serían tus primeras palabras.

Intento sonreír y me duelen las costillas, demonios.

Lo típico de estas escenas en las películas es preguntar «¿dónde estoy?», aunque en realidad la fachada de la habitación y el suero en tus venas es mucho más certero que esas obvias palabras. Claramente, esto es el hospital y un pesado sentimiento de culpa me empieza a atemorizar.

—Tranquila —me dice mamá—. Tienes el hígado y el estómago afectados.

—¿Por qué...?

—Te hicieron un lavaje. Al parecer bebiste una cantidad monumental o bien fue algo muy fuerte, comparado a tu poca costumbre para beber.

¡¿UN LAVAJE?! ¡Dios mío! Lo primero que eso me sugiere es la imagen de mangueras metiéndose por mis tripas, tratando de sacar todo el alcohol que pueda haber dentro.

—Si hubieras duplicado eso que bebiste, habrías caído en un coma o algo así —me explica.

Lo remata con una ligera sonrisa, lo cual es algo que me produce extrañeza, pero antes que eso es el horrible sentimiento de culpa que me sigue pesando. Sobre todo al distinguir dos medialunas moradas bajo los ojos de mamá.

—¿No has dormido? —le pregunto.

Ella suspira.

—Nada. Desde que me llegó tu primer llamado, no pude pegar un ojo.

—Oh, mamá... lo siento mucho. En verdad —puedo percibir mis ojos enrojecerse, lo cual es en vano, ya no quedan lágrimas por llorar.

Entonces vuelve a mi cabeza la imagen de Theo y la abuela en Emergencias.

—¿Quién te avisó lo que estaba pasando en casa? —le pregunto.

—Richard es amigo de un comisario en Iconic. Enviaron una buena cantidad de agentes después de tu llamado y otras denuncias de vecinos. Detuvieron a varios, pero ya están libres esos... amigos tuyos.

—No son mis amigos, mamá —trato de explicarle—. Solo algunos de ellos. La mayoría se colaron en la fiesta sin mi permiso ni estar invitados. Soy un asco, ni siquiera esperaba que las cosas fueran tan mal. No sirvo ni para organizar una fiesta.

—Descuida, hija, mi enojo está siendo aplacado por algo mejor.

—¿No me vas a castigar?

—Claro que sí. Había pensado en azotes, pero luego me dije «Mejor que esté encerrada en casa, sin celular ni Internet, hasta que vuelva a clases».

Suelto una carcajada, que ella comparte, y caigo en la cuenta de que no importa cuánto vayamos a disentir. Siempre hay una nueva oportunidad para mí en su corazón.

—¿Cómo vas a controlarme en cuanto vuelvas a trabajar? —me mofo.

Aunque eso ya lo tiene pensado:

—Los abuelos se quedarán en casa hasta que te mejores y, si es necesario, hasta que vuelvas a clases y entonces controlen tu entrada y salida.

—Mamá...

—Estoy siendo justa, cariño.

Y a decir verdad, es un castigo demasiado leve para lo que hice.

—Anoche ocurrió algo en el hospital —le cuento.

—¿Sí?

—¿Había un loco lleno de tatuajes y músculos diciendo que soy su novia?

Ella me fulmina con la mirada sin dejar que su sonrisa decaiga.

—Ya me encargué de él —asevera.

Me da algo de temor pensar en lo que pudo haber hecho o dicho al respecto.

—¿No está aquí, ahora? —le pregunto.

—No, cariño. Tu ex AMIGO «Theo» no volverá a molestarte. ¿Cómo es que rompieron y anoche estaba gritando que eras su novia?

La verdad es que ni yo misma lo puedo creer.

—Bueno —prosigue ante mi silencio—, el asunto es que, si dice quererte tanto y no estaba contigo en un momento así, no es bueno para ti.

—Mam...

—Basta, cariño. Se terminó todo. Ahora sí puedes mejorar tu vida y volver a ser la de antes.

—¿A qué te refieres?

Ella busca en su cartera y saca un sobre con el sello de un escudo que creo reconocer. Está abierto.

—¿Eso es para mí? —le pregunto con apenas un hilo de voz.

—Sí, cariño.

Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas al tiempo que me da el sobre y saco el papel de adentro.

No puede contener la emoción, así que lo suelta antes de que pueda leerlo por mí misma:

—Olvídate de los chicos, cariño. Has sido aceptada en la mejor universidad del distrito.

—Yo... yo...

—¡Mi hermosa e inteligente hija recibió una beca para estudiar en la IVU el próximo año!

Para: Tracy Smith

Asunto: La nerd más nerd de todos los nerds

De: Charlie Walk

Enviado: Viernes 23 de diciembre 08:12 a.m.

¡Un urra por la nerd más nerd de todos los nerds! Estoy orgulloso de ti, mi amiga. No entiendo cómo es que recién ahora me vengo a enterar que recibiste una beca para estudiar en una de las universidades más importantes del país. Yo apenas podré pagar una carrera de negocios y no es gracias a mí sino a mi familia, que costeará la residencia y todo. Tu madre le ha contado de la beca hoy a la mía en el súper.

¿Te parece ir por unos tragos para celebrar? Digo, hacer algo distinto en lugar de repetir la idea de cenar comida china.

Imagino que si no logras leer este mensaje hasta 2058 es porque estás castigada...

Créeme que todo el instituto ya sabe lo de esa borrachera que te diste la otra noche y te convertiste en una ídola PARA ELLOS.

Por mi parte, te has ganado mi idolatría solo en el sentido de la beca para la IVU, no por la peda :P

Te quiere,
Charlie.

Para: Tracy Smith

Asunto: ¿Estás ahí?

De: Theo Landon

Enviado: Viernes 23 de diciembre 02:12 p.m.

¿Tan mal va la cosa? Contesta los mensajes al celular.

Por favor...

Theo.

Para: Tracy Smith

Asunto: ¡Felicidades!

De: Carl V.

Enviado: Viernes 23 de diciembre 02:55 p.m.

Amiga, mi madre se ha cruzado a la de Charlie Walk en la estación de servicio y me dijo que, mediante tu madre, se enteró lo de esa beca, ¡nada menos que en la IVU! Por

Dios, ¡eso es grandioso!
Quisiera ir a visitarte.

P.D.: Mi padre también insiste con que vaya a darte las felicitaciones. ¿Te parece antes o después de Navidad?

Carl Villard

Vicepresidente del Club de Lectura de la Preparatoria de Iconic

Lottie: ¡Es increíbleeeeeeeeeeeeeeeee! ¡Charlie, mi hermoso novio, me contó todo! ✓

Lottie: ¡FELICIDADES! ✓

Lottie: Me alegro por ti. Eres *cool*. ✓

Lottie: Creo que Charlie me busca. Quiere salir a cenar esta noche, es tan romántico. ✓

Lottie: ¿¿HAY ALGUIEN AHÍ?? ✓

Lottie: Nerd. ✓

Lottie: ¿Hola?? ✓

Para: Tracy Smith

Asunto: RE: ¿Estás ahí?

De: Theo Landon

Enviado: Viernes 23 de diciembre 04:48 p.m.

Tracy, en verdad, entiendo que estés enojada pero responde a mis llamadas o enciende el celular, demonios. ¡Me siento pésimo! ¡Estos días han sido los peores de mi vida! En verdad... lo siento mucho. Me duele todo y apenas logré levantarme de la cama para ir a la licorería, he estado tan mal que ni te imaginas... Olvídalo. Ahora mismo estoy a punto de pasar mi nivel de sobriedad, lo cual no me hace ninguna gracia. ¿A ti sí?

No me hagas esto, por favor. Te pido una oportunidad más. ¡Solo una!

P.D.: Dime cuántas veces debo lamentar haberte dejado sola esa noche. Nunca imaginé lo que podía ocurrir, confiaba en tu sentido común. Al menos, pensé que lo tenías...

Responde pronto,

Theo.

Para: Theo Landon

Asunto: RE: RE: ¿Estás ahí?

De: Tracy Smith.

Enviado: Viernes 23 de diciembre 08:20 p.m.

Deja de molestar a mi hija, maldito abusivo. Te lo advierto. Pondré una orden

judicial si te vuelvo a ver cerca de ella. Te conviene que no vuelvas a molestarla.

Eres escoria. Tú y todo lo que te rodea.

TODO.

No hagas de mi hija lo que el destino hizo contigo.

Yo sé de qué lado estás.

Te odia,

Su madre.

¡Me he vuelto loca! *Rosas para Jude* fue actualizada al menos unas seis veces desde la última vez que la leí y me parece que hace una eternidad que no me pongo al día con mi lista de libros.

Debo preparar algunos exámenes finales ya que necesito tener buenas calificaciones para no perder esa hermosa beca para la IVU.

No puedo creer que hayan aceptado la solicitud que envié hace un par de semanas; no puedo creer que iré a la misma universidad que Theo y lo que aún menos puedo creer es que ¡seremos compañeros en la carrera de Literatura! Nos esperan cuatro intrigantes años por delante y ya estoy que me muerdo las uñas por saber qué ocurrirá o inclusive qué demonios pasó con él luego de la noche en que estuvo gritando como loco que yo era su novia.

Pese a mi castigo, al encierro y la falta de Internet, mamá me ha concedido el placer de imprimir los capítulos nuevos de mi novela *online* favorita.

La misma que él leía... ¿Cómo es posible que una amiga suya la escribiera? ¿Será que ya lo han beneficiado con el final? ¿Será que esa bendita amiga es algo más, ha intentado algo con él o se han acostado y de ese modo él se incursionó en la literatura en línea?

Tampoco es que sea una acosadora o algo por el estilo, pero las cuatro paredes de mi cuarto ya me han hecho alucinar que realmente soy la pareja de Theo.

Una abandonada pareja que permanece presa en los calabozos de su malvada madre.

Bueno, tampoco es que ella sea de lo peor. De manera sorprendente, ha accedido a darme ese gusto de leer, pese a que no tengo los divertidos comentarios en la novela que suelen dejar los seguidores párrafo a párrafo.

Tras leer las últimas líneas del capítulo 37, suspiro pensando en cuán hermoso sería poder ser una linda oficinista de piernas largas, billetera repleta de dinero y ojos irresistibles, con una vida normal.

Y por otro lado pienso... que sería demasiado triste algo así.

Jude puede tener un romance de película, apasionado y con llantos por las noches contra la almohada, no obstante, jamás ha vivido la experiencia de escapar de una fiesta con el chico más sexi, estar a punto de estrellarse contra un muro o un lavaje de estómago por demasiado alcohol.

¡Toma esto! Tracy: 1. Jude: 0.

—Jude —murmuro mientras suelto los papeles—, deberías enamorarte de un chico malo.

Me sonrío a mí misma, dando un largo suspiro hasta escuchar en la ventana unas piedritas golpeando.

Oh, no.

Es Charlie.

Y mamá está en casa, al igual que mis abuelos. No pueden encontrarme socializando con el sexi vecino que me acosa desde la ventana de mi cuarto.

Aunque el concepto de mi familia, acerca de mí, está tan dado vuelta que tal vez piensen que soy yo quien en verdad lo acosa. Mmm, no descarto que muchas otras chicas quieran hacer lo mismo, entre ellas Lottie.

La única solución cuerda que se me ocurre es comunicarme con él con carteles, así que busco una libreta grande y una fibra de punta gruesa color roja (la primera que aparece al abrir el cajón de mi mesa de luz).

Corro las cortinas y lo veo al otro lado. Tiene una mano en alto, dedicándome una enorme sonrisa llena de entusiasmo. Es tan adorable que me da pena no poder correr el vidrio.

«ESTOY CASTIGADA :(»), le escribo en una hoja.

Él parece estar a punto de gritar un «HOLAAA», aunque su sonrisa decae y luego cambia el gesto a uno que asemeja picardía.

Desaparece un momento y luego llega con un cuaderno en alto:

«¡Por BORRACHA!», me responde.

Antes de caer de espaldas por la sorpresa, él saca otro cartel: «Es broma :P Feliz Navidad!».

Río y escribo con el capuchón del fibrón entre los dientes.

«Aún no lo es, bobo».

Claro que no lo es, ¡quedan por lo menos veinticuatro horas para eso!

«Bueno, por adelantado... ¡Hey!».

«Dime».

«¿Seguirás castigada para Año Nuevo?».

«No lo sé... ¿Cuál es el plan?».

«Los G vendrán a ver los fuegos artificiales desde mi patio. ¿Vienes?».

Con eso de los G, estoy segura de que se refiere a los Glorious. Lo único que me aterra es la idea de volver a verle la cara a Neo, hermano de Charlie y mejor amigo de Theo. La última vez quiso matarme con una barreta de hierro.

«¿Solo los G?», le pregunto.

«Descuida. Todos amigos ;)».

Por lo tanto Theo no estará ahí, aunque mi corazón se deshaga de dolor al no saber nada de su paradero.

«¡Veré cómo escapar a tu casa la semana próxima!», le escribo en un nuevo cartel.

Le dedico una sonrisa y lo saludo sacudiendo una mano.

A continuación, Charlie me detiene con las palmas en alto y se apresura a hacer nuevos carteles:

El primero: «Siempre estaré para ti».

Oooou, ¡qué dulce!

Segundo: «Siempre voy a esperarte, Tracy».

Eso ya me da mie...

«¡Te quiero! ¡Buenas noches!».

Recibir esas palabras de su parte es como si me hubiese dado con una cubeta de agua fría en el rostro.

Charlie queda esperando al otro lado del vidrio y recuerdo cuando le dije esas mismas palabras a Theo... para romperme el corazón a mí misma por enésima vez.

No tenerlo de vuelta fue una de las experiencias más dolorosas que me ha tocado vivir, aún más terrible que el dolor estomacal y del hígado, tras un horrible lavaje de emergencia.

Finalmente me armo de valor y trato de olvidarme de Lottie mientras lo escribo...

«¡Te quiero, adiós!».

Cierro la cortina y me siento en el suelo, abrazándome las rodillas y con la respiración acelerada, con una sensación de adrenalina pura, como si hubiera escapado de alguien o hecho algo muy, muy peligroso.

A decir verdad, lo es...

Estoy traicionando a la persona que fue mi mejor amiga hasta hace unos pocos meses.

Estoy traicionando a quien me ayudó durante tanto tiempo.

Estoy siendo una persona sin códigos, cediendo a los intentos de seducción de un chico felizmente en pareja.

Me siento fatal y lo peor es que ese sentimiento se ve aplacado por otro mucho más preocupante: la rara excitación por hacer las cosas como no se deben.

Estoy experimentando una vida nueva.

Empiezo a sentirme realmente como la adolescente que nunca me permití ser.

Estoy rompiendo las reglas, todas a la vez y saltando cada uno de los límites...

No por mucho.

De repente, la voz de Theo asalta mi cabeza, refiriéndose a mí como su «novia» y el mundo se viene abajo al golpearme la realidad de la situación:

No has sabido de él en mucho tiempo.

Solo han sido unos días.

Que se te pasaron como una eternidad.

¿A él le estará ocurriendo lo mismo?

¡Ja! ¿Tú crees?

Yo... simplemente no lo sé. Gran parte de mí ruega que así sea, pese a que la voz de la razón me indica justo lo contrario.

¿Habrá bebido?

¿Buscó consuelo en otra?

Mi confianza en él está casi perdida. Casi. No del todo...

Es inútil intentarlo; me pregunto cuánto habrá hecho Audrey con tal de lograr que se olvide de mí.

THEO

El humo escapa de mis labios al estacionar el auto en casa de mi padre, luego de cinco horas de viaje.

El camino ha sido un fiasco, todo lleno de nieve, nubes y máquinas estorbando en la carretera. Suerte que, mientras más me acercaba a Costa Sur, mejor era el clima: se terminó el hielo en las calles y me encontré cada vez más cerca del mar.

Habría preferido venir en el coche de la Bad House antes que destruir el mío, o bien podría llevarlo a que le hagan unos retoques al motor, los tapizados y los neumáticos donde el mecánico de mi padre. Cosa de sumarlo a su cuenta y no gastar dinero en eso. De todos modos, él quería que viniera, así que deberá hacerse cargo de eso.

El vecindario de ricos donde vive papá parece ser nido de una linda familia feliz, al igual que su casa: luces titilando, árboles enormes armados con adornos hasta la última rama y muñecos de nieve medio deshechos en la puerta de entrada.

Una vez que me bajo del auto, cierro de un portazo y voy hacia el baúl para buscar la mochila con las pocas cosas que traje.

Apenas nos demos los regalos navideños y tras el saludo de Año Nuevo, le dejaré las cuentas con mis gastos y emprenderé el viaje de regreso a casa.

Me cuelgo la mochila al hombro y camino por el vergonzoso camino de piedra al estilo Heidi, lo cual me hace reconsiderar la cordura de las personas que viven en este sitio.

Finalmente, me detengo en la puerta y embarro un precioso tapete de «¡BIENVENIDO A NUESTRO HOGAR!». Soy recibido por la sonrisa de una voluptuosa mujer de treinta años, que sostiene una bandeja con galletas. Sus uñas demasiado perfectas delatan que no fueron hechas por ella.

—¡Hijo!

Luego de su incómodo abrazo, me encuentro a un pequeño de ojos grises y cabello ondulado que me sonríe desde la alfombra con sus cochecitos. Lo

ignoro y subo las escaleras.

—¿Dónde está mi cuarto?

Me arrojo a la cama y reviso el mail por enésima vez luego de una ducha caliente. Llevo solo una toalla blanca envolviéndome desde la cintura hacia abajo, mientras juzgo a mi celular por ser demasiado lento para permitir ver un maldito mensaje en la bandeja de entrada del correo electrónico.

¿Es que hay gente que sigue usando esto?

Una vez que finalmente logro iniciar la sesión, busco desesperadamente la bandeja y reviso los mensajes.

Ahí está.

El mismo.

El de la madre de Tracy, ¡maldita sea!

¡No hay nada! ¡¡¡Solo tiene que devolverle el jodido aparato a su hija y dejarla en paz!!!

Estos días han sido equivalentes a vivir en un infierno.

Mi vida ha sido un círculo vicioso de no hacer nada más que dormir, beber, comer, beber, beber, fumar, beber y beber.

A decir verdad, mi vida ha sido un vicio, un intento de querer estar fuera de mí mismo todo el rato.

Aún peor es saber que no podré ser compañero de Tracy en la universidad.

—¿Puedo pasar?

Papá abre un poco la puerta de la habitación y procuro de inmediato tener las partes bien cubiertas...

¡Y por una mierda, ¿no sabe tocar la puerta acaso?!

—¡Demonios, no! ¡No puedes!

—¿Ahora? —dice sin terminar de abrir la puerta.

—¡No!

—¿Y ahora?

—¡Ya, demonios! ¡Ya! ¡¿Qué quieres?!

El muy remilgado de ojos grises, pelo castaño y barba en forma de candado entra y me maldigo a mí mismo pensando que en algún momento me pareceré a él.

No, definitivamente nunca llevaré esos abrigos tejidos color *vómito-de-gato*.

—Hablar contigo, hijo —me responde.

—Eso hacemos. Ahora puedes marcharte.

Camina hasta los pies de la cama y se lleva las manos a la cintura demostrando que no piensa irse tan rápido.

—Hablar de verdad —insiste.

—Ufff.

—Vamos, Theodore, esto es en serio. ¿Por qué hiciste aquella estupidez monumental? —vuelve hacia atrás y cierra la puerta para que nadie escuche, y a eso le suma bajar el tono de su reprimenda—: ¿Te haces una idea de la fortuna que me costó convencer a los jefes de que fuiste obligado a liberar a ese sujeto?

—Ahora no...

—Sí, ahora sí, Theo. ¿Es que ya no te acuerdas de lo que pasó con tu hermano?

Apenas lo menciona, la ira nace desde mi interior y mi cabeza hace un esfuerzo enorme por tratar de contener las ganas de ahorcarlo con mis propias manos.

El recuerdo se materializa delante de mis ojos justo en el momento en que Austin cae sin vida al suelo de casa y mamá se desmorona en llanto en el lugar donde estaba atada.

—En verdad lo digo, papá. Ahora no.

—Sé que eso fue por mi culpa y me alejé de tu madre para no empeorar las cosas, pero te metiste hasta la coronilla en semejante lío. Tu amigo se ha entregado porque no tiene un sistema familiar firme.

Claro, y yo tengo una familia tan firme como una roca a punto de destrozarse.

—¿Qué ocurrió con Jacob? —le pregunto—. Ha desaparecido.

—Nadie lo sabe.

—¿Está...?

—Claro que está vivo. Pero de seguro ocurrirá lo de Stefano.

Un flechazo de culpa y dolor me atraviesa el pecho al escuchar sus palabras.

Tachas... no... no puede ser cierto.

—¿Existen posibilidades de eso? Jacob no se metió con nadie del grupo adverso.

—Pero se levantó en contra de nosotros, los suyos.

—Pero es distinto.

—Theo...

—Oh, mierda.

Me tomo la cabeza entre las manos tratando de soportar el dolor que ahora mismo me lanza punzadas horribles.

Papá toma asiento a mi lado en la cama y reposa los codos en sus rodillas. No tengo intención de que se compadezca de mí: soy un completo idiota.

Todos los de la Bad House se enteraron del hecho por los jefes. Yo me liberé solo con una chorrada de billetes que pagó el sujeto sentado junto a mí, pero Jacob se llevó la peor parte... ¿En qué estaba pensando? ¿Creía que podría librarme de una vez por todas de esta maldita legión? Vamos, no es que Stefano sea una leyenda pero sí una historia de terror que nos asusta desde que ocurrió lo suyo hace un año, más o menos.

Todo es culpa de Audrey. Recuerdo que cuando regresé a mi estado de sobriedad la noche de mi estúpido acto de rebeldía con Tachas, toda la casa se había levantado en nuestra contra. Jacob había desaparecido, Tracy estaba en un hospital y mi vida de pronto se había convertido en un completo desastre sin salida.

—¿Cómo van las cosas en el instituto? —cambia de tema intuyendo que no puedo quitarme de la cabeza las terribles punzadas de dolor al pensar en lo sucedido.

—Regulares...

—Te felicito por la beca para la IVU, hijo —me dice él—. Nunca pensé que la cambiarías a Medicina, siempre pensé que la Literatura era tu...

—Ahora quiero ser médico.

—Quién iba a decirlo. Mi hijo, un aspirante a las Ciencias de la Salud para salvar miles de vidas...

—... o terminar con ellas legalmente.

—Theo, existen las malas praxis.

—Era broma. ¿Me dejas terminar de vestirme?

Él suelta un suspiro, se pone de pie y antes de irse se detiene en la puerta:

—Recuerda que tienes una familia que se preocupa por ti.

¿Qué? Él tiene la suya. Mamá la de ella. Yo estoy solo; soy un maldito ente que circula solo de casa en casa sin encontrar dónde sentirme cómodo.

Gracias al cielo se marcha y me dejo caer en la cama con la imagen de Tachas en la cabeza. Intento olvidarlo y, para peor, quien ocupa su lugar en mis pensamientos es Tracy. ¿Qué pensará ella de mi decisión de cambiar de carrera?

No estará muy contenta, de eso estoy seguro. Más aún luego de que Neo me diese la dichosa noticia de que ella también recibió una beca para la IVU,

justo después de enterarse de que yo estudiaría ahí... ¿Casualidad? No lo creo. Justo entre tantas universidades donde podía solicitar su ingreso, lo hizo en la misma donde yo iré el año que entra.

¿Acaso la induje a hacerlo? ¿Tuve algo que ver en su pedido de beca? ¿Y por qué no puedo dejar de pensar en Tracy?

Debería enviarle otro mail...

¡No!

¿Por qué diablos no puedo apartarme de ella?

¿Por qué es tan diferente a las demás?

Su sonrisa, su mirada, su voz, su inocencia. Es tan hermosa y perfecta que hasta a mí mismo me apena haberle cambiado la vida.

Pero no fue nada que yo no le haya advertido antes.

Ella quiso cada suceso que ocurrió en los últimos meses.

Ella se enamoró. Ella sufrió. Ella me... me hizo sufrir a mí.

Desapareció de mi vida, no quiere volver a verme, no quiso hacerlo aun cuando grité delante de todos en el maldito hospital que era mi novia.

¿Por qué hice semejante estupidez?

Me cuesta admitirlo, pero nunca había tenido tanto miedo y desesperación en mi vida, exceptuando el momento en que Walk conducía hacia el muro de concreto.

¿Cómo fue que me hizo esto? Tracy. Tracy Smith, la inteligente, pulcra y ordenada rata de biblioteca que llamó mi atención desde el primer año de la preparatoria.

¿Por qué me obligó a caer así?

¿Cómo tuvo este efecto sobre mí?

Necesito hacer algo por ella...

Por mí.

Por ambos.

Para: Tracy Sm

Para: Señora Smith

Para: Zorr

Asunto: Hola desgraciad

Asunto: Debo verla, en verdad, o mejor púdras

No, no, no. Por mucho que me tienten las teclas a escribir lo indecible, no puedo emplear términos que me puedan jugar en contra.

Para: Señora Smith

Asunto: Urgente

Enviado: Sábado 24 de diciembre 00:16 a.m.

Le escribo directamente a usted con el objetivo de que entienda el carácter de urgencia que lleva este mensaje.

Necesito volver a ver a Tracy. Una última vez, por favor. Solo eso le pido, maldita sea y una mier

Solo eso le pido de corazón ya que nunca he pedido nad

Solo eso pido. Entienda.

Esto de suplicar por algo se me vuelve sumamente difícil y me surge la imperiosa necesidad de aclarar asuntos inconclusos con su hija. Estoy... preocupado por ella.

Es todo,

P.D.: Pruebe con una bala en el oj

P.D.: Si no me concede el favor, al menos, hágale llegar mi saludo de Navidad. Por cierto...

Recordar su anterior mail me despierta un millar de imágenes, entre ellas, su frase de «Yo sé de qué lado estás».

Al igual que la marca en su antebrazo. Esa herida con piel que no se regenera.

A primera vista impresiona ser una quemadura pero los cabos empiezan a atarse en mi cabeza... No pierdo nada con correr el riesgo pero, diablos, tengo una hipótesis que no puedo dejar pasar aunque me juegue el pellejo en

ello.

Su odio hacia mí desde el primer día.

Su atención puesta en mis tatuajes.

Su pasado rebelde.

Su advertencia: ella SABE de qué maldito lado estoy.

Sigo tecleando...

Por cierto... me intriga saber de qué lado está usted.

¡Claro! Tiene que ser cierto, por favor, ¡tiene que serlo!

Ella... demonios... ¿Será o no?

Si no quiere decírmelo al menos puede contarme de qué lado estuvo. En el curioso caso que decida no enviarme mis saludos a su hija, puede que Tracy empiece a sospechar que tuvo un pasado con muchos secretos...

Tenga unas felices fiestas.

Con cariño, su potencial yerno,

Theo.

Es extraño que mamá me haya hecho llegar un saludo de Theo luego de que dejé el pavo en la mesa.

—Así es —reafirma apoyada sobre la mesada de la cocina—. El loco de los tatuajes dice que te desea una buena Navidad o algo así.

Theo, mamá. Se llama Theo y ya lo sabes, no me pongas las cosas más difíciles.

—Y... y... ¿tú cómo...? —tartamudeo.

Me genera mucha extrañeza el impacto de la noticia.

Es como si intentase llenar un vacío tortuoso que se abre paso en mi interior. ¿Creía haberlo superado? ¿Creía estar dejándolo atrás? Cuando por fin parece que puedo dar un paso adelante, ocurre algo que me obliga a retroceder; las Tracy de mi interior están abrazadas llorando a moco tendido, gritando eufóricas porque tuvimos noticias de Theo.

No se ha olvidado de mí.

Está pendiente.

De algún modo le ha hecho llegar el mensaje a mamá, lo cual, supongo, no debe haber sido fácil. Lo peor es que ella ahora no quiere decirme cómo es que se enteró del saludo.

—No preguntes tanto, recuerda que estás castigada —me dice.

Debo llevar los platos a la mesa, intento sujetarlos y me tiembla todo el cuerpo. Prefiero no tocarlos para evitar un mayor desastre y me aparto como si hubiese visto un fantasma.

—Hey —murmura mamá—, ¿qué ocurre?

Niego sacudiendo la cabeza y salgo de la cocina. Ignoro a los abuelos y a Richard, que están alrededor de la mesa, esperando la cena de Nochebuena.

Hoy no es una ocasión para reír ni comer hasta que reviente el botón de tus jeans. Tampoco para abrazar a tu familia y deleitarte con un postre de galletas con chips de chocolate.

Hoy no es una Navidad en la que me interesen los regalos bajo el árbol.

Hoy tengo el corazón hecho pedazos y espero con ansias el día en que pueda dejar de sentir que por momentos algo en mi pecho se desgarras.

Hace tiempo que mi vida dio un giro.

Cambié por completo mi estado de ánimo, sometida a lo que siento por un

chico que, estoy segura, no se ha olvidado de mí.

Theo me recuerda.

No le soy indiferente.

Lo he visto desbordado en cada exposición mía al peligro.

Me quiere aunque no lo mencione.

Me quiere a pesar de que mi madre diga que busca lo mejor para mí y termine por apartarme de aquello que me hace feliz.

Feliz y, a la vez, es tanto dolor...

Domingo 25 de diciembre

Noche cerrada.

Sigo pegada a la ventana esperando una señal de Theo.

Lunes 26 de diciembre

La luna está enorme. Esperé hasta las tres de la madrugada con la sensación de que Theo dormía a un lado de la cama, y para mi desgracia no era así.

Martes 27 de diciembre

Va a venir, estoy segura.

Jueves 29 de diciembre

Mi vida es una mierda.

Que entre por la ventana.

Que tire abajo la puerta.

Que llegue en su motocicleta y me ayude a huir, como lo hicimos tiempo atrás.

¿Es que se ha olvidado de mí? ¡No! ¡Eso es imposible!

Va a llegar, estoy segura.

Solo es cuestión de esperar y escuchar el motor de su motocicleta, el de su auto, o a que encuentre un modo de sacarme de esta prisión llamada «habitación» que me vuelve loca.

Va a aparecer, sí. Lo hará.

Pasa un minuto.

Dos.

Tres horas.

Y... nada ocurre.

Theo no va a venir, Tracy...

Viernes 30 de diciembre

—¿Carl?

—Sí, hija. Tu novio de gomina en el cabello y suéter tejido está aquí. Deberías darle una oportunidad a su relación, son tal para cual.

—¿Está afuera?

—Sí, ¿lo hago pasar?

—Claro, pero... —¿cómo le explico que no es mi novio ni lo será nunca? El plan de hacérselo creer no funcionó y si se entera de esa mentira, el castigo se pondrá aún peor.

—Pero nada, hija. En verdad, si se trata de él, te permito que te des una nueva oportunidad. Después de todo, te lo mereces y él parece un buen chico. Me gustan los hoyuelos que se le hacen cuando sonrío al verte.

—Yo...

—No seas tan dura contigo misma. Es un buen partido para que empieces desde cero.

—¿Desde cero?

—Sí.

—¡No...! ¡No lo entiendes! Yo ya tenía una vida, mamá.

—Un desastre de vida. Ahora ponte linda para ese much...

—¡No!

—¡Sí! ¡No te atrevas a contradecirme!

—¡Basta! ¡Deja de decirme todo lo que tengo que hacer!

—¿Te olvidas de que aún vives en esta casa?! ¡Deja de mostrarte tan insolente y no te atrevas a romper las reglas!

No es que tenga algo en contra de Carl ni en contra del castigo de estar encerrada durante tanto tiempo en mi casa, precisamente en mi habitación: el enorme problema es que estoy sin Internet ni celular e incomunicada con todo lo que ocurre en el mundo exterior.

Nunca antes rogué con todo mi ser que empiecen las clases ya porque entonces se terminará mi castigo y podré volver a ver personas de mi edad.

Carl es un agradable compañero y se comporta de fábula conmigo. Tiene su

encanto pero es demasiado inocente y *frikie* como para encontrarlo atractivo.

—Sigo sin poder creer lo de esa beca —me dice.

¿Olvidé mencionar que es un poco competitivo en relación a lo académico?
¿No? Bueno. Lo es.

—Yo tampoco me lo creo —finjo modestia.

Trajo una cubeta de palomitas y su computadora para ver una película desde Netflix. Suerte que tiene un buen celular con WI-FI como para que Internet llegue al dispositivo.

—Me sorprende que te haya dejado subir con esa computadora a mi habitación —le digo asombrada en cuanto la deja sobre la cama, la enciende y el brillo de la pantalla me hace agua la boca.

—Es que no lo sabe —asegura—. Solo subí con mi mochila y ella mencionó que debía hacer unas compras, pagar cuentas y que no volvería hasta dentro de unas horas.

¿Acaso insinuó que él y yo...?

—¿Dijo algo más?

—Sí. Que volvería dentro de unas horas —ríe.

Convengo con su risa ya que está pensando lo mismo.

—¿Cree que tú... y yo... vamos a...?

—Espera —me corta—, no sigas.

—Es que nosotros dos no tenemos intenciones de tener...

—¡Iagh!

¿Qué diablos? El gesto se desvanece de inmediato al escuchar esa expresión de asco. ¡Ni que fuera tan asqueroso estar conmigo! Quisiera gritarle que se vaya pero lo pienso mejor y no puedo obligarlo a que me encuentre atractiva. A decir verdad, muy pocos chicos se han interesado en mí en ese sentido.

—¿Cuál fue el motivo que te inspiró a visitar a esta prisionera de su malvada madre? —me mofo.

—Quería visitar, en realidad, a la recién iniciada en lavajes de estómago.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo lo...?!

—Tracy, todo el instituto lo sabe —me confiesa mientras inicia sesión en su cuenta.

Reconozco que en más de una ocasión me imaginé que eso podía suceder pero siempre preferí convencerme de que las cosas serían de manera distinta. Demonios, no puede ser cierto que ahora me haya hecho la fama de borracha en el instituto.

—Descuida, también sabemos lo de tu beca para la IVU —recalca como si me hubiera estado leyendo el pensamiento—. Eso compensa un poco las cosas.

Es probable que esa aclaración se deba a mi repentina sorpresa. Debo haber palidecido. ¡Diablos, qué fama me gané!

—En verdad —añade intentando responder a mi anterior pregunta—, quería saber cómo estaba mi «novia».

—Eso es cómico.

—En verdad, papá ha estado hecho una furia porque no te visité en Navidad.

—¿Qué?!

Oh, vaya, definitivamente esto ha ido demasiado lejos.

—Lo sé, ni yo lo entiendo —añade.

—Qué extraños son nuestros padres: mi madre apartándome a cal y canto del sexo opuesto, en cambio el tuyo te quiere forzar a mantener una relación con alguna chica.

—Deberíamos hacer una convención internacional para padres y que se pongan de acuerdo con el futuro que quieren para sus hijos adolescentes.

—Ni ellos mismos saben qué hacer con su presente y piensan encaminar nuestro futuro —convengo riendo.

—Eso es cierto. ¿Qué quieres ver?

—Una que me mate del susto, por favor.

—Ajam —dice buscando y leo algunos títulos acariciando la idea de, antes, pedirle la computadora para actualizarme con mis redes, no obstante me interrumpe el pedido al añadir—: A propósito... quería preguntarte algo.

Ay, no. ¿Sexo?

—Di... dime.

—¿Supiste algo de Jacob?

Vuelvo a respirar en el momento en que recuerdo que le repugno.

—¿Jacob? —pregunto con extrañeza, tratando de encontrar alguna vinculación entre ellos y recuerdo que ahora los tres pertenecemos al Club de Lectura—. Nada de nada. ¿Qué parte no entiendes de mi aislamiento absoluto?

—Oh, disculpa.

—Estaba bromeando, Carl. ¿Por qué lo preguntas? Oh, espera, esa peli está bien.

—Bien. Es que... no lo sé. Hace mucho que no sé de él. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra.

—¿Y eso a qué viene?

—¿Cómo? —de repente se lo nota algo tenso.

—Tú nunca tuviste comunicación con alguno de su grupo. Mucho menos con él.

Es cierto. Ambos son dos perfiles totalmente opuestos que durante todos estos años jamás compartieron nada de nada, más allá de la loca decisión del Bad Boy de meterse en el club.

—Ocurre... que... —tartamudea un poco y me sorprende—. Ú... últimamente ha... habido reuniones. Sí. Reuniones del club.

—Santo cielo, ¿se reunieron en vacaciones?

Es lo más nerd que he escuchado, pero realmente me hubiera gustado asistir a alguna de esas reuniones.

—Sí.

—Descuida —le digo—, tú pon la película. Luego le pediré data a Haley sobre qué se habló.

—¡No!

¿Eh?

—¿Por qué no? Calma, Carl.

—Es que... ella no sabe nada...

—Entonces a Jay.

—¡Tampoco! Solo asistimos Jacob y yo a las reuniones.

¿Y eso?

—¡No lo sé! —se justifica, seguramente ante mi gesto de asombro—. ¡Solo asistimos él y yo!

—Calma, calma.

Suspiro para tratar de que no siga su sentimiento de persecución.

Realmente no entiendo qué pasa pero procuro que mantenga la cordura; es el único amigo verdadero que me queda y no lo quiero perder ya que parezco ideal para ese tipo de cosas.

—Disculpa —murmura con un hilo de voz y le hablo con paciencia, intentando que no se agite.

—¿Qué te preocupa de Jacob? —le pregunto.

Lo entiendo en parte porque admito que también me preocupa Tachas (como lo llaman): suele meterse en problemas.

—No lo sé...

—Vamos, Carl. No te acobardes —intento mirarlo a los ojos—. Dime qué pasa.

—Es... que...

—¿Sí?

—La noche posterior a la fiesta de tu casa ocurrió algo extraño.

—¿Extraño como qué?

—Me llamó al celular y mencionó algo de «No quiero terminar como él». Estaba realmente asustado, parecía haber estado llorando a gritos y en un momento colgó y... y...

—Calma, Carl —reposito mis manos en sus hombros, inspirándole confianza

—. Prosigue. ¿Qué más te dijo? ¿Como quién no quería terminar?

—Como... Stefano.

¿Y ese?

—¿Quién es Stefano? —insisto presa de la intriga.

—E... es una historia... extraña. No sé si puedo...

—Hazlo, Carl —después de todo, sé en qué clase de líos suelen estar metidos los Bad Boys, aunque algo es seguro: nunca terminan de sorprenderme.

Más ahora que creo, en algún momento, haber escuchado mencionar su nombre.

Es un buen momento para saber de qué se trata:

—Tranquilo, Carl. Trata de mantener la calma, estás seguro en mi casa y nada te puede suceder. ¿Okay?

Hasta yo me siento sorprendida de la calma con la que le hablo.

—O... okay.

—Bien —suspiro—. Cuéntame la historia de Stefano.

—Tracy, en el mundo hay mucha crueldad...

—Lo sé, Carl, mira la cantidad de asaltos que hay.

—No, no lo entiendes.

La seriedad de su gesto me asusta, aún más teniendo en cuenta que ha mencionado a Stefano, que ha estado muy cerca de Jacob y que hay todo un clan de Bad Boys muy cerca de él.

El bueno de Carl está a punto de cruzar el límite y meterse donde nunca debería haber llegado.

Se ha enterado de lo que llevo tanto tiempo intentando saber. Ahora mismo está a punto de contármelo y no entiendo por qué lo atormenta.

—¿A qué crueldad te refieres? —le pregunto.

—Es... Es algo más grande que eso.

—¿Como qué?

—Hay maldad porque hay poder. Quien tiene el poder, quien domina, es capaz de hacer el mal o el bien. Para peor, son un grupo limitado de personas que tienen el poder. Hacen y deshacen a gusto: nuestras vidas están conducidas por esas inalcanzables sectas. Nadie vivo ha confesado conocerlos directamente, es algo que ni yo mismo me lo he terminado de tragar pero, luego de tantos sucesos extraños que me empiezan a atormentar, tengo cada vez una convicción más y más fuerte de que tantas leyendas urbanas son verdad.

—¿Qué... qué son esos grupos?

—No sé y de conocerlos tampoco estaría aquí contándote esto. La razón es que Jacob no está y tengo mucho miedo.

—Calma, Carl. Solo tienes que hablar.

—Disculpa... Esos grupos dominantes están metidos en cosas muy arriesgadas para sostener su nivel. Drogas, sicarios, trata de personas, dinero y asuntos horribles. Son muy crueles. Están en cada uno de los organismos que nos regulan, incluso son las máximas autoridades de las instituciones que nos protegen. Y es que nos protegen porque pueden asesinarnos cuando ellos quieran. El asunto es que hay otros grupos de menor nivel pero con la misma peligrosidad. Están todos conectados. En Iconic Valley hubo, hace tiempo, una concentración de estos bandos que tenían escondites que nadie se imagina. Dicen que la mayoría se encuentra bajo tierra.

Ay, no...

—¿Bajo... tierra? —le pregunto con la voz entrecortada.

Los túneles.

El baile.

Bad Boys.

Theo.

—Eso es lo que me contó Jacob.

—¿Y por qué te lo dijo a ti? —mi intención no es juzgar sino que realmente no entiendo.

—No deberías... saber eso...

—Vamos, Carl.

—Es que... esto...

—¿Sí?

—El pertenece a uno de esos grupos.

No, no, no, no, no, no, no, no, no. Tachas. Audrey. Dominic. Amanda. Summer. Neo. ¡Theo! ¡Todos los del triángulo invertido!

¿Es que...?

Ay, no, por favor, esto no puede ser cierto.

No puede ser que su nivel de criminalidad vaya más allá de lo que aparentan.

—¿Cómo es posible? —se me atorán las palabras—. ¡Si son apenas unos adolescentes! ¡Tienen nuestra edad!

—Lo sé, Tracy, pero no se trata de su edad... Aguarda un momento, «¿son?». ¿Por qué hablas en plural?

Mierda.

—Es... que... imagino que hay mucha gente metida.

—Mmm, tiene sentido. El asunto es que son parte de eso desde que nacieron. Están condenados a serlo, rendir culto a las creencias y el nivel de vida que profesan en secreto. No pueden escapar.

—¿Y Stefano cómo cuadra? —le pregunto presa de la inquietud y muerta de ganas por saber cómo encajan incluso los Glorious.

¿Por qué se odian? ¡Son inocentes!

—Stefano es considerado el mayor traidor en la historia de estos grupos. La concentración de clanes que antes hubo en Iconic tuvo un par de rebeldes hace años atrás que se distanciaron para congregar la contracara de la maldad y pugnar por todo lo que antes se hizo a sangre fría. Desde entonces se odian, pero derivan del mismo linaje de poderío, ya que esto es a nivel mundial y no pueden huir. El punto es que los subgrupos enemigos que se distanciaron ahora se odian a muerte pese a que uno significa la «gloria» y el otro la «crueldad».

Jacob lo protegió al no decirle el nombre de los grupos.

Yo hace rato que me condené porque sé a qué se refiere: Glorious y Bad Boys.

Al fin y al cabo, los primeros son buenos y los segundos malos, pero ambos provienen del mismo caos.

¿Será por eso que Theo busca mantenerme distanciada o simplemente es un ser horrible que no puede amar a nadie?

Sea la opción que sea, lo cierto es que algo siente por mí.

Lo noto cuando me mira, cuando se preocupa, lo noto porque se enciende en su corazón lo mismo que en el mío cada vez que estamos cerca.

—¿Estás bien? —me dice Carl.

—S... sí. Solo estaba tratando de procesar lo que me dices.

—Está bien. El asunto es que Stefano fue un chico de nuestra edad que tiempo atrás traicionó a su grupo e intentó escapar con una novia del bando

enemigo: en consecuencia, él desapareció de nuestra ciudad y ella también. Además...

—¿Sí?

—Asesinaron a las familias de ambos.

Oh, demonios. ¡Demonios! ¡Demonios, no!

Sé a qué se refiere.

El crimen de los Moore y los Guilty.

—¿Los que... aparecieron colgados? —pregunto con un temblequeo incómodo en la voz.

—Sí... Fueron noticia. Nadie explica la lógica que tuvieron esos suicidios.

—Y es que no fueron suicidios —murmuro atando cabos.

A continuación se impone un silencio sepulcral que nos deja helados a los dos.

Lo miro a los ojos con miedo y la pregunta que escapa de mis labios no es la esperada:

—¿Carl, eres gay?

Mi torpeza y yo hemos apartado al único amigo que me viene a visitar (con el permiso de mi madre de por medio, claro).

—¡Aguarda, aguarda! —le pido mientras se pone de pie, busca su mochila y la cierra—. No te vayas, en verdad, no quería que te sintieses ofendido o insultado. Bah, no digo que eso sea un insulto sino que, cómo explicarlo, suelo tener esas reacciones inadecuadas en momentos poco oportunos...

—No pasa nada, Tracy. Creo que debo irme.

Se pone de pie y se cuelga con prisa la mochila al hombro.

—Por favor —le pido incorporándome frente a él.

—Descuida, nos veremos al comenzar las clases.

—Pero...

—Adiós.

Me dedica una sonrisa fingida y tengo la ligera sensación de que ya provoqué algo similar en Theo anteriormente.

Esta vez, no iré tras Carl.

Solo dejo que se marche y decida volver en el momento que lo considere. Por mi parte, debo admitir que hacía un buen rato intentaba no morderme la lengua para preguntarle directamente hace cuánto tiene una relación en secreto con Jacob, aunque mis suposiciones nunca son las mejores.

¿Quizá le molestó que me confesara algo que cree poner en riesgo su vida?

Bueno, de ser así, habría reaccionado de modo diferente.

Su vida no está en peligro, Jacob se extralimitó en no darle detalles que lo pongan en peligro. Solo le dijo todo eso porque, a decir verdad, Tachas se veía venir lo que le ocurrió.

Me quedo pensando en ellos cuando el portazo de Carl al salir me asusta y decido cerrar también la puerta de mi habitación.

Pero al darme la vuelta me encuentro con su computadora encendida, encima de la cama.

Se la olvidó.

Sábado 31 de diciembre

Theo tiene muchos tatuajes.

Uno de ellos es un triángulo que apunta hacia abajo en la cara inferior de su antebrazo. Me gusta verlo cuando su mano se levanta y me saluda. Cuando lleva remeras sin mangas y se le marca junto con las venas y los bíceps en el momento que sube a su motocicleta, me mira y me dedica una seductora sonrisa.

—¿Tracy? —pregunta.

Trago saliva y camino hasta la vereda.

Atravesar el jardín delantero de mi casa parece algo eterno.

—Theo —su nombre escapa entre mis dientes con una exhalación.

—¡Vaya, tiene que ser una broma! ¡Tracy Smith, eres tú!

Cuando ya queda poco para llegar hasta él, doy un salto y lo abrazo.

Pero se esfuma y caigo al suelo.

Mis manos dan contra el asfalto, hiriéndome la piel y generando una sensación de humillación en mi pecho.

Me miro las palmas lastimadas y luego al cielo, sorprendida porque acaba de anoecer de manera repentina.

No hay luna.

No hay estrellas.

Apenas algunos focos de la iluminación pública alumbran la calle.

—¿Qué diablos ocurre contigo?

Caigo en la cuenta de que la motocicleta ha desaparecido, al igual que el vecindario completo.

La voz me hace reaccionar y giro la cabeza para ver de dónde proviene: tras de mí.

A unos metros está él. Con los brazos cruzados y su mirada ensombrecida:

—Theo, ¿cómo... cómo hiciste eso? —le pregunto aterrada por el hecho de que acaba de aparecer tras de mí.

—¡Eso no te importa! —me grita y doy un salto del susto.

—¿Por qué me tratas así? —le pregunto como un gatito herido.

—¡Te trato como te lo mereces, idiota!

—Basta... —le suplico con un nudo en la garganta terrible.

Me pongo nuevamente de pie y hago ademán de caminar hacia él. Solo estamos nosotros en mitad de una calle completamente desierta.

—¡No! —grita y retrocede al notar que intento avanzar.

—Theo —murmuro—. ¿Por qué no me dejas acercarme?

—¿Cuál es la necesidad de querer adherirte a las personas, eh?!

—¿Qué?

—¡Eres como una jodida cinta adhesiva que se quiere fusionar todo el tiempo con los demás! ¡Entiende que nadie te necesita!

Sus palabras me hieren en lo más profundo. La luz cada vez se apaga más, al igual que las últimas chispas de energía en mi interior.

—¿Por qué me dices eso? —le digo intentando acercarme más.

—¡No te acerques, te dije! ¡Es que eres tan... dependiente de los demás! ¡Tu vida se desmorona mientras más te intentas pegar a las personas y no entiendes que nos alejas!

—¿Yo...?

—¡Sí, tú, Tracy! ¡¿Tan poco vales?!

¿Tan poco valgo?

—¡¿Tan frágil es tu personalidad que necesitas de los demás todo el maldito tiempo?!

¿Lo soy?

—¡Quiérete a ti misma o no serás nada!

¡¿QUÉ?! ¡Yo... me quiero lo suficientemente a mí misma como para saber qué me hace bien y qué me hace mal! ¡No tienes derecho a decirme esas cosas!

—Vamos, Tracy.

—¿Jacob?

Su nombre sale de mis labios y me sorprende. Lo miro. Está detrás, tiene unas ojeras tremendas y está pálido como un muerto. Lleva los labios morados y la mirada ensombrecida.

—Demonios, Tachas, ¿estás bien? —le pregunto.

Él parece no escucharme e insiste:

—Vamos, Tracy. Hazlo. Dile que no lo necesitas.

—¿Por qué debería hacer eso? —pregunto.

—Porque eres una mosca muerta que necesita de los demás —esta vez es Audrey quien se aparece a mi derecha.

—Así es —ahora es Lottie a mi izquierda. ¿Qué sucede? ¿Por qué se han reunido todas las personas que he perdido con tal de hacerme sentir tan mal?

—. Te crees inofensiva y eso solo habla de lo pegajosa que resultas con todos. ¡Deja respirar a Charlie, maldita traidora! ¡Pensar que eras mi amiga!

—¡Lottie, no! Entiende que yo... —empiezo.

Me interrumpen todos a la vez, excepto Theo:

—¡¡¡Hazlo, Tracy!!! —gritan al unísono—. ¡¡¡Di que no lo necesitas!!!

Enmudezco en la medida que noto el modo en que tantas voces me acorralan. Me siento sin escapatoria y sin opción. Tampoco tengo la capacidad

para poder admitir lo que ocurre en mi interior, no puedo ignorarlo, no puedo apartar a Theo de mí, lo amo pero me destruye. Me hace daño.

Es que yo le hago daño a él.

¿Será cierto?

¿Será verdad que me adhiero a todas las personas que se me acercan?

—¡¡¡DILO, TRACY!!!

—No...

En ese instante se quedan en silencio y solo Theo habla:

—¿No?

Me enfrento a él y lo miro a los ojos con el corazón en un puño.

—No puedo —le admito—, simplemente... no puedo hacerlo.

El silencio sigue.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Y lo rompe con una mueca que ronda el asco o el dolor:

—Es... asombroso. ¿Tan poco te valoras?

Despierto ahogando un grito y un rostro se aparece a mi lado de repente.

Mujer, canas, arrugas, lentes, ojos negros, sonrisa encantadora.

—Abuela —murmuro.

Ella me acaricia, colocándome un mechón de cabello tras la oreja:

—Solo fue una pesadilla, cariño —me dice—. Ya pasó.

Tomo asiento en la cama, me sostengo con firmeza de las sábanas que la cubren y miro alrededor buscando algo dentro de la habitación y lo encuentro sobre el escritorio, donde yacen mis apuntes de estudio.

La computadora de Carl permanece sobre la mesa, tal como la dejé antes de irme a dormir, tentada de buscar cualquier información de Jacob, Theo o los Bad Boys.

—¿Algún problema? —me pregunta.

Sí, abuela. Sí hay un problema.

Un ENORME problema...

... es que la pesadilla aún no se termina.

Hay algo de bueno en sufrir cuando amas. Ocurre que el dolor que tienes en el pecho es una señal de que aún te queda algo. Te da la pauta de que fuiste feliz pese a los traspies que te impone la vida, te despierta una voz que susurra al oído: «Hey, levántate de ahí. Aprende a ser fuerte». Es un dolor que te recuerda todo el tiempo esa relación que, con etiqueta o no, alguna vez existió y te hizo sentir enamorada. Extasiada como burbujas de champagne brotando a montones en la superficie de una hermosa copa de cristal. Pero ese cristal fue frágil.

En algún momento empezó a resquebrajarse, a trisarse y finalmente a romperse, y entonces escapas, te dejas fluir, algo se deshace y queda perdido para siempre.

Si intentas reparar eso, puedes hacerlo. Es obvio. Sin embargo, las marcas de que se rompió quedarán ahí para recordarte que nunca volverás a ser lo que eras antes.

Como las cicatrices en la piel.

Como la angustia en tu pecho.

Como los gritos que se esconden detrás de cada sonrisa.

Seguramente habrás oído hablar de la gran incompatibilidad entre el agua y el aceite: nunca se unirán aunque a simple vista parezca algo posible.

Bueno... eso fuimos *nosotros*.

Mi amor por Theo resultó ese estallido de sensaciones que me hizo correr riesgos que nunca pensé que correría, que me mostró el paraíso donde había infierno.

Fue mi primer amor y aunque intente cambiar mis sentimientos, siguen siendo tan fuertes que encuentro difícil la idea de deshacerlos.

¿Qué opinas de ese chico que alguna vez amaste?

Del primero...

Quizá solo te dio un beso, o no hubo siquiera eso pero aun así te hizo sentir por primera vez una mágica explosión de mariposas en el estómago.

Si ese amor, el primero de tu vida, se cruzase nuevamente en tu camino y cayese rendido a ti, listo para amarte, para darte una familia y ser felices para siempre, ¿lo arriesgarías todo con tal de asumir los riesgos?

No puedo responderte desde mi experiencia.

Eso nunca me ocurrió.

Intento hacer a un lado el recuerdo de Theo: los gritos, las pesadillas, pero cada detalle me recuerda a él.

Y es que siempre quiero volver.

Es el mal necesario que me hace sentir algo.

Al menos... me hace sentir viva.

—Tracy, come.

Mamá está en la punta de la mesa y Richard a su derecha. Los abuelos se sientan a la izquierda y yo junto al novio de mamá.

Es la cena de Año Nuevo más absurda de mi vida, incluso más que las veces que solo éramos dos las que nos sentábamos a despedir el año viejo y recibir otro.

—No tocaste tu comida, cielo.

La abuela está frente a mí con su gesto compasivo y expirando amor por los poros. Como siempre.

—Me siento algo mal del estómago —murmuro.

—Oh, claro, si te hicieron un lavaje —me recuerda mamá.

—¿Puedo ir a mi habitación?

—Pero brindaremos luego —indica Richard.

—Vuelvo para el brindis. Permiso.

Me levanto y arrastro los pies escaleras arriba, mientras dejo comentarios atrás al estilo de «¿qué le sucede?». «Quizás está con el período, ya sabemos cómo son estas chicas». «O es la emoción de la beca, el nuevo año, mi hija es una genio encubierta».

Sí, mamá...

Tu hija se muere y no eres capaz de verlo.

No toques esa computadora. No la toques. No lo hagas.

Vamos, será solo un momento.

Pero si ni Internet tienes.

¿No dejó el celular?

No.

Bueno, pero necesito sacarme unas dudas.

Si quieres información de Bad Boys mejor búscala por tu cuenta y trata de no arruinar las cosas cuando ya la tengas en la palma de tu mano.

Vamos, no tengo la culpa.

Sí la tienes.

Un poco.

Mientras discuto con mi conciencia qué hacer, caigo en la cuenta de que ya estoy sentada en la cama con la computadora sobre mi falda.

Eres terca.

Gracias a mi terquedad soy feliz.

¿En verdad?

No, pero lo intento siempre que tenga un dispositivo electrónico cerca.

Al menos eso no me hace sentir tan aislada del mundo exterior. Demonios, ya casi me he desacostumbrado al ritmo de teclear, del sonido, del brillo en la pantalla frente a mis ojos, del sonido que hace una computadora al encenderse.

Es muy atípico pero esto, de algún modo, me ha levantado un poco los ánimos.

Tarareo una canción mientras busco algo que me haga sentir actualizada tecnológicamente.

Bueno, no hay acceso a Internet, el WI-FI de mi casa no sirve y me siento con una chispa de culpa al meterme en las cosas de Carl. No es que esté abusando de su confianza pero el video que yace en el Escritorio me ruega por favor abrirlo con ese nombre tan tentador...

«EL MAL».

Vamos, ¿quién le pone ese nombre a algo que no quieren que veas?

Si lo tiene ahí, al alcance de cualquiera culpa de un olvido, es porque quiere que yo lo vea.

No está al alcance de cualquiera sino en su computadora personal.

¿Sigues ahí?

Siempre estaré para torturarte, cariño.

Miro la barra inferior y me frustra un poco que el aparato me señale la falta de red.

No obstante, el archivo de antes sigue llamando mi atención... Trago saliva y tecleo sobre el ícono que muestra apenas una imagen extraña. Parece ser un hombre con capucha, en ropa interior, con otras dos personas a su alrededor.

Al reproducirlo, me impacta que el video está grabado con la cámara de un celular, ¡en el baile de Sadie Hawkins!

Yo estuve ahí.

Claro, la mayor parte de la noche la pasé bajo tierra.

Se oyen gritos, la gente corre como loca. La cámara que está grabando es de uno de los alumnos, que está enfocando la pantalla gigante que debería

proyectar música en lugar de... ¡¿Qué diablos es eso?!

Los tipos que graban ríen o se asustan o algo parecido, como lo idiotas que son. Eso me hace reconocerlos de inmediato: son los populares del equipo de fútbol.

«¡Oh, mierda, mira eso!», le dice uno al que graba.

Este apunta a la pantalla de proyecciones...

Se muestra a un tipo semidesnudo con yagas en la piel, como si lo hubiesen estado torturando, y otras dos personas a su alrededor. Están enmascarados, protegiendo su identidad y alguien habla con un distorsionador de voz:

«Únase al triángulo invertido, sabandijas».

Se ven unos mechones de cabello y el tatuaje de una pantera.

¿Acaso es...?

¡¡¡DOMINIC!!! ¡Dominic está grabando el video donde torturan al sujeto!

Los que van a su lado tienen unas aterradoras máscaras de animales: un gato y un lobo.

El lobo sostiene un frasco con dos serpientes. ¿Qué va a hacer? ¡No!

Ocurre lo temido: las libera dentro de la jaula donde está el hombre atado de pies y manos con un antifaz negro.

«¡Mierda!», gritan los que graban.

—¡Ay, no! —ahogo una exclamación de horror justo en el instante en que las serpientes empiezan a comerse la piel del tipo, que se retuerce de dolor hasta que la vida lo abandona.

La cámara se inclina hacia el tipo que liberó las serpientes y una punzada intensa de sufrimiento y decepción se injerta en mi pecho.

Le doy pausa justo en la milésima de segundo en que el inconfundible tatuaje de un lobo me hiere en lo profundo del alma.

—Brindo por esta hermosa familia.

Estamos en el patio de casa, mirando el cielo limpio de nubes. Los restos de nieve y los elfos de jardín decoran el césped.

Las copas llenas de champagne están en lo alto, excepto la mía, que tiene soda. Por lo menos es algo.

El abuelo quiere brindar y me parece encantador el gesto... aunque me deprime escuchar que en la casa de Charlie están dando una fiesta con gente aparentemente divertida. Escucho música, risas, gritos alocados, pero sin el humo ni el caos característicos de la Bad House.

—Yo brindo por la beca de mi nieta —dice la abuela mirándome—.

Cualquiera sea el futuro que te toque, cariño, siempre estaremos orgullosos de ti.

Sonrío algo incómoda y de inmediato mamá coincide:

—También por la beca de mi hija —dice con falsa emoción—. Espero que haya aprendido de lo sucedido.

La incomodidad del momento me nubla la mente aún más.

Me siento aturdida.

Me siento incapaz de reconocer que... que Theo es un...

—Por mi parte —dice Richard y los gritos de la casa de al lado nos distraen:

—¡QUINCE!

Empezó.

El conteo.

Quedan quince segundos para terminar el año.

—¡CATORCE!

—... brindo por mi querida futura esposa —termina el novio de mamá.

¡¿Qué diablos?! ¡¿Futura QUÉ?!

—¡TRECE!

—¡Santo cielo, eso es asombroso! —intervienen los abuelos.

—¡DOCE!

—Dejemos los abrazos para el final. Es el turno de Tracy —acota el abuelo.

—¡ONCE!

—Brinda, cariño —dice la abuela.

¡No!

—Vamos, hija. Brinda.

¡No, basta! ¡No puede ser! ¡No!

—¡DIEZ!

La copa cae de mis manos, se resbala y el crujir de los vidrios contra el suelo es lo último que percibo justo en el instante en que salgo corriendo.

—¿Qué demonios?

—¿Qué le pasó?

—No lo sé... ¡Tracy!

Dejo el llamado de mamá y de Richard a mis espaldas mientras salgo fuera de la casa y me meto en el patio delantero de Charlie.

—¡¡¡Charlie!!! —llamo y golpeo la puerta—. ¡¡¡Abre, por favor!!!

—¡SIETE!

Theo...

Él mató al hombre y lo expuso frente a todo el mundo.

—Demonios, ¡Charlieeeeeee!

Es peligroso.

—¡SEIS!

En medio de los golpes, la puerta termina por abrirse y veo que el interior de la casa está hecho un desastre. Todos deben estar en el patio de atrás.

—¡CINCO!

—¿Hola? —pregunto y asumo el riesgo de entrar.

Corro hasta el patio y, entre la multitud, distingo un montón de rostros.

—¡CUATRO!

Hay una pareja preparada para ver los fuegos artificiales que dan la bienvenida al nuevo año. El muchacho se gira y sus ojos verdes se cruzan con los míos.

—¡TRES!

—¡¡Charlie!! —lo llamo a gritos.

Lottie también se gira y me mira.

Él la suelta.

Yo corro.

Él también.

—¡DOS!

—¿Tracy?

El abrazo que nos une detiene todo a nuestro alrededor hasta suspendernos en la nada. Sin embargo, el último número estalla junto con sus palabras:

—¿Qué ocurre?

—¡UNOOOOO!

—Por favor... —murmuro.

—¡FELIZ AÑO NUEVO!

Aúllan todos los presentes al unísono en el instante en que junto el poco aire que resta en mis pulmones para poder emitir las palabras más importantes de mi vida:

—Por favor, Charlie. Conviérteme en Glorious.